
DÉCIMAQUINTA MEDITACIÓN

LA ORACIÓN DE CONTEMPLACIÓN

“Mihī autem adhaerere Deo bonum est. Es bueno para mí adherirme a Dios” (Salmo 73, 28).

La oración de contemplación es el esfuerzo por poseer a Dios aquí abajo, en la medida de lo que somos capaces, con los velos de la fe.

El medio de poseer a Dios es la pureza de corazón, es decir, la destrucción del pecado, la adquisición de la virtud y de la santidad que es el conjunto de las virtudes. La contemplación nos ofrece este medio al desligarnos de las criaturas.

El término de la contemplación es la preparación para el cielo, donde estaremos eternamente unidos a la adorable Trinidad.

Examinemos estas tres proposiciones:

I.- La contemplación es el esfuerzo por unirse a Dios aquí abajo

Pero, ¿cómo unirse a Aquél a quien nada puede abarcar?: *“An ubique totus es, et res nulla te totum capit? ¿No estás enteramente en todas partes, exclama San Agustín, y en ningún sitio enteramente contenido?”*. Y continuando su idea: *“¿Qué eres tú, Dios mío, qué eres tú?: Quid es ergo, Deus meus?”*¹⁾.

¹⁾ En su manuscrito, el P. d'Alzon había hecho copiar aquí sencillamente las citas latinas de San Agustín (edición de los Benedictinos). Aconsejaba siempre a sus religiosos meditar a los Padres en su texto original. Hemos conservado el texto latino y hemos agregado la traducción para uso de las personas que, fuera de los religiosos, quieran utilizar este libro. La traducción francesa está tomada del P. de Labriolle y de B. Roland Gosselin. [La traducción castellana que aparece aquí está hecha a partir del texto francés].

Grandeza de Dios IV.- Quid, rogo, nisi Dominus Deus? Quis enim Dominus praeter Dominum? Aut quis Deus praeter Deum nostrum? Summe, optime, potentissime, omnipotentissime, misericordissime et justissime, secretissime et praesentissime, pulcherrime et fortissime, stabilis et incomprehensibilis, immutabilis, mutans omnia, numquam novus, nunquam vetus, innovans omnia; in vetustatem perducens superbos et nesciunt; semper agens, semper quietus, colligens et non egens, portans et implens et protegens, creans et nutriens, perficiens, quaerens, cum nihil desit tibi.

Amas nec aestuas, zelas et securus es, poenitet te et non doles, irascaris et tranquillus es, opera mutas nec mutas consilium; recipis quod invenis nunquam amisisti; numquam inops et gaudes lucris, numquam avarus et usuras exigit. Supererogatur tibi, ut debeas, et quis habet quicquam non tuum? Reddis debita nulli debens, donas debita nihil perdens. Et quid diximus, Deus meus, vita mea, dulcedo mea sancta, aut quid dicit aliquis, cum de te dicit? Et vae tacentibus de te, quoniam loquaces muti sunt.

IV.- “¿Qué eres tú, pues, Dios mío? ¿Qué eres tú, me pregunto, sino el Señor Dios?” “¿Quién es señor fuera del Señor? ¿O quién es dios fuera de nuestro Dios?”.

Oh, altísimo, buenísimo, potentísimo, omnipotente, misericordiosísimo y justísimo, secretísimo y presentísimo, hermosísimo y fortísimo, estable e imposible de captar; inmutable y que todo lo cambia, nunca nuevo, nunca viejo, renovándolo todo, “llevando a los soberbios sin darse cuenta a la decrepitud”; siempre activo y siempre en reposo; recogiendo y de nada necesitado; llevando, llenando y protegiendo, creando y alimentando, perfeccionando, buscando, ¡aunque nada te falta! Amas, pero sin arrebato; celoso sin debilidad, te arrepientes sin dolor; te encolerizas y sigues tranquilo;

cambias las cosas y no cambias de parecer. Recuperas lo que encuentras sin haberlo perdido; nunca pobre y te alegras de la ganancia; nunca avaro y exiges los intereses. Se te da más de lo debido para que te hagas deudor. Y sin embargo, ¿quién posee algo que no sea tuyo? Pagas tus deudas sin deber nada a nadie; las perdonas sin perder nada.

Y ¿qué hemos dicho, oh Dios mío, mi vida, mi dulzura santa? ¿Qué se puede decir cuando se habla de ti? Y sin embargo, ¡ay de los que se callan acerca de ti!, porque hay muchos charlatanes.

**Humildad de nuestra
condición**

V.- Quis mihi dabit adquiescere in te? Quis dabit mihi, ut venias in cor meum et inebries illud, ut

obliviscar mala mea et unum bonum meum amplectar, te? Quid mihi es? Miserere, ut loquar. Quid tibi sum ipse, ut amari te jubeas a me et, nisi faciam, irascaris mihi et mineris ingentes miserias? Parvane ipsa est, si non amem te? Ei mihi! Dic mihi per miserationes tuas, Domine Deus meus, quid sis mihi. *Dic animae meae: Salus tua ego sum.* (Ps. XXXIV, 3). Sic dic, ut audiam. Ecce aures cordis mei ante te, Domine; aperi eas et *dic animae meae: salus tua ego sum.* Curram post vocem hanc et apprehendam te. Noli abscondere a me faciem tuam: moriar, ne moriar, ut eam videam.

Angusta est domus animae meae, quo venias ad eam: dilatetur abs te. Ruinosa est: refice eam. Habet quae offendant oculos tuos: fateor et scio. Sed quis mundabit eam? Aut cui alteri praeter te clamabo: *Ab occultis meis munda me, Domine, et ab alienis parce servo tuo?* (Ps. XVIII, 13-14). Credo, propter quod et loquor. Domine, tu scis. Nonne tibi prolocutus sum adversum me delicta mea, Deus meus, et tu dimisisti impietatem cordis mei? Non judicio contendo tecum, qui veritas es; et ego nolo fallere me ipsum, ne mentiatur iniquitas mea sibi.

Non ergo iudicio contendo tecum, quia, “si iniquitates observaveris, Domine, Domine, quis sustinebit?” (*Confesiones*, I, cap. 4 y 5).

V.- ¿Quién me dará el descansar en ti? ¿Quién me dará el verte entrar en mi corazón para embriagarlo, para que yo olvide mis males y te abrace a ti, mi único bien?

¿Qué eres tú para mí? Ten piedad de mí, para que pueda hablar. ¿Pero qué soy yo a tus ojos, para que me mandes amarte, y que si este amor falta te irrites contra mí y me amenaces con terribles miserias? ¿Acaso no es ya una más que mediana miseria el no amarte? ¡Ah, dime en tu misericordia, Señor Dios mío, lo que tú eres para mí! Di a mi alma: “Yo soy tu salvación”. Di eso, que yo lo escuche. El oído de mi corazón está ante ti, Señor. Ábrelo y dile a mi alma: “Yo soy tu salvación”. Correré tras esta voz y te poseeré al fin. No me ocultes tu rostro; que yo muera –para no morir– pero que te vea.

*Demasiado estrecho es el habitáculo de mi alma para que tú puedas entrar en él: ensánchalo. Está derruido, repáralo. Algunas cosas allí podrían chocar a tus ojos: lo confieso, lo sé. ¿Pero quién lo purificará? A quién sino a ti gritaré yo: “Purifícame, Señor, de mis defectos ocultos y libra a tu siervo de los defectos que proceden de las ocasiones ajenas. Creo, y por eso también hablo”. Señor, tú lo sabes. ¿No te he contado, contra mí mismo, mis pecados y no me has “perdonado la impiedad de mi corazón? Nada respondo en el juicio ante ti”, que eres la verdad; y por lo que me ataño, no quiero engañarme a mí mismo, “por miedo a que mi iniquidad mienta contra sí misma”. No, no discuto en el juicio contra ti, porque “si llevas cuenta de nuestros delitos, Señor, Señor, ¿quién podrá resistir?” (*Confesiones*, I, cap. 4 y 5).*

El ejemplo de San Agustín: humilde y constante esfuerzo hacia Dios

¡Qué lenguaje y qué ardor! San Agustín se ve consumido por el deseo de unirse a Dios y siente cuánto su debilidad le aleja de él; sin embargo, ve claro lo que tiene que hacer y, no os quepa duda, lo hará; tenderá hacia Dios con un ardor incesante. Sabe muy bien que Dios es el Bien supremo, al único que es bueno adherirse; sabe que sólo la fe puede conducirle a Dios aquí abajo, y su fe se abrasa en cierto modo de un inmenso amor por aquél a quien todavía no ve, pero a quien quiere adherirse en lo más íntimo de su ser.

Sin embargo, este esfuerzo quiere ser humilde, y cada página de los escritos de San Agustín nos muestra el sentimiento profundo de su miseria, la convicción de que nada puede sin Dios. Pero el cristiano que quiera llegar a la contemplación no puede contentarse con un esfuerzo pasajero; necesita una constancia que supere todos los obstáculos, ya vengan las dificultades de nuestra naturaleza corrompida, o de las tentaciones, o de las criaturas, o de las seducciones del espíritu de las tinieblas. Comenzar y detenerse es no hacer nada, hay que seguir. Caminamos aún por el país de la prueba, en la claridad opaca de la fe, no que la fe deje de ser ciertísima, pero la plena inteligencia de las cosas de la fe no es de este mundo; hay que esperar la hora de Dios, y esperarla con una gran paciencia.

II.- Medio para elevarse hacia Dios mediante la contemplación

Es imposible para el alma elevarse hacia Dios en la contemplación si no se separa de las criaturas. Escuchemos aún a San Agustín: “*O dementia homines humaniter nescientem diligere!*: ¡Oh demencia que no sabe amar a los hombres humanamente!”.

Ninguna amistad es estable sino en Dios

IX.- Hoc est, quod diligitur in amicis et sic diligitur, ut rea sibi sit humana conscientia, si non amaverit redamantem aut si amantem non redamaverit, nihil quaerens ex ejus corpore praeter indicia benevolentiae. Hinc ille luctus, si quis moriatur, et tenebrae dolorum et versa dulcedine in amaritudinem cor madidum et ex amissa vita morientium mors viventium.

Beatus qui amat te et amicum in te et inimicum propter te. Solus enim nullum carum amittit, cui omnes in illo cari sunt, qui non amittitur. Et quis est iste nisi Deus noster, Deus, qui fecit coelum et terram et inplet ea, quia inplendo ea fecit ea? Te nemo amittit, nisi qui dimittit, et quia dimittit, quo it aut quo fugit nisi a te placido ad te iratum? Nam ubi non invenit legem tuam in poena sua? Et lex tua veritas et veritas tu.

IX.- Esto es lo que se ama en los amigos, y se ama hasta el punto de que nuestra conciencia se siente culpable cuando no se ama a quien nos ama y no se paga amor con amor; sin pedir nada al ser amado sino las arras de su afecto. De ahí el duelo por la muerte de un amigo, esas tinieblas de dolores, aquella dulzura que se cambia en amargura para el corazón bañado en lágrimas, y la pérdida de la vida de los que mueren pasa a ser la muerte de quienes sobreviven.

¡Feliz quien te ama, que ama a su amigo en ti y a su enemigo por amor a ti! No pierde a ningún ser querido solamente aquél para quien todos son queridos en Aquél que no podemos perder. ¿Y quién es ése sino nuestro Dios que hizo el cielo y la tierra y que los colma porque los ha creado colmándolos? Para perderte hay que abandonarte, y ¿a dónde va quien te abandona, a dónde huye, sino de tu benevolencia hacia tu cólera? Porque ¿dónde no encuentra en su castigo tu ley? Ahora bien, tu ley es la verdad y la verdad eres tú.

**No hay morada
estable para el alma
aquí abajo**

X.- Deus virtutum, converte nos et ostende faciem tuam, et salvi erimus. Nam quoquoversum se verterit anima hominis, ad dolores figitur alibi praeterquam in te, tametsi figitur in pulchris extra te et extra se. Quae tamen nulla essent, nisi essent abs te. Quae oriuntur et occidunt et oriendo quasi esse incipiunt et crescunt, ut perficiantur, et perfecta senescunt et intereunt: et non omnia senescunt et omnia intereunt. Ergo cum oriuntur et tendunt esse, quo magis celeriter crescunt, ut sint, eo magis festinant, ut non sint. Sic est modus eorum. Tantum dedisti eis, quia partes sunt rerum, quae non sunt omnes simul, sed decedendo ac succedendo agunt omnes universum, cujus partes sunt. Ecce sic peragitur et sermo noster per signa sonantia. Non enim erit totus sermo, si unum verbum non decedat, cum sonuerit partes suas, ut succedat aliud.

Laudet te ex illis anima mea, Deus, creator omnium, sed non in eis infigatur glutine amoris per sensus corporis. Eunt enim quo ibant, ut non sint, et conscindunt eam desiderii pestilentiosis, quoniam ipsa esse vult et requiescere amat in eis, quae amat. In illis autem non est ubi, quia non stant: fugiunt, et quis ea sequitur sensu carnis? Aut quis ea comprehendit, vel cum praesto sunt? Tardus est enim sensus carnis, quoniam sensus carnis est: ipse est modus ejus. Sufficit ad aliud, ad quod factus est, ad illud autem non sufficit, ut teneat transcurrentia ab initio debito usque ad finem debitum. In verbo enim tuo per quod creantur, ibi audiunt: "hinc et huc usque".

X.- Dios de las virtudes, "vuélvemos hacia ti, muéstranos tu rostro y seremos salvos". Sí, de cualquier lado que se oriente el alma del hombre, sólo para su propio dolor se fija en lo que no seas tú, aunque se fijase sobre las cosas más bellas fuera de ti, fuera de sí. E incluso esas bellas cosas no existieran si no procedieran de ti. Nacen y mueren; al nacer comienzan a ser, por decirlo así;

crecen para llegar a su perfección, y una vez alcanzada esa perfección, envejecen y mueren. Todo no llega a la vejez, pero todo llega a la muerte. Por lo tanto, cuando nacen y se esfuerzan hacia el ser; cuanto más rápidamente crecen hacia el ser más rápidamente se precipitan hacia el no-ser. Tal es su condición; he ahí el papel que tú les has asignado, porque son parte de las cosas que no coexisten nunca simultáneamente y que, mediante las vicisitudes de su aparición y desaparición, integran el conjunto del que son sólo las partes. Se parecen al modo como se desarrolla hasta el final nuestra conversación, gracias al encadenamiento de nuestras palabras articuladas. No llegaría a formularse entera si cada palabra, una vez cumplida su misión sonora, no se desvaneciera para dejar paso a otra palabra.

Que mi alma te alabe por tales bellezas, oh Dios, creador del universo, ¡pero que no se deje apresar por la liga de un amor sensual! Porque esas bellezas van hacia donde han de ir para dejar de ser; y desgarran el alma con sus amores pestilentes, porque la propia alma quiere ser y quiere reposar en las cosas que ama. Ahora bien, en tales cosas no encuentra dónde reposar; no tienen estabilidad, están en un flujo perpetuo. ¿Quién puede alcanzarlas con los sentidos de la carne? ¿Quién puede asirlas, incluso cuando están allí presentes? Porque el sentido de la carne es lento, precisamente porque es el sentido de la carne; está limitado por su propia naturaleza. Basta para otras cosas, para las que está hecho; no basta para las cosas que pasan tan pronto, del comienzo que les está asignado al final que les está asignado. Porque en tu palabra que las ha creado, escuchan este decreto: “De aquí, hasta ahí”.

**Sólo Dios domina toda
inestabilidad**

XI.- Noli esse vana, anima mea, et obsurdescere in aure cordis tumultu vanitatis tuae. Audi et tu: Verbum ipsum clamat, ut redeas, et ibi est locus quietis imperturbabilis, ubi non deseritur amor, si ipse non deserat. Ecce illa discedunt, ut alia succedant et omnibus suis partibus constet infima universitas. "Numquid ego aliquo discedo?" ait Verbum Dei. Ibi fige mansionem tuam, ibi commenda quidquid inde habes, anima mea, saltem fatigata fallaciis. Veritati commenda quidquid tibi est a veritate, et non perdes aliquid, et reflorescent putria tua et sanabuntur omnes languores tui et fluxa tua reformabuntur et renovabuntur et constringentur ad te et non te deponent, quo descendunt, sed stabunt tecum et permanebunt ad semper stantem ac permanentem Deum.

Ut quid perversa sequeris carnem tuam? Ipsa te sequatur conversam. Quidquid per illam sentis in parte est et ignoras totum, cujus hae partes sunt, et delectant te tamen. Sed si ad totum comprehendendum esset idoneus sensus carnis tuae ac non et ipse in parte universi accepisset pro tua poena justum modum, velles, ut transiret quidquid existit in praesentia, ut magis tibi omnia placerent. Nam et quod loquimur, per eundem sensum carnis audis et non vis utique stare syllabas, sed transvolare, ut aliae veniant et totum audias. Ita semper omnia, quibus unum aliquid constat, et non sunt omnia simul ea, quibus constat: plus delectant omnia quam singula, si possint sentiri omnia. Sed longe his melior qui fecit omnia, et ipse est Deus noster, et non discedit, quia nec succeditur ei.

XI.- No seas vana, alma mía, no dejes el oído de tu corazón ensordecerse por el ruido de tu vanidad. Escucha, también tú: el mismo Verbo te grita que vuelvas; el lugar del reposo que nadie puede turbar está allí donde el amor no sufre abandono, si él mismo no abandona. Mira, esas cosas se van para dar lugar a otras, y para que, de todas esas partes, se forme un todo, por raquíctico

que sea: “Y yo, ¿me voy a otra parte?”, dice el Verbo de Dios. Fija en él tu morada, confíale todo cuanto de él has recibido, alma mía, cansada de tus decepciones, por decir algo. Confía a la Verdad cuanto has recibido de la verdad, no perderás nada. Lo que hay en ti de corrupto recobrará su frescor; todas tus debilidades quedarán curadas, tus partes perecederas quedarán restauradas, renovadas, estrechamente unidas a ti; ya no te arrastrarán más allí donde bajan ellas mismas; se quedarán contigo de forma permanente, cerca del Dios eternamente estable y permanente.

¿Por qué, fuera del camino recto, vas a seguir a tu propia carne? ¡Date la vuelta y tu propia carne te seguirá! Todo cuanto sientes por medio de ella no es sino algo parcial; el todo al que se relacionan estas partes, tú no lo conoces, y sin embargo son éstas las que te encandilan. Pero si el sentido de tu carne fuera capaz de abarcar al todo, y si para tu castigo no hubiera sido limitado estrictamente sólo a una parte del todo, desearías que pasara todo cuanto existe en el presente, para disfrutar mejor del conjunto. Las palabras que articulamos, tú las escuchas con este mismo sentido de la carne, y naturalmente no deseas que las sílabas permanezcan sino que huyan rápidamente para que dejen lugar a otras de modo que puedas oír el conjunto. Siempre sucede lo mismo con las partes que concurren a formar un todo, sin que exista simultaneidad en el ser de estas partes de las que se forma el todo: el todo gusta mucho más que cada parte considerada separadamente, cuando se puede contemplar en su totalidad. Pero mucho mejor que todo esto es Aquél que lo ha creado todo, que es nuestro Dios, y que no pasa, ya que nada le sustituye.

XII.- Si placent corpora, Deum ex illis lauda et in artificem eorum retorque amorem, ne in his, quae tibi placent, tu displiceas. (*Confesiones*, IV, cap. 9-12).

XII.- *Si te gustan los cuerpos, alma mía, alaba a Dios por ellos, haz remontar tu amor hasta Aquél que es su autor, para no disgustarle en las cosas que te gustan. (Confesiones, IV, cap. 9-12).*

III.- El término es la unión con la Trinidad

El término es la unión con la Trinidad en el cielo: “*Vita contemplativa calcatis curis omnibus ad videndam faciem sui Creatoris inardescit*: la vida contemplativa, dice San Gregorio, tras haber pisoteado todos los apetitos terrenos, se inflama con un ardiente deseo de ver el rostro de su divino Creador”. Tal es el término de la contemplación. En cierto modo es el noviciado del cielo. Aquí el esfuerzo, allá arriba el goce.

Sólo mediante la caridad nos unimos a Dios, nuestra felicidad

XII.- *Secutio igitur Dei, beatitatis appetitus est; consecutio autem, ipsa beatitas. At eum sequimur diligendo, consequimur vero, non cum hoc omnino efficitur quod est ipse, sed ei proximi, eumque mirifico et intelligibili modo contingentes, ejusque veritate et sanctitate penitus illustrati atque comprehensi. Ille namque ipsum lumen est; nobis autem ab eodem illuminari licet. “Maximum, ergo quod ad beatam vitam duci, primumque mandatum est: Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo et anima et mente. Diligentibus enim Deum omnia procedunt in bonum” (Matth. XXII, 37, 38). Quamobrem paulo post idem Paulus: “Certus sum, inquit, quod neque mors, neque vita, neque angeli, neque virtus, neque instantia, neque futura, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit nos separare a caritate Dei, quae est in Christo Jesu Domino nostro” (Rom. VIII, 28, 38, 39). Si igitur diligentibus Deum omnia procedunt in bonum; et summum bonum quod etiam optimum dicitur, non*

modo diligendum esse nemo ambigit, sed ita diligendum ut nihil amplius diligere debeamus; idque significatur et exprimitur quod dictum est: “Ex tota anima, et ex toto corde, et ex tota mente”; quis quaeso, dubitaverit, his omnibus constitutis, et firmissime creditis, nihil nobis aliud esse optimum, ad quod adipiscendum positivis caeteris festinare oporteat, quam Deum? Item si nulla res ab ejus caritate nos separat, quid esse non solum melius, sed etiam certius hoc bono potest?

XII.- Buscar a Dios, es pues desear la felicidad; encontrar a Dios, es la felicidad misma. Buscamos a Dios amándolo, y le encontramos no llegando a ser absolutamente como él es, sino semejantes a él, comprendiéndolo de un modo extraordinario e intelectual, compenetrados enteramente y rodeados por su verdad y santidad. Porque él es la luz misma, y se nos da ser iluminados por ella. Por lo tanto, lo que conduce a la vida feliz es “el mayor, el primer mandamiento: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu. En efecto, todo sirve para el bien a los que aman a Dios” (Deuteronomio 6, 5; Mateo 22, 37; Romanos 8, 28). Por eso Pablo añade un poco más adelante: “Estoy persuadido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni las potestades, ni lo presente, ni lo futuro, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura alguna nos podrá separar del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor Nuestro” (Romanos 8, 38-39).

Si, pues, para quienes aman a Dios todo coopera para el bien, nadie puede dudar de que haya que amar no solamente al bien soberano, que es llamado también el bien por excelencia, sino que además hay que amarlo de tal modo que nada amemos más que él, que es lo que significan y expresan las palabras citadas: “con toda el alma, con todo el corazón, con todo el espíritu”. Asen-

tadas estas cosas y firmemente creídas, ¿quién pondrá en duda, pregunto, que haya para nosotros algo más excelente que Dios y que hayamos de apresurarnos a alcanzarlo antes que todas las demás cosas? Además, si nada nos separa de su caridad, ¿qué puede haber no sólo de mejor, sino de más seguro que ese bien?

**Nada puede
separarnos del amor
de Dios**

Sed singula breviter attendamus. Nemo nos inde separat, minando mortem. Id ipsum enim quo diligimus Deum, mori non potest, nisi dum non diligit Deum: cum mors ipsa sit non diligere Deum, quod nihil est aliud quam ei quidquam in diligendo atque sequendo praeponere. Nemo inde separat pollicendo vitam: nemo enim ab ipso fonte separat, pollicendo aquam. Non separat angelus: non enim est angelus, cum inhaeremus Deo, nostra mente potentior. Non separat virtus: nam si virtus hic illa nominata est, quae aliquam potestatem in hoc mundo habet, toto mundo est omnino sublimior mens inhaerens Deo. Sin virtus illa dicta est, quae ipsius animi nostri rectissima affectio est: si in alio est, favet ut jungamur Deo; si in nobis est, ipsa conjungit. Non separant instantes molestiae: hoc enim leviores eas sentimus, quo ei unde nos separare moliuntur, arctius inhaeremus. Non separat promissio futurorum: nam et quidquid boni futurum est, certius promittit Deus; et nihil est ipso Deo melius, qui jam profecto bene sibi inhaerentibus praesens est. Non separat altitudo neque profundum: etenim si haec verba scientiae forte altitudinem vel profundum significant, non ero curiosus, ne sejungar a Deo, nec cujusquam doctrina me ab eo separat, ut quasi depellat errorem, a quo nemo prorsus nisi separatus erraret. Si vero altitudine et profundo superna et inferna hujus mundi significantur, quis mihi coelum polliceatur, ut a coeli fabricatore sejungar? Aut quis

terreat infernus, ut Deum deseram, quem si nunquam deseruissem, inferna nescirem? Postremo quis me locus ab ejus caritate divellet, qui non ubique totus esset, si ullo contineretur loco?

Pero examinemos brevemente cada palabra del Apóstol. Nadie nos puede separar de Dios amenazándonos de muerte. En efecto, aquello por lo que amamos a Dios no puede morir sino por no amar a Dios, porque la muerte real es no amar a Dios, lo que no es sino amar pero siguiendo otra cosa con preferencia a Dios. Nadie nos separa de él prometiéndonos la vida. Porque nadie separa de la fuente prometiendo el agua. Ningún ángel nos separa de él: porque no hay ángel más fuerte que nuestro espíritu cuando nos adherimos a Dios.

La virtud no nos separa de él: porque si la virtud que se menciona aquí es la que tiene cierto poder en este mundo, el espíritu que adhiere a Dios es absolutamente superior al mundo entero. Si la virtud en cuestión es el afecto absolutamente recto de nuestra alma, de dos cosas una: o bien está en otro y entonces nos ayuda a unirnos a Dios; o bien está en nosotros y entonces nos une a él.

Las aflicciones presentes no nos separan de él. En efecto, las encontramos más ligeras por el hecho de que estamos más estrechamente unidos a aquél del que se esfuerzan por separarnos. La promesa de los bienes futuros no nos separa de él, porque es Dios quien promete con mayor certeza toda clase de bienes futuros; y nada hay mejor que Dios mismo, ya presente sin duda alguna en aquellos que están firmemente unidos a él.

Ni la altura ni la profundidad nos pueden separar de él. Porque si estas palabras significan, quizá, la altura y la profundidad de la ciencia, dejaré de ser curioso por miedo a separarme de Dios. Y ninguna doctrina me separa de él, como para arrancarme del error, ya que nadie yerra si no es por separarse de él. Mas, si por altura

y profundidad se entiende lo alto y lo bajo de este mundo, ¿quién va a prometerme el cielo para separarme del creador del cielo? ¿O qué infierno me aterrorizará para que abandone a Dios, ya que, si no le hubiera abandonado, no conocería el infierno? Finalmente, ¿qué lugar podrá separarme de la caridad de quien no estaría en todas partes si pudiera ser contenido en un lugar?

Nuestra propia alma es una creatura que no puede separarnos de la caridad

XII.- Non, inquit, separat alia creatura. O altissimorum mysteriorum virum! Non fuit contentus dicere: Creatura; sed alia, inquit, creatura, admonens etiam idipsum quo diligimus Deum et quo inhaeremus Deo, id est animum atque mentem, creaturam esse. Alia ergo creatura corpus est: et si animus res quaedam est intelligibilis, id est quae tantum intelligendo innotescit, alia creatura est omne sensibile, id est quod per oculos, vel aures, vel olfactum, vel gustum, vel tactum quasi quamdam notitiam sui praebet; atque id deterius sit necesse est, quam quod intelligentia sola capitur. Ergo cum etiam Deus dignis animis notus non nisi per intelligentiam possit esse, cum tamen sit ipsa qua intelligitur mente praestantior, quippe qui creator ejus atque auctor est, verendum erat ne animus humanus, eo quod inter invisibilia et intelligibilia numeratur, ejusdem se naturae arbitraretur esse, cujus est ipse qui creavit; et sic ab eo superbia decideret, cui caritate jungendus est. Fit enim Deo similis quantum datum est, dum illustrandum illi atque illuminandum sese subjicit. Et si maxime ei propinquat subjectione ista qua similis fit, longe ab eo fiat necesse est audacia qua vult esse similior. Ipsa est qua legibus Dei obtemperare detrectat, dum suae potestatis esse cupit ut Deus est.

XII.- “Ninguna otra creatura puede separarnos de él” [Romanos 8, 38], dice el Apóstol. ¡Oh, hombre de los más profundos misterios! No se ha contentado con decir: una creatura, sino que dice: ninguna creatura, advirtiéndonos de que aquello mismo por lo que amamos a Dios y mediante lo que nos adherimos a Dios, —entendamos el alma y el espíritu—, es una creatura. La otra creatura es, pues, el cuerpo: y si el alma es algo inteligible, es decir que sólo se conoce mediante la inteligencia, la otra creatura comprende todo lo que es sensible, es decir, lo que da una especie de conocimiento de sí mediante los ojos o los oídos o el olfato o el gusto o el tacto. Y es necesario que todo esto sea de menor valor que lo que se capta sólo por la inteligencia.

Puesto que Dios puede ser conocido de las almas dignas únicamente mediante la inteligencia, —aunque sea, sin embargo, un espíritu superior al espíritu que le capta, en cuanto que es su creador y su alimentador—, se podría temer que el espíritu humano, por el hecho de pertenecer a los seres invisibles e inteligibles, se creyera de la misma naturaleza que su Creador y por ahí se alejara por orgullo de aquél a quien debe estar unido por la caridad. En efecto, se hace semejante a Dios, en la medida que se le ha otorgado, cuando se somete a Dios para ser instruido por él e iluminado. Y si se acerca a Dios, en cuanto esto es posible mediante esa sumisión que le hace semejante a Dios, se aleja necesariamente de él por la audacia de querer serle más semejante aún. Audacia que le aleja de obedecer a las leyes de Dios, al darle el deseo de ser dueño de sí mismo, como Dios.

Quanto ergo magis longe discedit a Deo, non loco, sed affectione atque cupiditate ad inferiora quam est ipse, tanto magis stultitia miseriaque completur. Dilectione igitur redit in Deum, qua se illi non componere,

sed supponere affectat. Quod quanto fecerit instantius ac studiosius, tanto erit beator atque sublimior, et illo solo dominante liberrimus. Quamobrem nosse debet se esse creaturam. Debet enim creatorem suum credere sicuti est, inviolabili et incommutabili semper manere natura veritatis atque sapientiae: in se autem cadere posse stultitiam atque fallaciam, vel propter errores quibus exui desiderat, confiteri. Sed rursus cavere debet, ne ab ipsius Dei caritate, qua sanctificatur ut beatissimus maneat, alterius creaturae, id est hujus sensibilis mundi amore separetur. Non igitur separat nos alia creatura, siquidem et nos ipsi creatura sumus, a caritate Dei, quae est in Christo Jesu Domino nostro.

Cuanto más, pues, el espíritu se aleja de Dios, no por la distancia, sino por el afecto y la concupiscencia, para ir a cosas diferentes de Dios, más se llena de necedad y de miseria. Por consiguiente, vuelve a Dios mediante el amor, que le empuja no a igualarse a Dios, sino a someterse a él. Cuanto más ardor y aplicación ponga en ello, más feliz y elevado será, y bajo el único dominio de Dios será perfectamente libre. Por ello, el espíritu debe saber que es una creatura. Debe, en efecto, creer en su Creador tal como es, subsistiendo siempre con su naturaleza inviolable e inmutable de la verdad y de la sabiduría. Pero ha de confesar que él mismo puede ser presa de la necedad y de la ilusión, engendradas por los mismos errores de que quiere liberarse. Ha de cuidarse aún para no verse separado de la caridad divina, que le santifica para que siga siendo plenamente feliz, por el amor de cualquier otra creatura, es decir, de este mundo sensible. Así, ninguna otra creatura, ya que también nosotros somos creaturas, nos separa de la caridad divina, que está en Jesucristo Señor Nuestro.

**Esta caridad sólo se
encuentra en Nuestro
Señor**

XIII.- Dicat nobis idem Paulus, quis iste sit Christus Jesus Dominus noster: "Vocatis, inquit, praedicamus Christum Dei Virtutem et Dei Sapientiam" (I *Cor.* I, 24). Quid? Ipse Christus nonne inquit: "Ego sum Veritas"? (*Joan.* XIV, 6). Si ergo quaerimus quid sit bene vivere, id est ad beatitudinem bene vivendo tendere, id erit profecto amare Virtutem, amare Sapientiam, amare Veritatem et amare ex toto corde, et ex tota anima, et ex tota mente; Virtutem quae inviolabilis et invicta est, Sapientiam cui stultitia non succedit, Veritatem quae converti atque aliter quam semper est sese habere non novit. Per hanc ipse cernitur Pater; dictum est enim: "Nemo venit ad Patrem nisi per me". (*Joan.* XIV, 6). Huic haeremus per sanctificationem. Sanctificati enim plena et integra caritate flagramus, qua sola efficitur ut a Deo non avertamur, eique potius quam huic mundo conformemur. "Praedestinavit enim, ut ait idem Apostolus, conformes nos fieri imaginis Filii ejus" (*Rom.* VIII, 29).

Fit ergo per caritatem ut conformemur Deo, et ex Deo conformati atque configurati, et circumcisi ab hoc mundo, non confundamur cum iis, quae nobis debent esse subjecta. Fit autem hoc per Spiritum sanctum. "Spes enim, inquit, non confundit; quoniam caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis" (*Rom.* V, 5). Nullo modo autem redintegrari possemus per Spiritum Sanctum, nisi et ipse semper et integer et incommutabilis permaneret. Quod profecto non posset, nisi Dei naturae esset ac ipsius substantiae, cui soli incommutabilitas atque, ut ita dicam, invertibilitas semper est. "Creatura enim, neque hoc ego, sed idem Paulus clamat, vanitati subjecta est" (*Rom.* VIII, 20). Neque nos potest a vanitate separare, veritatique connectere, quod subjectum est vanitati. Et hoc nobis Spiritus Sanctus praestat: creatura igitur non est. Quia omne quod est, aut Deus, aut creatura est.

XIII.- *Que el mismo Pablo nos diga quién es este Cristo Jesús Nuestro Señor: “A los llamados, nos dice, nosotros predicamos a Cristo, Fuerza de Dios y Sabiduría de Dios” (1 Corintios 1, 23-24). ¡Pues qué! ¿Acaso no dice Cristo mismo: “Yo soy la Verdad”? Si, pues, queremos saber lo que es el bien vivir, es decir, tender a la felicidad viviendo bien, ciertamente será amar la Virtud, amar la Sabiduría, amar la Verdad, y amar con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todo nuestro espíritu la Virtud que es inviolable e invicta, la Sabiduría a la que no sucede la locura, la Verdad que no se deja modificar ni mostrarse diferente de lo que ha sido desde siempre. Por ella el Padre mismo es contemplado. En efecto se ha dicho: “Nadie va al Padre sino por mí” (Juan 14, 6). Nos adherimos a ella mediante la santificación. Porque, ya santificados, nos inflamamos mediante una caridad plena e íntegra que es la única que hace que no nos alejemos de Dios y que nos conformemos a él y no al mundo. “Nos ha predestinado, como dice el mismo Apóstol, a ser conformes a la imagen de su Hijo” (Romanos 8, 29).*

Mediante la caridad es, pues, como nos hacemos conformes a Dios y que, conformados y semejantes a él y separados de este mundo, ya no se nos confunde con las cosas que han de estarnos sometidas. Ahora bien, todo eso es obra del Espíritu Santo. “La esperanza, dice el Apóstol, no defrauda, porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Romanos 5, 5). Pero, no podríamos de ningún modo ser renovados en la integridad por el Espíritu Santo, si él mismo no conservara siempre la integridad y la inmutabilidad. Lo que ciertamente no podría hacer si no fuera de la misma naturaleza de Dios y de la misma substancia de Aquél a quien pertenece eternamente la incomunicabilidad y, por así decir, la irreversibilidad. No soy yo, es el mismo Pablo quien lo dice: “La creatura ha sido sujeta a la vanidad” (Romanos 8, 20). Pero lo que ha sido sujetado a la vanidad no puede

separarnos de la vanidad, ni atarnos a la verdad. Esto se nos da mediante el Espíritu Santo. Éste no es pues ninguna creatura: porque todo lo que existe es o bien Dios o bien creatura.

**La Santísima Trinidad
bien supremo del
hombre**

XIV.- Deum ergo diligere debemus trinam quamdam unitatem. Patrem et Filium et Spiritum Sanctum, quod nihil aliud dicam esse, nisi idipsum esse. Est enim vere summeque Deus: "Ex quo omnia, per quem omnia, in quo omnia" (Rom. XI, 36). Haec verba Pauli sunt. Quid deinde subicit? "Ipsi gloria". Sincerissime omnino. Neque enim ait, ipsis: nam unus est Deus. Quid est autem "Ipsi gloria" nisi ipsi optima et summa et late patens fama? Quanto enim melius atque diffusius diffamatur, tanto diligitur et amatur ardentius. Quod cum fit, nihil aliud ab humano genere quam certo et constanti gradu in optimam vitam et beatissimam pergitur. Non arbitror cum de moribus et vita fit quaestio, amplius esse requirendum, quod sit hominis summum bonum, quo referenda sunt omnia. Id enim esse patuit, et ratione quantum valuimus, et ea quae nostrae rationi antecellit auctoritate divina, nihil aliud quam ipsum Deum. Nam quid erit aliud optimum hominis, nisi cui inhaerere est beatissimum? Id autem est solus Deus, cui haerere certe non valemus, nisi dilectione, amore, caritate. (*De moribus Ecclesiae catholicae*, I. I, cap. 11-14).

XIV.- Por lo tanto hemos de amar a Dios, unidad trina, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de quien nada diré sino que es el ser mismo. En efecto, Dios es verdaderamente y soberanamente; "de él, por él y en él son todas las cosas" (Romanos 11, 36). Estas palabras son de Pablo. ¿Qué añade luego?: "A él la gloria". Con toda y perfecta verdad. Porque no dice: a ellos, puesto que no hay más que

un solo Dios. ¿Pero qué significa: a él la gloria, sino la fama más excelente, la más alta y la más extensa? En efecto, más y mejor se la da a conocer; mejor se le ama y con mayor ardor se le quiere. Cuando esto sucede, el género humano no puede sino avanzar con paso cierto y constante hacia la vida perfecta y bienaventurada.

Cuando se trata de costumbres y de vida, no pienso que haya que buscar todavía más qué cosa sea el bien soberano del hombre, al cual hay que referir todo. Porque queda demostrado, tanto por la razón en cuanto hemos sido capaces, como por la autoridad divina que supera nuestra razón, que no es otra cosa sino el mismo Dios. ¿Cuál puede ser, en efecto, el mayor bien del hombre, sino aquella posesión que le haga plenamente feliz? Este bien es sólo Dios a quien ciertamente no podemos unirnos sino mediante el afecto, el amor, la caridad. (De moribus Ecclesiae catholicae, I. I, cap. 11-14).

DÉCIMASEXTA MEDITACIÓN

LA EUCARISTÍA

“Memoriam fecit mirabilium suorum, misericors et miserator Dominus, escam dedit timentibus se. El Señor ha hecho un memorial de sus maravillas; en su misericordia y su bondad, ha dado de comer a los que le temen” (Salmo 111, 4-5).

La Eucaristía es el memorial de todas las maravillas de Dios: de la Creación mediante la transubstanciación; de la Encarnación por aquella manera en que Jesucristo se presenta bajo las especies consagradas; de la Redención mediante la doble consagración del Cuerpo y de la Sangre; de la Resurrección por la garantía que de ella se nos da.

Para nosotros, religiosos de la Asunción, es el principio de una nueva vida de adoración, de imitación, de expiación, de unión. Examinemos estos cuatro rasgos que me parece concretizan, bajo la acción de los beneficios del Salvador, una vida completamente nueva.

I.- Adoración

Excelencia de la adoración de Nuestro Señor en la Eucaristía El sacerdote, después de la Consagración, teniendo la Hostia santa sobre la preciosa Sangre, indica que ofrece todo honor y toda gloria a la adorable Trinidad por Jesucristo, con él y en él: *per Ipsum et cum Ipso et in Ipso*.

La adoración humana es impotente y todos los holocaustos no han podido agradar a Dios. *“Holocaustomata et pro peccato non tibi placuerunt*: Holocaustos por el

pecado no te agradaron” [Hebreos 10, 6]. Entonces el Hijo de Dios, haciéndose hombre, dijo: “*Tunc dixi: Ecce venio: Heme aquí, que vengo*” (Salmo 39, 8). Por lo tanto el Hijo de Dios encarnado es quien viene a ofrecer la más pura adoración a su Padre, y se la ofrece en el estado de anonadamiento al que le ha reducido no sólo la Cruz sino también la Eucaristía.

Unión de nuestra adoración a la suya

Desde el fondo de este abismo es desde donde el Hijo de Dios hecho hombre adora, y unidos al

Hijo de Dios es como nosotros podemos ofrecer nuestras adoraciones más completas; no que las nuestras tengan valor alguno, sino que lo reciben de los méritos infinitos de la Víctima divina, unidos a lo que nosotros podemos añadirles desde nuestra inmensa miseria. Por lo tanto, nosotros adoramos por Jesucristo, que es nuestro Sacerdote, con Jesucristo, que intercede sin cesar por nosotros: *semper vivens ad interpellandum pro nobis* [Hebreos 7, 25], y en Jesucristo, con el fin de que no formando más que uno con él, se haga evidente que su oración es la nuestra y que la nuestra será atendida por su causa.

Jesús es, en efecto, el gran Mediador, “*et non est in alio aliquo salus, in quo oporteat nos salvos fieri: y no hay nadie más en quien podamos ser salvados*” (Hechos 4, 12).

Jesús-Eucaristía, objeto igualmente de nuestra adoración

Jesús ha querido hacerse nuestro hermano, y se encarga de hablar en nuestro nombre, cubierto, como quiere estar, con

nuestros pecados, para sufrir en su humanidad sus consecuencias; pero notad que Nuestro Señor es nuestro Dios, que desea ser adorado, y con la adorable Trinidad recibe este honor y esta gloria: “*Per Ipsum, et cum Ipso, et in Ipso est tibi Deo Patri omnipotenti, in unitate Spiritus sancti, omnis honor et gloria: por él y con él y en él, a ti*

Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria” (Canon de la Misa).

La santa Humanidad del Salvador, escondida bajo los velos eucarísticos, unida a la segunda persona de la Santísima Trinidad, ofrece esta adoración.

Pero Jesucristo, Dios y hombre, unido inseparablemente a la Trinidad, da un valor incomparable a esta adoración y así es como este homenaje en el que podemos participar resulta de una excelencia incomprensible.

II.- Imitación

Jesucristo, enteramente en la Eucaristía, se halla en ella en el más profundo anonadamiento. ¿Qué más anonadado que un Dios hecho hombre, escondido bajo la apariencia de un poco de pan y unas gotas de vino? He ahí a qué desea reducirse para mostrar qué horror tiene del pecado y a qué extremo le ha reducido el pecado, siendo él la inocencia misma. Somos nosotros los que hemos cometido el pecado; nosotros somos los que debemos anonadarnos, abajarnos, o al menos abajarnos mediante los sentimientos viles y bajos que hemos de tener de nosotros mismos. En efecto, ¿qué cristiano animado con un sentimiento de fe puede contemplar la Eucaristía sin sentirse confundido por el estado a que quiere verse reducido todo un Dios?

Silencio de Jesús Y ahí, el que es el Verbo divino, la Palabra eterna, guarda el silencio más profundo; sigue en silencio, no abre la boca, se calla como el cordero ante el esquilador, no tiene reclamación alguna que presentar; ya podemos hacer con él lo que queramos, nunca se quejará. El silencio le parece, por sí mismo, un excelente sacrificio. ¿Quién ha oído nunca la voz de la Hostia en el Sagrario? ¿Quizá algunos servidores privilegiados han tendido el oído y ha resona-

do allí lo que San Agustín llama el elocuente silencio de los misterios, *facundum quoddam et canorum veritatis silentium?* Pero en ese caso las palabras pronunciadas son aquellas que actúan aisladamente en las almas, que las empujan a la más alta perfección, y si bien algunas veces parten del Sagrario, también a menudo llegan al corazón en el recogimiento de la celda.

Paciencia de Jesús Jesús también os invita con él a esperar su día y el vuestro; vosotros tenéis prisa, estáis impacientes, no tenéis razón. Imitad la paciencia de Dios. Se comporta como el sol en el curso de un hermoso día de verano; ¿os dais cuenta de su caminar? Y sin embargo, desde la salida del astro hasta su ocaso, ¡qué camino recorrido! Creéis que nada hacéis con Jesucristo en vosotros, pero corréis con pasos de gigante.

Mirad también su maravillosa paciencia durante los siglos: Y sin embargo ¡qué de revoluciones, cuántas tempestades! Pero sabe elegir el momento y además hay que, de acuerdo con la expresión hebrea, saber esperar esperando: *Expectans expectavi Dominum, et intendit mihi* (Salmo 40, 2).

Amor en el sufrimiento Mirad finalmente qué amor os tiene Jesús en la Eucaristía: “*Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos*: habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Juan 13, 1). Y antes de morir instituye la Eucaristía. “*Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum antequam patiar*: antes de padecer he deseado ardientemente comer esta pascua con vosotros” [Lucas 22, 15].

¡En vuestros sufrimientos, id a la Eucaristía con un gran amor, y todas vuestras tribulaciones os resultarán suaves, todos los sufrimientos fáciles! Porque ¿qué amor más grande que el de querer unirse a vosotros mediante

la manducación eucarística? ¿Qué amor más agradable le podéis manifestar que intentar por parte vuestra no formar sino una sola cosa con él? Id pues a Jesús en la Eucaristía y servidle en la plenitud de vuestra ternura y de vuestra gratitud. Es banal decir que nunca le amaréis como él os ama, pero ¡qué honor para vosotros ser llamados a una lid de amor semejante!

Imitadle en sus perfecciones, porque eso es lo que desea ante todo. ¿Qué deseáis? ¿Qué buscáis, si deseáis algo distinto a rehacer en vosotros la imagen de Dios destruida por el pecado? ¡Pues bien!, ese Dios está en vosotros. ¿Qué más queréis, si sabéis dejarle hacer y actuar, y si os aplicáis a formar en vuestra alma la vida, las virtudes, los sentimientos de Jesucristo? *Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu* [Filipenses 2, 5]. Pero, ¿a qué grado de santidad llegaríais si Jesucristo forma en vosotros disposiciones dignas de sí, y sobre todo si os dedicáis a traducirlas mediante el sentido superior que daréis a todos los actos de vuestra vida?

Oración de imitación Señor, ¿qué mejor cosa puedo yo hacer para convertir mi vida en vida celestial sobre la tierra que dedicarme a imitarte cada día más perfectamente, de acuerdo con los ejemplos que me das en el Evangelio? ¿Tengo quizá la pretensión de hacerlo mejor que tú? ¿Y tengo algo mejor que hacer para llegar a ser un santo, que tratar de parecerme a ti?

Cuando estabas en la última Cena, al lavarles los pies a tus apóstoles para imprimirles el último sello de pureza y poderles decir al darles de comulgar: “*Jam vos mundi estis*: ahora ya todos estáis limpios”, añadiste al recomendarles que te imitaran: “*Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis*: os he dado ejemplo, para que como yo he hecho lo hagáis también vosotros” (Juan 13, 15). Ejemplo de humildad, ejemplo de caridad; ¿qué más se puede pedir al cristiano, sino que se anonade y que ame?

Quiero imitarte, Señor, y caminando sobre tus huellas, imitar el anonadamiento de la Hostia y llevar en mí y a mi alrededor las llamas que allí escondes; Señor, Dios mío, ¿en qué otra parte encontraré la perfección? Tú la haces bajar del cielo a la tierra y la pones a mi alcance; ¡que yo la imite y no sea demasiado indigno de ti!

III.- Expiación

¿Qué es Jesucristo en la Eucaristía? Es la Víctima por excelencia. Buscad y ved si podéis inventar un prodigio semejante.

A ejemplo de Nuestro Señor Una justicia infinita ofendida, la humanidad entera incapaz de pagar la deuda contraída por el padre de todos: ¿qué hacer? Un hombre será tomado por un Dios, y Dios, formando una sola cosa con un hombre, le dará su personalidad, conservando la naturaleza de la creatura y del Creador: *Salva utriusque naturae substantiae et in unam coeunte personam*. ¡Qué prodigio esa víctima, humana porque el hombre ha pecado y al mismo tiempo divina, para poder reparar los derechos de Dios lesionados!

Expiación por sí mismo Ahora bien, el religioso, dedicado a la vida de sacrificio, debe ser ante todo, en cuanto depende de él, un hombre divino en sus expiaciones; por lo tanto ha de tomar todas sus acciones y transformarlas en ofrendas incesantes. Por lo que respecta a sus sufrimientos cotidianos, se vuelven un rico tesoro, ya que, en la comunión y en la celebración de la Misa, puede aportar a Jesucristo el don de cuanto puede soportar, y decirle al divino Maestro: Señor, que todo en mí sea digno de ti, para que también yo, a mi vez y a imitación tuya, sea

una hostia pura y sin mancha y que te entregue así cuanto me pidas de sufrimientos, de dolores, de angustias, de lágrimas, porque, ya que el discípulo no es más que el Maestro, si tú, la inocencia misma, has sido víctima por mí, quiero ser víctima a mi vez.

por los demás

El religioso, cuando sale de la celebración de los santos misterios, puede decir: Voy a inmolarme con mi Maestro. El sentimiento imperfecto del Apóstol que exclama: “*Et nos eamus et moriamur cum illo*: también nosotros, vayamos y muramos con él” (Juan 11, 16) debe tornarse una perfección para el religioso. Sobre todo después de la comunión, expía por sí mismo; pero, ¡qué honor, a imitación de su Maestro, poder ofrecerse para expiar por los demás! Hoy sobre todo, en que el egoísmo lo invade todo, lo hiela todo, extiende el frío de la muerte sobre cualquier entrega generosa, ¡qué vocación admirable la del religioso que dice: Sufro con Jesucristo crucificado, me inmolo con la Hostia en el altar, muero a todo gozo creado para expiar con Jesucristo! ¡Oh!, quién le dará al religioso, realmente víctima en unión con la Víctima divina, poder exclamar con todos los deseos del amor que clavó al Salvador del mundo a la cruz: “*Adimpleo in carne mea ea quae desunt passionum Christi*: completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Jesucristo” (Colosenses 1, 24).

Ahí es donde se conoce la perfección del religioso, en el ardor de la inmolución y de la expiación. ¿Te repugna la expiación? Podrás estar vivo, pero en el orden sobrenatural eres mediocre y vulgar. ¿Tiene la expiación para ti atractivos que escuchas? Puedes abrigar la esperanza de progresar. ¿Te cautiva la expiación y sólo de pensarlo se inflama tu corazón? ¡Ánimo! Tienes fundadas esperanzas de llegar a ser un santo.

IV.- Unión con Dios

El término de la felicidad en el cielo es nuestra unión con Dios. Como ya he dicho algo sobre esto al hablar de la caridad y de la contemplación, sólo diré aquí una palabra.

El ojo del hombre no ha visto, la oreja del hombre no ha oído, el corazón del hombre no ha podido comprender lo que Dios reserva a los que quieren adherirse a él y no han puesto su esperanza en otras cosas. Pero, antes de las revelaciones del cielo y de sus contemplaciones inefables, en que nuestra alma, lanzándose en el seno de Dios mismo, estará para siempre unida a él, ¡qué de adoraciones anticipadas! ¡Qué unión misteriosa se da entre el alma y el Hombre-Dios en la Eucaristía! ¡Qué vida ésa si supiéramos comprenderla! ¡Cómo puede el religioso que participa del cuerpo y la sangre de su Dios exclamar mil veces más que la esposa del Cantar de los Cantares: *“Inveni quem diligit anima mea, tenui eum, nec dimittam: encontré al amor de mi alma, le aprehendí y no le soltaré”* (Cantar de los Cantares 3, 4)! Y a partir de ahí ¿en qué abismos de unión no podrá hundirse? ¡Que se quede siempre ahí y que todo en él exulte a la vista del Dios que le trae, en su unión con él, una vida totalmente nueva! ¿Qué es la vida del religioso alimentado en la comunión con la vida de Dios mismo, cuáles son sus sentimientos, sus actos, sus virtudes? ¡Cómo puede elevarse si, adhiriéndose a Jesucristo que ha bajado hasta él, se une irrevocablemente a su Maestro, y se deja transportar a todas partes a donde su Maestro quiera llevarle en la tierra y en el cielo!



DÉCIMASEPTIMA MEDITACIÓN

LOS MALES QUE HAY QUE COMBATIR

“Vos estis sal terrae, vos estis lux mundi. Vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo”
(Mateo 5, 13-14).

Me figuro a un apóstol saliendo de la tumba y contemplando el mundo para compararlo con aquél en el que, al término de su carrera, dio su vida por Jesucristo. ¿Qué pensaría? ¿Y qué sentimientos se formarían en su alma, en el supuesto de que recibiese por segunda vez la misión de evangelizar el mundo?

¿No trataría en primer lugar de darse cuenta de la situación actual del mundo?¹⁾ ¿No trataría de remontarse hasta las causas que lo han reducido al estado lamentable en que se encuentra? ¿No buscaría, además de la gracia, a qué medios de celo apostólico debería recurrir para actuar?

Estas son asimismo las tres preguntas que os ruego os planteéis para poder resolverlas provechosamente.

I.- Estado actual del mundo

Oscurecimiento de la fe ¿Qué vemos hoy día al echar una mirada sobre el mundo occidental? Un inmenso oscurecimiento de la fe, si bien con múltiples matices.

por indiferencia Fijaos: en algunos encontráis la más absoluta indolencia por averiguar lo que es verdadero y lo que es falso; ¿qué

¹⁾ El P. d'Alzon escribía estas meditaciones en 1879.



les importa? Su mente, curvada constantemente hacia la tierra, sólo se preocupa de las cosas de la tierra; se declaran cansados de buscar. Pero, ¿acaso buscaron alguna vez? Piden ante todo tranquilidad y miran por ella; no les habléis más que de sus intereses, no tienen tiempo para vagar a otra cosa.

Por desgracia, ¡ahí tenéis a las gentes ignorantes, entre las cuales se va perdiendo desde hace mucho la noción del bautismo!

Para ellos, nada se puede esperar del cielo como tampoco temer del infierno; la muerte es el fin de la existencia; tras ella, ¡la nada! Esta actitud va extendiéndose con no sé qué empuje fatal. El hombre sólo piensa en sus órganos, vive en la materia y ahí se queda. Ama la tierra y la adora; de la tierra salió y a ella quiere volver; la nada es el término de su esperanza.

Al desaparecer la idea de una vida inmortal, ¿qué queda? Ansias locas de gozar, odio atroz de quienes no tienen hacia quienes tienen y, finalmente, presagios de catástrofes que, de no detenerlas la mano de Dios, superarán en atrocidades y mortandad todo cuanto se ha visto de más espantoso.

por odio

Pues bien, en semejante ambiente moral, hay hombres que han sentido horror a la verdad y jurado odio diabólico a la Iglesia. Son conscientes de que existe una verdad, pero se niegan a reconocerla y se afanan por destruirla en los demás, de tal modo que aúnan indiferencia respecto a la verdad y odio respecto a su luz. Ésta les ofusca produciéndoles a la vez remordimiento y reprobación: por todas estas razones la rechazan. Y reparad, en efecto, por un lado en la guerra que le declaran sus activos enemigos, y por otro en la estúpida apatía de la mayoría que deja hacer y que, en los golpes asestados a la fe, tan sólo experimenta una emoción más dentro de una nueva

clase de combate. Se disfruta viendo cómo se pelean los animales entre sí. Ya no hay gladiadores como antaño; hoy día existe la gran batalla de creyentes contra infieles; es un auténtico espectáculo y todo espectáculo de por sí apasiona y entretiene.

**Resultados de este
obscurecimiento** ¿Qué amor al deber podrá darse con semejantes disposiciones? Imposible que no se borre del todo su rastro. De ahí, la violación de las grandes leyes de la vida humana.

no más honradez ¿Qué es para muchos el comercio, sino un robo organizado a escala máxima? ¿Qué se busca en todas esas especulaciones y empresas? Dinero, obtenido de la manera más rápida y más abundante; mucho en el menor tiempo posible. Pero, para ir rápido y ganar mucho, habrá que tergiversar la moral; así se hará, y uno se quedará pasmado ante todas esas fortunas, tan inmensas como escandalosas, acumuladas en tan escaso tiempo. Esto en cuanto a los de arriba.

¿Y abajo qué queda? Un afán de imitación con visos de sensatez, ya que los grandes ladrones roban por gusto y los pequeños para vivir; mas, por de pronto, desaparece el respeto al bien ajeno; los que poseen saben que son envidiados e intentan defender por todos los medios lo que adquirieron. Los que no poseen, desean poco, si así os parece, pero de todas formas codician el bien prohibido. ¿Y quién puede asegurar que no ambicionan mucho, aunque sólo sea para compartirlo en sueños con sus compañeros de miseria, o para reservárselo íntegramente, en el caso de ser los únicos beneficiarios?

no más moralidad ¿Qué diré acerca de la inmoralidad? Por desgracia, ¡cuántas mujeres engañadas, pero también cuántos maridos!

¿Quién puede decir con absoluta confianza en ciertas poblaciones a un hombre: “Usted es mi padre”? Y confesémoslo también: ¿qué padres pueden estar seguros de que les asiste el derecho al decir al niño nacido bajo su mismo techo: “Tú eres hijo mío”?

Más robos y menos matrimonios, tal es el balance de la probidad y de la moralidad.

no más caracteres Subamos un poco más arriba. ¿Cuáles son las características que posee una sociedad entregada a todo género de fraudes, iniquidades y orgías culpables? ¿Qué cualidades podemos hallar en su seno? Ninguna, ninguna, o mejor dicho, la inversión del honor. La lealtad, la rectitud, la entereza, la delicadeza, todas estas bellas cualidades han desaparecido. ¿Qué queda? Costumbres relajadas que se arrastran, viles y mezquinas, por senderos sombríos, reñidos con la luz. ¿Por qué iba el día a iluminar visiones tan lamentables? Mejor disimularlas. ¡Qué más da que esté bien o que esté mal lo que uno hace! Con tal de que sea útil o agradable y reporte provecho o placer. ¡Cuán lejos están los grandes caracteres!

La turba de la “gente honrada” Lo dicho va por los hombres formalmente malos. ¿Qué diremos acerca de una categoría de seres que se tapa con la careta de la honradez? ¿Qué es para el pueblo un hombre honrado? Un obrero que no ha sido llevado ante un tribunal correccional. Y ¿qué es un hombre honrado de rango superior? Un señor que ha sido más listo en la ocultación de sus vergonzosas especulaciones, de sus hurtos, de sus adulterios y de sus bajezas para prosperar. ¿Y a dónde conduce esta clase de gente? Al egoísmo más desenfrenado, al interés personal, a la rechifla de todo lo noble y generoso, a la destrucción del sentido moral, a la duda, a la pérdida del respeto.

Pero con esta turba de gente honrada ¿se podrá formar un ejército? Sólo quiere guardias que protejan sus bienes más o menos honradamente adquiridos, no quiere nada más. No contéis con ella para defender las grandes verdades, los principios, las leyes fundamentales, si bien podéis recurrir a ella para custodiar cajas de caudales, aunque, ¡quién sabe! En cuanto a la sociedad, para ellos no es más que una palabra vana.

Con semejantes generaciones, ¿qué porvenir les espera a las naciones? Bien cerca debe andar el castigo, a no ser que la justicia de Dios, no queriendo un triunfo que a ella sola pertenece, desee mostrar su poder sacando un gran bien de un gran mal.

Sea lo que fuere, averigüemos las causas de tan deplorable situación e investiguemos cómo se ha desarrollado; tal vez le encontremos, gracias a la misericordia divina, un remedio adecuado.

II.- Causas del estado actual

A. Hostilidad de los gobiernos hacia la Iglesia

No resulta difícil señalar las causas del estado actual de Europa. Por una parte, la inveterada hostilidad de los gobiernos hacia la Iglesia. Que la Iglesia haya tenido a veces ministros indignos, ¿quién lo niega? Pero ¿quién influía en el nombramiento de tales ministros, sino los príncipes, reyes, emperadores? A eso se reducía la prolongada lucha por las investiduras. Se necesitaba saber si los pueblos serían gobernados por servidores de la Iglesia o por lacayos de los soberanos. So pretexto de que los bienes de la Iglesia provenían de las larguezas regias, intervenían los monarcas en todas las elecciones, de ahí que en los obispados apareciesen con harta frecuencia pontífices mercenarios, y en las abadías abades que se apoderaban de las rentas, dejando a los religiosos sin regla y muertos de hambre.

Siendo así los jefes, ¿qué iba a ser de las Iglesias? ¿Y a qué desórdenes no iban a estar expuestas? Adiós doctrina. ¿Quién la iba a impartir? Los doctores se hallaban sumidos en una profunda ignorancia. ¿Qué ocurría con el pueblo inculto? Se ensayaron algunas reformas, pero ¿en qué situación se hallaban los que vivían en el campo? ¿En qué están los habitantes de las ciudades?

He mentado las *usurpaciones de los príncipes a las Iglesias*; han continuado siempre. ¿Y qué diré de sus escándalos? Cuando el ejemplo fatal proviene de arriba, ¿quién de los de abajo no se siente impulsado a imitarlo? Contemplad con qué fuerza ha cundido la imitación.

¿Y qué ha resultado de todo esto? *La pérdida del respeto a la autoridad*. Los poderes humanos desecharon el cetro de la Iglesia, los pueblos desechan el cetro de esos poderes. Investigad, observad atentamente y considerad lo que se está preparando ahora que, en infinidad de países, se ha erigido la corrupción en *instrumentum regni*. Hay que estar ciego para no verlo. Se diría que el mejor medio para esclavizar más fácilmente a los hombres era convertirlos en inmorales.

Mas, por encima de todo, por no remontarnos demasiado lejos, digamos que, transcurridos tres siglos, al predicar la Reforma la rebelión intelectual en la sociedad, la predicó al mismo tiempo en la sociedad política; y se han pervertido todas las naciones. “Ay de vosotros que llamáis bien al mal, y al mal bien, decía Isaías: *vae qui dicitis bonum malum et malum bonum*” [Isaías 5, 20]. Seguimos en las mismas. No hay que atribuir a nada más la causa primera de los estragos espantosos producidos en las sociedades modernas.

B. Las sociedades secretas

Tal es la primera causa. Pero el mal que, al disolverse se pulverizaba y pasaba en cierto modo al estado de nada, quería mantener una apariencia de vida, merced a una organización. Se creó la masonería.

Siempre se ha sentido el hombre atraído por el misterio, de ahí que gozara en sumirse en Sociedades secretas. A decir verdad, siempre las ha habido. Incalculable es el daño que han originado, y su actuación en ciertas épocas parece adquirir una energía que no es sólo terrenal, sino que también infernal.

Dicen que si se quiere establecer el orden de esa jerarquía satánica, es menester colocar en la base la Internacional, luego las Sociedades secretas de todos los países, a continuación los judíos con su saña anticristiana, por último Satanás, cuyo culto está establecido incontestablemente en los santuarios de la secta, que se cubre con el antifaz del ateísmo, y cuyos jefes simulan una incredulidad que después de todo no tienen, puesto que creen, si bien se dejan llevar por la rabia: *Credunt et contremiscunt* (Santiago 2, 19).

La masonería extiende sus ramificaciones por doquier, en todos los sitios tiene adeptos. Habiendo jurado destruir el cristianismo, en este momento parece estar a punto de llegar al término de sus anhelos. ¿Triunfará enteramente, no hasta el punto de destruir la Iglesia radicalmente, sino de causarle cuantiosas pérdidas, caso de que nos descuidemos? Si la Iglesia sufre en nuestros días persecución en Francia, como ya ocurre en Alemania, Suiza e Italia, tened por seguro que se lo deberá a la masonería.

Por lo demás, lo que afirmaba poco ha León XIII acerca del estado social en Rusia, en Alemania y en Francia, pone de manifiesto la gran preocupación que siente el Jefe de los hijos de Dios ante los ataques ininterrumpidos de los esclavos del diablo. Hace tiempo que no se vivía momento tan solemne; se vislumbra una batalla terrible, cuyo choque repercutirá y por mucho tiempo hasta los últimos confines del orbe.

C. La insipidez de la sal de la tierra

Decía el profeta a la Jerusalén culpable: “*Perditio tua ex te*: tu ruina proviene de ti” [Oseas 13, 9]. ¡Y con cuánta razón, desgraciadamente! Bien poco serían de temer los enemigos externos, si también al interior el mal no fuera grande. La sal de la tierra se ha vuelto insípida, —¿quién lo puede negar?—, si no en todas partes, al menos en amplísimos espacios. Los estudios eclesiológicos descuidados en demasía no proporcionan más que una instrucción deplorable al pueblo y, sin instrucción, la fe no puede sino retirarse rápidamente; el celo por la salvación de las almas desaparece en el corazón de los pastores, y las ovejas vagan por pastos envenenados. ¡Ni la luz para alumbrar la noche que se va cerrando, ni ánimo para despertar a los pueblos adormecidos al borde del abismo! Este estado no es absolutamente universal, pero sí muy generalizado.

He aquí por qué hay que reflexionar seriamente; he ahí por qué tras una seria reflexión, hay que actuar. ¿Cómo? En una próxima charla lo veremos.

DÉCIMOCTAVA MEDITACIÓN

**REMEDIOS CONTRA LOS MALES
DEL TIEMPO ACTUAL**

*“Vos estis lux mundi, vos estis sal
terrae. Vosotros sois la luz del mundo,
vosotros sois la sal de la tierra”*
(Mateo 5, 13-14).

He intentado señalar el origen de los males actuales; pero, ¿basta con eso?, y abandonándonos a un lamento desesperado, ¿dejar que todo se vaya encarrilando hacia la catástrofe? ¡Dios no lo quiera! Dios ha hecho curables a las naciones, y mientras mantengan en ellas el principio cristiano, podrán revivir.

Tenemos derecho a plantear a los católicos contemporáneos la pregunta de Jeremías a los judíos: “*Numquid resina non est in Galaad, aut medicus non est ibi? Quare ergo non est obducta cicatrix filiae populi mei?*”: ¿No hay medicina ni médico en Galaad? Pues, ¿por qué no se sanó la herida de la hija de mi pueblo?” (Jeremías 8, 22). Sí, aún quedan remedios que ofrecer a los pueblos enfermos. Sí, aún se les puede ofrecer médicos. Sí, los hijos de la Iglesia pueden recuperar la salud del alma. Pero ¿cuáles son esas medicinas?

Yo las reduzco a seis: 1º la oración; 2º la frecuencia sacramental; 3º la vida austera; 4º una sólida instrucción; 5º la predicación; 6º las obras populares.

I.- La oración

Jamás insistiremos bastante en este punto: la Revolución cuenta con aliados poderosos tales como: el cortejo

de las pasiones y de las ambiciones humanas, puestas en movimiento por el infierno. Ahora bien, para sanar de las dolencias que el infierno se empeña en multiplicar, hemos de elevarnos a un mundo superior, el de la oración.

Lo que más nos falta hoy día son hombres que oren, que se sitúen entre el cielo y la tierra para decir a Dios: “*Parce, Domine, parce populo tuo: Perdón, Señor, perdón por tu pueblo*” [Joel 2, 17], y que se lo repitan con gran deseo de ser escuchados. Por más que se diga, las plegarias que salían otrora de las montañas, de las selvas y de las soledades, llevaban en sí un poder maravilloso para aplacar la justicia divina, irritada contra el mundo.

Mas, no sólo hay que rezar en la soledad y en la oscuridad de la noche, hay que orar y hacer rezar en las ciudades; hay que dar a las almas hambre y sed de oración. Mientras más avancemos, más la vida cristiana se irá retirando, si dejamos actuar a la Revolución. Exhortemos a los fieles a la vida de oración.

Vemos comarcas donde se conservan las antiguas costumbres piadosas en medio de un aislamiento general por parte de los pueblos vecinos. ¿Por qué no impulsar a esas disposiciones que llevan a la oración frecuente, y por qué no formar a algunos a la vida de oración?

II.- La frecuencia sacramental

Un hecho lamentable es que tengamos que animar a los hombres a comulgar solamente por Pascua. ¡Cómo!, ¡tienen a su disposición un alimento divino y apenas hacen uso de él una vez al año!

¿Por qué será? ¡Oh!, la respuesta es obvia: ¡cuesta tanto dar con un sacerdote, y los sacerdotes están tan atareados! En primer lugar, los sacerdotes no están tan ocupados como se dice. Y luego, es girar en un círculo vicioso. Como no hay sacerdotes, no hay confesiones; pero mientras no se confiese la gente, no surgirán vocaciones

sacerdotales. El sacerdote diocesano inteligente confiesa lo más posible para favorecer las vocaciones, y cuando da con ellas, ha dado a los penitentes el medio para tener confesores.

Por otra parte, para discernir las vocaciones, hay que ocuparse de los niños, hay que exhortarlos a la comunión, y exhortar sobre todo a los que acaban de comulgar por primera vez. Por ahí ha de iniciarse la reforma de las costumbres; por ahí ha de operarse la transformación de las almas. Un cristiano que, tras el primer banquete eucarístico, siente la profunda necesidad de acercarse a él con frecuencia, podrá perder en un momento determinado la santidad, la pureza de su alma, bajo la acometida de las pasiones; sin embargo, tened la seguridad de que habrá recibido un sello indeleble, y que no transcurrirá mucho tiempo sin que recobre el hábito cristiano de volver de nuevo en búsqueda de la fuerza para las luchas interiores, al fondo del sagrario. Animemos a comulgar, estimulemos a menudo a quienes estén aparentemente desgana-dos, que pronto se les pasará la desgana, si lo quieren.

Ya sé que muchos sacerdotes no sienten atractivo alguno por la confesión, sea cual fuere, pero ¡cuánto bien no se haría si se tuviera tanto interés en confesar a hombres como a mujeres! Alentemos a los hombres a confesarse; incitémosles a comulgar, y todo irá adquiriendo paulatinamente otro cariz en la sociedad. Claro que para lograrlo hay que amar la Eucaristía; hay que tener en lo más hondo del alma aquel fuego sagrado por los intereses de Jesucristo. No basta con esperar a los enfermos, hay que ofrecerles la medicina, y a este respecto, empezar de una vez por todas a establecer una alianza íntima entre el corazón del sacerdote y el del Salvador.

III.- La vida austera

a) Reaccionar contra la cobardía y la molicie ¿Cómo es la vida de la mayoría de los cristianos? ¡Qué molicie y qué cobardía! ¡Qué afán de toda clase de comodidades y satisfacciones! ¡Qué deplorables costumbres de irritabilidad!

Para remontar la corriente se necesitarían pruebas muy grandes; y ¿quién nos dice que la Providencia no nos las está deparando con los actuales agobios de la agricultura y del comercio? Lo que no se hace de buen grado, se hace a la fuerza, y las austeridades de la vida se impondrán por sí mismas cuando nos veamos condenados a morir de hambre. Indudablemente se trata de espectáculos dolorosos, pero, y lo digo temblando, si Dios nos pone a prueba, ¿acaso no lo tenemos merecido?

¡Oh!, en primer lugar impongámonos a nosotros mismos mayor severidad en nuestra vida personal, y luego podremos predicarla más fácilmente. Rehuyamos el lujo para nosotros mismos, y tendremos derecho a pedir moderación a los demás. Pues, después de todo, las exigencias de la vida material van tomando proporciones muy funestas. ¿Quién podrá dar para las obras benéficas si nunca se tiene bastante para sí mismo? Recurramos a la caridad de los cristianos dándoles ejemplo. Sepamos desprendernos y veremos desprenderse a los demás.

b) Apaciguar la justicia divina La vida austera proporciona otra ventaja. Nos hemos forjado una idea muy peregrina acerca de la bondad de Dios, ¡como si dejara Dios de ser infinitamente bueno por el hecho de ser infinitamente justo! y como si, en el orden de las perfecciones divinas, ¡no fueran inseparables ambos atributos! En consecuencia, abandonémonos a la bondad de Dios para que nos perdone, no sin antes aplacar su justicia mediante una vida austera que, revestida de carácter penitencial, no será más

que el sentimiento de lo que debemos a los derechos de Dios. Impulsemos a los cristianos a la penitencia a través de nuestros ejemplos, y Dios se dejará conmover.

Por el contrario, ¡cuántos cristianos no se esfuerzan por llegar hasta los límites de lo permitido y no consideran suficientemente que, cuando la cólera de Dios se enciende, no se trata sólo de no provocarla nuevamente, sino de apaciguarla con las debidas reparaciones!

IV.- Sólida instrucción

Desgraciadamente se estudia poco, muy poco, y en consecuencia, se enseña mal. Uno se cree apto para impartir una enseñanza conveniente a la gente inculta, lo que constituye un gravísimo error. Cualquiera que haya participado durante algunos años en los exámenes de los jóvenes sacerdotes, puede atestiguar lo que les queda de teología cuando se les interroga. ¡Qué ignorancia! ¡Qué olvido de lo que estudiaron durante varios años!

¡Cómo puede ser!, que hombres preparados durante largos períodos de estudios sean muy a menudo incapaces de responder a los cuestionarios de un programa previamente conocido, ¡y se pretende que los mismos conocimientos se graben en la mente de hombres cuya frente está constantemente encorvada sobre un trabajo material! Necesitan estos hombres que se vuelva a tratar con ellos, una y otra vez, a cerca de las verdades fundamentales, que se las expliquen, que se las pongan a su alcance; y esta reiterada comunicación de las verdades fundamentales requiere un trabajo constante; máxime, teniendo en cuenta que el hombre es un animal que imita; si ve que el sacerdote trata la enseñanza con ligereza, ¿nos puede extrañar que él a su vez trate sin consideración todo cuanto se le enseña?

La indiferencia del catequista explica muy bien la indiferencia del catequizado. ¡Cuántas dudas surgieron en

almas tiernas, porque los hombres encargados de inculcarles las verdades de la fe no lo hacían profundamente convencidos de lo que enseñaban! El docente cree que puede reservarse el privilegio de tratar la doctrina sin ningún miramiento, y luego se asombra de que la traten los demás con desprecio; o mejor dicho, no se asombra de nada, ya que eso le trae sin cuidado.

V.- La predicación

a) práctica y eficaz ¿Qué es la predicación hoy día?
 ¡Oh!, aquí sí que hay que gemir:
verba et voces, praetereaue nihil: palabras y sonidos, fuera de eso, ¡nada! Se elaboran frases como en tiempo de Massillon, caricaturas del P. Lacordaire, se hinchan los oradores de necia vanidad dentro de una sobrepelliz más o menos elegante, ¡y nada más! ¿Y qué queda de esa simiente evangélica? Pero, ¿era realmente una semilla cualquiera y qué tenía de evangélica? Interrogante éste de suma gravedad.

La predicación ha de tener tres objetivos: instruir presentando la verdad bajo una luz atrayente que, a la par que ilumine, infunda el deseo de instruirse más; convencer y persuadir, en una palabra, convertir; por último, santificar, mediante el impulso hacia un mundo superior. ¿Quién se instruye suficientemente como para poder instruir? Me refiero sobre todo a los hombres. ¿Quién tiene tanto horror al pecado como para comunicárselo a los pecadores? ¿Quién tiene un ardor tal de la santidad que encienda deseos prácticos de ella en las almas llamadas a la misma?

b) cimentada en la oración ¿Cuándo volveremos a la predicación auténticamente apostólica, cimentada en la oración, donde uno se va transformando enteramente en instru-

mento de Nuestro Señor, basada en estudios apropiados para poder enseñar con claridad y con el debido nivel a las personas cultas, basada también en el amor a las almas salvadas por la sangre de Nuestro Señor y que a toda costa queremos preservar del infierno, fundada en el sentimiento profundo de que Dios quiere todavía santos y que hay que preparárselos, sea mediante la predicación que los atraiga, sea mediante una prudente dirección que los vaya formando e inculque en ellos el deseo de aspirar a las metas que Dios les señala? Varias son las vías, pero todos podemos dar mucho más de lo que generalmente damos. El movimiento ha de arrancar del corazón del sacerdote, máxime si es religioso.

Señor, danos muchos santos sacerdotes y santos religiosos que, junto con su actuación pública, vayan ejerciendo esa acción íntima que transporta las almas hacia la claridad de la verdad y las llamas del amor.

VI.- Las obras populares

a) siguiendo el ejemplo de Nuestro Señor *“Evangelizare pauperibus misit me: he sido enviado a evangelizar a los pobres”* (Lucas 4, 18).

Tal es la norma, que al parecer, se dio Jesucristo. Y da como prueba de su misión que los pobres son evangelizados, *pauperes evangelizantur* (Lucas 7, 22).

¿Quién se ocupaba de los pobres en aquella época? Hoy día es peor, se ocupan de ellos para pervertirlos. Se veían entonces grandes cuadrillas de esclavos sometidos a dueños despiadados, que los convertían en los más degradados instrumentos de sus pasiones. Actualmente las masas populares son transformadas en instrumentos de la ambición y esclavos de la mentira. La pérdida de la fe y de las esperanzas eternas rebaja sus apetencias a placeres materiales a la par que les arranca del corazón toda fibra amorosa. Odio es lo único que se les quiere dejar.

b) agruparlos con el vínculo de la caridad Pues bien, tenemos que reemprender la evangelización de los pobres. Tenemos que ocuparnos de ellos, ir a su encuentro.

Si hay algo que nos puede dar cierta esperanza, es ver cómo se ocupan de los pobres y de los obreros un cierto número de sacerdotes y de valerosos laicos. Ciertamente son muchas las obras: las Conferencias de San Vicente de Paúl, las obras de San Francisco Regis, los círculos obreros, las obras juveniles, la asociación de San Francisco de Sales. Las corporaciones obreras no constituyen aisladamente la salvación de Francia, y aunque reunidas globalmente forman cuerpos humildes y modestos tantos como se quiera, al asociarse con el vínculo de una mutua caridad propiciarán incontestablemente el cuadro de un potente ejército.

Hay que ocuparse de los obreros, hay que ocuparse de los abandonados, ir a su encuentro, predicarles lo que ignoran, mostrarles el camino de la reconciliación y de la paz, comunicarles la ciencia del sufrimiento, y quedaréis asombrados al ver cómo se irán apaciguando las almas poco a poco, y cómo esta paz, ofrecida a unas almas descarriadas pero hechas para ser buenas, traerá el triunfo de la Iglesia y de Jesucristo en el mundo.



DÉCIMANOVENA MEDITACIÓN

LA ENSEÑANZA

“Euntes ergo, docete omnes gentes: Id, pues, y enseñad a todas las naciones”

(Mateo 28, 19).

La misión de enseñar Cuando Jesucristo dice a sus apóstoles: *Euntes docete*, id y enseñad, se lo dice también a sus sucesores y en su persona a todos aquellos a quienes los obispos tomarían como sus auxiliares: sacerdotes, religiosos, laicos piadosos, de forma que la enseñanza cristiana que pertenece al episcopado fue confiada bajo la responsabilidad de los pontífices a cuantos ellos juzgaran idóneos.

La unidad de la enseñanza se da en cada diócesis bajo la inspección de los obispos, como la unidad de la enseñanza se da en la Iglesia entera mediante los obispos bajo la jurisdicción del Papa; la Iglesia es una en su doctrina porque tiene un Doctor universal y, a través de todos los pueblos, doctores que se someten al Jefe supremo de los doctores.

No quiero tomar la cuestión de la enseñanza desde este punto de vista tan elevado; por el contrario, bajo a las últimas filas de quienes enseñan, tomo a los religiosos dedicados a la enseñanza, y planteo estas tres preguntas:

- 1º ¿Qué deben des-enseñar?
- 2º ¿Qué deben enseñar?
- 3º ¿Cómo deben enseñar?



I.- ¿Qué deben des-enseñar a los alumnos?

La enseñanza es como el cultivo de un huerto. Antes de sembrar las buenas semillas, importa mucho arrancar del suelo las malas hierbas. Hoy la cizaña está extendida con tal profusión, que uno tiembla ante el trabajo que hay que hacer para extirparla enteramente de las jóvenes almas en las que deseamos sembrar la verdad.

¿Qué hay, pues, que empezar por desaprender a los niños confiados a nuestra instrucción?

1º las ideas falsas sembradas en el hogar doméstico Examinad las familias y daos cuenta, si podéis, de todas las ideas falsas emitidas en el hogar doméstico. ¡Cuántos vestigios

de ideas volterianas en un padre educado en la Universidad, incluso si no ha sacado las consecuencias que no han osado emitir ante él, y eso si no es completamente libre-pensador! La madre es quizá piadosa, pero ¿qué influencia puede tener? Y si ha tenido la suficiente para hacer colocar a su hijo en un establecimiento cristiano, tened por seguro que durante las vacaciones se apresurarán a emancipar al hijo del yugo clerical, mediante la afirmación de las teorías más decepcionantes y más peligrosas. Entonces, en los días de diversión, el padre destruye todos los esfuerzos de los maestros por plantar la fe en las almas aún puras, y gracias a la inclinación anticristiana, ¡casi siempre lo logra! Y si la madre es débil, ¿qué acción preservadora puede tener? ¡Y todo lo que diga, el hijo lo tomará en sentido inverso!

2º Las ideas de los libros y de los periódicos Hay que des-enseñar las ideas de los libros y de los periódicos. ¡Cuántos niños perdidos por la lectura de los libros que encuentran en la biblioteca del padre de familia y por las novelas

con que la madre satura su imaginación y sus sentidos! Sabemos lo que son ciertos libros, hoy en día. ¡Cómo hay que reaccionar sin tregua contra esas producciones impuras que hacen perder la fe, porque han destruido la inocencia! En cuanto a los periódicos, ya se sabe el mal que causan y cómo se dirigen sobre todo a los más ignorantes para excitar su curiosidad. Por desgracia, ¡cómo la lectura de las novelas piadosas ha preparado la lectura de las malas novelas, y cómo la lectura de algunos periódicos, que se quiere hacer divertidos, dispone a la lectura de los periódicos envenenados!

No nos hacemos una idea del mal causado por los libros y los periódicos que, bajo pretexto de ser buenos para todo el mundo, nunca hablan de Dios ni de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen y de los Santos, en una palabra, de cuanto puebla de modo cristiano la imaginación de los niños. Se descarta con cuidado todos esos pensamientos, esos cuadros, y el niño queda preparado para creer que se puede vivir siendo solamente un hombre honrado.

3° Las ideas recibidas en ciertas escuelas ¡Qué esfuerzos no hay que realizar para ayudar a un niño que pasa de un establecimiento poco cristiano a otro que profesa serlo completamente! ¿Qué esfuerzos no hay que hacer para arrancarle las ideas independientes, impuras, escépticas, que ha tenido tiempo de recibir, y qué cosas absurdas, por no decir blasfemias, no hay que prepararse a oírle pronunciar? Por lo menos hay que imponerle el silencio ante sus camaradas, si es que existe alguna esperanza de atraerlo a otras disposiciones; pero si esta esperanza se pierde pronto, urge devolverlo cuanto antes a quienes han presidido tan mal a sus primeros años y le han dejado perderse desde el despertar de su razón.

4º Fortificar contra la mala influencia del ambiente moderno

En estos momentos, hay que confesarlo, el aire está como apestado; la atmósfera moral está tan viciada como algunos médicos acusan a la atmósfera física de estarlo, de donde resulta que muchas ideas malsanas llegan a los niños sin que la vigilancia más precavida pueda darse cuenta.

Encerrar a estas pobres criaturas en una caja de algodón es muy difícil. ¿Qué hacer? Fortificar el temperamento intelectual. Me ocuparé de indicaros los medios.

II.- Lo que hay que enseñar

Ante todo, la verdad católica completa, con toda su majestad, su inmensidad, —si me atrevo a hablar así—, sus horizontes infinitos, su afirmación poderosa de los derechos de Dios todopoderoso, la explicación de los misterios, que crece a medida que crecen las pequeñas inteligencias hacia las que nos dirigimos.

La verdad católica en su unidad y su plenitud

La doctrina católica es una. Es necesario resaltar esa unidad ya sea en su base que es la verdad primera, la Palabra de Dios, ya sea en el conjunto de sus dogmas que vienen a resumirse, en cuanto a lo que hay que creer, en aquel gran hecho de la unidad de Dios en la distinción de las personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: el Padre creador, el Hijo redentor, el Espíritu Santo santificador; y al mismo tiempo en todo lo que hay que hacer, que se reduce a tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad, siendo la caridad en fin de cuentas, como dice San Agustín, la vida de las otras dos.

Hay que enseñar estas verdades y las que de ellas emanan: el poder de Dios y su autoridad sobre nosotros, su derecho a recompensarnos y a castigarnos. Parece más

tolerante hablar menos del infierno. ¡Qué debilidad! ¡Cuántas almas necesitan ser atemorizadas con la amenaza de los juicios eternos!

La verdad católica con ejemplos Hay que enseñar la verdad católica con ejemplos. ¡Qué torpeza la de no hablar ya de los santos, de no contar su vida, sus penitencias, su celo, su amor a Dios y a las almas! Es extremadamente importante volver sobre los grandes hechos de nuestros antepasados, ya que la Iglesia tiene sus anales; tiene su gloria que consiste en los triunfos de sus hijos, en su guerra contra el mundo.

Nada empuja tanto a imitar a los santos como conocer su vida; nada tan magnífico como la contemplación de todas sus virtudes. Eso nos anima; nos decimos como San Agustín: "*Tu non poteris quod isti, quod istae?*: ¿no vas a poder tú, lo que éstos y éstas?". Un excelente medio para recuperar al niño que necesita conversión es mostrarle lo que puede un servidor de Dios inflamado de buena voluntad.

Ahora bien, para enseñar la religión de modo fructífero, la enseñanza debe tomar dos formas: ha de ser directa e indirecta al mismo tiempo.

Enseñanza religiosa directa Debe ser directa, es decir que hay que dedicarle ciertas horas en que los alumnos estén obligados a hacer auténticos deberes. Se trata de los cursos de instrucción religiosa que nunca estarán demasiado bien preparados. ¡Grave responsabilidad para el maestro que prepara de modo insuficiente el alimento que ha de servir! Por desgracia, en cuántas circunstancias la negligencia en dicha preparación no nos permite repetir las palabras de Jeremías: "*Parvuli petierunt panem et non*

erat qui frangeret eis: los niños pidieron pan y nadie hubo quien se lo partiera” (Lamentaciones 4, 4).

Enseñanza religiosa indirecta, constante La enseñanza debe ser indirecta. Me explico: no se puede hacer de todas las clases un curso de enseñanza religiosa, pero se puede en todas las clases introducir alguna consideración cristiana. He ahí lo que hay que enseñar y lo que, de parte de los maestros, exige la más diligente preparación.

Esta enseñanza indirecta alcanza por doquier a las almas jóvenes, las forma o las endereza en todo momento, les presenta a Dios en todo lugar, su acción, su ley, su justicia al lado de su misericordia. ¡Pero cuánta obstinación cristiana se necesita para continuar esta predicación! Hay que enseñar la santidad, el arrepentimiento de las propias faltas, saber presentar disculpas cuando sea necesario, la amabilidad tal como lo pide San Pablo. Todo requiere ser enseñado. Y hay que enseñarlo constantemente, ya que a poco que la enseñanza se afloje, quedaréis sorprendidos de ver cómo todo el edificio, preparado por vosotros con tanto trabajo, se derrumbará.

¿Os diré que esta constancia ha de ser universal? Por desgracia, ¡cuántos maestros parecen dedicarse por ligereza, por oposición, por desdén, a destruir la acción de sus congéneres! ¡Y cuán a menudo nos encontramos con esto! ¡Y cómo esos maestros tan culpables parecen disfrutar destruyendo lo construido! He conocido a algunos, y su paso por establecimientos cristianos, ¡cuán funesto ha sido para todos: para los maestros cuya acción paralizaban, para los alumnos cuya fe naciente parecían complacerse en reducir a los restos de la suya, y me quedo corto!

III.- ¿Cómo hay que enseñar?

Algunas disposiciones son indispensables.

Con respeto Hay que enseñar con respeto.

¡Pobre del maestro que hace de su enseñanza un chiste sin gracia! No pretendo decir que no se pueda dar a la enseñanza un cierto aire, una cierta alegría que la haga amable para los alumnos; al respecto hay que distinguir cuidadosamente entre bromas irrespetuosas y una cierta gracia que dé un poco más de vida a la palabra del maestro.

Hay que tener no menos respeto a los alumnos y no imponerles ideas absurdas, so pretexto de que se trata de misterios. Importa imponer la fe allí donde la Iglesia lo manda; es muy bueno llegar incluso tan lejos como ella lo desea, pero es indispensable dejar libertad allí donde no ha pretendido imponer un yugo. Esta libertad, concedida en algunas cuestiones, predispone a una obediencia más pronta cuando se trata de temas mayores. Sin forzar a nadie a que crea, ¿por qué no indicar las soluciones que la Iglesia tomará probablemente en ciertas circunstancias, como cuando se ha tratado de la definición sea del dogma de la Inmaculada Concepción, sea del dogma de la infalibilidad pontificia? ¿Era tan difícil prever las soluciones que el Espíritu Santo ha dado? Evidentemente no. No estábamos obligados a hacer un acto de fe; pero se podía prever el momento en que la Iglesia lo iba a imponer.

Con convicción Hay que enseñar con convicción. El maestro a quien los

alumnos no sienten convencido es el más desolador de los maestros. Los estragos de su palabra son incalculables; es parecido a esos maestros de los que habla Nuestro Señor, sentados en la cátedra de Moisés, que predicán y no actúan conforme a su predicación.

Para ellos enseñar es un oficio. Se les paga para que di-

gan tal cosa, pero quizá lo que dicen no sea cierto. Se huele al mercenario y se le estima como a mercenario. Por desgracia, ¡pocas veces se equivocan los niños! Tienen como un instinto infalible que les indica si tienen que ver con un maestro creyente o dubitante. Opino que los maestros sin convicción han de ser apartados como auténticas plagas.

¡Qué diferentes aquellos hombres cuya convicción se destaca y brilla en sus palabras, sus actos, su porte, su vida entera! ¡Cuán preocupados se les ve del depósito que se les ha confiado! Es el más rico tesoro y ellos lo saben y los alumnos están tan convencidos como ellos; por eso sus inteligencias jóvenes crecen ante la convicción tan sincera que brota de labios santificados por la verdad que de ellos sale. Entonces al alumno no le cuesta creer lo que ve que su maestro cree firmemente. Así el alma está realmente preparada para recibir la buena semilla, y si no la recibe, esta semilla divina, ya no es culpa del sembrador.

Con amor

Hay que enseñar con amor. Se comprende que un maestro experimente aquel amor que San Jerónimo sentía por Cicerón o San Agustín por Virgilio y los platónicos. San Jerónimo nos cuenta que fue flagelado por un ángel a causa de su amor de la bella latinidad pagana. San Agustín deploró en sus *Confesiones* su pasión por libros que no eran los Libros inspirados. Digamos que no hay que exagerar, que sin duda hay allí cosas que admirar, pero que también en los tiempos que corren hay admiraciones ridículas y que lo hacen a uno ridículo.

Pero de ahí a apasionarse por lo Verdadero, lo Bueno, lo Bello divino, hay mucho trecho. Ahora bien, es lícito decir que nada hay tan digno de amor como la perfección divina y las manifestaciones de esta perfección en las grandes acciones de Dios en favor de sus criaturas. ¿Qué más magnífico que un Dios creador, redentor y santificador? ¿Con qué se entusiasmará un alma a quien tales visiones no entusiasman?

Hay que amar la verdad, amar a las almas a quienes se les comunica, amar las formas talentosas bajo las que se comunica. Cuando los alumnos sientan estas llamas en el corazón del maestro, irán a buscar calor en ellas.

Como testigos de la verdad

Por fin, hay que enseñar al estilo del divino Precursor, al estilo de los apóstoles y de los mártires.

Hay que ser testigos de la verdad; hay que respetar el depósito de la verdad y rezar a Dios para que en todos los sitios donde seamos eco de su enseñanza, no seamos demasiado indignos de esta misión tan admirable.

Todo está ahí, y el infierno lo sabe muy bien cuando se esfuerza por destruir la enseñanza cristiana y cerrar las escuelas abiertas por la Iglesia. El mal crece, razón de más para combatir, para predicar, enseñar a tiempo y a destiempo. Llegará una época en que la sana doctrina ya no podrá ser soportada: los espíritus debilitados ya no tendrán la fuerza para ello: *Erit enim tempus ubi sanam doctrinam non substinebunt* (2 Timoteo 4, 3).

Sin desalentarse nunca

Por nuestra parte no nos desanimemos. Si nos cierran las escuelas en pleno día, estemos preparados para ir a las catacumbas. La Palabra de Dios nunca está cautiva si así lo queremos verdaderamente. *Verbum Dei non est alligatum* [la Palabra de Dios no está encadenada] [2 Timoteo 2, 9].

Me acuerdo haber visitado hace algo más de un año la cripta donde bautizaba San Pedro. ¡Qué estrecha era! Y sin embargo, ésa fue la cuna de la fe romana. ¡Qué oscuro estaba! Mas, hoy en día la verdad ha salido de todas esas tumbas, la luz de la profundidad de esa noche; y de aquellas galerías estrechas en que se amontonaban los despojos de los primeros cristianos, sobre todo de los libertos de Claudio, han salido las grandes vías por donde la predicación evangélica se lanzó hasta los confines del mundo.



VIGÉSIMA MEDITACIÓN

LA EDUCACIÓN

“*Instaurare omnia in Christo*. Hay que restaurar todo en Cristo”
(*Efesios 1, 10*).

No basta enseñar. Hay que educar y la educación es una tarea mucho más difícil que la enseñanza.

Para verter alguna luz sobre esta vasta materia, plantearé tres cuestiones principales alrededor de las cuales espero que las demás vendrán a agruparse.

I.- ¿Cuáles son las cualidades del buen educador?

Un maestro cristiano, digno de tal nombre, debería tener todas las virtudes y enseñarlas más con sus ejemplos que con sus palabras. Sin embargo yo le exigiré cuatro principales.

El maestro debe ser: 1º Debe ser paciente. Entregarse a la educación y no esperarse a toda clase de desengaños, es la mayor de las ilusiones. “*O generatio incredula et perversa, usquequo patiar vos?*: Oh, generación incrédula y perversa, ¿hasta cuándo tendré que soportaros?” (Mateo 17, 16), exclamaba el Maestro de los maestros, Nuestro Señor. Sí, se necesita paciencia y mucha paciencia y a la educación sobre todo es a la que hay que aplicar las palabras de Santiago: “*Patientiam autem opus perfectum habet*: sólo la paciencia produce obras perfectas” (Santiago 1, 4).



El jardinero ve crecer ciertas semillas en sus terrenos sólo tras haber esperado mucho tiempo. Les gusta hacerse esperar. Así pasa con los niños. No crecen a veces sino muy tarde y no son siempre éstos los que dan los resultados menos preciosos.

Pero donde más necesaria es la paciencia, es frente a la mezcla de malicia y ligereza que constituye la naturaleza del niño. Tiene buen corazón, pero es ligero hasta la desesperación por su falta de atención. Cuando es serio, seguid sus pequeños complots, su felicidad cuando descubre el punto flaco de su maestro, sin contar a veces no sé qué cálculo maligno del que no siempre se da cuenta, del que es a penas consciente, pero que desconcierta a quienes se ocupan de él. ¡Pidamos paciencia cuando nos topamos con seres semejantes! No siempre son los peores y se ha visto que algunos llegan a ser de los mejores, tanto más cuanto que han terminado por darse cuenta de cuánta virtud ha sido necesaria para soportarlos.

inteligente

2º Debe ser inteligente. El maestro poco inteligente se halla expuesto a todas las desgracias. Nadie juzga al maestro como el alumno. El maestro es para él el objeto de perpetuo estudio sin contemplaciones y, si le falta inteligencia, puede esperarse a toda clase de fracasos.

Sólo hay un remedio para este mal: una santidad multiplicada por diez. De este modo inspirará estima y sus defectos se perderán en la veneración que a veces inspirará; digo a veces, pues también ahí nos podríamos equivocar.

No digo que haga falta ser un genio: un genio perdería la paciencia. Pero se necesita mucho tacto y un sentido común muy grande para desarmar la irritación de los alumnos mediante su sangre fría, pues a menudo la lucha está ahí. El niño intenta agujinear al maestro como se rejonea al toro para ponerlo furioso. Cuando el maestro demasiado irritado ya no es dueño de sí, es el alumno el que se hace dueño de la situación. Ha vencido, y la

alegría íntima de haber sido el más fuerte, le compensa muchas veces por todos los castigos que se le inflijan.

A menudo el silencio es el arma más eficaz del maestro. El alumno que no logra captar lo que se persigue con esto, cae en el despecho y, después de haberse debatido, se somete.

La inteligencia del maestro debe consistir también en dar importancia a lo que la tiene y en cortar a tiempo un abuso en sus inicios; y también en no escandalizarse por algo que en sí no es nada; esta nada aceptada como sin importancia, termina efectivamente por no tener valor alguno.

Aquí está el quid de ciertos maestros que creen que todo está perdido porque su majestad sacrosanta parece haber sido ofendida. Un poco de impersonalidad, una apreciación de sí mismo con humor, evitaría muchos choques, muchos rencores, fuente a veces de medidas de autoridad, a la vez graves e injustas. Los superiores deben apoyar a los maestros, pero los maestros, desgraciadamente, por una susceptibilidad tonta, ¡bien a menudo se vuelven muy insoportables!

¿Dónde estará el remedio? En la inteligencia que les falta. Entonces no existe otro remedio que cambiarlos, sin dar demasiada razón a los jóvenes revoltosos. Tanto más cuanto que en un montón de situaciones, si puedo servirme de una expresión familiar, el mejor modo de hacer de los niños buenos chicos es serlo uno mismo, no hasta el punto de dejarlos tomarse libertades de las que abusarían rápidamente, sino de probarles sin malicia que les conocemos y que no les tememos.

concienzudo

3° El maestro debe ser concienzudo. El punto capital consistirá en formar la conciencia de los alumnos, y no se puede expresar el mal que les hace a estas jóvenes naturalezas un maestro que flaquea en el tema de la conciencia y del honor cristiano.

La primera conclusión que saca el alumno, a menudo sin razón, es que su maestro no tiene fe. ¿Y qué puede hacer, en un establecimiento cristiano, un maestro en cuya fe no se cree? A menudo resulta la ruina de una casa. No he visto, en un espacio de cerca de cuarenta años, sino un sólo caso de un maestro hipócrita y mal sacerdote, sobre el que los alumnos se equivocaron. ¡Cuántas veces no han predicho con mucho tiempo de antelación que tal persona, contratada a prueba, no podría seguir, y estaban haciendo un juicio muy exacto, antes de que el de los superiores quedara establecido!

perseverante

4° El maestro cristiano debe ser un hombre perseverante.

He dicho que incluso en los mejores establecimientos se entabla entre alumnos y maestros una especie de lucha permanente; si el maestro persevera, sin cólera, en plena posesión de sí mismo, ¿quién puede contar las victorias que obtendrá?

El niño por lo general es curable, siempre que se sepa tratarle adecuadamente; todo consiste en tener una valentía perseverante. Es de lo que carecen a veces los maestros jóvenes, porque también ellos tienen sus defectos, y en ellos el desaliento, cuando fracasan, es proporcional al amor propio.

No han triunfado, luego no hay nada que hacer. Razonomiento muy falso. La conclusión a la que deben llegar es que, si no han triunfado, entonces tienen que hacerlo mejor, y desde este punto de vista la experiencia es para ellos un don inapreciable; pero la experiencia llega más tarde y a menudo es fruto de varios intentos sin éxito.

**animado por un celo
auténtico**

Finalmente, el maestro cristiano debe estar animado por un celo auténtico. La tarea es dura, ¡pero qué frutos no se le prometen! Este celo debe beberlo en el amor de Nuestro Señor por las almas; ha de

amarlas como el Salvador mismo las ha amado. Que no se forje pues ilusiones: un alma atraída al bien producirá más tarde el céntuplo, porque habrá sido preparada cristianamente, porque se le habrán ahorrado las caídas, porque se le habrá levantado cuando necesario, porque habrá encontrado un aliento, en el momento favorable. Sus vacilaciones se habrán superado y habrá entrado seriamente en el camino del bien para ya no salirse más de él.

Tal es el resultado del celo paciente, inteligente, concienzudo, perseverante, de un maestro cristiano.

Hablemos ahora de los alumnos.

II.- Quién ha de ser educado

Niños que tienen la marca del pecado original

A esta pregunta hay que responder: una masa turbulenta de niños de toda edad y de todo tipo de carácter, de toda clase de capacidad, sobre los que resplandece, con el más lúgubre brillo, la marca del pecado original. No digo que en muchos el bautismo no haya tenido efectos más marcados, pero sería gran locura creer que bajo esas caritas sonrosadas, esos ojitos límpidos, esos comportamientos inocentes, no se esconda muy a menudo la corrupción, o más exactamente, la tendencia a la corrupción.

Es muy triste, pero es así. Inútil lamentarse y cruzarse de brazos; hay que poner manos a la obra y limpiar ese campo de cardos.

Pequeños, medianos y mayores

Comencemos por clasificarlos por edades, una parte del trabajo quedará listo: están los pequeños, los medianos y los mayores.

Los pequeños son más ingenuos, tienen una fe más crédula; tienen los defectos más disimulados, dependiendo de la primera educación en la familia; son menos dueños

de sí mismos, se les puede guiar mediante el pensamiento sobrenatural de la Primera Comunión, cuando ¡por desgracia! los padres no se aplican por sí mismos a pervertirlos.

Los medianos están en la edad crítica e ingrata. En general es la edad de la crisis temperamental, hay que ejercer una atenta vigilancia, vigilarlo todo, las conversaciones, las lecturas, los juegos, las costumbres. Quizá no haya que concluir demasiado rápidamente a la existencia de una perversión consumada, de una lucha íntima, violenta, en la que un maestro joven no debe siempre inmiscuirse, pero sí debe vigilar con la mayor atención para hacer un informe lúcido a los superiores.

Finalmente, los mayores han de ser tratados aparte. Ya no son niños, tampoco son hombres aún. Hay que ayudarles a entrar en la vida, se necesita con ellos autoridad, se necesita también vigilancia, se necesita quizá mucha más confianza. Sobre todo les impacta la lealtad y quizá sea éste el gran medio para llegar a ellos.

**Variedad de acción
que hay que ejercer:
1° sobre el conjunto**

Sin embargo, hay diversos modos de actuar con ellos. Una acción sobre todos, que es útil para comunicar el estilo de la casa. ¿Cuál es este estilo? Se siente más que se define. Es aquello que hace a un establecimiento *sui generis*, es lo que hace que sea tal establecimiento y no otro.

A la Asunción se le han dado unas características especiales: el sentimiento del deber, la lealtad, la franqueza, la disposición al sacrificio y al desinterés, el espíritu sobrenatural. Es eso y algo más, que se percibe en cada momento sin que se pueda precisar de modo matemático, como se reconocen los rasgos de un rostro sin que se hayan medido con el compás.

Y sin embargo, la formación de este espíritu general es de lo más importante, porque con ayuda de este estilo los

alumnos forman cuerpo, se unen, se quieren, se apoyan, y en el momento de su entrada en la vida persiguen una meta común con mayor inteligencia.

2° sobre los grupos También podemos actuar sobre los niños por grupos; ya sea por clases, y ésa es la tarea del profesor; ya sea según los estudios o las divisiones formadas en varias clases, y eso es tarea del vigilante –y quizá sea la tarea más importante si el vigilante es capaz–; ya sea en las reuniones, y ésa es tarea del maestro que dirige. En todo esto existe una dirección que se comunica como sin que se dé cuenta el que la recibe y que, con toda seguridad, es de las más preciosas.

3° sobre cada uno en particular Finalmente, está la acción íntima, que atañe a los superiores, ya que se necesita un gran conocimiento del corazón humano para no exponerse a muchas desilusiones. ¡Y en cuántos casos el celo más desinteresado viene a fracasar ante no sé qué cúmulo de dificultades que surgen por doquier! Es la sangre que hierve, es la imaginación que sueña, son las pasiones que se inflaman, es una ambición inconsciente que arrastra, es el amor del bienestar que cautiva con sus blandas cadenas y que arrebató la noción de abnegación.

Y sin embargo, no hay que desalentarse. Lo importante es continuar con la tarea, aun contando con el desencanto y estando dispuestos a reconocer que en muchos casos habremos trabajado sin fruto, que habremos sembrado mucho y cosechado poco: la naturaleza de los niños y de los jóvenes está hecha de tal modo que, en el momento en que menos lo esperamos, la independencia estalla y los defectos triunfan.

Vicisitudes y dificultades del colegio ¡Me diréis que es como para desanimarse! ¡De ninguna manera! Desde que se fundó la Iglesia, ¡cuántos desalientos de esta clase han tenido que superar los obreros apostólicos! ¿Qué frutos pareció recoger Jesucristo? Toda su vida fue el gran signo de contradicción; acogido y abandonado por las multitudes; le quieren hacer rey y luego complotaron su muerte; en el momento del Calvario es dejado solo por los suyos; resucita y no creen en su resurrección; quinientos testigos le ven subir al cielo, un cierto número continúa dudando. Sin embargo, la Iglesia ha sido fundada y las puertas del cielo han sido abiertas por Jesucristo, vencedor del infierno.

Esa es la historia de un colegio. El colegio es el resumen de aquella sociedad divina, tiene las mismas cadencias y vicisitudes; sólo que la inmortalidad no le ha sido prometida. Por eso hay que vigilar con el mayor celo por su conservación y por el lado divino de sus componentes.

III.- ¿Qué modelo a imitar debe adoptar el maestro cristiano?

Jesucristo único modelo Ningún otro que no sea Jesucristo. *“Instaurare omnia in Christo: Hay que restaurarlo todo en Jesucristo”* (Efesios 1, 10). Restaurar a todos los niños en Jesucristo y para ello reformarlos sobre aquel tipo divino.

Todos los niños no lo entienden de entrada y eso no tiene nada de extraordinario. ¿Dónde están las familias cristianas que no meten en la memoria y en el corazón de sus hijos más que principios sobrenaturales y que, a partir de los primeros desarrollos de la razón, la riegan con las grandes y fecundas aguas de la vida divina? ¡Cuán escaso es hoy el número de los niños cuya primera formación ha

sido pura, inocente, fuerte, impregnada del horror al pecado, ardiente para el bien, y a quienes se les ha hablado del cielo y de sus esperanzas, a quienes se les ha propuesto a los santos como modelos de la auténtica grandeza y de la verdadera belleza moral!

Lo que los padres no han hecho, los maestros cristianos deben hacerlo, sobre todo con los niños que nos confían para la Primera Comunión. En nombre de esta primera visita de su Dios al fondo de sus almas, ¡cómo se le puede dar a conocer y a amar, cómo se puede inspirar el horror a toda mancha, cómo se puede hacer abandonar los hábitos culpables y hacer romper con un pasado que la vigilancia de los padres no ha protegido suficientemente de todo daño impuro! ¡Cómo, después de esta acción, se puede hablar aún de Jesucristo y de las virtudes de que nos da ejemplo! Todos los detalles de su vida pueden ser comentados, todas sus perfecciones meditadas, todos sus sacrificios inspirados.

¡Ciertamente el cuadro que hay que presentar a estas almas jóvenes es muy diferente de la virtud pagana y de los modelos de esta virtud que tan a menudo no eran más que una inmensa mentira echada como un manto sobre una inmensa corrupción! ¡Hagamos conocer a Jesucristo con nuestras palabras, eco de las suyas, mediante nuestra vida, espejo de la suya!

**El maestro cristiano
tiene que esculpir a
Cristo en las almas**

¡Feliz el maestro que, imitando a un escultor, tiene siempre un modelo y con el cincel reproduce en su mármol los rasgos de una hermosa figura preparada con sus dedos! ¡Feliz el maestro que esculpe a Jesucristo en el alma de los niños que le están confiados, sea cual sea la dureza que le opone el mármol! Sabe que la resistencia estará en proporción a la estabilidad y a la duración de la figura realizada. He aquí un alumno que ha dado mucho que hacer, su oposición ha tomado largo tiempo todas las formas,



pero un día la gracia ha actuado y la dificultad para llegar a su corazón ha resultado ser la medida de la energía de sus resoluciones. Esto no siempre sucede así, pero hay ejemplos y San Agustín, nuestro Patriarca, es uno de los más impresionantes.

Pongamos, pues, manos a nuestra labor; hablemos de Jesucristo, hagamos amar a Jesucristo, hagamos imitar a Jesucristo: ahí estará la línea divisoria entre una educación cristiana y la que no lo es. Preparemos, pese a los peligros que nos amenacen, copias vivas de Jesucristo, y Jesucristo así multiplicado, si puedo hablar de esta manera, tras haber triunfado en lo íntimo de las almas así reconstruidas a su imagen, triunfará públicamente en la sociedad regenerada mediante su gracia y la acción de los maestros cristianos.



VIGÉSIMAPRIMERA MEDITACIÓN

LOS VOTOS

*“Vota mea Domino reddam:
cumpliré mis votos al Señor”
(Salmo 22, 26).*

David en su trono ofrecía votos a Dios, como el sacrificio que podía serle más agradable; la ley nueva los ha aceptado, santificado, consagrado, y nada tan útil como hacer votos, a condición de que sean hechos seriamente.

La cuestión es muy grave, y la voy a tratar con la mayor sencillez posible. Quizá no sea completo; espero sin embargo decir lo esencial.

I.- En el principio de los votos

La generosidad en el amor

Partamos de aquel principio de que la plenitud de la ley es el amor. La ley cristiana es una ley de caridad, pero puede suceder que esta caridad, precisamente a causa de su plenitud, no se contente con la ley. Necesita algo más para demostrar su intensidad. Necesita algo más que los preceptos. Necesita los consejos, no sólo lo que Dios manda, sino también aquello a lo que él invita.

Los consejos evangélicos son múltiples. Sin embargo, la Iglesia propone tres principales a cuantos desean llegar a la perfección: la pobreza que nos despoja de lo que poseemos, la castidad que sacrifica los sentidos y la obediencia que inmola la voluntad.

Ahora bien, el voto no es sólo una simple intención de la voluntad, que nos inclina hacia tal o cual hábito, y que nos lleva a hacer un acto bueno o a huir de una mala acción. El voto es la promesa de realizar o no realizar

esto o aquello, con deliberación de la razón, a la que pertenece poner orden en la vida. Evidentemente, cuando escuchamos la voz interior, algo nos dice en el fondo de la conciencia: “*Amice, ascende superius*: amigo, ¡sube más arriba!” (Lucas 14, 10). ¿Pero hasta dónde? Ése es el secreto de Dios que llama y de la voluntad que responde. Todos no están llamados a emitir votos, pero algunos están invitados a hacerlos.

Tres condiciones fundamentales

¿Qué implica, pues, el voto para dejarse estrechar con estos lazos? Tres condiciones:

1º Tiene que ser hecho con deliberación; la ausencia de esta condición hace nulos los votos. Nos hemos dejado llevar por un entusiasmo ilusorio; creemos haber hecho un voto, y no es así. Por eso nada tan importante como hacer un voto cuando se hace en plena madurez, reflexión, deliberación. Hacer un voto a la ligera, es faltar al respeto debido a Dios a quien se lo ofrecemos. ¿Queréis dedicar un sacrificio a Dios? Hacéis bien, con la condición de que este acto sea reflexionado por vuestra parte.

2º Se necesita una resolución de la voluntad. Sin duda, la inteligencia debe sopesar con madurez los pro y los contra, pero pertenece a la voluntad tomar la resolución, dar, por así decir, su juicio práctico. Para llegar a esto se necesita cierta energía.

3º Pero esto no basta. Se necesita finalmente una promesa formal, mediante la cual se completa la resolución del voto.

La aceptación de la Iglesia

Por lo tanto, deliberación, resolución, promesa positiva, tales son las condiciones fundamentales de todo voto, a lo que hay que añadir, para la vida religiosa, la aceptación de los votos por parte de la Iglesia; porque no siempre los acepta: los votos solemnes, por ejemplo, para algunas Congregaciones más recientes.

Se comprende. Para que un acto sea meritorio ha de ser agradable a la persona por quien se hace, o a quien se ofrece. Si dice: no lo quiero, evidentemente no tiene razón de ser, es como si no existiera.

II.- Objeto de los votos

Se comprende por tanto que, si bien somos libres de ofrecer a Dios una cosa buena que le agrade, no somos libres de ofrecerle algo malo que rechazará con toda seguridad.

Además, el voto sólo se refiere por lo general a algo que no sea obligatorio, porque ahí está la ley para someterme cada vez que me obliga, y en tal caso no necesito deliberar. Ya que el voto va más allá de la ley, implica un acto de virtud que estoy obligado de cumplir, como consecuencia de la resolución tomada por mi voluntad y ofrecida a Dios.

Añado que, siendo el voto el más perfecto de todos los sacrificios ya que va más allá de lo que obliga y que se enraiza en lo más íntimo del hombre, —la deliberación de su inteligencia y la resolución de su voluntad—, implica una idea de adoración, de reconocimiento del dominio de Dios, de lo que se sigue que violar un voto es destruir o al menos retirar un acto de adoración. Por lo tanto hay pecado en dar marcha atrás en los votos emitidos, a menos que seamos dispensados por un motivo superior de caridad más perfecta.

III.- Observancia de los votos

Abordo la cuestión tan terrible de la observancia de los votos.

**Las advertencias del
Espíritu Santo y de la
teología**

El Espíritu Santo ha dicho:
*“Quodcumque voveris, redde;
multo enim melius est non vove-
re, quam post votum, promissa*

non redere: Si has hecho un voto, cualquiera que sea, cúmplelo, porque más vale no hacer votos que no cumplirlos después de haberlos hecho” (Eclesiastés 5, 3-4). Es que, efectivamente, no hay nada tan serio como los votos hechos a Dios; nos va en ello la majestad y la perfección de nuestra alma, a menudo nos va en ello nuestra salvación.

“El hombre, dice Santo Tomás, debe su fidelidad a Dios: en razón del dominio divino sobre toda creatura, y en particular sobre toda creatura inteligente; en razón de sus beneficios en todos los instantes; en razón de las promesas hechas por el hombre”. Este triple lazo es admirable y no se entiende que uno no sea feliz conservándolo. Y sin embargo, ¡cuántos hombres se sublevan contra la autoridad divina, son ingratos con la bondad infinita y, después de haberse comprometido mediante promesas solemnes, retiran vergonzosamente su palabra!

La violación de los votos es una temible infidelidad

Por eso el Espíritu Santo no teme comparar el voto violado con una especie de infidelidad: *Displicet Deo infidelis promissio* (Eclesiastés 5, 3). Por eso, cuando se ha conocido la felicidad de comprometerse mediante los votos, hay que realizar todos los esfuerzos para cumplirlos. Materia escalfriante y sobre la que es importante insistir.

Porque, al fin y al cabo, cuántos religiosos que emiten votos y luego buscan sacudirse el yugo, olvidan aquella palabra: “Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, es apto para el Reino de Dios” [Lucas 9, 62]. Quizá su infidelidad se debe a que no han reflexionado suficientemente sobre la naturaleza de tales compromisos, sobre la gravedad del estado de un alma que se religa a Dios del modo más fuerte y que ya no sabe cumplir sus juramentos. ¡Qué importante es reflexionar sobre ello! ¡Cuán importante es no forjarse ilusión alguna a fin de que, si la tentación viene a asaltarnos, podamos saber cómo resistirle!

IV.- Utilidad de los votos

Los votos están totalmente para provecho nuestro

¿Resulta ventajoso emitir votos? Cuando hacemos promesas a un hombre, es en interés suyo; por lo general, es él quien

pide un compromiso serio de nuestra parte, del que saca provecho. Pero cuando hacemos una promesa a Dios, no hay otra utilidad que la nuestra. De ahí esta palabra de San Agustín: "*Quod Domino redditur, reddenti additur*: lo que se da a Dios, se añade como bien a quien lo da".

Toda acción realizada por Dios tendrá su recompensa: por lo tanto, ¡qué recompensa no tendrán las acciones más excelentes de la vida cristiana, acciones que no tienen de obligatorias más que lo que nuestra voluntad les imprime!

Dicen algunos que el voto arrebató la libertad absoluta. Volveré sobre esto en otro lugar. Lo que resulta cierto es que Dios, que a causa de su absoluta perfección está en la imposibilidad de pecar, no deja de ser infinitamente libre por ello, el ser más perfecto siendo necesariamente el más libre, ya que su misma perfección hace a su voluntad más fuerte.

Que Jesucristo no haya podido hacer votos, es incontestable. Dios, infinitamente perfecto por naturaleza, no puede prometerse a sí mismo hacer actos de perfección, ya que los realiza por el hecho de su misma esencia. Sin embargo, Dios jura por sí mismo: "*Quia per memetipsum juravi, dicit Dominus*" (Jeremías 49, 13). Pero aquí se trata de un juramento hecho a las criaturas, no de un voto.

El ejemplo de los Apóstoles

Los Apóstoles, por el contrario, han podido hacer votos, y es creencia de la Iglesia que han tomado al pie de la letra los consejos de la vida apostólica, y que han vivido al menos en pobreza y castidad. En

cuanto a la obediencia, movidos como eran por el Espíritu Santo, se puede decir que vivían de un modo especial bajo su dependencia. De ahí esta palabra de San Pedro: “*Obedire oportet Deo magis quam hominibus*: juzgad por vosotros mismos si no hay que obedecer a Dios más que a los hombres” (Hechos 5, 29). Pero la cuestión no está ahí; se trata más bien de saber si han seguido todos los consejos evangélicos que comportaba su excepcional posición; y eso está fuera de toda duda para quien reflexiona sobre su situación de piedras sillares de la Iglesia de Jesucristo.

V.- Acto por excelencia

Hacer votos es un acto de religión, de culto, de adoración. Emitir votos de religión, es ofrecer a Dios el culto más excelente:

1º de adoración

Porque el voto es un acto de latria que nos relaciona con Dios.

No se trata de tal o cual acto bueno o malo en sí mismo, es la intención con la que se lleva a cabo lo que le da bondad o malicia. “*Nec ipsa virginitas, quia virginitas est, sed quia Deo dicata est, honoratur*, dice San Agustín: Incluso la virginidad no tiene valor por ser virginidad sino porque está consagrada a Dios”. Si incluso la virginidad no recibe su mérito sino de Aquél a quien se consagra, ¡con cuánta mayor razón todos los demás votos!

2º de sumisión

Porque el voto nos pone más en dependencia de Dios, lo cual es

excelente. No insisto en ello, es tan evidente.

3º de anclaje de la voluntad en el bien

Finalmente, porque el voto le da a nuestra voluntad algo de inamovible.

Por una parte, si la obstinación en el pecado aumenta la malicia y la gravedad de éste, ¿no resulta evidente, por su parte, que la estabilidad en el bien aumenta su mérito? Mirad a Dios: ¡es inmutable! Lo propio del voto consiste en hacernos imitar en cierto modo su inmutabilidad. Si Dios no puede cambiar porque es infinitamente perfecto, ¿no resulta evidente que esta imposibilidad de cambio, en que nos coloca el voto, nos hace participar en cierta medida de la perfección de Dios mismo?

Holocausto de la nueva ley

Por ello llamamos estado de perfección aquél en que nos consagramos a Dios del modo

más absoluto para su servicio y su gloria; y también por ello el estado religioso es comparado a un holocausto, el sacrificio más perfecto entre los de la ley figurativa.

Por eso el Papa San Gregorio no vacila en decir: “*Sunt quidam qui nihil sibimetipsis reservant, sed sensum, linguam, vitam atque substantiam quam perceperunt omnipotenti Deo immolant*: ¡Los hay que no se reservan nada, sino que sacrifican a Dios omnipotente todo cuanto han recibido: los sentidos, la lengua, la vida y todo cuanto tienen!”. ¿Qué más queréis para hacer del religioso que así se inmola una víctima perfecta?

VI.- Los tres votos esenciales

Fuera de los tres principales consejos que se expresan mediante los votos de religión, todos los religiosos no están obligados a todos los consejos evangélicos.

Los consejos más particulares Santo Tomás hace notar que algunos se contradicen. Así, la vida puramente contemplativa no puede ir junto con la acción y las buenas obras. Mas, cada familia religiosa tiene sus consejos especiales: el Cartujo, la soledad; el Trapense, el trabajo manual; los hijos de San Francisco, el abandono a la Providencia; el Dominico, la predicación; y esto es lo que constituye la belleza de este gran ejército de la Iglesia formado por las Órdenes religiosas: cada legión tiene sus propias armas, su disciplina, su meta particular, cuyo conjunto forma el más maravilloso ramillete de santidad que la tierra pueda presentar al cielo.

El estado de perfección No necesito probar que el sacrificio de los propios bienes, del propio cuerpo, de la propia voluntad, constituye la perfección, ya que es cuanto el hombre tiene y cuanto es.

Terminemos diciendo que, si el estado del religioso es más perfecto que el del simple fiel, si sus méritos son mayores, sus prevaricaciones son también más graves y la violación de sus compromisos sagrados más horrible.

Que Dios nos preserve de semejantes desgracias. Que al hacernos gustar el privilegio de nuestros compromisos, nos haga encontrar en ellos la mayor felicidad sobre la tierra, a la espera del torrente de las delicias con que inundará a cuantos le habrán amado y servido con mayor perfección aquí abajo.

VIGÉSIMASEGUNDA MEDITACIÓN

POBREZA

“Quaerite primum regnum Dei et justitiam ejus, et haec omnia adjicientur vobis: Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura”

(Mateo 6, 33).

El voto de pobreza implica ciertas obligaciones estrictas, rigurosas, fijadas claramente por las leyes de la Iglesia cuando aprueba las Congregaciones religiosas. No tengo que hablar de esto aquí. Esto se enseña más particularmente en el Noviciado, en las charlas especiales, y nada quiero decir de ello en este momento.

Hoy tengo otra meta. Quiero tratar de los efectos de la pobreza en el alma religiosa. Retendré cuatro principales:

- 1° La liberación de las obligaciones mundanas;
- 2° La libertad del alma;
- 3° La alegría;
- 4° La imitación más perfecta de Nuestro Señor.

I.- Liberación de las obligaciones mundanas

O Dios o Mammón *“Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum: donde está tu tesoro allí está también tu corazón”* (Mateo 6, 21). Ahora bien, si os gustan las cosas del mundo, sus bienes y los placeres que el mundo procura, es imposible que vuestro corazón no eche raíces en ellos.

“Nemo potest duobus dominis servire: nadie puede servir a dos señores” (Mateo 6, 24). Hay que elegir. *“Non*

potestis servire Deo et Mammonæ: no podéis servir a la vez a Dios y a Mammón” [ibid.]. Alternativa terrible y sobre la que es imposible volver atrás después de la sentencia del divino Maestro. ¡Terrible obligación de elegir!

Los amigos de Mammón

Ved, en efecto, por una parte en cuántas injusticias caen los amigos del oro y de la plata, y en qué decadencia se precipitan los sacerdotes, los religiosos, a quienes posee el amor del oro. Ya es feo amar la fortuna por sí misma. Resulta mucho más feo, cuando se tiene, servirse de ella para sumergirse en tantos desórdenes cuyo espectáculo contemplamos todos los días.

Los simples cristianos

No hablo aquí de los cristianos a quienes la Providencia ha hecho nacer rodeados de bienes de este mundo, de los que se sirven sin duda para mantener su rango, pero de quienes se puede decir como del justo alabado por el Salmista: “*Dispersit, dedit pauperibus, justitia ejus manet in saeculum saeculi*: lo ha dispersado todo, ha dado todo a los pobres, su justicia perdura por los siglos de los siglos” (Salmo 112, 9).

Pero dejemos de lado a aquellos hombres a quienes sólo se pide una virtud ordinaria y que, teniendo riquezas en abundancia, no atan a ellas su corazón, de acuerdo con el consejo del Espíritu Santo: “*Divitiae, si affluent, nolite cor apponere*: si abundan las riquezas, no les apeguéis el corazón” (Salmo 62, 11).

Los pobres de corazón

Hablemos de aquellos que, por otra parte, se han comprometido con el voto de pobreza y se aplican a conservar el espíritu. Nada da la libertad del corazón de cara al mundo como la renuncia a las riquezas. Todos aquí abajo quieren ser ricos, y como los límites entre los que tienen son a veces inciertos y sus títulos dudosos, a menudo hay que-

rellas. Ahora bien, si renunciáis a todo, ¿a qué os aferráis y sobre qué os vais a disputar? No digo que vuestra comunidad no tenga que defender ciertos derechos, pero evidentemente no es contigo con quien quieren vérselas.

Situación de la Iglesia En este momento se está haciendo sin duda una gran labor en la Iglesia. Ha sido despojada de sus bienes, y trabaja para procurarse recursos. Quizá la pasión por adquirirlos es demasiado viva en algunos, pero por el momento la Revolución se encarga de hacer las purificaciones necesarias, y podemos decir que por un tiempo el peligro, por lo que respecta al exceso de riquezas, no será muy grande. Y sin embargo, qué poder moral no da el derecho a decir: he comenzado con nada, y si he tenido algo, me he despojado de ello.

¡Oh!, cómo es importante conservar la propia libertad frente a todos y poder declarar que estamos libres de cualquier obligación, excepto de lo recibido como limosna. Conservemos esta libertad frente al mundo; probémosle cuán superiores somos, precisamente porque no tocamos sus fangos ni siquiera con la punta del pie.

II.- La libertad del alma

Es fruto de la pobreza La libertad frente al mundo parte de un principio superior: la libertad del alma. Esta libertad consiste en no ser esclavo de ningún deseo terrestre, y en practicar lo más posible al pie de la letra la palabra de la Oración dominical: "*Panem nostrum quotidianum da nobis hodie*: danos hoy nuestro pan de cada día" [Lucas 11, 3].

La confianza absoluta en Dios nunca queda decepcionada, y si Dios parece a veces complacerse en ponerla a prueba, podemos decir que es para hacer resaltar más su cuidado de Padre para con nosotros.

Hagamos la prueba La libertad del alma es fruto de la pobreza. ¿Cómo queréis hacer oración soñando con los billetes? Pero hay que hacer la prueba. Suponiendo que estás atado a cualquier cosa, examina si tienes el mismo recogimiento, si las preocupaciones no vienen a asaltarte cuando deberías estar más obligado a pensar en los intereses de Dios.

No quiero por cierto hablar aquí de aquellas almas que conservan el peculio y pretenden disfrutar de él. Desgraciadamente, ¡en cuántas circunstancias no se nota la cadena que les ata y les impide emprender el vuelo hacia el cielo! Luego, ¡qué escándalo no causan los religiosos interesados, y con qué alegría maligna se complacen algunos en señalarlos como piedras de escándalo!

El Espíritu Santo ha dicho: “*Avaro nihil scelestius: nada hay tan criminal como un avaro*” (Eclesiástico 10, 9). Sin examinar con rigor el alcance de esta sentencia, no temo decir que la conversación de un religioso nunca estará en el cielo mientras, pese a sus votos, el amor de las riquezas le tenga atado a la tierra.

Mirad, por el contrario, con cuánta estima se rodea en el mundo al hombre desinteresado. No digo, por cierto, que los juicios del mundo sobre este tema sean más infalibles que sobre otros asuntos. Concederé incluso, cuando queráis, que el mundo se equivoca respecto de tal o cual persona. En lo que no se equivoca, es sobre el principio de su juicio, que consiste en postular que nada hay tan noble como un carácter desinteresado, y que nadie es tan independiente como quien se sabe que no desea nada.

III.- La alegría

Alegría inalterable Un hecho incontestable es que la alegría reina sobre todo en las Órdenes más pobres. ¿Por qué? ¿No será que Dios les devuelve lo que hacen por él?

Queremos riquezas para disfrutar en la tierra; ahora bien, cuando se practica seriamente la pobreza se renuncia a disfrutar en la tierra. ¿Dónde se encuentra entonces el disfrutar, o más bien la esperanza de gozar? Si no es aquí abajo, será evidentemente allá arriba. En tal caso, ¿quién puede arrebatar esta esperanza? El religioso auténticamente pobre puede decir sin temor: "*In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum*: en ti, Señor, he esperado, no seré confundido eternamente" (Salmo 31, 2).

no por la posesión sino por la esperanza ¡Oh!, ya lo sé, hemos visto a hombres mundanos hacerse clérigos, dejarse cortar el cabello por el Pontífice y decir: "*Dominus pars haereditatis meae et calicis mei*: el Señor es la parte de mi heredad y de mi copa" [Salmo 16, 5], y esta parte de la herencia de Dios era un gran beneficio.

Pero, en el caso que trato estamos a mil leguas de tal supuesto, y no temo decir que la fuente de la alegría procede del despliegue de la esperanza. "*Cum invocarem exaudivit me Deus justitiae meae, in tribulatione dilatasti mihi*: Dios, el defensor de mi justicia, me escuchó cuando le invoqué. Oh, Dios, en la tribulación ensanchaste mi corazón" (Salmo 4, 2).

La oración del pobre es siempre escuchada Dios escucha siempre al pobre: "*Iste pauper clamavit, et Dominus exaudivit eum*" (Salmo 34, 7). He ahí la gran esperanza: ser escuchado por la mise-

ricordia de Dios. Y en efecto, por el hecho de invocar a Dios no quedamos libres de las molestias de la pobreza y de lo que el mundo llama sus tribulaciones. Pero, incontestablemente, Dios aporta las compensaciones que sabe procurar cuando nos adherimos a él y le tomamos por nuestra propia riqueza: *“In tribulatione dilatasti mihi... Oculi omnium in te sperant, Domine, et tu das escam illorum in tempore opportuno. Aperis manum tuam et imples omne animal benedictione: Señor, todos tienen los ojos vueltos hacia tí, y tú les das la comida a su tiempo; abres tu mano generosa y llenas a todo ser viviente de los efectos de tu bondad”* (Salmo 145, 15-16).

He ahí lo que cantaba David bajo la ley de las figuras, en que a menudo los bienes terrestres eran imagen de los bienes del cielo y de la esperanza en Dios. Tenía confianza, y esta confianza nunca quedaba defraudada. ¡Cuántas veces no lo experimentó durante las persecuciones que le infligió Saúl! Pues bien, esperemos como David, aceptemos la pobreza a que fue sometido como figura del pobre por excelencia, Jesús, su descendiente, y como David encontraremos nuestra alegría en no contar sino con Dios, y a desdeñar profundamente cuanto no es Dios.

IV.- Imitación más perfecta de Jesucristo

Siendo rico se hizo pobre Jesús en cuanto Dios era rico y, no lo olvidemos, se hizo pobre por nosotros. Ahora bien, por qué sino para enseñarnos el valor de la verdadera riqueza, que es la verdad cuyo principio es él y que, en su acepción más divina, es él mismo: *“Ego sum veritas”* (Juan 14, 6).

¡Cuántas veces todavía no nos dejamos arrastrar por la mentira y la vanidad de las cosas creadas!: *Filii hominum, usquequo gravi corde, ut quid diligitis vanitatem et quaeritis mendacium!* (Salmo 4, 3). Jesús ha elegido ser

pobre, dejar a las zorras sus madrigueras y a las aves del cielo sus nidos, para no tener dónde reposar su cabeza aquí abajo, ¡y nosotros buscamos la ilusión de cuanto no es la verdad, la vida, la felicidad!

en cada detalle de su vida Repasemos, repasemos a menudo en nuestra mente todos los detalles de aquella vida pobre,

desde Nazaret donde María, pobre obrera, trabajaba para ganarse la vida, en el taller de José, cuando aconteció el misterio de la Encarnación. Dios, en efecto, no envió a un ángel para saludarla en un palacio, sino en un humilde reducto.

El Hijo de Dios quiere nacer y ve el día, tras ser rechazado por sus conciudadanos, en un establo: *eo quod non erat locus in diversorio* [Lucas 2, 7]. Sigámosle en todos los detalles de su existencia; siempre pobre, siempre: o bien se gana el pan con el sudor de su frente, o bien recibe limosna de aquellos a quienes evangeliza. Para sí, nada tiene. Si tiene que pagar el impuesto, hace un milagro para encontrar la moneda necesaria en la boca de un pez. Cuando se trata de preparar la Pascua, recurre a la caridad de un discípulo secreto; cuando está en la Cruz, ha de confiar su madre, pobre como él, a Juan; cuando ha expirado, es colocado en un sepulcro que no le pertenece, tras haber sido rodeado con perfumes y atado en un sudario debido a la caridad de José de Arimatea y de las santas mujeres. ¡He ahí su desnudez!

Su exaltación final Pero luego, resucita, y su cuerpo, víctima de la indigencia, se torna glorioso. Más aún, tras la resurrección sube al cielo y va a tomar posesión de un reino tal que ningún emperador ha podido conquistar uno parecido, para un tiempo que no tendrá fin, *et regni ejus non erit finis* [Lucas 1, 33].



Comprendamos que las riquezas del cielo se adquieren mediante el desprecio, el sacrificio, el abandono de las riquezas de la tierra; dejemos a los hombres ordinarios usar de las riquezas pese a sus peligros; en cuanto a nosotros, pongamos los ojos en Aquél por quien todo fue hecho y pidámosle nos enseñe a separarnos de cuanto no sea Dios, para poseer un día a Dios enteramente.





VIGÉSIMATERCERA MEDITACIÓN

TRABAJO

*“In sudore vultus tui vesceris pane:
Comerás el pan con el sudor de tu
frente” (Génesis 3, 19).*

¡Terrible sentencia dictada contra el primer padre tras el pecado y que, con el pecado transmitido a su posteridad, se aplica también a los hijos de Adán!

Hay que trabajar, porque somos culpables y el trabajo ha sido impuesto a todos los pecadores. No cesaremos de estar condenados al trabajo hasta que hayamos recuperado la inocencia primitiva. Desde este punto de vista el trabajo es:

- 1° Un castigo;
- 2° Una salvaguarda;
- 3° Una liberación.

Pero somos cristianos y desde que Jesucristo ha santificado el trabajo, encontramos en él:

- 1° Una elevación de nuestra inteligencia;
- 2° El ennoblecimiento de nuestro carácter;
- 3° El culto a Dios;
- 4° La victoria.

I.- El trabajo impuesto a los pecadores

1° *El trabajo es un castigo.* El Maestro por excelencia lo ha dicho: había colocado al primer hombre en un jardín de delicias, y el hombre debía cultivar este jardín admirable. Ya que allí todo era delicias y placer, *in paradiso voluptatis* [Génesis 2, 15], nada debía ser allí peno-



so, fatigoso, excesivo, doloroso. Pero, cuando el hombre se hubo rebelado contra Dios, la tierra y sus frutos se volvieron contra el hombre y la ocupación agradable se convirtió en duro trabajo. Las zarzas y los espinos tomaron el lugar de las más hermosas plantas y de los más magníficos frutos, y entonces el trabajo de las manos se hizo una necesidad fatal: ¡o morir o trabajar! Tal fue el destino de los primeros hombres. Si así fue, la muerte, castigo definitivo, fue precedida por el trabajo, castigo precursor.

Ahora bien, ¿somos nosotros menos pecadores que nuestro primer padre? Y si somos pecadores como él, como él habremos de trabajar. ¿Cómo? En la misma proporción que necesitamos alimentarnos. Esto es muy humillante, pero ahí reside su aspecto de castigo. El orgullo es el principio de la rebelión, el castigo del orgullo es la humillación que proporciona el trabajo.

El esclavo tiene su cadena de hierro; el hombre, esclavo del pecado, también tiene su cadena: el trabajo. La llevará hasta la tumba, y si no la lleva voluntariamente, ¡pobre de él! Porque su cadena y su castigo serán mucho más duros del otro lado de la tumba. De ahí la obligación de plegar la cabeza bajo el yugo del trabajo.

No digáis: otros trabajarán para mí. Si eres pecador, se pide tu trabajo y no el de los demás.

No digas: tengo derecho a descansar. Durante el descanso excesivo, –pues no condeno un descanso legítimo–, ¿pecas menos? Y si pecas más, ¿no tengo derecho a concluir que lo que necesitas es un trabajo doble? ¡Extraña situación! Descansas y pecas. Date prisa a retomar el trabajo, para no pecar más, o para pecar mucho menos.

2º *El trabajo es una salvaguarda.* Si el trabajo es un castigo que estamos obligados a aceptar, o mejor dicho,

que Dios nos impone, también es una salvaguarda. Bajo este aspecto tiemblo por las personas que pretenden necesitar un descanso prolongado.

Los enfermos, es cierto, no pueden trabajar. Peligro terrible, ya que, si la punzadura del dolor no les obliga a volverse hacia Dios, tiemblo por aquellos seres debilitados en su cuerpo y que, de la debilidad física, creen poder pasar a la conclusión de que tienen derecho a sumergir su alma en una inercia moral que los debilita día a día. Confundiendo el descanso con la ociosidad, se exponen a los mayores peligros.

Notad que Adán, colocado en el Paraíso terrenal, seguramente que no estaba condenado a trabajos fatigosos; pero estaba ocupado. “*Posuit eum in paradiso voluptatis ut operaretur eum*” (Génesis 2, 15). Ahora bien, ¡cuántas personas se figuran que el descanso consiste en no hacer nada! Y durante ese tiempo de ocio es cuando viene Satanás. Conversaciones peligrosas se inician, les tomamos gusto, el mal invade el pensamiento; la imaginación se contamina mediante el fruto prohibido, los malos libros, los malos placeres; los sentidos se rebelan y la inocencia se pierde. ¡Triste fruto de la ociosidad! ¡Oh!, si al mismo tiempo que descansábamos nos hubiéramos ocupado de modo sano, y sobre todo si hubiéramos retomado el trabajo cuando veíamos venir la tentación, ¡cuántas caídas no hubiéramos evitado, bajo cuyo peso estamos condenados a gemir!

Pero trabajar resulta duro. ¡Pues, el purgatorio y el infierno son más duros aún!

Por lo demás, mirad un hecho incontestable: la pereza engendra muy a menudo el debilitamiento de la fe. Si tuvierais un ardor cristiano por el trabajo, tendríais menos dificultad en creer en los castigos que impone la justicia de Dios; pero para ello, hay que tener cierta energía que

da el trabajo, cierta confianza de que se hace lo que se puede. Esta energía no la tenemos, no trabajamos, y todo nos lleva a decir: Dios no es tan cruel, por lo tanto sus castigos en el otro mundo no son tan terribles. No serán lo que nos hayamos figurado.

Serán lo que la Sabiduría, la Justicia y el Amor despreciados habrán juzgado justo hacer. Ésta es la verdadera situación. ¿Queréis libraros de los castigos divinos? Trabajad, no sólo para pagar la deuda del pecado, sino para preservaros de nuevos pecados.

3º *El trabajo es una liberación.* Nada tan evidente. “*Qui facit peccatum, servus est peccati*: quien comete pecado, es esclavo del pecado” (Juan 8, 34). Pero si pagáis el precio del pecado, quedáis libres en proporción. Sin duda, esta deuda no será completamente pagada por vosotros; se necesitan los méritos del Salvador.

De todos modos es cierto que Dios ha impuesto el trabajo, y que el trabajo realizado disminuye la pena.

Notad que dejo de lado al hombre sobre el que pesa el pecado original; tomo al cristiano, que después del bautismo necesita ser absuelto; ya lo está: queda la pena por su pecado. Tomad a dos de estos pecadores perdonados. ¿En quién de ellos suponéis que el pecado desaparecerá más fácilmente mediante la expiación? ¿En el hombre entregado a la pereza, o en el hombre laborioso? Plantear la pregunta es responderla.

Jesucristo ha dicho: “La verdad os hará libres” [Juan 8, 32]. Pero para ser liberado por la verdad hay que conocerla, hay que entregarse a un trabajo de estudio.

Cuanta más verdad divina tengamos, más libres seremos. Ahora bien, esto implica trabajo, al término del cual la libertad será tanto más grande cuanto más abundante sea la verdad conquistada mediante el trabajo.

II.- Trabajo propuesto a los cristianos

Pero he aquí vosotros, hechos hijos de Dios y de la Iglesia; no quita que no sois impecables. Si pecáis, necesitáis, como acabamos de ver, de expiación y de castigo; y si estáis sujetos al pecado, estáis obligados a hacer cuanto de vosotros dependa para huir de él; si sois sus esclavos, debéis, mediante todos vuestros esfuerzos, tender a la libertad de los hijos de Dios [Romanos 8, 21] que por desgracia conocéis muy poco. ¡Pues bien!, tenéis que hacer mucho más todavía.

1° *Elevación de la inteligencia.* Tenéis que dar a vuestra inteligencia el desarrollo adecuado. Entendámonos. Si el suelo que pisamos es una tierra que estamos obligados a fecundar mediante el sudor de nuestra frente, *in sudore vultus tui* [Génesis 3, 19], nuestra alma es un campo adecuado para recibir la verdad, y la parábola del Evangelio nos muestra el grano, lanzado por el sembrador, que da diverso fruto según dónde caiga. Ahora bien, estáis obligados a hacer producir a vuestra inteligencia todo cuanto es capaz de producirle al celestial agricultor.

Supongo que estáis liberados de los trabajos materiales. Quedan los trabajos del pensamiento.

¿Qué hacéis al respecto? ¡Y cuántos espectáculos tristes nos ofrecen en nuestros días las inteligencias atrofiadas bajo el peso de una horrible pereza! ¡De ahí tantos seres vulgares como los pensamientos en que se complacen! Repetirán vanas fórmulas y se complacerán en ellas; y los partidarios de Satanás, sabiendo bien que no desean otra cosa que contentarse con vanas palabras detrás de las que se refugia la pereza, las propagarán con risa sonora; la propaganda revolucionaria se realizará y el mal habrá ganado del modo más deplorable.

¡Oh!, ¿quién nos dará cristianos laboriosos, apasionados por la verdad, que estudien con entusiasmo? Se necesitan en todas partes, entre el clero, en los conventos, y sobre todo en el mundo. Ahora bien, una de las plagas de Francia es que tenemos muy pocos.

2° *Ennoblecimiento del carácter.* ¿Qué es el trabajo cristiano? Es el esfuerzo por dominar las dificultades. Es una lucha constante, en la que el carácter se crece fortificándose mediante el combate.

3° *El trabajo es un culto dado a Dios.* El templo tiene sus solemnidades, su liturgia, sus ritos, y conviene que así sea; pero también conviene que Dios sea honrado mediante un culto constante. Este culto, se puede decir, es el trabajo, cuando el trabajo es un esfuerzo libremente aceptado y cuando este esfuerzo es un acto de amor.

Sin duda, allí donde hay amor no hay trabajo, o al menos el trabajo se convierte en un alimento y una prueba de amor: “*Ubi amatur non laboratur, vel si laboratur labor amatur*” (San Agustín).

El religioso, excepto en los momentos de reposo indispensable a la debilidad humana, o reza, o trabaja: tal es su existencia. Ahora bien, su trabajo es un sacrificio de su cuerpo, de su inteligencia, o de su voluntad. Y digo que esto es un culto tributado a Dios durante todo el día. Se trata de querer comenzar y entregarse a ello con vigor.

El culto es tanto más perfecto cuanto más se ofrece con disposiciones fervientes de fe, de humildad, de oración, de amor: trabajamos bajo la mirada de Dios; nos humillamos bajo la sentencia dictada por él y que condena al hombre a trabajar; le invocamos para que dé su bendición

a los sudores vertidos por él; le amamos porque estamos obligados a reconocer que el trabajo es una reparación muy débil, pero fecunda, de las ofensas hechas a su majestad.

4° *El trabajo procura la victoria.* Por lo tanto, en adelante trabajamos con nuevo ardor a imitación del Dios hecho hombre que ha querido desde su juventud pasar por el trabajo; lo transformaremos en una actividad que se parezca a aquella acción continua de Dios sobre la creación. Así mereceremos la victoria, es decir, un salario abundante por nuestro trabajo, porque habiendo sido fieles en lo poco, nos querrá recompensar en Dios y como si hubiéramos hecho mucho.

Trabajemos, trabajemos, el tiempo es corto. Trabajemos como pecadores que merecen el castigo, como obreros que esperan la recompensa, como hijos de familia que, tras haber hecho lo mandado, volverán al atardecer de la vida a la casa de su Padre, para disfrutar allí de la victoria eterna y del eterno descanso.



VIGÉSIMACUARTA MEDITACIÓN

CASTIDAD

“Beati mundo corde quoniam ipsi Deum videbunt: Felices los de corazón puro porque ellos verán a Dios” (Mateo 5, 8).

Esta virtud parece haber bajado del cielo con Jesucristo. Apenas encontramos algunos ejemplos en el Antiguo Testamento. En cuanto a los tiempos idolátricos, ni hablar de ello.

Dejemos por hoy el examen de las tristes caídas que conlleva la violación de esta virtud, y digamos algo:

1° De sus privilegios;

2° De los medios para conservarla.

I.- Privilegios de la castidad

1° Parecido con Dios: El primero de todos los privilegios de la castidad es el parecido con Dios.
Dios es la pureza misma

¿Qué existe de más puro que el mismo Dios? Es imposible que Dios no sea casto, precisamente porque es un espíritu puro. Las faltas contra la castidad acontecen sólo por la cautividad de los sentidos, y el espíritu puro que está libre de ello, sabe muy bien que nunca será atravesado por el aguijón de una carne que no hace parte de su naturaleza. Los ángeles también son puros como Dios, y si algunos han sido precipitados al fondo de los abismos, son únicamente los pecados del espíritu los que les han arrastrado allí.



En cuanto a nosotros, creados en un estado intermedio entre el bruto y el ángel, ángeles por nuestra alma, pero brutos por el cuerpo, sentimos el peso del cuerpo que pliega al alma, y sabemos a qué está condenada el alma cuando sufre los arrastres de la parte inferior de nuestro ser. Ahora bien, uno de los grandes efectos de la misericordia de Dios es que, sin cambiar nuestra naturaleza creada por él y que conlleva en nosotros la unión indisoluble de alma y cuerpo, sin embargo podamos tender siempre, mediante su gracia, a acercarnos a su pureza infinita. En eso consiste el trabajo de la perfección aquí abajo.

Dios no sería infinitamente amable, si no fuera infinitamente bueno e infinitamente hermoso; y no sería ni infinitamente bueno, ni infinitamente hermoso, si no fuera infinitamente puro. Es la pureza misma. Sin esta pureza no sería la luz infinita, y su inteligencia tendría tinieblas, lo cual es una blasfemia. En esta luz es donde la luz aparecerá para nosotros un día: *“In lumine tuo videbimus lumen”* (Salmo 36, 10).

Sólo los corazones puros pueden verle Pero para ser dignos de semejante favor, hemos de avanzar sin cesar hacia una pureza mayor, y en este aspecto hacernos semejantes a Dios, en la medida en que nos lo conceda su gracia. ¡Cuándo seremos de tal modo imagen de Dios que pueda hacer brillar sobre nosotros la luz de su rostro y que, en esta luz indefectible, mediante la que nos parecemos a él, nos reconozca como hijos suyos!

Pero, cuando nos parecemos más a Dios mediante la pureza del espíritu y mediante una participación mayor en su purísima luz, somos capaces de ver, y Nuestro Señor llega a decir en sus misericordiosas exhortaciones a la pureza: *“Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum vide-*

bunt: felices los limpios de corazón porque ellos verán a Dios” (Mateo 5, 8).

Aquí abajo no se puede ver a Dios. No sabemos más que lo que el Hijo, que está en el seno del Padre, nos ha querido contar; sin embargo, si ya desde aquí abajo nos es dado sondear algo de sus misericordiosas profundidades, el medio nos es indicado por el Hijo mismo de Dios: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt*.

2º Amor de Nuestro Señor

El segundo privilegio es que atraemos más el amor de Nuestro Señor. Lo que él más ama son las almas castas de quienes quiere ser el Esposo: *Sponsus castarum animarum*.

Conocemos su ternura especial por San Juan, el apóstol virgen, a quien fueron confiados los secretos celestiales. Nada extraño. ¿Qué ha venido a combatir el Hijo de Dios sobre la tierra? ¿No es acaso el pecado? ¿Y qué horror no experimenta frente a la carne que ha corrompido su camino, y por el hombre que se ha vuelto carne? Retira de él su espíritu: “*Non permanebit spiritus meus in homine, quia caro est*” (Génesis 6, 3). Por el contrario, cuando encuentra una criatura humana que, lejos de sumergirse en la vida de la carne, se esfuerza por vivir de la vida del espíritu, se complace en ella y en ella reposa.

¡Cuán pocos aprecian esta amistad de Jesús! Y sin embargo, qué hay más digno de deseo, ya que, aquí abajo, esta amistad es la garantía más segura y preludio de las alegrías del cielo.

3º Aptitud para las santas abnegaciones

El tercer privilegio del alma pura es su capacidad de santa entrega.

Nada hace a uno tan egoísta como la impureza, nada deja tanto, en el fondo del alma, la preocupación por el

interés personal. Todo se sacrifica a las pasiones impúdicas, y si quisiera dirigir mi pensamiento hacia ciertos jóvenes que hemos conocido y querido, podría decir que sus hábitos culpables han causado la desesperación de sus familias y la vergüenza de su país.

Por el contrario, el alma casta disfruta de una incomparable libertad para tender hacia todo cuanto hay de bello, noble, grande, generoso. Pedidle un sacrificio: cuanto más pura es esta alma, más libre es para realizarlo; ninguna atadura terrestre le retiene; el pensamiento de una recompensa eterna le inflama; tiene de Dios una impresión que el impúdico no tendrá jamás. Lo que conoce de Dios, por su privilegio mismo, le empuja a exclamar con San Pablo: "*Non sunt condignae passionis hujus temporis ad futuram gloriam quae revelabitur in nobis*: No hay comparación entre los sufrimientos de esta vida presente y la gloria que un día se manifestará en nosotros" (Romanos 8, 18). Su mirada purificada le muestra la felicidad muy por encima de los fangos de esta tierra.

La pureza no es retenida por peso alguno; es libre, tiene alas, puede lanzarse hacia la gloria de Dios. *Non sunt condignae...*

Por eso comprenderéis por qué ciertas generaciones tienen más sacerdotes, religiosos, religiosas y otras tienen menos. Allí donde la castidad reina, el espíritu de sacrificio se desarrolla; allí donde la castidad sufre naufragios, las vocaciones desaparecen.

San Ambrosio, celebrando a una virgen mártir, hace notar que la gracia del martirio es concedida a la virginidad, y no la virginidad al martirio: "*Non ideo laudabilis virginitas quia et in martyribus invenitur; sed quia ipsa martyres facit*: no hay que alabar la virginidad porque se la encuentra en los mártires, sino porque la virginidad misma hace a los mártires". La prueba más grande de amor es dar la vida por aquellos a quienes se ama, y ésta es la prueba que da la virginidad engendrando mártires.

**4º Especial
recompensa**

El cuarto privilegio de la pureza es tener incluso en el cielo una recompensa aparte.

Mirad el ejército de las vírgenes, que han lavado sus túnicas y las han blanqueado en la sangre del Cordero, le seguirán porque son vírgenes, a donde quiera que vaya: *Virgines enim sunt* [Apocalipsis 14, 4]. Mirad aquellos santos: son puros, son vírgenes como el Cordero mismo; por lo tanto tienen su recompensa aparte, nos dice San Agustín: “*Profecto habebunt aliquid praeter caeteros in illa communi immortalitate, qui habent aliquid jam non carnis in carne*: tendrán ciertamente algo más que los demás, en aquella común inmortalidad, los que tienen en la carne algo más que no es de la carne”.

Y volviendo sobre el mismo pensamiento añade: “*Gaudia propria virginum Christi non sunt eadem non virginum, quamvis Christi. Num sunt aliis alia, sed nullis talia. Ite in haec, sequimini Agnum, quia et Agni caro utique virgo... Sed ecce ille Agnus graditur itinere virginali; quomodo post eum ibunt qui hoc amiserunt quod nullo modo recipiunt?*”: Las alegrías de las vírgenes de Cristo no son las mismas alegrías que las de los que no son vírgenes, aunque pertenezcan a Cristo. Cada uno tendrá sus alegrías, pero ningún otro tendrá aquéllas. Id a aquellas alegrías, seguid al Cordero, ya que la carne del Cordero también es virgen... Ahora bien, he aquí que el Cordero camina por un sendero virginal; ¿cómo podrían seguirle, aquellos que han perdido lo que no pueden recuperar de modo alguno?” (San Agustín, *De Sancta Virginitate*, XXVII, 27, 29).

¡Ah! Sigamos al Cordero, guardemos nuestro privilegio y, si hemos perdido la virginidad, a ejemplo de San Agustín penitente, recuperemos al menos la castidad.

II.- Medios para conservar la castidad

Indicaré cuatro: la vigilancia, la oración, la devoción a María, la Eucaristía.

1º Vigilancia La vigilancia. Jesucristo ha dicho: “Velad y orad para no caer en tentación” [Mateo 26, 41]. Por lo tanto, la vigilancia nos es esencial. ¿En qué debe consistir?

San Jerónimo nos responde que casi siempre en la huida, porque quien ama el peligro sucumbirá en él. Bossuet lo resume diciendo que para no ser manchado por las criaturas, hay que separarse de ellas.

Ya podéis decir: no estoy contagiado. Desgraciadamente, ya estás contagiado hasta el grado de no darte cuenta, o más bien de no querer ya darte cuenta. Sí, mientras no huyas, mientras no te separes, la vigilancia os servirá poco. Ya puedes tomar las resoluciones más brillantes de no quemarte en medio del fuego, cuando se está en medio de las llamas es imposible no arder.

Ahora bien, ¿qué precauciones tomas para guardar la castidad? El alma casta teme siempre ver romperse el vaso que contiene su tesoro; sabe que lo lleva en vaso de barro, *in vasis fictilibus* [2 Corintios 4, 7], dice San Pablo, por lo tanto en un vaso fácil de romper, y ella lo coloca al abrigo de peligros.

¿Qué hay que vigilar? Los sentidos: los ojos para evitar una mirada impura, un espectáculo peligroso, un libro obsceno; los oídos, huyendo de las malas conversaciones, las músicas lascivas; el apetito, para no dejarse arrastrar por los placeres de la mesa que compartimos con los animales; en una palabra, todo cuanto nos arrastra a la pérdida de nuestra pureza.

2º Oración

Además hay que rezar. Bossuet hace notar que la separación de las creaturas no es un acto egoísta que nos empuja, cuando nos separamos de ellas, a replegarnos sobre nosotros mismos. Lejos de eso.

La felicidad que perseguimos invenciblemente no reside en las creaturas; tampoco está en nosotros, está en Dios, y si sacrificamos los placeres de los sentidos es con el fin de que podamos, mediante una pureza muy grande, unirnos al Dios purísimo. Eso es lo que da la oración.

Sin duda, primeramente es un grito, que desde el fondo del abismo nos hace pedir a Dios ayuda y socorro, y no deberíamos dejar ni un instante de pedir a Dios que venga en nuestro auxilio; pero además la oración es un impulso hacia Aquél que sólo él puede saciar el ardor de nuestros deseos mediante su bondad, su belleza, sus perfecciones, mediante su amor misericordioso. A él es a quien busca la oración, hacia quien aspira, por quien ella se separa de la tierra.

3º Devoción a María

Pero al mismo tiempo, la vista de los peligros que corremos nos muestra la necesidad de una protección perpetua, y por eso nos ha dado a su Madre, la Virgen de las vírgenes.

Ella nos enseñará por su parte el camino de la gloriosísima virginidad, con la ayuda de la segurísima humildad. Sí, la devoción a María reside en la imitación de su humildad: he ahí el modelo que el mismo Jesús nos da: *Ecce Mater tua* [Juan 19, 27].

Por eso San Ambrosio vuelve sin cesar, en unas páginas admirables que ha escrito sobre la virginidad, a los ejemplos que nos da María: para él ahí está el tipo por excelencia de la virginidad.

4º Devoción a Nuestro Señor

Me equivoco, existe otro: es Jesús mismo, presentándose como nuestro modelo durante su vida humana y como nuestra fuerza en su vida eucarística.

El gran arzobispo de Milán, refutando a los herejes que, exagerándolo todo, querían que la virginidad fuera obligatoria, les responde: “El Apóstol no tenía un precepto de parte del Señor, pero tenía su ejemplo: *Praeceptum quidem non habuit, sed habuit exemplum*”. En efecto, la virginidad, el grado más perfecto de la castidad, no puede ser mandada, ha de ser elegida: “*Non enim imperari potest virginitas, sed optari*”. ¡Feliz el alma que sabe elegir, y elige lo que la eleva a la perfección de los ángeles!

He ahí el modelo que Jesucristo nos da en su vida humana y en el silencio eucarístico.

**que nos nutre con su
carne inmaculada**

Pero nadie es puro sin la gracia de Dios. El Autor de la gracia viene en persona y se hace nuestro alimento; por cierto, ¿no es “el trigo de los elegidos y el vino que hace germinar a las vírgenes?: *Frumentum electorum et vinum germinans virgines*” (Zacarías 9, 17).

¿Queréis vencer a los demonios? Sed castos. ¿Queréis ser castos? Alimentaos con la carne de vuestro Dios, autor de la virginidad. “¿No es él el autor?”, exclama San Ambrosio. “*Ejus auctorem quem possumus aestimare nisi immaculatum Dei Filium, cujus caro non vidit corruptionem, cujus divinitas non est experta contagionem?*: ¿Qué autor le podemos dar, si no el Hijo de Dios inmaculado, cuya carne no conoció la corrupción, cuya divinidad fue extraña a todo contagio?”. Ahora bien, esta carne incorrupta, esta divinidad sin mancha, la recibimos en la sagrada Eucaristía. En la Eucaristía recibimos al autor de la pureza, de la castidad, de la virginidad, y ¿vamos a creer que no nos la va a comunicar, si se la pedimos?

**que nos guarda
mediante su Iglesia**

San Agustín en su tratado “De la virginidad santa”, nos invita a contemplar las legiones de vírgenes, que los jóvenes cristianos y las jóvenes cristianas han dado a Jesucristo: “*Respice agmina virginum puerorum puellarumque sanctarum*”. Son santos, y ¿dónde ha sido formada esta raza de nueva especie? “En la Iglesia, responde: *In ecclesia eruditum est hoc genus*” (San Agustín, *De Sancta Virginitate*, XXXVI, 37).

Preguntad por las vírgenes fuera de la Iglesia católica, no las encontraréis. *In Ecclesia eruditum est hoc genus*. Y cosa asombrosa, nada iguala el furor que se manifiesta contra la Iglesia en aquellos a quienes la impureza aleja de ella. La pérdida de la pureza lleva a la pérdida de la fe, y la visión de lo que es puro suscita odios satánicos en quienes han dejado arruinar en sí mismos esta santa virtud.

Sea cual sea vuestra vocación, sed puros, caminad en pureza, y recordad que nada aquí abajo da tanta fuerza contra los seres manchados por el desenfreno como la pureza y que, puesto que nada manchado deberá entrar en el Reino de Dios, la virtud que nos abre sus puertas es la pureza, como la virginidad es la virtud que nos reserva en él las recompensas privilegiadas.

VIGÉSIMAQUINTA MEDITACIÓN

LA AUSTERIDAD

“Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur: Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”

(Mateo 5, 6).

Sean cuales sean las interpretaciones dadas a mi texto, hay una sobre la que deseo insistir hoy. Tenemos hambre y sed de placeres, de gloria, de honores, de fama, de empleos, de fortuna. ¿Quién tiene sed de justicia, en su auténtico sentido, quiero decir de la justicia de Dios? ¿Quién es consciente de lo que se le debe? ¿Quién se ocupa de los daños que se comenten contra él todos los días?

Y, dejando de lado todavía los derechos de la justicia de Dios sobre los demás, ¿qué derechos no tiene sobre nosotros, a causa de nuestras ingratitudes, de nuestros pecados, de nuestras rebeliones de toda laya?

Ahora bien, la verdadera hambre y la verdadera sed de la justicia son el hambre y la sed que debemos tener de pagar nuestras deudas con Dios, y podemos evitar los rigores de su justicia más allá de la tumba, gracias a la austeridad de vida en este mundo.

Esto es lo que me propongo desarrollar con vosotros en esta conversación en la que, tras haberos dicho una palabra sobre la austeridad cristiana, procuraré mostraros las admirables compensaciones, según la promesa del Salvador, para quienes desean efectivamente dejarse poseer por el hambre y la sed de justicia divina.

I.- ¿Cuáles son los derechos de la justicia? ¿Qué es la austeridad?

Los derechos de la justicia Para forjarse una idea de los derechos de la justicia, basta recordar cómo un solo acto de rebelión ha precipitado a los ángeles desde las alturas celestiales a los abismos infernales; hay que recordar cómo un fruto, comido pese a una prohibición divina, ha expulsado a nuestros padres del jardín de delicias, los ha condenado a la vergüenza de la concupiscencia, al trabajo, a la muerte en la tierra y al infierno al terminar la vida. Y todo eso es muy justo, aunque no lo comprendamos.

Pero Dios, que no perdonó a los ángeles, ha querido perdonar a los hombres, siempre que su justicia quede satisfecha. Por eso ha enviado a su Hijo a rescatarnos, resucitarnos y vivificarnos: “*Ego sum resurrectio et vita. Si quis crediderit in me, etiam si mortuus fuerit vivet... Credis hoc?*” (Juan 11, 25).

Sin embargo, esta resurrección y esta vida, que es la reparación del orden, no ha de hacerse solamente mediante Jesucristo; está de acuerdo en pagar a la justicia la deuda en su fondo, pero desea que pongamos de nuestra parte la satisfacción, por débil que ésta sea, para que la añadamos a la suya. Asumiremos, pues, los intereses de la justicia divina, haremos de ellos, según la comparación del Salvador, nuestro alimento y nuestra bebida, tendremos de ellos hambre y sed, y encontraremos en ellos una felicidad desconocida de los hombres entregados a los placeres de la tierra y comprenderemos las alegrías de la justicia satisfecha. *Beati qui sitiunt et esuriunt justitiam.*

pacificados mediante la austeridad ¿Cómo llegaremos a estos goces de otra especie? Escuchad bien, porque os voy a causar espanto: mediante la austeridad de vida. ¿Quién desea hoy una vida austera? Nadie. La austeridad que se compone

de restricciones, de privaciones, de humillaciones, de sufrimientos, aceptados o buscados, ¿quién la quiere? Nos hemos precipitado en el amor del bienestar y ahí permanecemos estúpidamente.

La vida de austeridad devuelve al alma el imperio sobre el cuerpo, liberándolo de las exigencias de la carne, de la tiranía de los sentidos: y eso es lo que me he propuesto principalmente mostraros, lo que deseo estudiar atentamente con vosotros.

II.- Ventajas de la austeridad

Que la vida austera espanta a la naturaleza corrompida, es una verdad más clara que la luz del sol; pero ¿por qué? Porque cuesta mucho suprimir la corrupción. No quisiéramos tener una herida vergonzosa, pero si para curarla hay que aplicar el cuchillo y el fuego, retrocedemos, preferimos conservar el mal antes que suprimirlo mediante un procedimiento doloroso.

1° *La austeridad doma a la bestia.* Sin embargo el hombre encorvado bajo el peso de las pasiones vive en estado de bestia. Escuchad al Espíritu Santo gritarle: “*Nolite fieri sicut equus et mulus*: no seáis como un caballo o un mulo” (Salmo 32, [9]). No hay duda de que, siendo animal, posee las voluptuosidades de éste. ¡Pues bien!, la austeridad llega y dice: ¡Fuera las impresiones culpables! Que un freno saludable dome a estos seres envilecidos y les devuelva a la ley de Dios.

El cristiano pecador se resiste, pero si la trompeta de la justicia resuena en sus oídos, le invade un temor victorioso, rechaza la pasión, aleja la ocasión, huye del peligro; si la pasión le persigue, puede combatirla, la domina incluso mediante la austeridad de las privaciones. Todas las teorías de la moral independiente se juzgan por su valor. La privación ofrecida a la justicia suprime las causas del

mal, una vez más la pasión queda vencida y la justicia vuelve por sus fueros.

2° *La austeridad purifica al alma.* Las pasiones la habían manchado. ¿Quién puede expresar lo que los pecados, fruto de las pasiones, cualesquiera que sean, causan de horrores al alma que soporta sus abominables exigencias?

Que las llamas de la austeridad, inflamadas por el sentimiento de la justicia divina, bajen hasta el corazón, templo profanado y lo purifiquen, ¡cuán hermoso volverá a ser, resplandeciente con su inocencia restaurada! ¡Oh, sin duda, nada más admirable que el lirio de la pureza siempre conservada! Pero, ¿no hay algo también muy admirable en la reparación voluntaria? ¡Feliz quien conserva la inocencia del bautismo vertida en el alma en un sueño de ignorancia! ¡Feliz quien, habiendo perdido su primer esplendor, busca recuperarla en la austeridad de la vida, tanto más cuanto que esta austeridad le sienta bien al alma pura! La austeridad, que devuelve la pureza a quien ha tenido la desgracia de perderla, la conserva y la acrecienta en el alma que no necesita reparación.

3° En efecto, *la austeridad aleja los malos placeres* y, por eso mismo, preserva de las caídas. ¡Qué hermoso es ver a un cristiano tan austero cuanto puro, y que se conserva puro tanto cuanto es austero! Por lo tanto, no temo plantear estos dos principios: imposible ser santo si no se es puro; imposible ser puro si no se es austero.

Ahora, ¿hasta dónde debe ir la austeridad? Tan lejos como las tentaciones y tan lejos como el amor por la pureza. El temor del peligro y el amor por la pureza del corazón, he ahí los dos puntos de apoyo de la austeridad. Pues bien, ¿dónde se detendrá? Allí donde ya no haya temor a que las caídas se produzcan. Mientras sean

de temer las manchas, será indispensable recurrir a la austeridad, y como la amenaza subsistirá siempre, será siempre urgente llamar en ayuda nuestra al gran remedio preventivo.

Por lo tanto, ¿eres pecador? Sé austero para hacer penitencia y saldar los derechos de la justicia. ¡Qué privilegio conseguir la reconciliación con Dios a tan bajo precio!

¿Has tenido la dicha de mantener tu alma en la inocencia bautismal? ¡Oh, sé austero para conservar, mediante precauciones saludables, un tesoro tan precioso!

Pero las ventajas de la austeridad no terminan ahí. El alma que se ha hecho cargo de los intereses de la justicia divina, en un arrebato de confianza, se olvida de sí misma y sólo piensa en su misión; desea recurrir a los medios necesarios para cumplirla como Dios se lo pide.

4° La austeridad, mediante los placeres de que se priva y mediante los sacrificios que se impone, *se procura nuevos recursos*. Cuando la riqueza abunda ¿qué no gasta uno? Si faltan los recursos, se economiza.

¡Pues bien!, si la caridad austera se impone estas economías, ¿no las va a emplear acaso para las buenas obras, cuya necesidad es tan poco entendida hoy? ¡Qué maravillosa transformación se operará! ¡Qué no daremos por el bien de las almas, cuando hayamos rehusado al propio cuerpo lo que reclama a veces con tanta importunidad! Mirad, pues, qué campo se abre ante vosotros. ¿Cuándo os dedicaréis a él con el vigor de un verdadero cristiano?

5° *La austeridad procura una legítima independencia*. El hombre austero se contenta con poco; no necesita, pues, pedir. Sabe esperar. Ahora bien, ¿dónde está la fuente de la pérdida de toda dignidad? En el furor de doblegarse para ponerse cómodo. ¡Deplorable abajamiento que aparece por todas partes! “*O homines ad servitutem*

natos!: ¡Oh hombres, nacidos para la servidumbre!”, exclamaba Tiberio. *O homines ad pecuniam natos!*: ¡Oh hombres, nacidos para el dinero!, podemos decir con la misma razón. Hemos nacido efectivamente para la esclavitud; solamente que nos forjamos nosotros mismos cadenas de oro y de plata.

¡Cómo es mucho mejor contentarse con poco y saber mantenerse con la frente alta, como Mardoqueo ante Amán! ¿Cuándo entenderemos que el mundo no se levantará hasta que se levanten los caracteres?

6° *La austeridad forma caracteres hermosos.* El hecho es que, efectivamente, ya no tenemos hermosos caracteres. Desaparecen día a día. Les tenemos miedo, y cuando se presentan les tratamos de inoportunos.

¡Pues bien!, diré cuanto pienso: los hermosos y los grandes caracteres sólo saldrán de las casas cristianas. Serán rechazados en todas partes, o mejor dicho, los aplastarán en germen. ¿Qué queréis que haga un carácter sin espíritu de fe? Caerá allí donde han caído los pueblos cuya religión se ha extinguido, allí donde vemos se dirigen las generaciones presentes.

¡Cómo se ha perdido la noción de grandeza moral! Se perdió el día en que, gracias al olvido de vencerse mediante la austeridad, los hombres han sido colocados entre el placer y el deber, y no han elegido precisamente el deber.

Mirad vuestro porvenir y decid de qué lado queréis ir, y temblad si os arrastra la costumbre de desertar del deber. Ahora bien, ¿por qué habréis traicionado las grandes leyes morales? Porque no habéis comprendido que por encima de los placeres está Dios que nos dice: Haced penitencia, es decir: sed austeros.

7° *La austeridad, escuela de abnegación.* La sociedad no vive solamente del cumplimiento del deber: hay a veces en el deber algo de rígido, como una voluntad

jansenista o protestante, algo grande en el orgullo o la vanidad de su cumplimiento, como entre los sabios de antaño. Eso no basta. Se necesita otra cosa, se necesita la abnegación.

Antaño existían escuelas de abnegación, eran los conventos. Los conventos han conocido, lo reconozco, decaencias, ¡pero qué grandes ejemplos han dado al mundo! ¡Qué figuras las de un Antonio, un Basilio, un Benito, un Domingo, un Francisco de Asís! Aquellos hombres y sus discípulos tenían realmente hambre y sed de justicia; la perseguían a ejemplo de su Maestro. Corrían a todas las inmolaciones de la carne, a todos los sufrimientos del corazón, a todos los sacrificios, humildes, perseverantes, amorosos. Eran austeros, buscaban a Dios para inmolarse con su Hijo en el sacrificio perpetuo.

Aquella raza fuerte, porque era austera, ¿ha desaparecido completamente? No, no; o sería el fin del mundo. Por todas partes, nuevos sacrificios son reclamados; se cumplen.

Mirad a tantas familias religiosas que se dedican a todos los sufrimientos. Las Hermanitas de la Asunción acuden donde sea que se les prometa el pan para las primeras veinticuatro horas de su implantación. Se entregan porque son alegremente austeras.

8º Finalmente, y es lo más importante, la austeridad *hace santos*. Se os ha citado a menudo el dicho del poeta pagano: "*Fecunda virum egestas*: la pobreza es fecunda en hombres".

La pobreza y la austeridad son hermanas, y la austeridad tiene el privilegio de ser voluntaria, mientras que la pobreza no siempre lo es. También ella es fecunda en hombres cabales, y para ser santo hay que ser persona cabal. Sin duda, se necesita la gracia, pero las victorias de la austeridad la provocan y la desarrollan. Ahora comprendéis por qué, en ciertas épocas, la noción de santidad parece perderse: los pueblos se han precipitado en los



placeres. ¿Qué saldrá de ahí? Santos no, estad seguros, ¡ni siquiera hombres!

Y sin embargo, sería tan bueno tener modelos de santos. ¡Qué!, ninguno de vosotros dirá: ¡seré austero para hacerme santo! ¡Espero algo mejor de vosotros; espero que, siendo la austeridad la que gobierne de ahora en adelante vuestras costumbres como conviene a vuestra edad, la santidad dará frutos abundantes en nuestra querida Asunción!





VIGÉSIMASEXTA MEDITACIÓN

LA OBEDIENCIA

“Factus est pro nobis obediens usque ad mortem, mortem autem crucis: Se hizo por nosotros obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz” (Filipenses 2, 8).

Tal es el modelo de la perfección: clavado por obediencia a la Cruz, como se presenta sin cesar a nuestra mirada, para recordarnos que, si la rebelión del pecado perdió a los hombres, la obediencia del Hombre perfecto los ha salvado.

Y esta obediencia, el profeta había anunciado que sería el motivo de la bajada de un Dios del cielo a la tierra. *“Scriptum est de me ut facerem, Deus, voluntatem tuam”* (Salmo 40, 8-9).

Por lo tanto, los dos extremos de la vida de Jesucristo están determinados por la obediencia y, hacia la mitad, el evangelista se cuida de advertirnos que durante los dieciocho años de la vida oculta, “era obediente a sus padres: *et erat subditus illis*” (Lucas 2, 51).

La obediencia parece, pues, ser una de las virtudes fundamentales de la vida cristiana; es incontestablemente la base de la vida religiosa. Se dirige a lo más excelente que se puede hallar allí: la voluntad. La pobreza se refiere a lo que nos rodea; la castidad a lo que envuelve nuestra alma; la obediencia a nuestra alma en lo que tiene de más íntimo: la voluntad.

Hablemos, pues, de la obediencia y estudiemos:

1º La naturaleza de la obediencia religiosa.

2º Su excelencia¹⁾.

¹⁾ El Padre d’Alzon deja para la meditación siguiente el desarrollo de este segundo punto.



Naturaleza de la obediencia religiosa

A. Necesidad de la obediencia La vida religiosa es un ejercicio perpetuo de perfección y los religiosos, para llegar a ser perfectos, necesitan ser: 1º instruidos; 2º dirigidos; 3º mandados; 4º corregidos.

1º Necesitan ser instruidos. Un joven, atraído por el deseo de consagrarse a Dios, se nos presenta. ¿Qué sabe? Muy poca cosa, o mejor dicho: ¡nada! Hay que echarlo, en cierto modo, en un molde y que se le forme en él, pero como la voluntad no es una masa de cera o de metal que se ablanda con el fuego y que luego se vierte en el molde, puesto que es una facultad de nuestra alma íntimamente unida a la inteligencia, es mediante la iluminación de la inteligencia como se forma la voluntad, gracias a la instrucción.

Por lo tanto, hay que establecer que la primera cosa que ha de hacer el novicio es despojarse de las nociones previas sobre la vida cristiana, para rehacerlas mediante la instrucción que se le dará. De ahí viene que, muy a menudo, un novicio formado en una congregación y que pasa a otra congregación, difícilmente asimila el estilo de la segunda, porque guarda el de la primera: los dos estilos son buenos, pero no son lo mismo.

2º El novicio necesita ser dirigido. La instrucción, ya lo he dicho, se dirige más particularmente a la inteligencia, y es necesaria para purificar los actos de la voluntad. ¡Cuántos esfuerzos, en efecto, no han de ser rigurosamente exigidos para suprimir ciertos hábitos, para imponer otros nuevos, para hacer penetrar en todos los detalles de la vida el espíritu sobrenatural, el espíritu de perfección! ¡Qué difícil resulta y cuánto tiempo se requiere!

Pero también, ¡cuán indispensable es que el religioso aprenda a adquirir flexibilidad ante la dirección que se le

da! ¡Cuán necesario le es tomar en serio esta dirección! Porque, si no la acepta ¿para qué le va a servir? Tal es la desgracia de ciertos novicios que desean formar parte de una comunidad pero a condición de conservar sus ideas y sus hábitos.

Fijaos que no digo que tales hábitos y tales ideas no sean excelentes; digo solamente que no son buenas allí donde quieren conservarlas, como en un monumento arquitectónico se haría una cosa muy fea si en medio de un decorado de cierto estilo se quisiera colocar un decorado de estilo completamente diferente.

Dicho esto, no temo afirmar que la resistencia a la dirección es uno de los peores síntomas. ¿Qué será más tarde del novicio que, desde los primeros pasos, rehúsa dejarse guiar y que, sobre todo mediante sus conversaciones lo mismo que mediante sus ejemplos, opone a cuanto se le dice como una insurrección perpetua?

3º El novicio necesita, además, ser mandado. En efecto, hay que bajar a la práctica; ya podemos formar mediante las palabras, pero lo esencial es pasar a los actos, e importa mucho que tales actos sean capaces de mostrar si se es capaz de ser religioso o no.

Ya podemos decir otra cosa, pero son los actos la manifestación más clara de las disposiciones de la voluntad. Por lo tanto, hay que hacer practicar tales actos; y en consecuencia, hay que comandarlos, como al soldado que en el campo de maniobras se le forma para ejecutar todos los ejercicios, de modo que se pueda juzgar a cerca de su capacidad para ejecutar todos los movimientos. Con mucha mayor razón, el religioso necesita esta disciplina, porque el soldado en muchas circunstancias no es más que una máquina, mientras que el religioso debe en cada momento recordar que es formado para los actos más admirables, ya que mediante la obediencia es como más se asemeja al Hombre-Dios.

4° Finalmente, el religioso necesita ser corregido. Toda ley tiene una sanción, y así como en la ley civil está la muerte, es decir la expulsión de la sociedad del mundo del modo más terrible, ya que es la sanción última, la expulsión es también la sanción suprema en las Órdenes religiosas.

Sin embargo, no hay que forjarse ilusiones. Muchos sujetos necesitan ser castigados antes de ser expulsados; y esto se explica fácilmente. Se trata de naturalezas débiles, incapaces de grandes faltas, carentes de suficiente energía para cometerlas, y por lo tanto son naturalezas incapaces también de una gran virtud. Hay que hacerles caminar mediante un cierto temor, para mantenerlos constantemente en tensión respecto del cumplimiento de sus deberes.

Un hecho sin duda muy humillante, pero incontestable: necesitamos ser sujetados con riendas y sentir el látigo y la espuela, si se quiere conseguir algo de nosotros. La generalidad de los hombres se encuentra en esta condición, y es necesario actuar no con las excepciones, sino con las disposiciones de la generalidad de las personas a las que nos dirigimos.

Iré más lejos: aquello que es en general útil a todos, es más especialmente indispensable a los religiosos. No hay sociedad civil, no hay asociación privada sin un cierto lazo de obediencia. Quitad la obediencia del ejército y tendréis inmediatamente la anarquía. Quitad la obediencia en una fábrica y todos sus productos serán desperdiciados.

Pero en todas las sociedades, incluso en las más perfectas, la obediencia es lo que constituye la vida misma del cuerpo moral; y éste es perfecto en la medida en que se obedece en él. Poned obediencia y conseguiréis los más hermosos resultados, ya que, al contrario de las demás sociedades, la entera voluntad ha de ser empleada en ella con toda su capacidad de amar. "*Deus meus volui et legem tuam in medio cordis mei*" (Salmo 40, 9).

**B. El ejercicio de la
obediencia: obligación
para todos**

Si la obediencia tiene tantas ventajas en todas partes y si la obediencia religiosa surge de la perfección misma con la que la voluntad obedece, mirad lo útil que resulta fortalecer esta voluntad contra sus propias deficiencias y encadenarla en cierto modo a estos nuevos y más perfectos deberes que se propone cumplir. ¿Qué otra cosa es sino la obediencia elevada a la santidad del voto? Así considerada, la obediencia no es sino la obligación que la voluntad se impone muy libremente de ser siempre perfecta en la medida en que la naturaleza humana se lo permita.

De ahí, la inmensa utilidad para un religioso de prestar obediencia a sus superiores, bajo el yugo de una regla en la que se ha ejercitado durante cierto tiempo.

La disposición a obedecer es, pues, una disposición a la perfección, y el compromiso de obedecer es un compromiso de perfección; de donde concluyo que, para disponerse a obedecer perfectamente, hay que ejercitarse en ciertos actos preparatorios de obediencia. Y tal es la razón de ser del noviciado en que uno tantea, en cierto modo, sus propias fuerzas, y donde uno se da cuenta hasta qué punto su voluntad puede plegarse. Pero una vez hecha la prueba con éxito, y asumidos seriamente los compromisos mediante el voto, queda mantener la voluntad en su disposición de docilidad, mediante actos de obediencia más enérgicos; no que la obediencia tenga que hacerse sentir más seguido, sino que tome un carácter más serio, porque ella alcanza al fondo mismo de la vida religiosa.

**incluso para los
superiores**

Se dice que ciertos superiores no obedecen. Se equivocan los que lo dicen. Los superiores obedecen en lo externo, en cierta medida, a los obispos, y sin medida al Obispo de los obispos; y en el interior de la familia religiosa obedecen a la regla y a todos los

religiosos en un sentido muy estricto, ya que están obligados a hacerles todos los servicios a los que éstos tienen derecho.

Sólo que aquí se trata de una cuestión de buena fe. El superior ya no se pertenece; pero ha de entregarse a todos con orden y sabiduría, de modo que no esté obligado a conceder siempre al que más pide, sino a quien en conciencia crea deberle más. En todas partes existen exigencias injustas y, sacrificándose por cada uno, el superior está obligado a no tener cuenta de esta clase de injusticias.

en cada detalle de su vida El voto de obediencia religiosa se extiende a la vida entera, no sólo en cuanto a la duración, —aunque en algunas familias menos perfectas se puedan renovar cada año—, sino también en el sentido de que todos los actos que de ella dependen pertenecen a Dios y al prójimo. Hasta tal punto que una gran cantidad de actos, que en sí mismos parecen indiferentes, pueden ser santificados por la obediencia y tomar así un carácter de mérito. Aquí es donde la voluntad, que es el sujeto de la obediencia, puede alcanzar proporciones maravillosas, como santidad de intención. ¿Quién puede decir la intensidad que puede adquirir una voluntad que se entrega? ¿Quién puede expresar cuántas veces la voluntad puede renovar, mediante la obediencia, el don de sí misma?

para afianzar su voluntad Y por eso la obediencia, lejos de encadenar a la voluntad, la perfecciona. ¡Oh, maravilla de la naturaleza humana transformada mediante la gracia! La rebelión del pecado la había, en cierto modo, triturado; Jesucristo la repara y la fortifica mediante su sangre, aplicada a esta voluntad enferma, en el bautismo. Aho-

ra bien, los compromisos del bautismo, que dan al alma bautizada el título de hijo de Dios, la obligan por un contrato muy voluntario a someterse a la ley divina; pero este contrato no le basta. Experimenta la necesidad de hacer no sólo actos buenos, sino también actos perfectos; se obliga a ello mediante un voto. ¿Quién la obliga a hacer un voto? Únicamente ella misma. Es, pues, en la plenitud de su propia libertad que ella se impone esta maravillosa cadena: "*Funes ceciderunt mihi in praeclaris*".

¿Qué hago yo a fin de cuentas? Mediante un compromiso, le quito a mi voluntad la facilidad para pecar, le impongo como una imposibilidad; pero es mi libertad la que lo ha querido y que se ha comprometido. Ahora bien, como el bien perfecciona al ser que lo hace, y habiéndome colocado en la obligación de hacer un bien mayor, le doy a mi naturaleza una perfección superior y por consiguiente a mi voluntad y a mi libertad.

Concluyamos: el voto de obediencia, por su naturaleza, es un acto por el que mi voluntad se obliga a una mayor perfección. Considerado así, el estado de obediencia que se sigue es un hábito santo que nos obliga a llevar a cabo todas las acciones, legítimamente mandadas, para hacer la voluntad de Dios. La vida, una vez más, es tomada en su conjunto, y cuanto más se la deja atrapar por la obediencia, tanto más el alma religiosa progresa en la perfección.

Esta primera consideración sobre la naturaleza de la obediencia la he desarrollado más de lo que me había propuesto inicialmente; la excelencia de la obediencia, será el tema de una segunda meditación.



VIGESIMASÉPTIMA MEDITACIÓN

EXCELENCIA DE LA OBEDIENCIA

*“Ordinavit in me caritatem: Ha
puesto orden en el amor” (Cantar de
los Cantares 2, 4).*

Ya lo hemos dicho: en la vida religiosa ofrecemos a Dios tres sacrificios: nuestros bienes, mediante el voto de pobreza; nuestros cuerpos, por el voto de castidad; nuestras voluntades, mediante el voto de obediencia, y como el cielo está por encima de la tierra, así está el alma por encima del cuerpo y de los bienes del mundo.

De lo cual puedo concluir, en primer lugar, que la excelencia del espíritu sobre la materia constituye la excelencia del voto de obediencia sobre los otros votos. Sin embargo, es necesario que ponga en juego mi voluntad para ofrecer a Dios mis bienes y mi cuerpo en la obediencia. Ahí reside incluso el precio de los demás dones; se convierten así en la materia misma de este don superior. Tras haberlo sacrificado todo, la voluntad se sacrifica a sí misma. ¡Qué hay de más perfecto! ¡Qué hay de más excelente!

Podríamos dejarlo ahí, pero tengo que mostrar la excelencia del voto de obediencia desde otros diversos puntos de vista.

I.- Lo esencial de la obediencia para la vida religiosa

Hablando con propiedad, la esencia de la vida religiosa consiste en obedecer. Obedece y sacrificarás tus bienes y tus sentidos en cuanto se te ordene. La obediencia comprende la vida entera.



En efecto, ¿cuál es el principal motor de la vida humana? ¿Acaso no es la voluntad? Y si pones esta voluntad entre las manos de una autoridad que la mande y le haga actuar en diversos sentidos, ¿tu vida toda no va a quedar enteramente tomada? ¿Y qué otra cosa tendrás que hacer sino aplicarte a conocer y a realizar lo que esta autoridad te mande? Por lo tanto, sólo queda formarse de acuerdo con la regla que hemos abrazado, con la convicción de que las órdenes dadas por los superiores se generarán en el mismo espíritu y tenderán a la misma meta.

Pero entonces dirás, ¿ya no me poseo a mí mismo? Sí y no. No, porque estás atado por un voto. Sí, porque ese voto lo has emitido muy libremente, y además, como se te ha dicho, sólo te has comprometido para obligarte a obrar mejor.

Lo propio del ser inteligente es hacerse más libre a medida que se torna más perfecto; decir lo contrario, sería afirmar que los seres incapaces de comprometerse, como los simples y los niños, son más libres que los seres en plena posesión de su razón; o bien, si lo preferís, que Dios no es libre porque, debido a su infinita perfección, es incapaz de hacer el mal. El feliz privilegio que me coloca en la imposibilidad moral de hacer el mal, hace que me parezca más a Dios. ¿Podemos decir que haya incluso sombra de imperfección en parecerse más al ser infinitamente perfecto y fuente de toda perfección para las criaturas salidas de sus manos? Digamos, pues, que cuanto más me parezco a Dios, más perfecto soy. Cuanto más imposibilitado moralmente estoy de pecar mediante la obediencia, más me parezco a Dios.

Ya sé que hay dos maneras de considerar la obediencia: por el lado pesado, fatigoso, y hay que decirlo, éste es el lado en que se colocan los religiosos cansados de obedecer. ¿Es el lado bueno? Basta plantear la cuestión para resolverla. Pero el lado auténtico es el que va al fondo de la causa por la que uno se ha comprometido. Ahora bien, ¿por qué te has ligado mediante la obediencia?

¿Acaso no fue porque has visto, por una parte, el medio más poderoso para domar tus imperfecciones, tus defectos, incluso tus vicios, y por otra parte, porque no has podido ver en toda tu vida y en todas tus facultades un medio más admirable para inclinarlas a una vida santa; y finalmente porque, ya puedes haber buscado, no has podido encontrar un invento más enérgico para mostrar a Dios la intensidad de tu amor? Para probarnos cuánto nos amaba, un Dios se ha hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de Cruz. ¡Qué otra cosa mejor podemos hacer para probarle nuestro agradecimiento, que hacernos por él obedientes hasta nuestro postrer suspiro!

II.- Tres consecuencias

Puedo sacar inmediatamente tres consecuencias.

El religioso crítico Si veis a un religioso argumentar contra la obediencia con pruebas más o menos teológicas, discutir los puntos de la regla, el espíritu de la Congregación, las órdenes de los superiores y sus medidas de administración, decid: he aquí a un religioso tentado en su vocación y que, si no resiste con la más grande de sus energías, pronto no será más que una deplorable ruina, un vergonzoso despojo de su pasada belleza.

El religioso rutinario Mirad también a un religioso que se arrastra, sin reproche ni celo por la regla, asumiendo las prescripciones por rutina, obedeciendo por costumbre, sumiso a la autoridad maquinalmente, como la locomotora al maquinista; si estáis encargados de juzgar a este pobre hombre, decid que se va hundiendo en la tibieza, en el letargo, que tal vez no

hará gran mal, pero que con toda seguridad es incapaz de hacer el bien con el fervor que supone la regla; no será un obstáculo para los superiores porque se mantendrá al margen, pero en cuanto a ayudarles, a hacerles agradable el gobierno, ¡oh, no!, esos sentimientos delicados están a mil leguas de su naturaleza y de las ideas vulgares que se ha forjado de la obediencia.

El religioso fervoroso Por el contrario, mirad a un religioso ardoroso como un caballo de combate, incluso con cierta dificultad para plegarse, pero que encuentra no sé qué encanto en la lucha contra sí mismo para hacerse más flexible, que ha tomado en serio sus compromisos, sabiendo que se ha impuesto ciertos lazos, pero que tales lazos son preciosos y que su herencia no lo es menos: “*Funes ceciderunt mihi in praeclaris, etenim haereditas mea praeclara est mihi*” (Salmo 16, 6). Decid: he aquí un hombre de Dios para quien todo sacrificio es posible, porque en él la obediencia tiene como base probar a Dios cuánto le ama, y que el amor es fuerte como la muerte y como todos los sacrificios que son, por así decirlo, el preludio divino para los amigos de Dios, *fortis ut mors dilectio* [Cantar de los Cantares 8, 6].

Bajo la dirección de la regla Sin duda, siempre hay que recordar las reglas de la obediencia, pero del religioso que obedece con perfección es de quien hay que decir las palabras del Espíritu Santo: “*Lex justo non est posita*: la ley no ha sido instituida para el justo” (1 Timoteo 1, 9). ¿Por qué? Porque tiene tal deseo de obedecer que no necesita inquietarse de si las Constituciones obligan en tal o cual detalle. Sabe que obedece, y si recurre a las leyes particulares de su familia religiosa, sólo es para cerciorarse de si se sale o no de su espíritu a fuerza de obediencia religiosa, ya

que, hay que señalarlo igualmente, un montón de actos de obediencia son buenos bajo una regla y no son aceptados bajo otra, y so pretexto de perfección no hay que salirse del espíritu especial en que se ha sido formado.

Lo propio de la debilidad humana es no poder tomar la forma de todas las virtudes: hay que disponerlas en sí mismo de modo que formen un conjunto, una armonía, una belleza.

Es lo que la Esposa expresa en el Cantar de los Cantares cuando dice que su Esposo ha ordenado, armonizado en ella la caridad: *Ordinavit in me caritatem* (Cantar de los Cantares 2, 4).

Sólo Dios posee todas las virtudes en una unidad y sencillez infinitas; nosotros sólo podemos tener una participación y ésta es la razón por la que todas las reglas religiosas tienen su propia meta especial, que sería peligroso mezclar y confundir.

III.- Conclusión

Tender a la perfección Por lo tanto tendamos al amor con toda la intensidad de que seamos capaces, pero bajo la dirección de la regla que ha de fijar y determinar las manifestaciones de este amor. Una vez en este terreno, no tengamos miedo y avancemos hacia la perfección con la mayor confianza, bajo la mirada de la Iglesia que ha bendecido las leyes de las familias religiosas, y bajo la mirada de Dios que acepta y conserva los votos, sobre todo el más perfecto de todos, aquél en el que se concentran los demás, la obediencia.

a la zaga de Jesucristo Lo he dicho al principio: obedecer es caminar a la zaga de Jesucristo. Cuando Dios hubo resuelto salvar al género humano culpable, la adorable Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, ordenaron que la segunda persona, el

Hijo, se hiciera hombre, y la orden partió igualmente de las tres personas. Era Dios quien mandaba, pero el Hijo, en cuanto cordero como inmolado desde el principio del mundo, aceptó el sacrificio. “*Agnus tanquam occisus ab origine mundi*” [Apocalipsis 13, 8]. ¿Qué quiere decir esto? Este cordero no fue inmolado, sino como inmolado desde el principio; es decir, que el Hijo que es eterno, queriendo unirse personalmente a un hombre para salvar a los hombres, aceptó, en nombre de la voluntad humana a la que quería unirse, el decreto de la Trinidad; en cuanto Dios, el Hijo no manda menos que el Padre y el Espíritu Santo; como hombre futuro, *homo futurus*, en expresión de Tertuliano, el Hijo acepta, se somete, obedece. En este sentido, el primer acto de obediencia se cumple en el seno de la Trinidad misma, desde el origen de los tiempos, y sobre este acto de obediencia, de todos el mil y mil veces más perfecto, es donde reposa la salvación del género humano.

pese a los asaltos del infierno Concluamos con la perfección de los efectos de la obediencia de los santos sobre el mundo y comprendamos por qué el infierno con sus rebeldes monta tantos complots contra los religiosos obedientes, porque con éstos es sobre todo con los que se mete. Son sus verdaderos enemigos, porque son los verdaderos imitadores de Jesús, el juez de Satanás, y porque su obediencia es la continuación del sacrificio de obediencia llevado a cabo en el Calvario, sacrificio mediante el cual el cielo y la tierra han recibido la reconciliación.

apropiándose de sus sentimientos Pero concluamos también que, si me preguntáis cómo hay que obedecer, cuando os haya respondido: con los sentimientos de Jesucristo, *hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu* [Filipenses 2, 5], tendré derecho a añadir: de todos los misterios y de todos los de-

talles de la vida del Salvador brota una doble lección: una lección de amor, auténtico principio de obediencia, y una lección de obediencia, la más grande y la más perfecta manifestación del amor.

La más perfecta de las virtudes es la caridad; y la muerte de la caridad es la rebelión, así como su vida es la regla en el amor. Una vez más, mediante la obediencia Dios ha regulado la caridad, los excesos del amor, si puedo expresarme así, en el alma de los santos. Hasta allá hay que ir, ésta es la vida a la que hay que dirigirse. Amar y obedecer, ahí está todo el religioso; amar y obedecer unidos a Jesucristo y a sus divinas intenciones, hasta allá hay que ir.

**mediante la virtud de
sus misterios**

Que el Dios del pesebre, que el Dios de la Cruz, del altar y del sagrario, nos permita comprender cuán perfecto es obedecer, y que al mostrarnos la obediencia y el amor de los ángeles y de los santos en el cielo, nos haga comprender que no hay auténtica adoración sin obediencia, y que la obediencia y la adoración en espíritu y en verdad aquí en la tierra son la garantía más firme de que un día, en el cielo, la obediencia y el amor serán para nosotros el principio de nuestra gloria y de nuestra felicidad eternas.

VIGÉSIMAOCTAVA MEDITACIÓN

LOS SUPERIORES

“Obedite praepositis vestris et subjacete eis. Ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri, ut cum gaudio hoc faciant et non gementes: hoc enim non expedit vobis: Obedeced a vuestros jefes y sed sumisos a ellos. Porque velan sobre vuestras almas y deben dar cuenta de ellas; que lo hagan con alegría y no lamentándose, porque eso no os traería ventaja alguna” (Hebreos 13, 17).

Tal es el mandato de San Pablo. Si es importante para los simples fieles, ¡con cuánta mayor razón para religiosos!

La Regla es una letra muerta, es la Biblia para los protestantes. ¿Qué comentarios no han hecho los herejes sobre los Libros Santos, y qué torre de Babel no han formado con ellos? Edificio sin cesar recomenzado y sin cesar destruido, hasta que ya no se entienda nada de los Libros Santos, y que tras haberlos debilitado, no se les considere sino como obra del hombre. La Iglesia con sus enseñanzas resuelve las dudas, mantiene el depósito, revela, llegado el momento oportuno, los tesoros encerrados en la Palabra de Dios, fija el sentido y condena los errores a medida que se producen.

Lo mismo pasa con la Regla. Entregadla a religiosos amigos de reafirmar cada uno su propio parecer; cada uno verá en ella lo que quiera. De ahí la necesidad de

un doctor para aclarar las oscuridades y para resolver las controversias: pero los superiores no son útiles sino a condición de ser aceptados con las disposiciones convenientes, y he aquí mi plan:

- 1° Necesidad de los superiores;
- 2° Condiciones con las que hay que aceptar a los superiores.

I.- Necesidad de tener superiores

¿Dónde no hay jefes desde el momento en que existe, no digo ya una sociedad, sino una agregación de hombres inteligentes? El propio infierno tiene sus jefes, cuyo mando muy duro es como una compensación y un aguijón a su suplicio.

Y si tomamos las cosas desde otro punto de vista, y consideramos a la Iglesia, su organización, ¿de qué magnífica jerarquía no nos ofrece ejemplo? Toma su modelo en los cielos donde las milicias angélicas forman sus coros ordenados en unión con los santos, al pie del trono de Dios.

Pero, aunque las demás sociedades fueran capaces de existir sin un poder vivo, las sociedades religiosas no podrían. Su esencia es la misma obediencia, y ¿cómo obedecer si no hay nadie para mandar?

Ya veis, por este lado, la necesidad de superiores y la obligación de pedirlos a Dios.

Cuatro observaciones: 1° Oigo decir: ¡los superiores tienen sus defectos! En primer lugar, ¿quién no los tiene? Y tú que juzgas con tan grande facilidad los defectos de todo lo que está por encima de ti, ¿no tienes ningún reproche que hacerte? Pero, si no vieras defectos, tendrías un buen espíritu, porque en un

religioso el peor de todos los vicios es el mal espíritu. ¡Oh, cuán necesitado estás de un superior para extirpar ese espíritu de crítica que, como un cáncer horroroso, extiende su contagio a su alrededor! *Quorum sermo ut cancer serpit* (2 Timoteo 2, 17).

Admitamos que tienen aquellos defectos que tú les encuentras. ¿Qué has venido a hacer aquí? A santificarte, ¿no es cierto? Pues bien, toma sus defectos como el instrumento más perfecto de penitencia y acéptalos. ¿Ignoras acaso que San Pablo, al dar a los primeros cristianos las pruebas de su apostolado, pone en primer término la paciencia [2 Corintios 6, 4]? Queréis ser religiosos apostólicos, sed pacientes, y encontraréis en vuestra paciencia la prueba de que estáis llamados a ser apóstoles.

He concedido que vuestros superiores tienen todos los defectos. Pero, ¿los tienen realmente? ¿No será que veis sus defectos a través de los vuestros? No sería por vosotros que Nuestro Señor dijo: "*Hypocrita, ejice primum trabem de oculo tuo; et tunc videbis ejicere festucam de oculo fratris tui*: Hipócrita quita primero la viga que está en tu ojo, y luego pensarás en quitar la brizna de paja que está en el ojo de tu hermano" (Mateo 7, 5).

¡Qué fácil resulta agrandar esos defectos y hacer que parezcan unas enormidades! Lo que es enorme es tu espíritu de crítica, que convierte todo en mal y que no para hasta no haber expandido un pestífero veneno en un horroroso espíritu de insumisión.

Volvamos a la verdad. En general, los superiores buscan a los más capaces; si no los encuentran ¿es por su culpa? ¡Oh, ya entiendo!, ¡no han reparado en ti, y es una lástima! ¡Qué bien no lo hubieras hecho tú! ¡Qué orden no hubieras implantado! ¡Y encima te lo crees! Por desgracia, ¡qué ciegos son el amor propio y el amor de la crítica! Sí, los superiores mayores pueden equivocarse; es probable que se equivoquen de vez en cuando. Ruega a Dios que no se equivoquen al elegirte, porque tu juicio

sería terrible: Dios te pediría, al juzgarte, lo que te quejas de no encontrar en los demás.

los Superiores que merecemos

2° Se ha dicho: un pueblo tiene siempre los jefes que se merece. Tenéis pobres superiores porque

no merecéis tener mejores.

Grave tema de examen. ¿No tengo acaso los superiores que merezco? ¿No serán tan débiles, tan insuficientes, porque no merecéis ser mejor gobernados?

las gracias que reparten

3° Y sin embargo, cuando la maldición no ha caído sobre una casa, poseen gracias muy espe-

ciales. Dios, que nada debe a nadie, hace como si se las diera a ellos a causa de vosotros.

Tratad de merecerlas. Les serán distribuidas para vuestro mayor bien.

el fundamento de su autoridad

4° Acordaos de que la Iglesia, al aprobarlos, les ha confiado cierta jurisdicción sobre vosotros y que

es una gran gracia esta disposición de la Iglesia que, por su medio, quiere que haya orden en las comunidades. Desde este punto de vista, desobedecerles, es desobedecer al Espíritu que gobierna a la Iglesia. Y sin embargo, este Espíritu divino sabía bien que no podía querer superiores sin elegir a hombres sujetos a los defectos de la humanidad.

Pero si tenéis buenos superiores, ¿qué ventajas no sacaréis? Ahora bien, afirmo que podéis forzarles a ser buenos para con vosotros, si sabéis aceptarlos con las disposiciones sobrenaturales que convienen a un religioso.

Examinemos atentamente estas disposiciones.

II.- Disposiciones que ha de tener un religioso respecto de sus superiores

Las condiciones que debe cumplir un religioso respecto de sus superiores se reducen a los consejos que da el Apóstol que he tomado como texto:

1º *“Obedite praepositis vestris: obedeced a vuestros jefes”* [Hebreos 13, 17]. La obediencia, pero la obediencia sobrenatural, esa obediencia tal que ve siempre a Dios en la persona de los superiores.

Cuando te pones de rodillas delante de un Crucifijo, ¿rehúas meditar en los misterios de la Pasión porque la imagen del Salvador en la cruz está mal pintada o mal esculpida? Te recuerda el amor de Jesucristo por nosotros y eso te basta. *Obedite praepositis vestris*. Esto en cuanto a la obediencia.

2º San Pablo añade: *“Et subjacete eis: y someteos a ellos”* [ibid.]. ¡Cuántos religiosos hacen de su convento un infierno anticipado, porque no quieren aceptar la auténtica dependencia! ¡Cuántos sufrimientos desaparecerían si fuéramos realmente dependientes, si sometiéramos nuestro juicio a quienes Jesucristo ha encargado de decidir por nosotros!

Pero no, preferimos colocarnos en plano de igualdad, incluso de superioridad, nos complacemos en nuestro orgullo, y la humilde sumisión a una dirección dada desaparece completamente.

3º *“Ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri: velan porque deben rendir cuentas de vuestras almas”* [ibid.]. He ahí algo que no meditamos suficientemente. Vuestros superiores rendirán cuentas de vuestras almas, pero con una condición: que les dejéis conducirlos. Ahora bien, ¿podéis pretender que lleven esa terrible responsabilidad si hacéis todo lo que podéis

para sustraeros a su acción? Evidentemente, no tendrán más responsabilidad que la que les hayáis dado mediante vuestra dependencia a su dirección.

No queréis depender: ¡sois libres! Pero, cuando comparezcáis ante Dios, acordaos de que vuestros superiores, para justificarse de vuestra vida tan alejada de lo que hubiera debido ser, no tendrán más que decir: “Se ha negado a obedecer y a depender. ¡Que asuma solo la responsabilidad de sus rebeliones, de sus caídas y de sus escándalos!”.

4º “*Ut cum gaudio hoc faciant*: de manera que cumplan su cargo con alegría” [ibid.]. Felices las comunidades donde los inferiores ayudan a los superiores a poner vida, mediante una cierta animación que hace circular la alegría de padres a hijos, de suerte que la obediencia es alegre y dulce, porque el mando es alegre y benevolente. Pero ¿cómo conseguir estas disposiciones si no es mediante una gran apertura y confianza? Esto puede parecer difícil de entrada; sin embargo, con un poco de esfuerzo, se consigue y alcanza que los superiores mismos os devuelvan la confianza con la que les rodeáis.

Para que los superiores actúen con animación y alegría, necesitan sentirse queridos. No digo que no deban ser los primeros en amar, pero ¿qué sentimientos queréis que abriguen, cuando sienten sus intenciones ignoradas, sus órdenes criticadas, todos sus procedimientos tomados a mal?

¡Hubieran podido extender la alegría a su alrededor, sólo extienden tristeza! “*Ut cum gaudio hoc faciant et non gementes*”. Preferís que la casa respire el aburrimiento que sale de vuestro corazón. ¡Peor para vosotros! Desgraciadamente, peor también para vuestros superiores y peor para toda la comunidad que lleva el peso de un descontento, de una tristeza de la que sois los únicos responsables.

Los superiores son tristes y sombríos. ¿Qué son los religiosos? Examinad la causa. Viene de vosotros, de vuestro carácter, cuyas consecuencias sufren los superiores y toda la comunidad a través de ellos.

5° “*Hoc enim non expedit vobis*: pues bien, eso no os conviene” [ibid.]. Y sin embargo, ¡cuántos caracteres se dejan llevar por el triste placer de envenenar una comunidad con sus tristezas, sus murmuraciones, su insubordinación! ¿No se llega a veces hasta vejar a los superiores por el mero gusto de hacerlo? Desgraciadamente, ¡cuán frecuente es esta disposición y cuántas ruinas no prepara!

Porque, finalmente, ¿qué resulta de todos esos bellos sistemas de independencia y de crítica perpetua? Antipatías recíprocas y la destrucción de cualquier espíritu de comunidad. ¿Os conviene esto? ¡Cuánta razón tiene el Apóstol!: Eso no os convendrá jamás: “*Hoc enim non expedit vobis*”.

¿Tienen culpa los superiores? Quizá. Os concederé incluso que sí la tienen. ¿Y vosotros? ¡Oh!, bajad por una vez hasta lo profundo de vosotros mismos y mirad el mal que hacéis a los demás y a vosotros mismos. “*Hoc enim non expedit vobis*”. San Agustín, al principio de su hermoso tratado de la Doctrina cristiana, hace esta observación: “*Quidam reprehensuri sunt opus nostrum, quia quae praecepturi sumus non intellexerint*: muchos van a encontrar algo que corregir en este trabajo, porque no habrán comprendido lo que queremos decir”. ¡Cuántos religiosos critican porque no entienden! Y sin embargo, quieren hacer llevar a sus superiores el fruto de su falta de inteligencia. ¡Qué injusticia, o más bien, qué cúmulo de tontería!

Concluamos: el religioso que, por espíritu de fe y pese a los defectos de sus superiores, ve siempre a Dios en sus personas, les obliga muy a menudo a ser Dios para él, es decir, a madurar sus decisiones, a enraizarlas en los más

elevados motivos, a sopesar la gravedad de sus respuestas, a prever todo el alcance de su voluntad.

“Allí donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” [Mateo 18, 20], dice Nuestro Señor. Ahora bien, ¡cuántos religiosos pueden obligar a Nuestro Señor a colocarse entre el superior y ellos, para ser un lazo de caridad, de suavidad, de fuerza y de vida!

He mostrado, sobre todo, los males que causa a su comunidad el religioso en rebelión contra sus superiores. ¿No hubiera hecho mejor hablar de la comunidad en que una obediencia perfecta mantiene la práctica de la regla, la estima recíproca, el vínculo de la paz, la fuerza que procede de un apoyo mutuo?

¡Qué alegría en las comunidades donde reina este espíritu! Jesucristo en medio de sus discípulos es el modelo de ella. ¿Qué más se puede pedir para tender a la perfección y alcanzarla?



VIGÉSIMANONA MEDITACIÓN

BUENAS OBRAS

“Tibi derelictus est pauper: el pobre te ha sido confiado”

(Salmo 10, 14).

Recordemos la descripción del juicio en que el Hijo del hombre recompensará y absolverá únicamente de acuerdo con las prácticas cumplidas o pasadas por alto de la caridad respecto a nuestros hermanos. Por lo tanto, comprendamos que esta especie de ejercicio de la caridad tiene algo muy importante.

No temo añadir que, si esta importancia es siempre muy grande, lo es más especialmente hoy en día.

Os voy a hablar en primer lugar de la necesidad de las buenas obras. Pero el motor de las buenas obras está muy lejos de ser aquella beneficencia humana que no va más allá de la satisfacción de ir en ayuda a un semejante; tiene condiciones más elevadas, y me propongo señalarlas rápidamente.

1° Necesidad de las buenas obras;

2° Carácter de las buenas obras.

He ahí dos puntos esenciales en los que me propongo detenerme.

I.- Necesidad de las buenas obras

A. La situación actual Si alguna vez han sido necesarias las buenas obras, con toda seguridad es hoy cuando por todas partes explotan las más funestas pasiones y se cometen los más horribles crímenes sociales.



Mirad cómo el furor de las clases sociales inferiores se levanta contra las clases superiores. Se halagan los apetitos populares, se les insufla las ideas más subversivas. ¿Quién pondrá freno al monstruo desencadenado?

El mal social está ahí: los monumentos antiguos se derrumban en general por sí mismos cuando el cemento que une sus muros se disuelve; aquí las piedras son arrancadas con violencia; se complacen en romperlas y dispersarlas en mil pedazos; la destrucción es la necesidad universal.

El desenfreno de las pasiones ¿Qué hay más allá? Lo desconocido. ¿Y quién empuja como fatalmente hacia eso desconocido? El odio. Sí, es el odio. ¿Quiénes son los que se aman fuera de la Iglesia? ¡Qué disposiciones a devorarse mutuamente cuando sean vencedores! Bien lo saben, y sus jefes, al mismo tiempo patrones y esclavos, temen como por instinto el momento del triunfo, porque saben que el triunfo será para ellos el precursor de la catástrofe. Siempre ha sucedido; es la ley de la historia humana. El odio disuelve; no puede durar un momento sino para causar las más profundas ruinas.

El odio satánico Ahora bien, estamos en uno de esos momentos solemnes y terribles en que las tinieblas se extienden por doquier, en que nos sentimos rodeados de abismos, y donde no sabemos ya si tales abismos se encuentran a derecha o a izquierda. Vemos a las naciones odiarse, y al interior de las naciones vemos a los partidos que chocan entre sí, y vemos el odio por todas partes, y en todas partes los síntomas más alarmantes. ¿Qué hacer?

Para quien sondea los males presentes en cristiano, es evidente que si la Iglesia reposa sobre un principio sobrenatural que es Dios, la Revolución reposa sobre un principio antinatural que es el Diablo. El hombre,

a partir del día de su rebelión, es esclavo del Diablo mediante el pecado. Jesucristo le había liberado, pero el hombre rechaza hoy a Jesucristo al rechazar a la Iglesia, y cuando Jesucristo se retira, es inevitable que llegue el Diablo.

Ahora bien, el Diablo combate mediante dos medios principales: el error o la mentira, de la que no quiero hablar aquí, y el odio. El Diablo, siendo esencialmente mentiroso, miente, miente siempre. Por lo tanto, cuando alguien lo encuentra y le dice: Tú eres el Diablo, él le responde: “De ninguna manera, yo soy un hombre honrado, me ocupo de obras buenas, te equivocas”. Pero mirad más de cerca y bajo las pretendidas obras buenas, veréis el odio más atroz y más sabio al mismo tiempo. Con todas las apariencias de amor a la humanidad, se infunde a las masas los sentimientos más odiosos y los más violentos. La lava volcánica siempre está a punto de desbordarse del cráter abierto. ¿Qué quieren? Cataclismos, ruinas, y sobre esas ruinas su odio triunfante.

Pero si la Iglesia reposa sobre un principio sobrenatural y si tiene a Dios como apoyo, su fuerza debe consistir precisamente en lo contrario del odio: en el amor, que es Dios mismo, *Deus caritas est* [1 Juan 4, 8]. El amor es lo que ha de oponerse a aquél que era homicida desde el principio [Juan 8, 44] y cuyos sufrimientos al parecer no encuentran alivio más que en la sangre del hombre.

La opción que se impone

Mirad inmediatamente las dos fuerzas que se enfrentan: el odio de Satanás de un lado, el amor

de Dios del otro.

No nos engañemos, las cosas están así. La guerra está en marcha entre el cielo y el infierno, y añadiré: se libraría por encima de nuestras cabezas, si no debiéramos ser nosotros mismos la apuesta.

¿Qué hacer? La cuestión es muy sencilla. ¿De qué lado quiero inclinarme? ¿Del lado de Dios o del lado de Satan?

Planteada en tales términos, la respuesta sería fácil, si por desgracia Satan no hubiera penetrado ya en el campo de Dios mismo, para insuflar allí su espíritu de división. Pero, precisamente para nosotros es una obligación tanto más grave ir hacia todas las consecuencias prácticas de la gran ley del amor dirigida por el espíritu de la Iglesia. Y ved cómo, aceptando ciertos principios, la solución es fácil.

Los ataques contra la Iglesia

El gran ataque va hoy dirigido contra la Iglesia, obra de Dios fundada por Jesucristo. ¿Cuáles son los enemigos de Dios? Los que desean derribar a la Iglesia. Y estaréis de acuerdo con que el espectáculo que tenemos ante los ojos, y que por el lado de la Iglesia implica la acción de Dios (hay que reconocerlo si tenemos fe, según la palabra de Jesucristo: "*Ecce ego vobiscum sum*: he aquí que yo estoy con vosotros" [Mateo 28, 20]), ¿no implica acaso por parte de los enemigos de la Iglesia una fuerza infernal, satánica, diabólica?

Mas, negadlo cuanto queráis; la palabra de Jesucristo está ahí. Cuando Jesucristo le anunció a San Pedro que construiría la Iglesia sobre él, añadió inmediatamente: "*Et portae inferi non praevalerunt adversus eam*: y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" [Mateo 16, 18]. La Iglesia de un lado, el infierno del otro, ahí está la palabra de Jesucristo; y cuando asistimos a uno de esos combates entre la Iglesia y sus enemigos, combates como los que se han librado todo lo más tres o cuatro en dieciocho siglos, con los emperadores romanos, Arrio, Mahoma, Lutero, la Revolución, ¿osaréis decir que no está ahí Satanás?

Pero, si Satanás está ahí, está con sus mentiras y sus odios. Dejemos de lado la cuestión de las mentiras trata-

das por los doctores, los obispos, el Papa infalible; nosotros tenemos otras armas: la caridad manifestada en las obras.

B. Urgente necesidad de las buenas obras Inútil es recordar que existen las obras del cuerpo y las del alma.

Nos ocupamos sobre todo de las obras del cuerpo, pero lo que importa alcanzar son las almas. Ahora bien, en este tiempo en que todo es materia, no las alcanzaréis si no es dando bajo todas las formas, y no sólo dando, sino dándoos.

Aquí se presenta la terrible cuestión de lo superfluo. No temo decirlo; si os refugiáis hoy tras lo superfluo, estáis perdidos. Hemos guardado tanto para sí de esto superfluo para las necesidades engañosas que cada uno se crea, que hay que dar de lo necesario.

Haréis como aquel solitario de Egipto que había visto el incendio de los Bárbaros apagado por los trabajos y las penitencias de los monjes del Alto-Egipto; pero vino un momento en que estos trabajos representados por las esterillas no fueron suficientes, y el incendio tomó tales proporciones que se extendió desde los Bárbaros del Norte hasta las hordas de los Árabes conducidas por Mahoma.

Quiera Dios que hoy, dando bajo la acción de la Caridad que es Dios, deis con suficiente generosidad para apagar el incendio prendido por la Revolución, incendio mucho más espantoso que los de los Godos, Vándalos y Hunos.

Después del paso de tales devastadores, se formó una nueva sociedad; tras las invasiones revolucionarias, no podemos esperarnos sino a las invasiones sabiamente razonadas del socialismo que tiende la mano a la *Kulturkampf*.

II.- Condiciones de las buenas obras

Estas condiciones son múltiples, ya que la caridad engloba a todas las virtudes. Podríamos indicar varias. Contentémonos con algunas:

1º *Y, ante todo, el espíritu de fe.* “*Sine fide impossibile est placere Deo*: sin la fe es imposible agradar a Dios” [Hebreos 11, 6]. Ahí reside el sello específico de las obras auténticamente cristianas. Cuanto mayor es el espíritu de fe, más se coloca uno bajo la acción de Dios y más nos aplicamos a no hacer nada sino por él. ¡Cuántas obras perdidas porque no se hacen con espíritu de fe!

El espíritu de fe es valeroso, se enfrenta con el respeto humano, habla sin tapujos, porque cree; sabe decir: “*Creddidi, propter quod locutus sum*: creí, por eso no tengo miedo de hablar” (Salmo 115, 1), y no se para en obstáculos cuando el deber ha hablado. La fe mueve montañas, pero es preciso que quiera emplearse en combatir cuantas objeciones suscitan la pereza y la tolerancia.

2º *La humildad.* La fe nos muestra el poder de Dios y la debilidad del hombre. Cuanto más poderoso es Dios, más el hombre es nada y más, por el contrario, hay que atribuir todo a Dios y nada al hombre.

La desconfianza de sí mismo es hija de la humildad, este auténtico conocimiento de sí que nos hace viles y despreciables a nuestros propios ojos. El hombre humilde y obediente contará sus victorias, porque Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. ¿Queremos atraer la ayuda de Dios sobre nuestras buenas obras?, ante todo seamos humildes.

3º *Seamos también prudentes.* Desconfiemos de nosotros mismos, y no seamos como aquellos hombres que se complacen culpablemente en tentar a Dios: su castigo es el fracaso y la vergüenza.

4° Dicho esto, establezcamos que la condición de las buenas obras, es *el empeño*. Sí, necesitamos una caridad ardiente, sin la cual nada se hace.

¿No percibís los ardores del infierno en el cielo por la propagación del mal? Oponedles los ardores celestes del amor de Dios. Nadie ama tanto a sus amigos como el que da la vida por ellos. Eso hizo Jesucristo en la cruz. Aquél que no tenía dónde reposar su cabeza, no teniendo nada que dar, se dio a sí mismo dando la vida con su sangre.

¿Qué hermosos los ardores de un Camilo de Lellis que, enfermo él mismo, se entregaba a los enfermos, de un Jerónimo Emiliani, que se consagró a la educación de los niños, de un Vicente de Paúl que, pobre, dio tanto a la pobreza! ¿Qué les empujaba? La caridad. El grito de San Pablo: “*Caritas Christi urget nos: el amor de Cristo nos apremia*” [2 Corintios 5, 14], resonaba constantemente en el fondo de sus almas, y avanzaban dándose a sí mismos y se daban siempre con un celo creciente, con una ternura que nada podía desalentar.

5° Pero lo que ante todo debe atraer nuestra atención, son *los inventos de la caridad*. Mirad cuán hábil es el enemigo para pervertir a las almas. No diré sólo que todos los medios le parecen buenos; inventa otros que le son propios, y uno se sorprende de su habilidad que supera, hay que reconocerlo, toda habilidad humana: la prensa, los teatros, los juegos, la música, el vicio, la elocuencia de los clubs, el atractivo de lo secreto, las asociaciones ocultas, todo le viene bien, y cuando un medio parece usado, recurre a nuevos medios.

¿Por qué, por un lado, no haríamos nosotros lo mismo, en la guerra que tenemos que pelear? A los inventos del odio, sepamos oponer los inventos del amor.

Sin duda, en estos últimos tiempos, hemos visto ejemplos. Las conferencias de San Vicente de Paúl, hijas de asociaciones más humildes, se han extendido de una punta a otra del mundo. Es el gran árbol, si queréis, pero ¡qué

admirables ramas no ha echado: los Comités Católicos, los Círculos Obreros, la Unión de las Obras, etc.! Por todas partes éstas son formas nuevas de un mismo y divino motor, la caridad; y es lo que da esperanza. Allí donde el infierno empuja a odiar mucho, nos sentimos urgidos a amar mucho y a probarlo mediante los hechos. Probadlo, Hermanos míos, dando y dándoos.

En cuanto a los religiosos, no temo decir que su voto de pobreza los hace maravillosamente aptos, no sólo para dar, sino para hacer dar, como Nuestro Señor cuyos pies y manos traspasados y cuyo costado abierto son fuentes divinas de las que mana el amor sobre el mundo. Que los cristianos sean caritativos. Que los religiosos sean caritativos, pero además, que prediquen la caridad mediante toda su vida con un ardor más grande y una creatividad más tierna.

Cristianos y religiosos, demos y démonos, y el odio será rechazado hasta el infierno, y el amor descenderá del cielo hacia los hombres, para hacerles subir hasta el seno de Dios.



TRIGÉSIMA MEDITACIÓN

LA ORACIÓN EN LOS PADECIMIENTOS DE LA IGLESIA

“Pater, si possibile est, transeat a me calix iste; verumtamen non mea sed tua fiat voluntas! ¡Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; pero que se haga tu voluntad y no la mía!”
(Mateo 26, 39).

A ejemplo de Cristo Así hablaba el divino Maestro en la agonía que quiso sufrir en el huerto de los Olivos, antes que Judas le entregara a sus verdugos; así, con toda seguridad, puede hablar la Iglesia en las actuales circunstancias: ¡Padre mío, si es posible, que se aleje de mí el cáliz de la persecución que amenaza!

No temo afirmar que debe rezar así. Porque, no hay duda, las persecuciones en su conjunto le resultan gloriosas, pero ¡cuántas almas débiles se pierden en ella! Y si, incluso a esas almas débiles, la Iglesia puede evitarles la deserción, debe hacerlo. Por eso debe rezar.

Sufrimientos y oraciones En efecto, si bien ha sido necesario que Cristo padeciera para entrar así en su gloria: *“Nonne oportuit Christum pati et ita introire in gloriam suam”* (Lucas 24, 26); si es necesario que todo hombre que se acerca al servicio de Dios se prepare a la tentación, Jesucristo nos manda repetir sin cesar: *“Et ne nos inducas in*



tentationem” [y no nos dejes caer en tentación] [Mateo 6, 13]. Lo que todos los cristianos están obligados a decir sin cesar, ¿por qué la Iglesia, su madre, no podría decirlo sin cesar? Jesucristo no fue escuchado porque, en aquel momento, se necesitaba un salvador. ¿Pero por qué la Iglesia no lo sería puesto que cada uno de sus miembros ha recibido el mandato de presentar la oración dominical?

Respuestas de Dios No, a la Iglesia no se le impide rezar para ser liberada de la persecución. ¡Y cuántas veces ha sido escuchada! La Iglesia, representada por el pueblo hebreo bajo la antigua ley, ¿no fue escuchada constantemente? Moisés y las plagas de Egipto, el mar Rojo atravesado a pie enjuto, ¿acaso no son pruebas evidentes de la asistencia de Dios? Josué, Samuel, Saúl en sus primeros años, David, Nehemías, los Macabeos, para no citar sino a los principales, muestran la asistencia constante de Dios, cuando el pueblo, tras las rebeliones castigadas, grita hacia él.

¿Qué decir de la nueva ley, de la tempestad en el mar, en que la barca en que iba Jesús parecía a punto de hundirse? ¿Qué diremos de Pedro, preservado de los proyectos de Herodes, del triunfo definitivo de la Iglesia tras tres siglos de persecuciones? ¿Qué decir de aquellas épocas maravillosas en que la Esposa de Cristo parecía irremediablemente condenada, y cuando la vemos levantarse gloriosa y parecer no haber estado en peligro sino para mostrar más visiblemente la asistencia de su Esposo?

Pero avancemos, vayamos más lejos y examinemos las grandes ventajas que la Iglesia saca de estas amenazas y persecuciones, que sus oraciones pueden evitar. Voy a considerar sucesivamente los diversos puntos de vista que se presentan, y luego examinaré los resultados prácticos. Es evidente que Dios quiere mostrar su gloria en todo esto. Sí, las persecuciones son útiles a causa de sus resultados.

I.- Resultados generales de la persecución

1° *La separación de los buenos y de los malos.* En efecto, cada día nos impresiona más esta separación acentuada con nuevo esplendor. Nuestro Señor había dicho: “*Qui non est mecum contra me est*: quien no está conmigo, está contra mí” (Mateo 12, 30).

Pero, ¡cuántos hombres de supuesta conciliación, que quisieran tener los pies en los dos campos! “*Quae societates lucis ad tenebras? Quae autem conventio Christi ad Belial?*: ¿Qué relación entre la luz y las tinieblas, entre Cristo y Beliar?” (2 Corintios 6, 15).

Sin duda, el divino Padre de familia no quiere que separemos antes de tiempo la cizaña del buen grano; hay que esperar a la siega. Pero cuando las espigas están maduras y que la mala hierba amenaza con sembrarse a sí misma, hay que saber tomar enérgicamente su partido y apartarse de quienes no sólo quieren separarse de nosotros, sino hacernos una guerra sin cuartel.

¿No estamos en eso? ¡Pues bien!, aceptemos francamente una tal situación. Los buenos serán buenos y los malvados se hundirán más en su perversidad. ¿Dios permitió que la guerra entre los buenos y los malos ángeles fuera muy larga? Se trató de un instante. Y Satanás fue precipitado con sus ángeles a lo profundo de los infiernos. La separación fue instantánea.

2° *El despertar de los adormecidos.* Cuando Dios permite que la barca de la Iglesia sea batida por las olas, vela por ella y sabe el momento en que mandará la calma. Mientras tanto, los pasajeros, llenos de miedo, vuelven sus ojos al cielo, los dormidos se despiertan, todos ayudan en la maniobra; las órdenes del capitán son mejor obedecidas, nos sentimos bajo la amenaza de una situación grave.

Así sucede con la Iglesia. ¡Cuánto torpor en ciertas épocas! ¡Qué sentimientos profundos de fatiga y desaliento! ¡Qué disposición a echar todo a rodar! Situación penosa en que las almas corren grandes peligros, incluso se pierden. Una situación así no puede durar. Tiene que cesar de cara a la persecución. Sin duda, el viento hace que caigan de los árboles muchos frutos pasados, pero los que resisten son mucho más vigorosos.

Existe en la Iglesia, en efecto, una masa de cristianos que no parecen hechos para el infierno, no merecen la pena; ni para el cielo, no son dignos de él. Hay que colocarlos en algún sitio. Parece ser que para ellos se necesita un purgatorio, suave pero prolongado; prolongado porque no merecen ver a Dios; suave, porque no son capaces de gran mal. Para éstos, cierta persecución parece ventajosa. Resultan sacudidos, y aunque en general no comprenden nada, sin embargo el miedo a terribles acontecimientos les hace volver los ojos al cielo, y a su vez exclaman: “*Domine, salva nos, perimus!*: ¡Señor, sálvanos, que perecemos!” (Mateo 8, 25).

A veces Jesús incluso se despierta, pero para decirles como a los apóstoles: “*Quid timidi estis, modicae fidei?*: ¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?” [Mateo 8, 26].

En fin, Dios escucha la oración, incluso de éstos, y es una cosa útil saber forzar a Dios para que perdone a la tierra sus prevaricaciones.

3° *La perfección de los buenos.* ¿Quién es bueno aquí abajo? Nadie. “*Si iniquitates observaveris Domine, quis sustinebit?*: Si escudriñas nuestros delitos, Señor, ¿quién podrá sostener tu mirada?” [Salmo 130, 3]. Por eso, apenas me atrevo a pronunciar esta palabra.

Sin embargo, Dios mismo desea diferenciar entre hombres y hombres, y no confundir entre quien apenas se salva: “*tanquam per ignem*, como por el fuego”, y quien dirige todos sus esfuerzos hacia lo que cree más agradable a su majestad infinita.

¡Pues bien!, los buenos necesitan ser purificados, “*tanquam aurum in fornace*, como el oro en el crisol” (Sabiduría 3, 6). Y es necesario que, para despojarse de la escoria, pasen por el fuego. Los cobardes lo pasarán después de su muerte. Dios se lo reserva a los buenos durante su vida, de modo que, de cuanto suceda, resulte este hecho: el que es santo ha de santificarse cada día más.: “*Qui sanctus est santificetur adhuc*” [Apocalipsis 22, 11].

4° *El triunfo de la Iglesia*. Que la Iglesia esté condenada al combate, es lo que se sigue de las diversas fases por las que le plugo a su divino Esposo hacerle pasar. Solamente una vez que haya sido pasada por el crisol, y hecha la selección, se consigue que ella sepa dónde se puede apoyar más firmemente.

Hay dos clases de persecución para la Iglesia: aquellas bajo cuyo peso parece pronta a sucumbir, y las que resultan para ella una ocasión de triunfo.

¿No es algo digno de admiración esa perseverancia de poblaciones casi abandonadas y que resisten admirablemente a todas las vejaciones? Mirad a Irlanda, incluso a los Estados Unidos. En Oriente mismo, Dios ha dejado sus testigos. ¡Felices los que permanecen testigos fieles hasta el final!

Al lado de todo esto está la energía de las poblaciones que han dejado penetrar en ellas las doctrinas envenenadas y que, día a día, mediante nuevos esfuerzos, intentan rechazarlas.

A los ojos de Dios, estos espectáculos son admirables y él encuentra su alegría, no en los sufrimientos de los suyos, sino en el valor de sus combates y la gloria de sus triunfos.

II.- Resultados prácticos de la persecución

1º Conversión posible y personal. La conversión mediante la persecución es útil, y también muy posible.

Con ciertas condiciones: que escuchemos la voz de Dios que habla por todos los medios. Para esto hay que volverse hacia él, con sinceridad y arrepentimiento y penitencia, como Nínive tras la predicación de Jonás. Pero, todavía hay que precisar estas condiciones.

Sí, hay que tener el valor de convertirse, no mediante esos movimientos generales que no quieren decir gran cosa, que se parecen a las olas que el mar lanza sobre sus playas y que retira acto seguido.

No, cada uno ha de convertirse personalmente. La conversión ha de hacerse, no en masa, sino uno a uno. Incluso en aquellas predicaciones en que San Pedro convertía a dos mil o tres mil judíos, el Espíritu Santo descendía sobre cada uno en particular. No se trataba de una resolución común, era obra de almas aisladas.

Si era el plan del Espíritu Santo hacer surgir su vuelta a Dios de manera simultánea, eso es otra cuestión; pero, si puedo servirme de esta expresión familiar, cada uno se convertía por cuenta propia.

2º Oraciones fervorosas. Aquí me coloco completamente en el terreno de Nuestra Señora de la Salvación. Sí, se necesitan oraciones y muchas oraciones. Hay que volverse hacia Nuestro Señor, gritarle a él y no desfallecer.

¿Qué voy a decir de todas las oraciones que la persecución puede hacer surgir? ¿Qué decir al respecto sino que

la oración constante tiene un peso infinito en la balanza divina? “*Multum valet deprecatio justii assidua*: la oración asidua del justo tiene un valor inmenso” (Santiago 5, 16).

Se trata de la admirable obra de la comunión de los santos. Recemos y hagamos rezar, animemos a la oración todo cuanto podamos. Esta oración terminará por penetrar en los cielos junto con la de Jesucristo.

3° *Una vida más austera*. Que la blandura de la vida de los cristianos sea un obstáculo a la acción de la misericordia divina, nada más evidente. ¿Cómo queréis que el corazón de Dios se deje conmover por las oraciones que salen de almas inmersas en todas las búsquedas de una vida cómoda y a veces incluso en los placeres prohibidos?

Sí, hay que tener el valor de llevar una vida más severa, hay que saber romper con una serie de cobardías, de concesiones a los sentidos, que enervan los caracteres, nos dan hombres dispuestos a cederlo todo en el tema de los grandes intereses religiosos, con tal de divertirse.

4° *La acción entre la población*. ¿Qué diré sobre esto? Es seguro que se puede ejercer una acción enorme entre las poblaciones, con tal de quererlo, pero hay que quererlo, y quererlo muy fuertemente.

“Pero, me diréis, ¡yo no soy más que una pobre mujer!”. Escuchad lo que habéis visto hacer en dos meses. ¿Creéis que las *peticiones* no constituyen un movimiento importante? ¿Pensáis que las *oraciones públicas* no han tenido ningún efecto?¹⁾

¹⁾ En los meses anteriores a los años 1878-1879, en que el Padre d'Alzon escribió estas meditaciones, la Asociación de *Notre-Dame de Salut*, bajo la dirección de los Padres Asuncionistas, había presentado *peticiones* con el respaldo de 1.600.000 firmas y *oraciones nacionales* que se habían extendido con admirable impulso a todas las diócesis de Francia.



Sólo que, hay que continuar este movimiento, hay que reproducirlo de diferentes modos hasta que haya dado la victoria.

Además, una oración solitaria a veces produce los prodigios más admirables. Recordad a aquella mujer que contemplaba con gran dolor la pérdida del alma de su hijo. Rezaba. Más que nada lloraba. Un anciano obispo a quien consultó le dijo que era imposible que Dios dejara perecer al hijo de tantas lágrimas. En efecto, la gracia terminó por tocar el corazón de aquel joven, y éste fue San Agustín.





TRIGÉSIMAPRIMERA MEDITACIÓN

LAS RELACIONES DE LOS RELIGIOSOS ENTRE ELLOS

*“Mandatum novum do vobis: Os
doy un mandamiento nuevo”* (Juan
13, 34).

Me propongo tratar de las relaciones de los religiosos
entre ellos, y afirmo que dichas relaciones han de ser:

- 1º Edificantes;
- 2º Caritativas;
- 3º Respetuosas;
- 4º Fundadas en la servicialidad.



I.- Relaciones edificantes

El deber de edificación mutua ¿Por qué has venido a buscar la vida común en un claustro, si no para dejarte apoyar mediante las relaciones cotidianas que vas a tener con hombres que tiendan como tú a la perfección? Sin eso, no tenías más que haberte quedado en tu soledad y conservar el género de vida que te cuadrara mejor.

A partir del momento en que buscas la sociedad de ciertos hombres para tener un medio mejor de santificarte, has de compenetrarte con la solidaridad que has adquirido para con ellos. Has pedido ser admitido en su compañía para que pudieran edificarte y sostenerte así en tu marcha hacia las virtudes más perfectas; pero, a tu vez, tienes algo que aportarles. Te edifican: edificales tú también, y acuérdate de que, si su conducta es para ti una predicación viva, mucho más poderosa que la de la



palabra, ellos tienen derecho a reclamarte a ti también esta predicación.

Date cuenta de que el Espíritu Santo ha dicho: “*Frater qui adjuvatur a fratre, quasi civitas firma*: el hermano que es ayudado por su hermano es como una ciudad fortificada” (Proverbios 18, 19). Esta ciudad es el convento. Mira qué es lo que has de poner ahí de tu parte. Por el contrario, si desedificas, y cómo tu mal ejemplo será con toda evidencia seguido y arrastrará a otros, el resultado será que un cierto número de religiosos caerá en la decadencia.

Lo ilógico de la desedificación

Pero, dirás, desde que soy religioso ¿cuántos malos ejemplos no he recibido? ¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? ¿Te vas a quejar de haber sido víctima del mal que has hecho, que haces cada día a los demás?

¿Desde cuándo las faltas de tal o tal persona pueden ser tu excusa? Ciertamente éste es un razonamiento singular. Veamos: has entrado en la vida de un convento para santificarte en compañía de tus hermanos; en vez de eso, has encontrado malos ejemplos; por consiguiente, te vas a poner a dar malos ejemplos tú también.

En otros términos, te dan malos ejemplos, capaces de llevarte a la pérdida del espíritu religioso, a graves decadencias y quizá al infierno. Por lo tanto, sin más y a causa de los escándalos recibidos, te vas a dedicar a hacer perder el espíritu religioso a los demás, a arrastrarlos a cometer faltas graves, ¡quizá al infierno! ¡Admirable razonamiento! Pero convendrás en que no te lo ha inspirado Nuestro Señor cuando decía: “¡Ay, de aquél por quien viene el escándalo!” [Mateo 18, 7].

Mira, por el contrario, el bien inmenso que podrías hacer, si lo quisieras un poco más decididamente. Te concedo que algunos de tus hermanos podrían ser más edificantes. ¿Qué conclusión sacarías si tuvieras espíritu religioso? Quizá, que es necesario examinar bien dónde

entras, pero luego ver qué esfuerzos se necesitan para llevar a nuestros hermanos a toda perfección, más mediante los ejemplos que mediante las palabras.

II.- Relaciones caritativas

¡Qué espectáculo el de hermanos que se quieren! “*Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!*: ¡Qué bueno y qué dulce habitar juntos como hermanos!” (Salmo 133, 1). Sí, no hay nada tan bueno como una comunidad en la que nos amamos, pero para ello es necesario que todos contribuyan.

Afecto que alcanza a todos Para que esta caridad sea permanente, importa mucho quitar un montón de sentimientos particulares, que vienen muy a menudo a estorbar aquellas disposiciones de afecto general que debemos tener unos para con otros.

Guardémonos de amistades particulares que suscitan envidias, juicios severos y que disponen a la separación de quienes tratan de actuar aparte. La caridad que se debe tener ha de extenderse a todos y ser muy universal, como la casa donde se habita juntos es común a todos.

serio y profundo a ejemplo de Cristo El alma de cada uno de nuestros hermanos ha sido rescatada por la sangre de Jesucristo, que la ha amado hasta derramar su sangre por ella; que tales almas sean para nosotros el objeto de una caridad semejante, que estemos siempre dispuestos, a ejemplo del Salvador, a darnos y a entregarnos por ellas, como dice el Apóstol: “*Libentissime impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris*: daré todo con gusto y además yo mismo por la salvación de vuestras almas” [2 Corintios 12, 15]. Si el trabajador apostólico debe

estar en estas disposiciones hacia los pecadores que encuentra, con cuánta mayor razón ha de tener tales sentimientos por las almas con quienes está llamado a vivir en familia.

Y este afecto, si es serio, no puede no producir su efecto. Ya podemos decir que no nos damos cuenta del bien que hacemos, el religioso abrasado de amor por el alma de sus hermanos siempre hace el bien, y mucho. Se nota que existe un lazo entre ellos y Nuestro Señor. Por cierto, este afecto ha de basarse en una gran franqueza y en una gran lealtad, pero cuando es tal, todo el mundo lo nota, y ¿quién se puede quejar de un amigo que es franco sólo porque desea ser útil?

fiel

Este afecto debe ser fiel y resistir a ciertos roces. “*Amicus*

fidelis, protectio fortis; qui autem invenit eum, invenit thesaurum: Un amigo fiel es un apoyo poderoso; quien lo encuentra, encuentra un tesoro” (Eclesiástico 6, 14) ¡Cuán raras son estas amistades fieles! Se necesita la mayor fidelidad en la caridad de los religiosos entre ellos. A veces se producen roces. Todos los caracteres no tienen la misma igualdad de humor.

Feliz el religioso fiel que no se desanima ni se echa atrás frente a un hermano que se siente herido, ya sea por un malentendido, ya sea por la inconstancia que es la consecuencia de las miserias del corazón humano. El hermano ofendido volverá con tanto mayor afecto cuanto más injusto se sienta en sus apreciaciones, a menos que sea un hombre sin corazón, y en tal caso habrás tenido el consuelo más grande, en el rechazo que hayan sufrido tus intentos, de poder estar seguro de que lo has hecho todo por Dios y nada por los hombres.

Después de todo esto, y habida cuenta del peligro que implican las amistades particulares, que se dé entre los religiosos una estima más especial, por efecto

de trabajos comunes o de mayores esfuerzos, me guardaré mucho de criticarlo, con tal que esté bien claro que tales relaciones entre hermanos están basadas en la estima, que parte de Dios y no de una simpatía puramente humana.

III.- Relaciones respetuosas

Nada esperéis de una comunidad en la que no hay respeto. El respeto cristiano es una de las condiciones más esenciales de la vida en común para los religiosos.

El religioso irrespetuoso para con sus hermanos no se conoce, no los conoce y no conoce el honor que se le brinda al ser admitido en semejante sociedad.

1º No se conoce. Porque si se contemplara en el fondo de sí mismo, a la luz de la fe, vería sus propios defectos, sus imperfecciones, las asperezas de su carácter; comprendería la importancia de hacerlas desaparecer, antes de permitirse faltar al respeto a quien quiera que sea. Y si todos estos obstáculos al respeto quedaran suprimidos, el respeto inmediatamente le resultaría fácil. Admiraría la paciencia que usan con él y se tornaría tanto más respetuoso.

2º El religioso que no respeta a sus hermanos no los conoce o los conoce mal. Que les mire en la verdadera luz y que recuerde esta palabra del divino Maestro: “No juzguéis y no seréis juzgados” [Mateo 7, 1].

Eres severo con los demás, pero examina lo que mereces tú mismo; y si tu mirada, suponiendo que sea exacta, es tan severa para con los miembros de tu comunidad, date cuenta de lo que debe ser el ojo de Dios que te mira. Créeme, antes de erigirte en crítico de los demás, con-

templa las críticas que tus hermanos pueden hacer de ti y el juicio que Dios puede hacer de tu estado.

Además, quizás podrías preguntarte si la destrucción del respeto no es un trabajo que tiende a hacer que el cielo anticipado de la vida religiosa se parezca al infierno. El lugar donde más respeto existe es en la asamblea de los santos en torno al trono de Dios; el lugar de donde todo respeto está desterrado es el infierno, donde los demonios y los condenados intercambian reproches e insultos en su desprecio recíproco, basado en un conocimiento más grande de sus defectos comunes. No los imitéis. Imitad más bien a los ángeles y a los santos, que se respetan bajo la mirada de Dios.

3° El religioso que no respeta a sus hermanos *no conoce el honor que se le hace*. No pretendo ciertamente afirmar que todos los conventos sean perfectos, pero en ellos se tiende a la perfección, y eso ya es mucho: ¡ser admitido al honor de vivir en tal compañía es inapreciable! Podéis hacer reproches, criticar, ¿a qué conduce eso? ¿Corregirás a alguien? Así no se corrige; se exaspera, se divide, nada más. Sé respetuoso y firme, siempre caritativo; entonces las observaciones no serán ni ruidosas, ni amargas; tendrán la suerte de obtener resultados.

“La Iglesia, ha dicho un protestante, ha sido la gran escuela del respeto”. Si el respeto se perdiera, debería refugiarse en los conventos como en un santuario.

IV.- Relaciones serviciales

Quedarse en bellas teorías no basta: se necesita además un espíritu práctico, y el espíritu práctico se traduce en servicios solicitados y prestados.

¿Qué religioso no ha de pedir servicios en una multitud de circunstancias y en cuántas ocasiones no ha de pasar

por el brete de tener que prestarlos? ¿A quién le gusta molestar? ¿A quién le gusta incomodarse?

A ejemplo de Cristo Sin embargo, ¿qué ha hecho Nuestro Señor sino ponerse en continua penuria desde Belén hasta el Calvario? ¿Y qué ejemplos de paciencia no nos da con su presencia en el Santísimo Sacramento? ¡Qué prodigiosos milagros no lleva a cabo para mostrarnos cómo, cuando se es soberanamente bueno, se prestan todos los servicios al precio de grandes abnegaciones!

He ahí vuestro modelo. ¿Quién es más perfecto que Jesucristo? ¿Y quién ha prestado, quién presta en cada instante del día más servicios que él? ¡Vamos!, cuando hayáis prestado a todo el género humano todos los servicios que él se ha dignado abajarse a prestaros, entonces podréis quejaros; mientras tanto, bajad la cabeza, pensad que la rigidez, el espíritu personal, la preocupación exclusiva de sí mismo es lo más opuesto al espíritu de Nuestro Señor.

Bajo la tutela de la utilidad y de la obediencia

¿Qué hacer, pues? Dominarse, olvidarse de sí para ser servicial, con dos salvaguardias: la utilidad y la obediencia.

Cada cual ha de tener su tipo de servicialidad. La Carmelita no ha de ir a curar a los enfermos; ni la Hermana de la Caridad ha de cargarse de instrumentos de penitencia por la conversión de los pecadores; a cada uno su parte. Lo mismo sucede en el interior de los conventos, un hermano coadjutor no ha de dar clases, lo mismo que un estudiante nada hábil no debe cuidar a los enfermos.

Las clases mal dadas producirán ignorantes, y los enfermos mal cuidados poblarán los cementerios; los servicios prestados no han de convertirse en malos servicios.

Por todo ello, fuera de la utilidad que hay que buscar en los servicios, importa mucho añadir la obediencia que ilumina, dirige y da una fuerza especial para prestar servicios útiles e inteligentes. Incluso cuando hay buena voluntad hay que saber dirigir esta buena voluntad; la obediencia está ahí para guiarla.

Concluamos: la edificación, la caridad, el respeto, la servicialidad son cuatro elementos fundamentales de nuestras relaciones entre religiosos. Si se mantienen, la comunidad crecerá en unión y fervor, y dará todos los frutos que Nuestro Señor tiene derecho a esperar de un campo tan bien cultivado por la gracia.

TRIGÉSIMASEGUNDA MEDITACIÓN

RELACIONES DE LOS RELIGIOSOS CON EL EXTERIOR

“Vos estis sal terrae: vosotros sois la sal de la tierra” (Mateo 5, 13).

He hablado de los religiosos entre ellos. Durante mucho tiempo la vida religiosa estuvo aislada, solitaria. Las poblaciones afluían hacia los monasterios; los monasterios se mantenían alejados del mundo y, en el silencio del claustro o en los cantos del Oficio, encontraban santas y castas delicias que nada venía a turbar.

Más tarde, los discípulos de San Benito, en Occidente, descendieron de sus montañas, salieron de sus bosques y se entregaron a una fructífera evangelización.

Hoy, después de San Francisco y de Santo Domingo, las órdenes religiosas forman parte de la vida eclesial, y los Papas se han servido de los religiosos, en los países católicos, para despertar la fe; en los países infieles, para llevar allí su antorcha. Es cosa admitida que los religiosos deben mantener relaciones con el mundo, pero ¿cómo han de ser?

Establezco que estas relaciones deben ser:

- 1º Sobrenaturales;
- 2º Reservadas;
- 3º Benevolentes;
- 4º Exclusivamente en interés de las almas.

Quizá entonces, lejos de dañar, puedan dar frutos abundantes para el cielo.

I.- Relaciones sobrenaturales

Sentimiento de sus responsabilidades

“Sic nos existimet homo ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei: que el pueblo

nos vea como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios” (1 Corintios 4, 1). El religioso puede aplicarse al menos la primera parte del precepto de San Pablo, y el Agustino de la Asunción que se destina al sacerdocio, a menos que sea hermano coadjutor, puede aplicarse también la segunda parte, ya que debe prepararse a ser sacerdote un día y a cumplir todos los deberes correspondientes y a adquirir todas sus virtudes.

Que el hombre nos considere como ministros de Cristo. Seamos siempre sus servidores y sus enviados y ninguna otra cosa tengamos que hacer aquí abajo con los hombres.

Si nunca saliéramos de nuestra celda sin otra preocupación que ésta, ¡cuántas miserias no evitaríamos! ¡Cuántos peligros no sortearíamos! O mejor, ¡cuánto bien no haríamos! Sólo quiero ser el ministro de mi Salvador entre los hombres, ocuparme con ellos de obras de caridad, de la salvación de las almas ausentes, de la salvación de las almas a las que me dirijo: ¡cuánto bien por hacer al respecto y que yo debo hacer!

Evitar cualquier curiosidad

Pero en ese caso, ¡cómo ha de elevarse mi pensamiento por encima de cualquier chinchorrería y de cualquier chisme! Que los escuche a veces,

únicamente con el fin de hacer algún bien, puedo hacerlo absolutamente, pero debo evitar la curiosidad malsana, la complacencia en cualquier sentimiento malo, el placer de oír las dificultades de las personas que me son poco simpáticas, sobre todo si se trata de escuchar para ir a repetir y si hablo sólo por el gusto de hacer daño con mis palabras.

¡Extraña deformación de las ideas sobrenaturales! ¡He venido al convento para santificarme y voy a buscar al locutorio el medio para perderme! Si he de tener relaciones externas, es para que encuentren en mí a un ministro de Jesucristo, que dice oportunamente al oído lo que en otros sitios está obligado a predicar desde los tejados, pero que al hablar así en la intimidad, penetra hasta el fondo del alma, mueve a la conciencia y procura conversiones en unos o mejoramientos en otros. En vez de eso, ¿qué hago? Soy un hombre vulgar, chismoso, intrigante. En cuanto al bien que vienen a sacar de mí en el locutorio, es nulo.

**Mantenerse
sobrenaturales**

¿Y por qué? Porque no he seguido siendo un hombre sobrenatural. Y no soy sobrenatural

porque no he juntado un tesoro de verdades sobrenaturales y de sentimientos sobrenaturales. Si hablo de Dios, doy la impresión de recitar una lección; mi palabra toma un aire mecánico, cuya fuente quizá sea la memoria, pero en ningún caso el corazón.

Y es que, para ser sobrenatural en las relaciones externas, hay que haberlo sido desde mucho tiempo antes al pie del propio crucifijo o al pie del Santísimo Sacramento. Entonces el pensamiento de Dios, de su causa, el amor de Nuestro Señor, de su Iglesia, ponen en los labios palabras apostólicas, y nadie que venga a nosotros se vuelve sin ser mejor o al menos con la preocupación por llegar a serlo.

¡Cuánto tiempo perdido o mal empleado, por no haber sabido hacer nuestras relaciones con los hombres suficientemente sobrenaturales!

II.- Relaciones reservadas

En muchas circunstancias, la ley de las relaciones consiste menos en decir que en no decir.

Por una parte, ¡cuántos curiosos vienen a buscarnos únicamente para sonsacarnos, o bien para hablar en nuestra presencia, conseguir un gesto aprobatorio y, sobre tan hermosa base, prestarnos sus palabras y atribuirnoslas! Con personas así, ¡qué útil resulta el silencio, qué preciosas las palabras abreviadas! Así no pueden sorprendernos, hacernos decir lo que querían arrancar de nosotros y descubrir nuestra opinión. En ciertas ocasiones no estamos obligados a tener una opinión benévola, pero en semejante caso estamos obligados a no expresarla sino para hacer un gran bien, y no siempre se puede hacer el bien en una conversación con un extraño.

Sepamos, pues, estar constantemente en guardia, y acordémonos que en el locutorio no siempre estamos rodeados de amigos y que muchas veces podemos más bien considerarnos como Daniel en el foso de los leones. Nos toca guardar tan bien nuestra alma que no nos la devoren.

Nada diré de la reserva que hemos de guardar *con las personas del otro sexo*, y cuán obligados estamos a proceder prudentemente en ciertas circunstancias. Hablo para los religiosos de toda edad, porque es una ilusión pensar que la edad pone al abrigo de ciertos peligros; pero me dirijo sobre todo a los más jóvenes y les invito, con la mayor fuerza, a huir de cuanto estas relaciones tienen de decepcionante, para la inocencia de su alma y para la preservación de su castidad. Que presten una atención muy seria a esto, que estén atentos y que se pongan al abrigo mediante la más estricta reserva.

¿Queréis que se estime, no diré vuestra persona, lo que sería vano, sino vuestro carácter religioso y sacerdotal? Mostraos constantemente reservados. No permitáis que mediante inútiles desahogos se perciba la escasa virtud de vuestra vida o el poco valor de vuestros actos; y poco a poco, si no hacéis un gran bien, haréis al menos el que

sois capaces de hacer: en todo caso no haréis ningún mal, lo que ya es inmenso.

III.- Relaciones benevolentes

Establecida la necesidad de la reserva, nada importa tanto como mostrar una gran benevolencia.

¿Por qué presentarse constantemente como el censor de todos y de todo? ¿Qué se saca con eso? Que se os evitará. Quizá sea una ventaja. Pero entonces no os mostréis. La ventaja será mayor para vosotros y sobre todo para los demás.

A ejemplo de Cristo ¿En qué consiste, en efecto, la benevolencia que os pido? En que se note que Jesucristo pasa a través de vuestro ademán, vuestras palabras, todo vuestro ser. *Sic nos existimet homo* [1 Corintios 4, 1].

¿Cuánto tiempo no ha pasado el Salvador en la soledad y en la vida retirada! Pero cuando se mostró, tenía palabras que hacían exclamar a los emisarios enviados a detenerle: “*Nunquam sic locutus est homo sicut hic homo: jamás ha hablado nadie como este hombre*” (Juan 7, 46). Es que experimentaban en su corazón aquella disposición a la misericordia, a la paciencia, a la bondad, a la benevolencia, que constituía su encanto.

Esforzaos por tener este encanto. No impide la reserva. Mediante la reserva evitaréis caer en los bajos fondos de las cosas humanas; mediante el encanto divino, atraeréis hacia lo alto. Una vez más, elevaréis a las almas como aquél a quienes los fariseos decían: “*Quo usque animam nostram tollis?: ¿Hasta cuándo nos tendrás en suspenso?*” (Juan 10, 24).

Quizá el efecto de este encanto no produzca todo el bien que desearíais, y si bien hay circunstancias en las que hay que saber, como nuestro Modelo, abajarse; también hay otras en que más vale quizá saber mantenerse a una cierta altura, en que los hombres sentirán que deseáis serles útil. Pero hay que observar ciertas condiciones.

Bajo la mirada de Dios Aquí es donde el tacto y la prudencia son necesarios. Hay que entregarse, pero entregarse bajo la mirada de Dios y según el espíritu de Nuestro Señor. La benevolencia, cuando busca ante todo el bien de las almas, sabe encontrar mil inventos para atraparlas, si puedo decirlo así, en sus redes. Pero, para conseguirlo, ¡cómo hay que sumergirse y sumergirse sin cesar en el amor del divino Maestro!

¡Feliz quien posee esta benevolencia en toda su pureza!
¡Feliz quien no ve sino a Jesucristo para hacerle conocer y amar, en cada acción que pueda ejercer a su alrededor!

IV.- Relaciones exclusivamente en pro de las almas

Evitar cualquier pretexto de calumnia Una de las mayores desgracias que pueden sucedernos es que se pueda decir con razón que trabajamos por algo distinto del bien de las almas, y que, en nuestras relaciones externas, buscamos un interés personal.

Lo dirán ciertamente de nosotros. Los enemigos de la Iglesia se sienten felices de poder echar ese barro sobre sus defensores y sus hijos, pero una cosa es ser calumniados y otra es merecer que la maledicencia se ejerza con razón sobre nosotros.

La acusación es demasiado fecunda en resultados nefastos porque, si por un lado hacen cuanto pueden para darle apariencia de verdad, por otro lado nosotros no

empleamos nuestros esfuerzos para no merecer semejante reproche; y el mejor modo de no merecerlo es elevarnos constantemente a los pensamientos de nuestra vocación.

No buscar más que el Reino de Dios Somos religiosos para salvarnos y extender el reino de Jesucristo en las almas. ¿Qué hacemos para alcanzar esta doble meta? ¿Qué encuentra Dios en nosotros que lo sirva mejor, que le lleve mayor número de adoradores en espíritu y en verdad, o más almas llenas del deseo de consagrarse a su servicio en una mayor perfección?

Sí, hemos de ser hombres celestes y sólo hemos de perseguir una meta celestial: poblar el cielo con el mayor número de habitantes. En nuestras relaciones externas, hemos de repetirnos sin cesar: ¿A cuántas almas les soy útil y con qué perfección les resulto útil? He ahí, ciertamente, un campo digno para las más nobles ambiciones: conquistar almas y conquistarlas para Jesucristo, ayudar a Jesucristo en su gran empresa de la salvación del género humano; ¿qué podéis ambicionar de mejor?

con celo, ardor y perseverancia Mas, para correr como el Buen Pastor tras las almas, se necesita celo, ardor, perseverancia; se comienza ese ministerio, pero como está lleno de molestias, de fatigas, y por desgracia, de esterilidad, nos desalentamos y nos volvemos hacia relaciones más fáciles. He ahí el gran mal. Sepamos preservarnos de él mediante un ardor perseverante, que purificará nuestras relaciones mediante el disgusto que podamos encontrar en ellas y las hará más benditas, precisamente por causa de nuestro desinterés.

¡Oh, amemos a las almas, no sólo desde lo alto del púlpito, sino en las relaciones que mantenemos con ellas todos los días! Amemos a las almas y vayamos a apren-



der lo que valen al pie de nuestro crucifijo, memorial de la cruz donde nuestro Maestro ha querido derramar su sangre por ellas; al sagrario donde quiere ser para todos un modelo de paciencia; al altar, donde al inmolarse todos los días, enseña al religioso verdaderamente digno de su vocación a hacerse él mismo víctima humilde y generosa, y a continuar en sí mismo, en tanto cuanto es capaz, aquella gran inmolación mediante la que el mundo ha sido salvado.





TRIGÉSIMATERCERA MEDITACIÓN

LOS ESTUDIOS

Si nuestra familia religiosa ha de estar marcada por un sello apostólico, como no puede contar con la ciencia infusa comunicada a los apóstoles el día de Pentecostés, importa que pueda al menos prepararse para distribuir la ciencia divina mediante estudios serios. En otras palabras, para ser un verdadero religioso de la Asunción, hay que estudiar seriamente.

Vamos a dar en primer lugar algunos avisos generales, y ya que queremos ser prácticos, daremos luego consejos particulares.

I.- Avisos generales

A. Huir de la pereza y la ociosidad; porque causan: Primer aviso: que es absolutamente indispensable, para el religioso, huir de la pereza. Hemos dicho algo al respecto al hablar de la ley del trabajo, como consecuencia del voto de pobreza.

la suficiencia de los predicadores Lo enfoco hoy como condición indispensable para el religioso apostólico: *Nemo dat quod non habet*: nadie puede dar lo que no tiene, y una de las grandes causas de la pérdida de la fe es la pereza de los catequistas y de los predicadores. No saben, y nada entienden. Por eso, los más terribles desquiciamientos serán fruto de su ignorancia: *“Nescierunt neque intellexerunt, in tenebris ambulat, movebuntur omnia fundamenta terrae*: no entienden, carecen de inteligencia, caminan en



las tinieblas y por eso, ¡todos los fundamentos de la tierra serán sacudidos!” (Salmo 82, 5).

Es inútil anatematizar a los impíos; empecemos por lanzar el anatema sobre aquellos predicadores tan pagados de suficiencia como de ignorancia, que hacen huir y despreciar la Palabra de Dios, por la escasa preparación que dedican a su enseñanza. Dios les pedirá algún día una terrible cuenta del tiempo perdido y ¡qué difícil les va a ser encontrar una excusa para su pereza y su parálisis intelectual, que les hace incapaces de cualquier esfuerzo serio de pensamiento!

la decadencia de los conventos

Pero, para venir a un punto de vista que nos toca más de cerca, ¿de dónde ha venido la decadencia de casi todas las Órdenes religiosas? San Bernardo hace notar que la pobreza ha hecho germinar las virtudes, que las virtudes han traído las riquezas, que las riquezas han producido la ociosidad; la ociosidad ha sido pronto la madre de todos los vicios. Tal es el resumen del origen y de la decadencia de un gran número de conventos.

Mirad a esos religiosos cansados de su celda. El autor de la *Imitación* dice con razón: “*Cella continuata dulcescit*: la celda poco a poco se torna dulce”. Pero, ¿cuándo? Cuando sabemos ocuparnos en ella de la oración o del estudio. Por el contrario, pasad en ella largas horas en no hacer nada, se os hará muy pronto odiosa; se transformará para vosotros en una prisión de la que os apresuraréis a salir.

una insaciable curiosidad

¿Y entonces qué haréis? Os dispersaréis por fuera, porque con toda seguridad no saldréis de vuestra celda para ir a la capilla, ni de la verdad escondida en los libros para ir a la verdad escondida en el

sagrario. Iréis a sumergiros en los vanos discursos de los hombres, os gustará, como a los Atenienses, decir o escuchar noticias, “*aliquid novi*” [Hechos 17, 21].

¡Encanto inexpresable de esta curiosidad, que se ceba con lo que se le dice o que alimenta a los demás con lo que ella misma dice! ¿Pero cuál es la finalidad de todas esas conversaciones? Esta palabrería, porque de eso se trata, ¿a qué conduce? A hacer perder las ideas sólidas y sobrenaturales, a excitar las rivalidades, a agriar las antipatías, a provocar juicios severos sobre el prójimo. ¿Es todo esto digno de un religioso? Y si tales conversaciones le degradan y le hacen caer a un nivel intelectual muy inferior, ¿tendremos que asombrarnos de ello?

Y cuando estas conversaciones se han multiplicado, ¿nos causará asombro de que las murmuraciones salgan a la luz, murmuraciones contra los hermanos, murmuraciones contra la autoridad, murmuraciones contra el propio estado?; uno se pregunta qué ha venido a hacer al convento y no sabe qué responder.

De ahí a preguntarse por qué no retirarse de un lugar en que la libertad y la independencia encuentran tales obstáculos, sólo hay un paso, y ese paso pronto se da; tenemos muchos ejemplos.

**o una ridícula
ambición**

Y si uno se resigna a quedarse, se busca una compensación: la ambición crece pronto en un alma que ya no es sobrenatural. Se aspira a los cargos de la Orden; he visto a algunos volverse locos por esta pasión. Locos, eran evidentemente incapaces, pero creían no serlo y vivían infinitamente desdichados porque su mérito no era suficientemente apreciado. Admitamos que no estuvieran completamente privados de razón, pero quizá esto mismo les hacía más peligrosos; porque la ambición les llevaba a toda especie de intrigas, que sin llegar a ciertos extremos, eran tan prodigiosas que cuesta

creerlo. ¡Cuánta perturbación, cuánta desunión entre las almas causada por un espíritu ambicioso!

Y si no se siente satisfecho en sus vanas pretensiones dentro, tened por seguro que se precipitará al exterior so pretexto de celo apostólico; le veremos mezclarse en todo lo que no le importa, y el menor de los males que podrá resultar será, entre la gente del mundo, la pérdida del respeto por los religiosos: se les juzgará o bien nulos, o bien intrigantes, amigos de mezclarse demasiado en lo que no les concierne.

Y no es que no haya que enfrentarse a veces, incluso a menudo, con los reproches y las críticas de los hombres: ese es nuestro destino. Pero es necesario, según el pensar de San Pedro, que seamos perseguidos como religiosos y por odio a la vida religiosa, lo que se nota muy fácilmente. ¡Oh!, sed perseguidos todo lo que el mundo quiera como religiosos, eso será vuestra gloria, pero no como pobres e indignos religiosos; ahora bien, esto es lo que causa la pereza en ciertas comunidades.

B. Evitar la pasión por el estudio Pero, aparte de esta pereza tan deplorable, no tenemos miedo de colocar el defecto contrario: la pasión demasiado humana por el estudio. El religioso aquejado de este mal parece poseído por el demonio de la vana ciencia, la que infla y no edifica.

¿Con qué fin estudiamos así? Por el momento no corresponde examinarlo.

fuerza de hinchazón Sé que se ven religiosos frenéticos de estudios; que, para ellos, los ejercicios de la vida comunitaria no significan nada; para ellos ya no hay regla; estudiarán, si os parece, la teología y las demás ciencias eclesiásticas, pero las estudiarán de un modo tan humano que no encontrarán en ellas sino aridez o vana complacencia en las disputas.

El amor propio se infla tanto, como en Simón el Mago, “que creía ser alguien: *existimans se esse aliquem*” [Hechos 8, 9]. Mirad a ese religioso que *se cree alguien*, y que juzga a las personas desde lo alto de su ciencia.

Ahora bien, daos cuenta de que casi todos los que así se creen alguien, se complacen en las ideas más arriesgadas. Se hacen sistemáticos. Encuentran inútil trabajar para pensar como todo el mundo; van solos, y así comprometen no sólo su influencia que se torna funesta sino también su salvación, mediante paradojas contra la fe.

fuelle de testarudez Lo peor es que se vuelven testarudo. So pretexto de que saben más que los demás miembros de la comunidad, se hunden en su manera de ver, se abunda en el propio sentimiento y a veces se recibe ya en este mundo el castigo merecido por su orgullosa testarudez, haciendo el ridículo.

¡Cuánto mejor es para el alma religiosa entregarse, bajo la mirada de Dios, a los santos estudios inspirados por la humildad, la obediencia y el amor a las almas! Formémosnos sobre el modelo de tantos santos, que han estudiado tanto, pero que han tomado por divisa: humildad y amor.

Leed a San Agustín; veréis los trabajos de tan gran Doctor escritos bajo esta doble inspiración. Sin poseer su genio, esforcémosnos por aportar sus virtudes a nuestros estudios: serán el único aroma capaz de preservarlos de toda corrupción.

II.- Consejos particulares

Aquí, he de dirigirme a tres categorías de oyentes: a los nuevos, a los que estudian desde hace algunos años, a los mayores.

A los nuevos A los primeros les digo: Acabáis de llegar, dejaos guiar. ¿Qué sabéis vosotros? Tenéis quizá un bagaje de ideas humanas muy inútil, y del que tenéis que tratar ante todo de despojaros. No creáis que tenemos gran estima por la ciencia que constatan los diplomas universitarios, los aguantamos en el mismo espíritu que la necesidad de conceder el divorcio a los Hebreos: "*Ab initio autem non fuit sic*" [Mateo 19, 8]. Fue un Papa el que estableció los grados. Desde entonces, el diablo los ha vuelto contra la Iglesia; y hasta que no hayan recuperado su espíritu primitivo, hemos de esperarnos a los más deplorables resultados.

Por lo tanto, creedme: dejad de lado todas vuestras ideas extrañas al espíritu cristiano, por una parte, y sobre todo al espíritu de la Asunción, por otra parte.

Pero os habéis alimentado desde hace muchos años en las nociones agustinianas. ¡Tanto mejor! Os diré: aceptad el juicio que vuestros superiores tengan de vosotros.

Quizá no sois muy capaces, pero lo suficiente para que se os acepte como un miembro, si no sabio, al menos útil y quizá más útil que un sabio, si sabéis con gran modestia dejaros guiar. Si no sois muy capaces, no perdáis ni un minuto de vuestro tiempo, tened ocupada vuestra mente, cultivadla todos los días; adoraréis menos al Dios de las ciencias, pero adoraréis más al Dios de la humildad. Con la obediencia, el trabajo que se os impondrá y una gran estima por los religiosos más sabios que vosotros, llegaréis a una alta perfección como San José de Cupertino, y eso es lo esencial de la vida religiosa.

a los más avanzados He aquí otra hipótesis: estáis en una comunidad desde hace cierto tiempo y tenéis medios. ¡Pues bien!, hacedlos valer con toda modestia y aplicación, y para ello seguid con exactitud el plan de estudios que se os da. ¡Por cierto, la Teología mística, la Sagrada Escritura, los Padres, la Historia eclesiástica, la Liturgia, no bastan para vuestro ardor de novicio! Permitidme desconfiar de vuestro celo; me dais la impresión de no saber suficientemente lo que es el orden en el desarrollo de la inteligencia. Por mi parte, diría que es demasiado para un hombre, a quien pareciera que le colocan sobre sus hombros juveniles un fardo hecho para aplastarlo.

a los mayores Ya eres un anciano; después del noviciado te han equipado con estudios filosóficos y teológicos, luego de los cuales te has abandonado un poco a ti mismo.

Créeme, no te fíes únicamente de ti mismo, consulta a tus maestros y, teniendo en cuenta tus preferencias y los trabajos que se te confían, date a ti mismo un plan definitivo conforme a la dirección que se te indique. Quizá no puedas siempre ejecutarlo con un rigor absoluto; sin embargo, tanto en una situación como en otra, siempre podrás retomarlo.

Y si no lo llevas hasta su término perfecto, te daré un gran consuelo: Santo Tomás no pudo terminar su *Suma Teológica* y, sin embargo, Santo Tomás no deja de ser el Ángel de la Escuela. En el cielo te consolarás con Santo Tomás de no haber podido en la tierra ejecutar completamente el programa de estudios que habías elaborado.

Pero, sea cual sea el caos en que te sientas sumergido, acuérdate de que estás de todos modos en una situación muy preciosa.

Un mundo antiguo se va, casi ha desaparecido. ¿Por qué? No necesito hacer un análisis. Constató el hecho y digo que tal desaparición entraba en los planes de Dios.

“La Providencia, ha dicho de Maistre, sólo borra para escribir”. Estamos viendo las instituciones borradas. ¿Cuáles serán las instituciones nuevas? Si llevan la marca divina, participarán hasta cierto punto de la estabilidad de las obras de Dios, de lo contrario no tardarán en desaparecer. ¡Pues bien!, una institución permanecerá: la que está fundada sobre Jesucristo, que engloba al Papa y a los obispos y alrededor de los obispos a los sacerdotes, a los religiosos llamados sobre todo a ocuparse más de doctrina.

Ahora bien, en la noche que producen los vapores que suben de los pozos del abismo, Dios ha puesto algunos faros en los tiempos actuales: la Inmaculada Concepción, que implica el doble dogma de la caída mediante el pecado y la reparación mediante Jesucristo; luego, la proclamación de la Infalibilidad del Papa, y en este dogma, ¡qué fuerza maravillosa para mantener la unidad de la doctrina a través de la Babel del libre pensamiento y de la moral independiente!

Creedme: cuando, gracias a la doctrina de María Inmaculada, somos fortalecidos acerca de la noción de todo el orden sobrenatural que de ella se sigue; cuando, mediante el Vicario infalible de Quien es el Autor y Consumador de nuestra fe, podemos estudiar siglos y siglos con seguridad y podemos sondear las profundidades de los horizontes más dilatados, y la vida más larga resulta corta para llegar al término de la verdad revelada sobre la tierra.

Estudiad, pues, y admirando el modo como Dios afirma la verdad frente a las negaciones del orgullo, tratad de daros cuenta de los magníficos desarrollos de la doctrina católica y refugiaos, como en un asilo, en esta luz que cae cada vez más brillante del cielo.



TRIGÉSIMACUARTA MEDITACIÓN

EL RETIRO ESPIRITUAL DE UN SUPERIOR

Si el retiro es necesario a los simples religiosos, lo es mil veces más a los superiores. Expuestos, por el hecho mismo de su cargo, a darse más al prójimo, tienen mucho menos tiempo para ocuparse de sí mismos.

Ahora bien, es necesario que puedan, bajo la mirada de Dios, tener horas para sí a fin de meditar sobre la cuenta que han de dar al Padre de familia.

He aquí algunos principales puntos de reflexión, de los que han de impregnarse al entrar en retiro:

1° ¿Cuál es su responsabilidad por el hecho mismo de su cargo?

2° ¿Qué medios han de tomar para restablecer o mantener la marcha regular y el fervor en la comunidad?

3° ¿Qué bien han de hacer a las almas?

4° ¿Qué acción externa han de realizar?

I.- Responsabilidad de un superior

El superior de una comunidad ciertamente no se salvará ni se condenará solo. Está rodeado de almas de las que lleva el peso y de las que responde ante Dios.

Los caracteres en una comunidad son múltiples, y hay que hacerlos caminar juntos: trabajo difícil, puesto que, si a causa de sus disposiciones naturales la antipatía causa choques, el superior está obligado a hacerlo todo para evitarlos.

Luego, los grados de perfección son diversos, y el superior está obligado de estar al corriente de todas estas



variedades, que van desde la caída hasta la cumbre de la perfección, pasando por la tentación, la tibieza, el desaliento, la torpeza moral.

**No ambicionar la
autoridad**

El superior encuentra a su lado a Hermanos a quienes la ambición podría empujar a desear su puesto. Ahora bien, tal situación es embarazosa. Si efectivamente, ha deseado estar a la cabeza de la comunidad, ¿cómo predicará la humildad, la modestia, el desinterés a ese rival? Notad que aquí no se trata de esas frases banales que se intercambian en el mundo; se trata de aquello que hay de más serio, de la conciencia. ¡Qué dificultad!

O bien, es superior a pesar suyo, pero en este caso la dificultad es casi igual de grande, porque ya puede uno ser humilde, pero difícilmente se persuade a un ambicioso de que no todo el mundo lo es.

Pero si él mismo lo es efectivamente, ¿qué sucede? Tiene una cierta incapacidad y ya la ha demostrado; ha conseguido su fin, manda. Que mande bien o mal, poco importa ¡Pues bien!, hele aquí con la responsabilidad que ha deseado, pero sin las gracias que Dios le hubiese acordado si no hubiera subido al primer puesto por medios humanos. Por desgracia, ¡qué pesada es su responsabilidad desde los primeros pasos! Mientras tanto, la comunidad marcha mal, precisamente porque todo el mundo se da cuenta del deseo que ha tenido el superior de ser el amo.

No rechazarla

Otro, por el contrario, declina la autoridad. ¿Por qué? Sólo por la molestia. Le gustan sus propias fantasías, trabaja por capricho, hay que aceptarle todo: no mandará, porque mandar tiene sus inconvenientes; no obedecerá tampoco, porque la obediencia es un yugo y ese religioso es en general la cruz de su superior.

No se quiere ser superior por pereza; el trabajo cansa, no se quiere cansarse; pero se quiere tener el derecho a exigir mucho trabajo de quienes nos mandan, para tener menos que hacer uno mismo. Y el superior se ve obligado a trabajar por sí y por los perezosos, de lo contrario nada se haría. ¿En qué medida está obligado a trabajar por los otros? Cuestión de buena fe. Porque es necesario que una cierta cantidad de trabajo se haga, y sin embargo el superior no puede hacerlo todo; tanto más cuanto que, si hace demasiado, algunos caracteres torcidos le acusarán de encargarse de todo y de no dejar nada a los demás.

En todo esto, ¿dónde está la idea de Dios? ¡Oh!, ¿no quieres ser superior vistas las mil dificultades, de las que sólo he mencionado algunas? Pero, si tienes la responsabilidad de ser superior, tu responsabilidad no es menor, si debiendo serlo, no lo eres.

Notad cómo Jonás no quería ir a Nínive, como tú, que huyes de los cargos. Levantó una tempestad, fue lanzado al mar, y el mar le empujó hacia la ciudad a la que temía llegar. ¡Oh!, no estás satisfecho de ser superior; quieres retirarte, vas a levantar tempestades: sólo que yo no sé si, al contrario del profeta, no vas a perecer en ellas.

Elévate, pues, más alto y acuérdate de que tu responsabilidad no puede ser puesta a resguardo sino en la medida en que te hayas puesto entre las manos de la obediencia; sin lo cual te invito a que te imagines el tribunal de Dios y a escrutar todo cuanto te pedirá en tu último día y todo cuanto tendrás que responderle para justificarte sobre el estado en que habrás dejado a las almas confiadas a tu cargo.

Créeme, tu retiro lo haces por todas las almas que deberás santificar. Ahora bien, echa un vistazo sobre tu baño: ¡las almas se arrastran, y no las tomas a cuestras; las

almas cometen faltas incluso graves, y no las castigas; sufren, y no las consuelas; se debilitan, y no las fortificas; se pervierten, y no las conviertes!

Cuando comparezcas ante Dios, ¿qué responderás a estas terribles preguntas del justo Juez, frente a los motivos por los que quizá hayas deseado ser superior, y frente a los pretextos por los que has ejercido mal tu cargo, y de las almas que has dejado errar por un camino detestable, y de toda la comunidad que, por tu culpa, quizá no sea más que una gran ruina?

II.- Medios para instaurar la regularidad y el fervor

El estado de la casa Durante los días de soledad que la Providencia te concede, date cuenta exacta del estado de tu casa.

¿Se observa en ella la regla? ¿Los cargos se desempeñan convenientemente? ¿La oración es estimada? ¿La obediencia es bien aceptada? ¿Los Hermanos son caritativos entre ellos? ¿El trabajo es allí serio y da resultados? ¿El nivel de los estudios se eleva? ¿Las obras son buscadas por un fin sobrenatural? ¿Los extraños son edificados? ¿Se extiende hacia fuera la influencia cristiana? ¿La acción se realiza exclusivamente por Dios? ¿He ahí amplia materia de examen!

El mantenimiento del fervor Cuando tu predecesor te ha transmitido la autoridad ¿cómo estaba la casa? ¿Era fervorosa, regular? ¿Has mantenido la regularidad, el fervor?

Notad que, en este tiempo en que se hacen tantas cosas gracias a las máquinas, no basta tener una para que el trabajo se haga solo. Hay que saber servirse de ella, dirigirla; hay que hacerle el mantenimiento, reparar las averías, renovar sus muelles, engrasar sus engranajes.

Lo mismo pasa con una comunidad: ¡marcha bien, tanto mejor! Importa que continúe marchando bien y por eso se necesita una vigilancia constante, para que nada venga a parar la regularidad de la marcha general, la exactitud en los ejercicios, la vida religiosa en el cumplimiento de todos los deberes, el amor por la vocación, el deseo de una mayor perfección mediante la oración, la dependencia, el afecto recíproco, el espíritu de penitencia, el trabajo y el celo.

La vuelta a la regularidad

Si por el contrario, el superior no ha encontrado más que una comunidad en ruinas, ¡a qué vida de oración no deberá entregarse para reparar, con la ayuda de Dios, las degradaciones ante las que se encuentra!

¿Por dónde debe comenzar? ¿Qué método más eficaz va a emplear? ¿Debe hacer valer su autoridad? ¿Debe ganarse su confianza? ¿Debe comportarse como un verdadero religioso y esperar a que la estima ablande bajo su guía a los religiosos colocados bajo su acción? Si un primer plan ha fracasado, ¿debe abandonarlo aun a riesgo de ser tachado de inconstante? ¿Debe perseverar aun con el peligro de ser tachado de testarudez?

¿No es éste un amplio campo que recorrer para un superior durante su retiro? Y si comienza a ver claro en lo que tiene que hacer, ¿no habrá conseguido mucho?

III.- El bien que ha de hacer a las almas

Es cierto que la confianza no se impone, y que no se puede obligar a un religioso a abrirse más de lo que él quiere. No se trata, pues, aquí de deber estricto. Sin embargo, a causa de esta misma libertad que hay que garantizarles, ¿cuánto bien no se puede hacer a los religiosos?

Atraer la confianza El corazón humano, por más rudo que parezca, tiene necesidad de ser amado y, sin caer en las soserías absurdas de ciertos directores, basta mirar la caridad de San Francisco de Sales, de San Bernardo, de San Agustín sobre todo, para comprender el bien que se puede hacer mediante un afecto sobrenatural.

Los religiosos pueden a veces no responder, pero siempre está permitido preguntarles. Aquí, sin duda, el tacto, la prudencia, cierta reserva son necesarias, pero añadid el respeto y formad un todo con estos cuatro elementos, y veréis si no conseguís obtener que os digan cuanto sea necesario.

Entendámonos. No estáis obligados a hacer que os digan todo, porque tenéis que adivinar muchas cosas; pero con tal de que hayáis podido penetrar no sé qué repliegue escondido, donde se había replegado no sé qué sentimiento íntimo, ¡poco importa que os lo hayan confiado! Estarán muy contentos de que lo sepáis sin que hayan sido obligados a decíroslo, y tendréis un medio tanto más poderoso para ejercer vuestra acción, cuanto que os servís de un arma que voluntariamente no se os había dado.

mediante la ciencia de la dirección Aquí debo detenerme. Un superior debe haber estudiado la ciencia de la dirección de las almas, y en su retiro debe examinar en qué grado la ha adquirido, o en qué medida debe adquirirla, si aún le falta. Cuestión de buena fe, pero de la que depende la paralización o el progreso de su familia espiritual.

Indico el punto capital: la obligación de poseer la ciencia de las almas: “*Ars artium*, el arte de las artes”, como decía San Gregorio. Durante un retiro, un superior, partiendo de la idea de que debe ser un sabio en el arte de formar santos, ha de preguntarse qué bien ha causado, qué obstáculos ha opuesto a la marcha de ciertas almas, y

cómo ha de trabajar, cultivando una a una las conciencias que vienen a someterse a él.

IV.- La acción externa

Dirigir el celo apostólico

Si nuestra familia ha de penetrarse del espíritu apostólico, debe entregarse a una cierta acción externa, y al superior sobre todo es a quien incumbe dirigir y desarrollar este espíritu.

En primer lugar, ¡cuántas imprudencias hay que evitar de parte de ciertos sujetos que creen que todo es posible y no comprenden que no se haga todo, únicamente porque no entienden nada!

Volvamos siempre al ejemplo de Nuestro Señor, que hubiera podido convertir al mundo entero él solo, y que al exhalar su último suspiro sólo tenía a su lado a su madre, a San Juan, a algunas mujeres piadosas y al buen ladrón que estaba allí a la fuerza.

Cuando el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles, ¿no podían transformar el mundo? Se necesitaron tres siglos para que la Iglesia triunfara, y la persecución a muerte no había terminado aún, cuando la persecución de la herejía abría ya su era con furor.

Siempre tendremos que combatir, y eso no debe sorprendernos; avanzaremos lentamente, a veces retrocederemos. Dios tiene sus designios. Pero es seguro que, sin inquietarnos por el resultado, siempre tendremos tarea. Lo esencial es no desalentarse jamás.

Mantener el celo apostólico

Un superior debe siempre reanimar el ardor de sus religiosos y, para ello, les ha de mostrar siempre una meta por alcanzar. Evidentemente ha debido tomar la consigna de más arriba, pero una vez puesto

bajo la obediencia, cuando la prudencia le ha ayudado a combinar sus planes, debe insuflar el celo a cuanto le rodea, y debe apartar esta máxima atroz: ¡ya no hay nada que hacer!, tan detestable como el grito de: ¡Sálvese quien pueda!, señal de todas las derrotas.

Siempre hay que hacer, mientras haya que rezar, que sufrir y que morir.

Se ha dicho que, en la Iglesia, el hombre al que más hay que compadecer es el Papa; que, en una diócesis, el obispo es el hombre al que más hay que compadecer; se puede decir que, en una casa religiosa, el más digno de lástima es el superior, tanto más cuanto que, en general, es el menos compadecido.

Pero añadamos que no debe necesitar los consuelos de sus inferiores; ya tiene los de su divino Maestro en el sagrario y en el altar; allí es donde debe ir a pedirlos tomando las resoluciones que le haya inspirado el retiro, y que mantendrá tanto mejor cuanto con mayor fe, esperanza y amor lo haya realizado, bajo la mirada de Nuestro Señor.

TRIGÉSIMAQUINTA MEDITACIÓN

LA COMUNIÓN SUS CONDICIONES Y SUS FRUTOS

Permitidme abordar la cuestión de la comunión frecuente en la que todos participáis, y examinar sus condiciones y sus frutos.

I.- Condiciones

1º La fe La primera de todas es la fe; ahora bien, no temo decirlo, la fe sin estar enteramente ausente es a menudo muy débil cuando se trata de comulgar. ¿Por qué? Porque no nos compenetramos suficientemente con el acto que vamos a cumplir. Es el caso de repetir la palabra de Jeremías, que para mí se convierte cada vez más en la clave de muchas faltas: “*Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde*: la tierra está desolada de una extrema desolación, porque no hay nadie que piense atentamente en su corazón” (Jeremías 12, 11).

Si tuviéramos la fe que conviene al acto por el que nos vamos a unir a nuestro Dios, ¿no nos impregnáramos de un más profundo sentimiento de horror al pecado? ¿No haríamos más esfuerzos por purificarnos? Fíjense que no pregunto si no nos confesaríamos más a menudo, sino que pregunto si no nos excitaríamos con mayor atención a la contrición de las propias faltas y a un firme propósito de no volver a cometerlas.

Es una vana ilusión pensar que basta la confesión. Lo que bastaría para hombres que llevan una vida sometida a una disciplina regular, sería un enérgico horror al pecado y una gran vigilancia sobre sí mismo; pero esta

aplicación a purificarse de las propias faltas y a decir con el Salmista: “*Amplius lava me ab iniquitate mea et a peccato meo munda me*: lávame siempre más y más de mis iniquidades; líbrame y purifícame de mi pecado” [Salmo 51, 4], implica un sentimiento demasiado escaso para lo que es debido, no digo a la justicia, sino a la santidad de Dios.

2º La adoración: de Dios escondido en la hostia

La adoración. ¡Ah!, si tuviéramos una fe más viva, iríamos a la Santa Mesa, no digo con mayor respeto, –dejo esta palabra

para las relaciones con las criaturas–, sino con una adoración mucho más profunda.

¿Qué es adorar? Es reconocer el soberano dominio de Dios sobre todas las criaturas, y sobre nosotros por lo tanto.

Sobre las criaturas: no hablemos más que de aquellas con las que nos relacionamos. ¡Pues bien!, si pertenecen a Dios, suponiendo que dependan de nosotros, entonces no tenemos más que su uso. Si no dependen de nosotros, no debemos ni irritarnos contra ellas, ni apropiárnoslas, ni deseárselas del modo que sea, si no es por Dios.

Pero también nosotros somos criaturas, y hemos de darnos cuenta de lo que en nosotros establece una dependencia respecto de Dios. Si dependemos de él, mirad lo que sucede en la comunión. Mediante un abajamiento inaudito, el Creador de todas las cosas se coloca en una dependencia absoluta con respecto a nosotros; desciende a nuestra lengua para hacerse nuestro alimento, y nosotros ¿no nos anonadaríamos ante las humillaciones de la Majestad infinita? ¿No le devolveremos dependencia por dependencia, y no traduciremos esta dependencia en todos los actos de nuestra vida?

Cierto, Dios se apiada de nuestra debilidad y no exige, ni de lejos, todo cuanto tendría derecho a exigir tras una tan gran bondad. Pero en fin, tiene todo el derecho de

pedir que nuestra adoración se traduzca en actos, y que se muestre en el modo con que le dedicaremos más perfectamente cada día los diversos detalles de nuestra vida.

¡Oh, si nuestra adoración fuera completa, cómo invadiría todos los instantes de nuestra existencia! ¡Cómo nos retiraríamos de la Santa Mesa con un profundo sentimiento de que hemos de dar a Nuestro Señor el sacrificio constante de nuestros pensamientos, de nuestros deseos, de todos nuestros impulsos, de todo cuanto en nosotros es un acto humano!

Adoremos, pues, con el sentimiento de lo que es el Dios escondido en la Hostia, pensemos en todas las perfecciones de su ser del que nos comunicaría algo si fuéramos a él con las disposiciones adecuadas.

**de la Santísima
Humanidad**

Pensemos también en la humanidad del Salvador unida a su divinidad. Este cuerpo es el cuerpo inmolado por nosotros en la Cruz. ¿Cuándo, la divina Víctima nos enseñará la gran ley del sacrificio? ¿Cuándo, esta sangre, que purifica nuestras manchas y hace germinar las vírgenes, nos dará un profundo sentimiento de pureza? ¿Cuándo esta alma, viva en el cuerpo del Salvador y templo de Dios por excelencia, será el modelo de nuestra alma? ¿Cuándo imitaremos su oración incesante, por los pecadores para que se conviertan y por los cristianos en vías de perfección?

¡Oh, qué santidad en el alma de Jesucristo recibido en nuestro corazón! ¿Qué santidad no exige del fondo de nuestro ser? ¿Y por qué no le decimos: Oh, alma, la más perfecta de todas, dame el don de la perfección?

3° El Amor

La tercera condición, para aprovechar la comunión, es el amor.

Ya he dicho una palabra de la necesaria purificación. Pero cuando el corazón ha sido limpiado de todas las manchas, hay que adornarlo. Ahora bien, el adorno más

agradable a Dios es el amor y, como dice San Agustín, hablando con propiedad todo se resume en amar.

Ahora bien, hay que disponerse a ello mediante la oración y el deseo: mediante la oración que medita sobre la inmensidad del beneficio concedido, la oración que pide que lo que falta sea añadido por quien ha dado ya tanto, la oración que enciende las llamas tan necesarias para esta gran acción, *et in meditatione mea exardescet ignis* [y me quemaba por dentro el corazón] [Salmo 39, 4].

Y este fuego que la oración enciende en el corazón, ¿a dónde se dirigirá? Hacia aquél a quien el corazón debe amar y hay que desear, Jesucristo, alimento, víctima, fuente, arras de toda felicidad para su pobre creatura.

¡Pues bien!, examinad con qué tibieza recibís muy a menudo a vuestro Dios. Mirad las escasas pruebas que le dais de que comprendéis lo que ha hecho por vosotros, y tomando a dos manos toda la potencia de amar de vuestro corazón, ofrecedle en el momento en que él se acerca a vosotros con su benevolencia infinita, el homenaje de un amor que no querrá separarse nunca de él.

II.- Frutos de la comunión

Transformación mediante la comunión El Pan de los ángeles es un Pan que transforma todo nuestro ser. En cierto sentido, nunca seremos ángeles: nuestra naturaleza es diferente de la suya. Mediante la gracia, podemos subir tan alto como ellos al pie del trono eterno.

Ahora bien, esta transformación se realiza por una participación en la divinidad, y esta participación se lleva a cabo en la comunión: nos hacemos como uno con nuestro Dios. En el cielo, de acuerdo con la petición de Nuestro Señor, la unión será consumada; aquí, comienza. *Ut sint consummati in unum!* [Juan 17, 19].

¡Pues bien!, démonos cuenta de lo que debiera ser nuestra acción de gracias y de lo que debemos decir a Nuestro Señor cuando reposa en nosotros: “¡Señor, que un día yo sea consumado en tu unidad y que, desde ahora, esta unión comience y llegue a ser cada día más completa; que cada día yo esté, en todos mis pensamientos, en todos mis sentimientos, más unido a tus sentimientos, a tus pensamientos!”. La acción de gracias entonces ya no es momento pasado en adoración, es todo el día, es toda la vida, es todo el tiempo que pasa entre una comunión y otra; la acción de gracias de la comunión recibida debe ser la preparación de la comunión que voy a recibir.

¡Qué vida pasada así en la adoración, el amor, la acción de gracias! “¿Qué le daré al Señor por todo lo que ha hecho por mí?” [Salmo 116, 12], exclamaba David, y añadía inmediatamente: “Tomaré el cáliz de la salvación e invocaré el nombre del Señor” [Salmo 116, 13]. De eso se trata; el alma no sabe cómo expresar su agradecimiento por todos los bienes que ella ha recibido en la comunión, y no encuentra mejor medio para demostrar hasta qué grado los valora, que pedir otros nuevos en una nueva comunión.

Este alimento divino excita los ardores del alma, cuando es bien recibido, y recibir a Jesucristo dignamente es el principio del deseo de volver a recibirlo. El agradecimiento por la visita de un Dios, es el deseo de recibir más numerosas y más útiles visitas; ya que, no hay que olvidarlo, el alimento eucarístico es el auténtico pan de cada día, y no se le pierde el gusto sino cuando se le recibe sin fruto. ¿Queréis que os aproveche? Preparaos a recibirlo cada día. Y entre comunión y comunión, sentiréis realizarse el progreso.

Sus frutos:
**a) una mayor
 perfección**

La comunión es una luz que aumenta nuestra fe. La comunión es una fuerza que nos prepara para el trabajo que hay que hacer, el camino que hay que recorrer, los combates que hay que combatir. Cuando nos hayamos transformado mediante la comunión, hemos de ofrecer a Dios los frutos de sus beneficios: una mayor perfección en crecimiento continuo.

Parémonos un instante a reflexionar sobre qué es la perfección, y digamos que es la realización del ideal que Dios ha pensado para nosotros.

Dios que nos ha creado sin consultarnos, es muy libre para, mediante la Redención, querer que seamos reformados como él quiere, y lo que quiere hacer con nosotros es mil veces mejor que lo que nosotros pudiéramos siquiera soñar. Ahora bien, esta perfección que nosotros somos incapaces de alcanzar, podemos alcanzarla mediante la Eucaristía, mediante los progresos lentos o rápidos, según que nuestra voluntad corresponda a la gracia. Aquí es donde hay que admirar la fecundidad de las obras divinas.

**b) una perfección
 conforme a nuestra
 especial vocación**

Dice San Pablo, que así como una estrella difiere de otra estrella en claridad, así la vida de un alma santa es diferente de la vida de otra alma, igualmente llamada a la santidad. Dos elementos se encuentran aquí: por un lado la gracia y por otro la voluntad. Pero están además el conjunto de las disposiciones divinas que hacen que cada uno, puesto por la Providencia en una posición diferente, ha de cumplir su tarea, y las tareas son múltiples, cada cual teniendo la suya.

Dicho esto, añadamos que cada cual ha de cumplir la suya mediante constantes progresos, aunque no sean idénticos.

He aquí a un cierto número de personas que están sentadas en una misma mesa, que toman el mismo alimento; se levantarán y, con la fuerza que les haya dado la comida tomada en común, se entregarán a ocupaciones distintas, y si son hombres de distintos oficios, cada cual hará un trabajo distinto y todos podrán hacer un trabajo excelente.

Lo mismo pasa con la comunión: todos participan de ella, todos se aprovechan de ella, sin embargo todos sacan de ella frutos perfectos, pero diversos.

Quería decir esto para quitar todo pretexto a los que dicen: No puedo hacer lo que hace tal o cual de mis Hermanos. Date cuenta de que nadie te pide eso; lo que se te pide es que hagas perfectamente lo que se te pide en la fuerza de aquella comunión que tienes la suerte de recibir.

Guardaos de merecer el reproche de aquel siervo que habiendo recibido un talento, no lo hizo fructificar; no lo gastó, lo devolvió tal como se le había confiado, pero no lo había hecho fructificar; no lo había hecho producir todo lo que su amo tenía derecho de esperar, y por ello fue castigado.

Creedme, aprovechad de la comunión; que desarrolle en vosotros los gérmenes de las virtudes que Dios ha sembrado en vuestra alma, pero que no habéis hecho crecer, como hubiera sido necesario mediante vuestros cuidados, y mereced poder decir como el siervo bueno: “Amo, me confiaste cinco talentos, he aquí otros cinco que he ganado”, y el Amo te responderá: “Ánimo, siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco, te pondré al frente de lo mucho: entra en el gozo de tu Señor” [Mateo 25, 20-21].



TRIGÉSIMASEXTA MEDITACIÓN

LA PROPAGANDA CRISTIANA

*“Hora est jam nos de somno sur-
gere: ya es hora de despertarnos del
sueño” (Romanos 13, 11).*

¡Si los primeros truenos que resuenan y anuncian una tempestad inminente no nos despiertan, ignoro quién nos va a despertar, hermanos!

¿A dónde vamos, dónde estarán dentro de poco las casas de educación cristiana, dónde estarán los religiosos? Y los sacerdotes mismos, ¿dónde estarán? ¿Quién puede decirlo?

Quizá Dios en su bondad nos meterá miedo del castigo y en el último momento nos lo ahorrará en su misericordia. Pero, en este momento ¿quién puede estar seguro de nada?

Por eso vengo a deciros más que nunca: ¡despertemos! Y en vez de entregarnos a una inútil desesperación, pongamos cuanto antes manos a la obra y comencemos una activa propaganda.

Nuestra Señora, Auxilio de los Cristianos, cuya fiesta es hoy, nos ayudará¹⁾. Pero, mientras imploramos su socorro, trabajemos vigorosamente, bajo sus auspicios, mediante una propaganda cuya necesidad empiezan a comprender los católicos frente a las organizaciones masónicas. Para llegar a conclusiones prácticas, fijemos las principales características de esta propaganda.

¹⁾ Esta meditación, fechada por el Padre, es de 1879.



Digo que debe ser:

1° Convencida, frente a la sosería de la tolerancia moderna;

2° Enérgica, frente al furor revolucionario;

3° Prudente, para no comprometer la gran causa de Dios;

4° Desinteresada, para no confundir los intereses personales con los de la Iglesia y todos los intereses que la Iglesia representa.

I.- La propaganda ha de ser convencida

Lo que falta hoy por desgracia son convicciones, y las convicciones faltan porque faltan los principios, y los principios faltan, ahogados como están bajo el peso de los intereses y de los placeres.

¡Es tan bueno pasar todo a los demás, para que ellos nos pasen mucho a nosotros!; la tolerancia no tiene otra meta. Nos echamos recíprocamente un velo hipócrita sobre la conciencia. Y la palabra de Nuestro Señor resuena inútilmente, la tolerancia amortigua el eco en el fondo de las almas.

Sin embargo el Salvador ha dicho: "*Vos estis sal terrae, quod si sal evanuerit in quo salietur? ad nihilum valet ultra nisi ut mittatur foras et conculcetur ab hominibus:* Vosotros sois la sal de la tierra; si la sal pierde su virtud o se vuelve insípida, ¿con qué la salarán? Ya para nada sirve sino para tirarla fuera y para que la pisen los hombres" (Mateo 5, 13). Esto se dijo a los Apóstoles, esto se dice a los sacerdotes, esto se dice a los mismos cristianos, y no hay que temer repetirlo sin cesar. En ciertos momentos existe la obligación para todos de ponerse a trabajar, ser la sal de la tierra y no merecer que se diga de nosotros que ya no servimos sino para ser arrojados fuera y pi-

sados por los que pasan: *Ad nihilum valet ultra nisi ut mittatur foras et conculcetur ab hominibus.*¹⁾

Retiro predicado a los hombres, París 1873.

LA PROPAGANDA CRISTIANA

Hora est jam nos de somno surgere.

Necesidad de la propaganda. No necesita demostración; los que no lo entienden es que están ciegos.

Caracteres de la propaganda

Ha de ser: 1º Convencida contra las soseras de la tolerancia; 2º enérgica frente a los furores revolucionarios; 3º prudente para no comprometer una causa tan importante; 4º desinteresada para que no se confunda el interés personal con la causa de Dios.

I. Convicción

¡Cuánta gente cuya tolerancia no es sino un debilitamiento de la fe!

Vos estis sal terrae, quod si sal evanuerit [Mateo 5, 13].

De la abundancia del corazón habla la boca, y la boca a menudo no dice nada, porque nada hay en el corazón para la causa de Dios.

Salvum me fac, Domine, quoniam defecit sanctus; quoniam diminutae sunt veritates a filiis hominum [Salmo 12, 2].

Hay que tener la valentía de querer la verdad, de amar la verdad, de querer la verdad entera.

¹⁾ Esta meditación quedó inconclusa, pero el Padre había dejado al lado de este texto incompleto, en su cuaderno manuscrito, las notas de un plan anterior que quería desarrollar; las reproducimos aquí en su integridad.

Debilitamiento de aquellos hombres que no quieren toda la verdad.

Por eso hay que devolverle su esplendor con un espíritu iluminado por sus claridades.

Con un corazón entregado a la causa...

II.- Energía

Mirad los furores de la impiedad.

La guerra es entre el cielo y el infierno.

Dios es negado.

Ventajas del librepensamiento.

El librepensamiento no es nada. Pensad lo que queráis, para eso no hace falta propaganda. El librepensador lógico se queda en su rincón, respeta la libertad de los demás, con tal que respeten la suya... Pero la libertad de pensar no va sola.

Va con la libertad de actuar. Lo cual ya es otra cosa.

La libertad de acción es la libertad para todas las pasiones, la negación de la moral, la liberación de todo lazo social.

¿En qué época de la historia el triunfo de las pasiones no ha sido la acumulación de todas las ruinas?

¿Y pretendéis que los católicos convencidos no sean enérgicos para defender la moral y las verdades que están en su base?

He ahí los sublimes deberes que se les presentan.

Porque, cuanto mayor es el peligro, más dura debe ser la guerra.

Os deseo, hermanos míos, la majestad de Matatías: *moriamur in simplicitate nostra* [1 Macabeos 2, 37]: pero aquel hombre, en su sencillez, había insuflado el celo en el corazón de sus hijos.

Zelo zelatus sum pro domo Dei [1 Reyes 19, 10].

Que vuestra energía se manifieste mediante el celo por la salvación de las almas.

III.- Prudencia

La energía no es la temeridad.
Hay que golpear, pero con golpes útiles a la causa que servimos.

Se necesita: la reflexión.

El estudio.

La subordinación, la organización.

Sí, hay que calcular los golpes.

Porque la conspiración es inmensa.

IV.- Desinterés

Carácter esencial.

¡Ah, y no calculéis los golpes que hay que dar ni lo que os vendrá encima!

San Pablo ya en su tiempo decía: *Inter dispensatores quaeritur ut jam fidelis quis inveniatur* [1 Corintios 4, 2].

Y añadía:

Omnes quae sua sunt quaerunt, non quae Jesu Christi [Filipenses 2, 21].

Hermanos míos, en vuestro celo por la causa que creéis la buena, ¿buscáis sólo a Dios?

Necesitamos apóstoles con un carácter así.

Necesitamos a los que comprenden el trabajo de la Iglesia.

Sí, hermanos míos, transformaos en apóstoles durante el tiempo pascual.

Haceos apóstoles con convicción, con energía, con prudencia y con desinterés. Para ello comprended lo que significa un alma que hay que salvar.

Lo que es la Iglesia y la grandeza de su causa.

Lo que es Nuestro Señor, el fundador de la Iglesia, el Salvador de las almas y de la vuestra.

Lo que es Dios que os invita a ejercer vuestra misión y que sabrá recompensaros.

TABLA DE LAS MEDITACIONES

1. Necesidad de la soledad para un buen retiro	310
2. Jesucristo y el religioso en retiro	318
3. Los abuso de las gracias	327
4. El hijo pródigo	335
5. Disposiciones para ingresar en la vida religiosa	345
6. La vida sobrenatural	357
7. Los tres grados del pecado en el religioso	365
8. La pureza de intención	372
9. La penitencia	380
10. La regla	388
11. La fe	396
12. La esperanza	405
13. La caridad	411
14. La oración	419
15. La oración de contemplación	427
16. La Eucaristía	448
17. Los males que hay que combatir	456
18. Remedios contra los males presentes	464
19. La enseñanza	472
20. La educación	481
21. Los votos	491
22. Pobreza	499
23. Trabajo	507
24. Castidad	514
25. Austeridad	523
26. Obediencia	531
27. Excelencia de la obediencia	538
28. Los superiores	545
29. Las buenas obras	553
30. La oración en los padecimientos de la Iglesia y las ventajas de la persecución	561
31. Las relaciones de los religiosos entre ellos	569
32. Relaciones de los religiosos con el exterior	577
33. Los estudios	585
34. El retiro espiritual de un superior	593
35. La comunión	601
36. La propaganda cristiana	608

Siete meditaciones suplementarias

El P. d'Alzon había redactado, en 1874-1875, meditaciones para el uso sobre todo de los novicios a los que acababa de tomar un poco más en mano. Incluso proyectaba ofrecerles retiros para un año completo: el primer semestre ya estaba establecido a partir de 1875 y el Padre tenía en reserva otras numerosas meditaciones, compuestas muy a la carrera valiéndose sobre todo de notas de retiros y que el P. Charles Laurent litografiaba con algunos retoques de pura forma.

Todas estas meditaciones fueron editadas por el P. Ernest Baudouy, en 1925-1927, bajo el título de “Meditaciones sobre la Perfección religiosa”. Extraemos aquí siete de ellas que se refieren a los temas más frecuentemente tratados en esta primera parte de los Escritos Espirituales del P. d'Alzon.

1. LA PERFECCIÓN DEL RELIGIOSO DE LA ASUNCIÓN

La perfección es la meta de todos los cristianos, de acuerdo con la vocación que Dios les ha dado. La perfección de los religiosos, por lo general, está por encima de la de los demás; pero, el religioso de la Asunción tiene la suya propia. Destinado a la vida apostólica, si consagra sus fuerzas y su tiempo al canto, a la austeridad, al ayuno, al trabajo manual, le quedará poco tiempo ya sea para los trabajos que constituyen el fin de su familia religiosa, ya sea para la preparación a esos trabajos.

Tomemos la palabra de San Pedro y digamos con él hablando de los apóstoles: “*Nos vero orationi et ministerio verbi instantes erimus*: Nosotros por nuestra parte, nos dedicaremos por entero a la oración y al ministerio de la palabra” (Hechos 6, 4), y aunque hayamos de vol-

ver sobre la oración y la predicación, examinemos en una primera mirada lo que deben ser, para el religioso de la Asunción, la oración y el ministerio de la palabra.

I. La oración del Asuncionista

1° Debe basarse en la contemplación de los atributos de Dios. *Ignoti nulla cupido*: nadie ama lo que no conoce. Pese a que el autor de la *Imitación* afirma que vale más amar que disertar, sin perdernos en las sutilezas escolásticas, demos por sentado que importa mucho conocer a Dios y conocerle desde los conceptos más exactos de la teología. Nunca conoceré suficientemente la plenitud del ser de Dios, su independencia, su poder, su sabiduría, su belleza, su justicia, su misericordia. Todo eso requiere de mi parte esfuerzos y esfuerzos muy grandes para mantenerme en un profundo sentimiento de admiración por lo que Dios es en sí mismo y de adoración a causa de su suprema soberanía sobre mí.

2° Debe impregnarse del conocimiento de Nuestro Señor, el auténtico modelo del hombre apostólico. ¡Quién dará a nuestra alma el celo por la gloria de Dios y el amor por las almas, si no es la meditación sobre el precio con que Jesucristo las ha valorado! Importa, pues, volver una y otra vez sobre esta vida del Hombre-Dios, en que la divinidad presta a la humanidad de nuestro Salvador las mayores fuerzas para amar a los pecadores. Mediante la oración al pie de la cruz es como aprenderemos el modo como Jesucristo ha engendrado las almas, y cómo a nuestra vez hemos de engendrarlas, no porque tengamos la fuerza que brotaba de él, sino porque nos la comunicará si se la pedimos.

3° Nuestra oración ha de ser solitaria y recogida. Sí, necesitamos retiro y soledad, y hemos de persuadirnos de que si la sobrecarga de trabajos nos impide disfrutar de

una vida retirada y silenciosa, debemos aspirar a ella al menos durante un cierto tiempo cada año. ¡Pero cuántas ocasiones en que podríamos recogerlos y nos disipamos; en que podríamos callarnos y en que conversaciones inútiles nos impiden rezar como convendría!

4° Finalmente, deberá ser continua en su fervor. Que demos un tiempo a la oración, a la contemplación, nada hay mejor. Pero si los ángeles alaban sin cesar a Dios en el cielo, ¿por qué separar nuestra inteligencia y nuestro corazón del pensamiento y del amor de Dios? Desde este punto de vista, los Hermanos legos pueden rezar como los religiosos de coro; unos y otros pueden andar incesantemente en presencia de Dios y ser perfectos. Si Abrahán, en medio de sus rebaños y de su numerosa servidumbre, pudo alcanzar tan alta perfección manteniéndose sin tregua bajo el ojo de Yahveh, ¿por qué no voy a poder yo llegar a una perfección tan grande de oración en todos los instantes de mi jornada?

Aquí no estoy hablando de la oración del Oficio, tendré que ocuparme de ella en otra parte.

II. Ministerio de la palabra

¡Cuán admirable es este ministerio tal como Nuestro Señor se lo comunicó a sus apóstoles mediante la acción todopoderosa del Espíritu Santo!

Ahora bien, esta evangelización, confiada a los religiosos de la Asunción, implica:

1° Amor a la Iglesia. Somos los soldados del reino de Jesucristo, y como la Iglesia nunca ha sido tan atacada, importa defenderla con el amor más ardiente. No nos hagamos ilusiones. No se quiere nada con Dios, con Jesucristo, con su Iglesia. Por eso, nada hay tan hermoso como entregarse a la causa de Dios, de Jesucristo, de

la Iglesia. Por cierto, no es exagerado decir que todo se derrumba a nuestro alrededor. Se quisiera arrastrar a la Iglesia en esta ruina universal. La belleza de nuestra vocación consiste en empuñar las armas por ella.

2º Preparación adecuada. Precipitarse en la refriega sin las armas necesarias sería una soberana imprudencia. Por lo tanto, hemos de prepararnos. Hay que luchar valientemente, pero con cierta ciencia, y esta ciencia no siéndonos dada directamente como a los apóstoles, hemos de adquirirla mediante el estudio, y en eso consiste la santificación por el trabajo, tan necesario a quienes desean emplearse en el combate de Dios. Pero, ¡qué perseverancia, qué valor en medio de las repugnancias de tal preparación, qué espíritu sobrenatural no hemos de aportar! Porque, al mismo tiempo, hemos de entregarnos a trabajos que tienen que ver con nuestra inteligencia y tenemos que impregnarlos de las intenciones divinas.

3º La acción. Estamos dispuestos al combate. Ahora bien, he aquí el doble peligro al que nos exponemos. O triunfaremos o seremos vencidos.

Si somos vencidos, el desaliento no dejará de apoderarse de nosotros. Ahora bien, por el contrario, he ahí el momento de redoblar la confianza. He ahí la hora solemne de la esperanza. ¿Por qué? Porque nunca somos tan fuertes como cuando nos sentimos débiles¹⁾. Los juicios humanos no tienen aquí cabida. ¿Acaso Jesucristo no ha vencido al infierno mediante su muerte? Y los hombres apostólicos no realizan la obra de Dios si no es entre contradicciones. He de esperarme a toda clase de contradicciones y persecuciones y no dejarme desalentar.

¹⁾ *Cum enim infirmor tunc potens sum* (2 Corintios 12, 10).

También puedo tener éxitos, y ahí está precisamente el mayor peligro, porque al hacer bien a los demás me expongo a hacerme gran daño. Por lo tanto, una gran humildad debe abrigar el escaso bien que soy capaz de hacer. Desde este punto de vista, viendo lo poco que hace, aunque parezca que ha hecho mucho, el religioso de la Asunción debe tratar rotundamente los éxitos que pueda tener, refiriéndolos sencillamente y resueltamente a Dios.

Señor, haz que sea un hombre de oración, un hombre de evangelización, que me santifique en el trabajo, y procure el avance de tu Reino y la salvación de las almas. Así sea.

2. PERFECCIÓN DE ACUERDO CON EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN

“*Ambula coram me et esto perfectus*: camina en mi presencia y sé perfecto” (Génesis 17, 1). Después de todo cuanto he escuchado durante el retiro, si quiero ser consciente de la perfección según el espíritu de la familia religiosa a la que pertenezco, he aquí lo que puedo concluir.

1º *Profundo sentimiento de los derechos de Dios*, basado en sus perfecciones infinitas. Debo estar siempre bajo la mirada de Dios, contemplar sus atributos infinitos, darme cuenta de lo infinito de su ser y de la nada de mi origen. Bajo este punto de vista, nunca lograré meditar demasiado sobre las perfecciones divinas, cuya clara visión será para mí la vida eterna y la eterna felicidad. Dios, ser infinito, soberanamente bueno, verdad absoluta, poder, justicia, misericordia, sabiduría, amor, todas estas nociones realizadas en el Ser de los seres en un grado tal que mi inteligencia nunca se hará una idea adecuada:

he ahí algo que arrebatara mi admiración y colma el sentimiento de mi dependencia.

2° *Olvido de sí.* Sí, frente a los derechos de Dios, ¿cuáles pueden ser los míos, débil criatura, sino que no me pertenezco y que le pertenezco a él?; que no me asiste otro derecho sino el de hacer su voluntad, de modo que me olvide totalmente de mí mismo.

3° *El desprecio de sí.* Pero si miro mi pasado, mis incomprendibles rebeliones, mis ingratitudes insensatas, el abuso tan criminal que he hecho de sus dones, ¿qué puedo pensar de mí mismo y qué profundo desprecio no he de tener por la degradación a la que he descendido tan voluntariamente desde hace tanto tiempo? El desprecio sincero de sí mismo, tal es la condición absoluta para entrar en la perfección. ¿No debo decirme a mí mismo lo que los fariseos decían al ciego de nacimiento: “*In peccatis natus es totus*: has nacido completamente en pecado”¹⁾? Ahora bien, ¿cuándo tendré, mediante una humildad no fingida, el sentimiento de mi corrupción original y de las manchas horribles que tan voluntariamente me inflijo cada día! ¿Me será posible tener para conmigo algo distinto de un profundo desprecio?

4° *El don sí.* Uno se desprende fácilmente de aquello que desprecia. Debo pues tenerme en poco. Por eso, si Dios me pide entregarme a él, he de presentarle la ofrenda de mí mismo con el profundo sentimiento de que doy muy poco y que a fin de cuentas debo sentir una cierta satisfacción de ser exonerado de un peso semejante. El don de mí mismo debe ser llevado a cabo no con el pensamiento de que doy algo valioso, sino de que Dios es tan bueno que se contenta con un ser tan indigno de su

¹⁾ Juan 9, 34.

belleza y de su grandeza infinitas. Y sin embargo, ya que Dios se contenta con ello, debo experimentar tal alegría, a causa del honor que me hace abajándose hasta el punto de querer algo de mí, que el don debe ser ofrecido del modo más absoluto, sin reserva alguna y con la persuasión más absoluta de que soy elevado al más alto grado al que puedo aspirar.

5° *El amor a Nuestro Señor Jesucristo.* ¿Cómo me voy a entregar? ¿Hubiera sabido yo jamás cómo podía ofrecerme, entregarme, consagrarme, si Jesucristo mi Salvador no hubiera venido a enseñármelo? Se inclina hacia mí y se rebaja hasta mí. Desciende a mi nada para unirse a mí, ¡tanto me ama! Es mi Salvador, pero también es mi Dios, y al verle exclamaré: “Amemos, pues, a Dios porque él nos amó primero. *Diligamus ergo Deum quia ipse prior dilexit nos*”¹⁾. “El amor de Jesucristo nos apremia: *Charitas Christi urget nos*”²⁾. ¡Oh, amor infinito de un Dios hecho hombre para morir y salvarme mediante su muerte! Sí, su amor me apremia y quiero responderle en adelante con toda la energía de mi ser.

6° *Imitación de Jesucristo.* Pero Jesucristo no es sólo mi Salvador, además es mi modelo; he de aprender a conocerle siempre más perfectamente a fin de imitarle todo lo que soy capaz. Y por eso debo estudiarle en tres libros que se resumen en uno solo:

a) El Evangelio, donde se me narra su vida y donde los menores detalles son fuentes inagotables de la ciencia divina que he de aprender mediante Jesucristo y en Jesucristo.

b) El crucifijo, modelo del sacrificio de mí mismo que

¹⁾ 1 Juan 4, 19.

²⁾ 2 Corintios 5, 14.

debo ofrecer sin cesar unido al sacrificio de mi Salvador.

c) Finalmente la Eucaristía, donde él se me entrega completamente y donde puedo ir a escucharle en su santuario, y donde hace más, ya que él quiere venir a hablarme él mismo desde el fondo de mi corazón.

Y cuando conozca la doctrina divina con la ayuda de estos tres libros, ya sólo tendré que ponerla en práctica para parecerme a Jesucristo y reproducir en mí, según mi vocación, cuanto es posible a una criatura imitar de su Dios hecho hombre para enseñarle la perfección.

7° *Devoción a María.* En su bondad infinita, el Hombre-Dios ha querido darnos una Madre; nos da la suya, para que, por una parte podamos ir con una confianza filial a aquella a quien Jesús ha amado tanto, a quien ha concedido tan gran poder sobre su corazón, y para que, por otra parte, si el modelo que nos ofrece en sus propias virtudes nos espanta, podamos encontrar en su Madre, la más perfecta de las criaturas, el tipo de virtud cuya máxima expresión brilla en su divina persona.

8° *El impulso.* He ahí los modelos, Jesús y María. ¿Con qué impulso no debemos ir al Hijo y a la Madre: a la Madre de un Dios y al Hijo que es Dios? ¡Qué compañía y qué honor ser llamado a un trato semejante! ¡Qué relaciones admirables las establecidas por Jesús entre la tierra y el cielo! ¡Con qué ardor no debo entregarme a cuanto Jesús me pida!

9° *La salvación de las almas.* Ahora bien, lo que me pide es mi santificación ante todo, luego la salvación de las almas que forman su reino. Cualquier obra que concurra a este fin y que caiga bajo mi capacidad de actuar, debo emprenderla sin más pensamiento que el de saber que es para Jesucristo para quien trabajo.

10° *Amor a la Iglesia*. Finalmente, el reino de las almas del que Jesucristo es el soberano monarca, es la Iglesia, su esposa, su cuerpo místico. El amor a la Iglesia, la defensa de sus derechos, el estudio de sus enseñanzas, la santidad de sus miembros, la extensión de sus límites, he ahí mi meta, ya que al consagrarme a la Iglesia me consagro a la obra por excelencia de Jesucristo.

Oh Dios, concédeme realizar este plan. Que te conozca mediante Jesucristo, que te sirva mediante la gracia de Jesucristo, que te ame eternamente en el amor de Jesucristo, el único por quien puedo ir a ti.

3. ORACIÓN CONTEMPLATIVA

“Oportet semper orare et non deficere: hay que orar siempre y no cansarse” (Lucas 18, 1). ¿Cuán grande es la necesidad de orar para el religioso, sea por él, sea por los demás?

I. Necesidad de la contemplación para el religioso

1° Necesidad de enderezar mi apatía habitual. La naturaleza humana está hecha de tal modo que, incluso con las mejores resoluciones, desfallece a cada instante. Es la lámpara en la que hay que verter constantemente aceite. Mi alma desmaya y se extingue a menos que un alimento renovado cada día venga a mantenerla. Este alimento esencial es la oración. Por cierto ya tengo suficiente experiencia de ella. ¿Qué ha sido de mí si he pasado cierto tiempo sin rezar?

No era necesario que mi oración fuera emocionante, llena de consuelo. Tras una oración árida, sentía que, precisamente a causa de los esfuerzos que había empleado en ella, una nueva vida circulaba por mi alma.

2º Necesidad de prevenir mediante la oración la sequía de los estudios. Dirán lo que quieran, pero hay ciertos estudios que resecan el corazón. Se vive de inteligencia, se vive sobre todo en un mundo imaginario, se sumerge uno en las ciencias exactas o físicas, se toma las mismas cuestiones religiosas por el lado de la discusión, de la controversia, que casi siempre las despoja de aquella unción que las bañaría sin eso. De ello resulta no sé qué de parecido a un paisaje barrido por un fuerte viento del Norte. Sin humedad en el suelo, sin savia en la vegetación. Necesito las aguas refrescantes de la oración para darme lo que me falta por el efecto mismo de los estudios a los que, como religioso, estoy obligado a entregarme.

3º Necesidad de la oración, aún en medio de las buenas obras. Las buenas obras tienen su peligro; estoy tentado de tomarlas por el lado humano; mi amor propio se nutre de ellas, y el disfrute que me aportan me fijan a la tierra y me distraen de Dios. Para defenderme de un mal tan grande, necesito rezar, rezar sin tregua. Las buenas obras perturban, preocupan, como turbaron a Marta mientras preparaba el festín del Salvador. ¿Hay algo mejor que preparar la comida de Jesucristo? Sin embargo, la prisa y la agitación no fueron aprobadas por el divino Maestro. Lo mismo conmigo.

¿Habrà que descuidar las buenas obras? Ciertamente no, pero hay que llevarlas a cabo con espíritu de oración.

Señor, que las buenas obras no sean nunca para mí una disipación y que, bajo tu mirada, vaya yo siempre hacia una vida de recogimiento, incluso en medio de las preocupaciones más vivas por el bien.

4º Necesidad de la oración en medio de los quehaceres. El religioso a veces los tiene, y muy absorbentes. ¡Qué refugio contra las exigencias de sus deberes mejor que la oración! Porque, a fin de cuentas, Dios mío, aunque esté

atrapado en medio de trabajos más o menos monásticos, mi meta es siempre la perfección de mi estado y la unión íntima contigo. ¿Qué me procurará ese bienestar si no es la oración?

Por lo tanto, Señor, cuanto más apático esté, árido, entregado a los estudios, a las buenas obras, a los quehaceres, con tanto mayor ardor debo rezar. Se trata de mi salvación, Dios mío, y si no lo consigo, ¿para qué trabajar tanto? ¿Para qué me hice religioso? Ah, Señor, necesito acercarme a ti, necesito subir al altar y cumplir allí las funciones de mediador entre el cielo y la tierra. ¿Qué medio tengo para cumplir tan temible ministerio si no rezo como tú me lo mandas? Rezaré, Señor, y mi fuerza para servirte se renovará en una contemplación fervorosa y asidua.

II. Necesidad para el religioso de rezar por los demás

Cuando considero la grandeza del religioso dedicado a la salvación de las almas, me embarga el estupor. Dios le dice: “Ve y evangeliza”. Pero antes, ese religioso ha debido escuchar la palabra divina, ha debido considerar las almas que le son confiadas, la extensión de su ministerio proporcional a los males que se extienden cada día más sobre la faz del mundo. Por eso está obligado a rezar, no sólo por él mismo, sino por los demás, y las características de esta oración resultan de los distintos trabajos a los que ha de consagrarse.

1º Oración por ciertas almas en particular. Se trata de un pecador empedernido cuyos días declinan, hay que despertarle de su adormecimiento. ¿Qué hacer con él si no se empieza por la oración? Se trata de un joven arrasado por sus pasiones; sin embargo ha sufrido ciertas

sacudidas, una voz interior avisa que se podría hacer algo por él, pero para vencerle, la pura acción humana no bastará, se necesita la acción divina de la oración. Se trata de un alma desesperada, es necesario consolarla; pero la tierra no tiene nada que pueda curar su mal, sólo el cielo puede enviar el bálsamo que cicatrizará las heridas y mitigará sus dolores, a la espera de una curación más radical. Se trata de un niño al que queremos arrancar del mal que le invade; oh, ¡cuán estériles resultan los esfuerzos si no disponen de algo más potente que la palabra humana y si bajo esta palabra no percibe a Dios mismo que le habla! Para que experimente esta impresión, es importante, antes de abordarle, haber rezado mucho por él.

¡Señor Jesús, que en la tierra ibas a buscar a las almas una a una, que esperabas a Nicodemo durante la noche y a la Samaritana al borde del pozo de Jacob, que entrabas en las casas de los que te llamaban y que recomendaste a los tuyos correr tras la oveja extraviada, dame la ciencia de orar por las almas enfermas para curarlas y por las muertas para resucitarlas, y da a mi oración el poder que tenía la tuya para que pueda yo continuar tu obra con los medios que me has indicado!

2º Oración por las obras generales. Hay algunas a las que la obediencia y la caridad me mandan interesarme más especialmente. Hay ahí un bien global que hacer. ¿Lo hago? Por cierto, no es asombroso que sucumba a la pena, si no rezo. Pero si rezo, ¿qué obstáculos no superaré, gracias a la energía que Dios me dará si se la pido? La santidad que imprimiré en las obras de las que estoy encargado vendrá de mi celo y mi celo se alumbrará en mi oración: "*in meditatione mea exardescet ignis*: mientras meditaba se prendió un fuego" (Salmo 39, 4).

Señor, dame interceder eficazmente por las obras de las que estoy encargado.

3º Oración por la Iglesia. Ya esté en la soledad, ya esté en la acción, debo tomar a pecho lo que Jesucristo más ha amado acá abajo: su Iglesia. ¿Qué puedo hacer por ella? Externamente quizá nada. Pero siempre puedo rezar por ella. Rezaré, pues, y rezaré con todo el amor que tengo a Jesucristo. Aunque mi palabra, mis dotes de gobierno, mis trabajos sean cuales sean, fueran útiles a la Esposa por excelencia del Hijo de Dios, no sería menos cierto que resultarían más útiles si estuvieran animados por una ferviente oración.

Señor, dame la oración de los hombres apostólicos y haz que en esta oración, si no soy bastante apóstol, lo sea un poco más cada día.

4. EL RELIGIOSO Y LA CAPILLA

Adoremos a Nuestro Señor Jesucristo que consiente en habitar en un humilde santuario para estar más cerca de los suyos, y examinemos los sentimientos que la capilla debe inspirar al religioso que habita bajo el mismo techo que su Maestro.

I. Sentimiento de asombro

¿Por qué un Dios quiere abajarse así? Jesucristo ha dicho que sus “delicias consisten en vivir con los hijos de los hombres” (Proverbios 8, 31); no deja de ser verdad que los hombres son muy poco dignos de él. Los cristianos le construyen templos, pero no van a adorarlo allí; o si atraviesan sus umbrales es para dedicarle homenajes distraídos.

Señor, me pregunto por qué la presencia eucarística en una multitud de iglesias. Por eso empiezo a comprender por qué deseas santuarios escogidos. ¡Pero no es menos cierto que hay mucho de qué asombrarse por el hecho de que desees a tal punto mis adoraciones y que quieras habitar así entre nosotros!

II. Sentimiento de adoración

No es sino demasiado cierto: no sé adorar. Los ángeles te adoran en el cielo, ¡oh Jesús! ¿Por qué no te quedas allí rodeado de toda tu gloria? No, prefieres descender, despojado de todo esplendor. Oh, Señor, el primer sentimiento que debe brotar de mi corazón, tras el asombro, ¿acaso no es el de la adoración? ¡Cuán justo es que yo te adore por aquellos que no te adoran y cómo mi adoración ha de ser permanente! ¡Cómo debo ir a menudo a la capilla, para ofrecer allí a tu Majestad, que a pesar de estar tan profundamente escondida, no por eso deja de ser una Majestad divina, las compensaciones por tantas adoraciones tramposas de que eres víctima!

III. Sentimiento de la presencia de Dios

Oh, he ahí a lo que debo volver: *Ambula coram me et esto perfectus* [Génesis 17, 1], dice Dios a Abraham. Por su fe, Abraham mereció llegar a ser el padre de los creyentes, ¡pero cuánto más feliz soy yo que el patriarca! Tú estás sin cesar cerca de mí, ¡Dios mío! Cerca de mí, cerca de mis recreos, de mis comidas, de mis estudios, de mi sueño para protegerlo, y cuando deseo hablar más particularmente a tu infinita misericordia, te encuentro siempre en el lugar de la cita.

Tú no lo abandonas jamás, para estar siempre allí a mis órdenes, para que yo nunca me aleje de ti y te encuentre cerca de mí, como un amigo cerca de su amigo, cuando quiere entregarse con él a las más íntimas efusiones. ¡Y cómo no voy a pensar siempre en ti!

IV. Sentimiento de perfección

Dios no sólo dijo a Abraham: “Camina en mi presencia”, ha añadido: “Y sé perfecto” (Génesis, 17, 1).

Debo ser perfecto religioso. La perfección es mi camino; hablando con propiedad, no hay otro para mí, y cuando pienso que la fuente de toda perfección está ahí, a dos pasos, ¿cómo no voy a ir a beber de esta fuente de luz, de fuerza, de vida, de santidad?

¡Oh, misterio sublime, donde todas las virtudes me son enseñadas: la humildad, en los abajamientos eucarísticos; la paciencia, en medio de tantos insultos silenciosamente recibidos; el amor, mediante el don tan completo de sí mismo; la obediencia, mediante la autoridad dada al sacerdote para mandar a un Dios, y tantas otras virtudes que sería largo enumerar!

Oh María, oh José, vosotros los primeros adoradores del Verbo encarnado, ya sea en Belén, cuando apareció en el mundo, o en Nazaret durante su vida oculta, enseñadme cómo tengo que adorarle en el abajamiento, la obediencia, el amor, la oración, el trabajo, la edificación de mis hermanos. Enseñadme a hacer de mi noviciado un nuevo Nazaret donde encontraré a Jesús; donde, siguiendo vuestro ejemplo, aprenderé a aprovechar de su estar conmigo para adquirir toda la perfección que tiene derecho a esperar de una criatura tan colmada de sus beneficios.

Así sea.

5. LA REGLA

“*Quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos*: Para todos los que sigan esta regla, que la paz esté con ellos” (Gálatas 6, 16).

Una característica de la vida religiosa es la regla. 1° Ella separa al religioso del mundo; 2° le hace parecerse más a Jesucristo; 3° le comunica su sello específico.

I. La Regla separa al religioso del mundo

Sin duda, en el mundo hay ciertas obligaciones y ciertas limitaciones, como la disciplina militar y la etiqueta; pero todo eso persigue una meta humana. Lo propio de las reglas religiosas consiste en tomar a quien se atiene a ellas y lo consagra a Dios. Someten los detalles de la vida a un yugo riguroso y constriñen a obligaciones que concurren a hacer al hombre más perfecto. La regla da por supuesto que quien la acepta, acepta por el hecho mismo consagrarse absolutamente al servicio de Dios y someterse a prescripciones, cuyo término es la unión con Dios mediante una vida de perfección.

De ahí, un vestido especial, disposiciones molestas, trabajos particulares, vida en común, órdenes manifestadas por la voz del superior y aceptadas, incluso cuando no son comprendidas. De ahí, en fin, todo un estilo de vida aparte que encadena la libertad y fuerza a ir allí donde no quisiéramos, *Alius te cinget et ducet quo tu non vis* (Juan 21, 18), según la propia expresión de Nuestro Señor.

¿Dónde estoy yo al respecto? ¿Cuáles son mis disposiciones respecto de esta separación? Porque no ha de consistir solamente en una separación de hecho, como la del soldado encerrado en su cuartel; debe ser una separación querida, libremente aceptada, como la de un

hijo que habita en la casa de su padre y acepta la autoridad de aquel en cuya casa habita. ¿Es mi caso?

Mi separación del mundo, indicada por mi regla, ¿está realmente en el fondo de mi corazón y estoy feliz de renunciar a ciertas relaciones con las personas de fuera y vivir una intimidad mayor con Dios, mi Padre, por amor a quien me he hecho religioso?

II. La Regla hace al religioso más parecido a Jesucristo

Cuando el Hijo de Dios vino al mundo, recibió su regla de la voluntad de su Padre y la practicó con la más espantosa regularidad: “*Tunc dixi: ecce venio. In capite libri scriptum est de me, ut facerem voluntatem tuam. Deus meus, volui, et legem tuam in medio cordis mei:* Heme aquí, que vengo. Al comienzo del libro está escrito que yo debo hacer tu voluntad; Dios mío, lo he querido, y he guardado tu ley en el fondo de mi corazón” (Salmo 40, 8-9). Sí, Jesucristo, en cuanto Dios, regla eterna, ley del universo, Jesucristo ha querido, como hombre, recibir su regla. *In capite libri scriptum est de me, ut facerem voluntatem tuam.* Así, la importancia de la regla nos es indicada mediante lo que el profeta nos dice sobre la manera como el mismo Salvador ha querido practicarla.

Y el profeta no habla solamente de una manera general, descendiéndo expresamente a los detalles de esta regla impuesta al Salvador. Por eso, en el Evangelio se citan a menudo estas palabras: “*Ut adimpleretur quod dictum est a Domino per prophetam:* para que se cumpliera lo que el Señor dijo por medio del profeta” (Mateo 1, 22). Los profetas son la expresión de la voluntad de Dios sobre Jesucristo y sobre su vida entera. Su concepción, su nacimiento, el lugar y el momento de su nacimiento, la huida, su retorno a Nazaret, su trabajo, sus correrías

apostólicas, sus sufrimientos, los detalles de su pasión, su muerte, todo está previsto. Jesucristo no exhalará el último suspiro hasta que no “sepa que todas las profecías se han cumplido: *sciens Jesus quia omnia consummata sunt*” (Juan 19, 28).

Así, Nuestro Señor es para mí un perfecto modelo de la fidelidad con que debo observar mi reglamento y todas las prescripciones que me son impuestas. ¿Qué hago para imitar a este divino modelo y con qué exactitud observo la regla?

III. La Regla imprime en el religioso un sello específico

Las diferentes reglas religiosas encierran algunas prescripciones generales que son comunes a todas las Órdenes.

Pero, al lado de las disposiciones comunes, hay puntos particulares que varían de acuerdo con el fin específico que se propone alcanzar en tal o tal Orden. En todas partes se ha de practicar la virtud, que es la base de la perfección. Pero, ya que la debilidad humana no puede abrazarlo todo en sus esfuerzos, unos aspiran a más trabajo, otros a mayores austeridades; éstos multiplican los ayunos, aquellos el tiempo consagrado al coro; aquí se vive más en la soledad, allá en las obras de caridad o los trabajos apostólicos. Y la regla ofrece a cada uno los medios conducentes al fin especial que se propone. Al religioso le toca entrar con el mayor ardor posible en el espíritu de su regla, de tal modo que si uno se ha entregado, por ejemplo, al trabajo manual, no se ocupará de las obras de celo, y si se ha consagrado a las obras de caridad, no consume sus fuerzas en penitencias excesivas.

Por este medio, serviré a Dios sólo si guardo mi regla y su espíritu, y si no llego a abrazarlo todo, conseguiré al menos la perfección que me es propia.

6. ESTUDIOS DEL RELIGIOSO

Grave tema, demasiado poco comprendido. Hay que estudiar y hay que hacer estudiar.

I. Hay que estudiar

Miremos a nuestro alrededor. ¿De dónde ha venido en gran parte la decadencia de las familias religiosas? Ya no se estudiaba en ellas. “Ganarás el pan con el sudor de tu frente” [Génesis 3, 19], dijo Dios al primer hombre. Cuando no se labra la tierra como un Trapense, se debe roturar el campo de la ciencia; cuando no se cura las heridas como los hijos de San Juan de Dios, se debe en el púlpito, en el confesionario, en las buenas obras, en las misiones, aplicar la doctrina que sana las almas.

Pero, para ello hay que estar preparado, y para estar preparado hay que estudiar, estudiar sin cesar. Así como en los campos los frutos son múltiples, así las ramas de la ciencia lo son: las lenguas, las Sagradas Escrituras, la filosofía, la teología, la historia, las leyes eclesiásticas, todo eso es inmenso, y quizá haga bien en consagrarme a una especialidad. De todos modos, Dios me pide que estudie mucho y he aquí los motivos.

1º Porque cuanto más posea la verdadera ciencia conservada por la caridad, tanto más útil seré a las almas y al progreso del Reino de Dios.

2º Porque el trabajo mediante el estudio será una expiación por mis pecados y sufriré así el primero el castigo impuesto a Adán: ganaré el pan con el sudor de mi frente.

3°. Porque en este trabajo encontraré una excelente defensa contra un montón de tentaciones. Pensando en mis estudios no pensaré en todo lo que me sugiera mi ociosidad.

4° Debo estudiar porque es una deuda. Me confiarán una predicación, la dirección de almas, una enseñanza. ¿Cómo desempeñar estos deberes sin preparación? ¿Podré dar lo que no tengo? ¡Cuán extrañas ilusiones se hacen muchos a este propósito! ¿No me las he forjado yo en más de una circunstancia?

II. Hay que hacer estudiar

No solamente hay que estudiar por los demás para rendirles servicios especiales, además hay que hacer estudiar.

1° Hay que hacer estudiar la religión. ¿Cómo la he vuelto atractiva? Al preparar mis catequesis ¿qué gusto he puesto al transmitir a los niños más jóvenes los elementos de la religión? Hay quien desdeña este trabajo y se equivoca mucho; cuanto más se estudia más se siente la necesidad de estudiar para enseñar bien luego convenientemente; estas inteligencias tan flexibles cuando se están formando, son muy susceptibles de una falsa impresión si no se está muy atento y cercano.

2° Hay que hacer estudiar en las clases de primaria, la literatura, etc. Los profesores religiosos tienen en esto una obligación doble: la de probar que son tan capaces como los demás en lo tocante a la enseñanza y la de poner un sello cristiano en toda enseñanza que pasa por sus labios. Todo puede resultar para ellos un tema de predicación. ¡Pero qué celo, prudencia, tacto y ciencia no necesitan!

3° Hay que hacer estudiar las partes más elevadas de la enseñanza. Esto no es propio sino de algunos. Razón de más para que éstos pongan en ello el mayor ardor.

No basta tener medios, hay que saber servirse de ellos. ¡Cuántos servidores perezosos han tapado e inutilizado los talentos más hermosos!

¡Qué examen serio no tengo que hacer sobre mi pereza y mi escaso celo para cultivar la ciencia y comunicarla, como conviene a un religioso!

7. LOS ESTUDIOS

“Me oportet operari opera eius qui misit me, donec dies est, venit nox, quando nemo potest operari: Mientras es de día tengo que hacer las obras de aquel que me ha enviado; llega la noche cuando nadie puede trabajar” (Juan 9, 4). La obligación de instruirse cuando se puede, es más seria de lo que se piensa generalmente. El sacerdocio peca por causa de una cierta ignorancia, la ignorancia de saber hablar de Dios.

Si no estamos destinados a los trabajos manuales, estamos obligados al estudio. 1º ¿con qué espíritu?; 2º ¿qué temas debemos estudiar?

I. ¿Con qué espíritu debemos estudiar?

1º Con un espíritu sobrenatural, no para adquirir una vana gloria, no para halagar el oído, sino con un pensamiento sobrenatural bebido en el espíritu de fe. Y a este respecto sepamos que nada es tan grande como la ciencia divina y no tengamos tiempo sino para esta ciencia.

2º Con el deseo de huir de la vana curiosidad. Es una terrible tentación para los jóvenes: suscitar objeciones curiosas, tener gusto por las disputas y salirse con testarudeces funestas, prefiriendo la razón humana a la autoridad divina. Se quiere experimentar todo, del modo más

peligroso y se hace reo de la sentencia del Espíritu Santo: “*Qui scrutator est majestatis opprimetur a gloria*: quien quiera escrutar la majestad (divina) será aplastado por su gloria” (Proverbios 25, 27).

3° Con obediencia. “*Tempore auctoritas, re autem ratio prior est*: la autoridad precede en el tiempo, pero en las cosas la razón tiene la prioridad”. Hay que comenzar por aceptar una dirección, y es un triste signo de una inteligencia estrecha el no querer dejarse dirigir. Debemos tener siempre presente el recuerdo del árbol de la ciencia del bien y del mal: “*Eritis sicut dii scientes bonum et malum*: seréis como dioses conocedores del bien y del mal” (Génesis 3, 5). He ahí lo que Satanás promete, lo que no puede dar, porque no ha permanecido en la verdad y sin verdad no puede haber ciencia.

4° Con orden. Nada tan bello como la inmensidad de la ciencia. ¡Qué horizontes sin fin! Pero esta inmensidad no es el caos. El caos existía, pero Dios separó la luz de las tinieblas, y fue el comienzo del orden. Pongamos orden en lo que estudiemos.

5° Con humildad.

II. ¿Qué hay que estudiar?

1° A Jesucristo. “*In ipso sunt omnia*: en él están todas las cosas” (Romanos 11, 36). Todo está en él. “*In quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi*: en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia” (Colosenses 2, 3). Si Jesucristo es expulsado por los gobiernos de la sociedad, lo es mucho más, por los sabios, del campo de los conocimientos humanos, y así como los cristianos han de emplear sus esfuerzos en devolverle a la sociedad, nuestros esfuerzos deben aplicarse también a devolverle a la ciencia humana; y para ello, Jesucristo, más conocido, es indispensable.

2° La teología dogmática. Las inteligencias están hambrientas de la verdad y la base de las verdades es la teología dogmática. Los protestantes, perdidos en las querellas del libre examen, han renunciado al dogma, sólo han predicado la moral. ¿Qué es la moral sin el dogma? *Como si el bien creer no fuera el fundamento del bien vivir.*

3° La moral. La moral privada y la moral social. Error de los partidarios de la gran moral y de la pequeña moral. Los principios de la moral.

4° La Biblia, y Jesucristo en la Biblia. Evidentemente, al leer las Sagradas Escrituras hay que ver la gran figura de Jesucristo dominando todo. "*Finis legis Christus ad justitiam omni credenti: el fin de la ley es Cristo, para la justificación de todo creyente*" (Romanos 10, 4). Jesucristo ilumina toda la ciencia, porque él es la verdad absoluta.

5° Los Santos Padres. Los mejores comentaristas de la Biblia; Los Padres de la teología y fundadores de la literatura cristiana.

6° La historia. Qué campo inmenso donde se considera a la Iglesia, tanto como órgano de la verdad en que todas las luchas doctrinales se presentan con un interés creciente, como sociedad que lucha contra los poderes: ¡qué estudios maravillosos se podrían hacer, desde estos dos puntos de vista!

7° El Derecho Canónico, que se refiere sobre todo al estudio de la Iglesia considerada desde el punto de vista social.

8° En fin, la literatura y la estética, que hay que impregnar de espíritu cristiano.

VI.

COMPLEMENTOS
a la Primera Parte
de los Escritos Espirituales
del Padre Manuel d'Alzon

ESTOS COMPLEMENTOS VERSAN SOBRE:

1° *La meta del Instituto*

2° *Las primeras Reglas*

3° *El tema del Reino*

4° *El espíritu de la Asunción*



I

LA META DEL INSTITUTO

Primeras auroras

Al día siguiente de su voto de humildad sacerdotal emitido ante la imagen milagrosa de la Santísima Virgen, en el santuario de la Consolata de Turín, el P. d'Alzon se siente impelido como por una inspiración celeste, a fundar un nuevo Instituto religioso. Se comunica con la Madre María Eugenia de Jesús y le confía sus primeras intuiciones sobre la obra que quería emprender.

Turín, a 24 de junio de 1844.

Voto de humildad sacerdotal

Paso a hablarle algo de mí mismo. Le confesaré ante todo con un poco de vergüenza que he emitido aquí un voto, del que no sé qué decirle. Una tarde, me impresionó mucho pensar en el estado deplorable a que llevan a la Iglesia las ambiciones de algunos y de otra cosa de la que ya no me acuerdo. Sé que lo que me quedó como resultado fue renunciar a toda idea de dignidad eclesiástica y al día siguiente durante la misa, hice el voto de rechazar cualquier cargo en el mismo sentido que lo hacen los Jesuitas.

Pensando en un nuevo Instituto

Decirle las impresiones que he sentido después de esto me sería difícil. Algunas no son nada gloriosas, lejos de eso. Pero lo que quiero hacerle notar es que desde entonces, una idea que había tenido en otro tiempo, y que sólo estaba ya en estado de recuerdo, me ha



vuelto más fuerte que nunca, la de consagrarme a formarme una comunidad religiosa. Bastaría para decirle cuánto desearía poder conversar con usted. Y sin embargo ¿qué soy capaz de hacer? Nunca había visto más claramente mi cobardía, mi nulidad, mi inconstancia, mi amor propio. A veces me digo que tantos feos defectos deberían quitarme de la cabeza semejantes ideas, y a veces también pienso que Dios, al hacérmelas ver con tanta evidencia, sólo quiere probarme que si algo se realiza, será él quien lo habría hecho todo.

Incertidumbres a este propósito Usted me preguntará seguramente para qué debe servir esta comunidad. Por desgracia, mi querida hija, si se lo pregunta a mi razón, tendría un plan soberbio que exponerle; pero si se lo pregunta a mi sentido sobrenatural, le diré que todavía no percibo nada, y descanso sobre esta idea: Dios lo sabe. Además, (cosa rara en cierto sentido) me parece que Dios quiere solamente que me mantenga listo. ¿Para qué? No lo sé, quizá para partir para la eternidad. Y sin embargo, hay en el fondo de mi ser, un impulso hacia algo que ignoro en los detalles, pero que intuyo confusamente. Está también el reproche de no responder a la gracia. Rece por mí, para que desmadeje este misterio. Creo que ningún sacrificio me resultaría demasiado costoso si viera la voluntad de Dios claramente...

Nimes, a 16 de agosto de 1844.

Pensando en la vida religiosa Voy a ser hoy un tanto egoísta, mi querida hija, y comenzaré por responder a su última carta, en la que me habla de mis proyectos futuros. No puedo ocultarle que el pensamiento de hacerme religioso me ha

preocupado largo tiempo, pese a que no siento atracción por ninguna Orden existente, y si en este momento supiera positivamente que Dios me quiere en algún sitio, como he sabido que Dios me quiere sacerdote, no vacilaría ni un momento. Pero puedo asegurárselo, al menos en el estado actual de mi alma, no percibo ninguna señal muy pronunciada. Hay que esperar por lo tanto que Dios actúe, pidiéndole que haga de mí lo que guste, y esforzándose por corresponder a su parecer, si tiene alguno en el que esté implicado.

**Todavía falta de las
necesarias virtudes**

He aquí cómo me veo. Me parece que si bien tengo algunas de las condiciones para hacer lo que usted quisiera, me faltan muchas cualidades: no soy suficientemente perseverante; a veces me dejo demasiado llevar por el pensamiento de un bien cualquiera a realizar sin calcular, como debiera, el tipo de bien que debo hacer; me falta regularidad. Esto está especialmente determinado por mi temperamento; pero no es menos cierto que opongo muchos obstáculos naturales a la acción sobrenatural. Desde hace algún tiempo, me parece que adquiero mayor regularidad y mayor perseverancia; pero ello no ha llegado, eso me parece, al grado necesario para imprimírselo a los demás.

**Las obras que le
retienen**

Además hay que tener en cuenta ciertos hechos materiales. De entre las obras de las que me ocupo, hay tres que no puedo abandonar antes de verlas consolidadas: el Refugio, las Carmelitas y el colegio o pensionado que he fundado. El Refugio se sostendrá bastante bien dentro de poco. Las Carmelitas me parecen, por su parte, necesitar ser apoyadas al menos

durante dos o tres años. El pensionado me pesa mucho más. Retroceder en este momento me parece terrible, a causa de la postura del clero frente a la Universidad y preveo que deberé comprometerme por sumas considerables. A veces me vienen ganas de ir a alojarme allí, con el fin precisamente de poder observar a las personas y los caracteres que Dios me enviará o enviará, porque si encontrara a alguien que pudiera hacer funcionar las cosas, le cedería el paso gustoso.

Comenzaría en el Midi Desplazarme a París no me inquietaría. Pero tenga en cuenta que París es, para mí, mucho menos esencial que para ustedes, y por lo tanto comenzaré con menos inconvenientes en el Midi, salvo transportarnos más tarde a otros lugares. El Sur sin embargo ha sido bueno para las Órdenes. San Francisco, Santo Domingo, San Benito, San Ignacio y tantos otros han trabajado en el Sur y pese a que actualmente el movimiento está en el Norte, posiblemente la posición de nuestras regiones tendría su lado favorable. Pero todo esto no es sino una cuestión marginal, vuelvo a la principal.

Su falta de atractivo por los Jesuitas Aunque no me gustan los Jesuitas mucho más que a usted, no los juzgo exactamente como usted. Lo que hace que no me sienta atraído hacia ellos, es: 1° su carácter exclusivo; “nada es bello, bueno, perfecto sino la Compañía, non est ex praedestinitatis qui non est amicus Societatis”: me parece horrible; 2° sus tapujos, —me dicen que se van corrigiendo—; 3° su falta de naturalidad, resultado del modo como se las arreglan para domarles; 4° su incapacidad de comprender, al menos hasta el presente, lo que yo llamo la libertad católica y que

constituye, a mi parecer, el arma externa más poderosa de la que la Iglesia debe servirse para triunfar.

Base moral del Instituto proyectado La base moral que quisiera dar a una Congregación nueva sería: 1º la aceptación de todo lo católico; 2º la franqueza; 3º la libertad. Comprenda que nada tengo que decir de aquello que es necesario para que una Orden sea tal; sólo indico lo que debería distinguir a una Congregación moderna de aquellas que ya existen. Insisto: no conozco nada para hacer morir al espíritu particularista y el amor propio que la aceptación de todo lo bueno que hay fuera de uno mismo; nada conozco que gane tanto a los hombres de nuestros días como la franqueza, y no sé de nada más fuerte para luchar contra los enemigos actuales de la Iglesia como la libertad.

El pensamiento dogmático Estos pensamientos pueden ser mejor y más desarrollados, pero son, eso pienso, fáciles de comprender. En cuanto al pensamiento dogmático, si puedo expresarme así, se resume en estas pocas palabras: ayudar a Jesucristo a proseguir su encarnación mística en la Iglesia y en cada uno de los miembros de la Iglesia. Porque siguiendo esta realidad, creo yo, es como se puede plantar la verdad católica con toda su ventaja frente a los errores panteístas y materialistas de hoy...

En resumen, si Dios quiere que intente algo, me parece que me está pidiendo que espere todavía un poco. Sin embargo rezaré y trataré de apartar todos los obstáculos que personalmente pudiera aportar a su obra. A este respecto, acepto todas sus oraciones y el día de la semana que usted me quiera consagrar...

Comparto completamente su manera de ver respecto de lo que usted llama la pasión y la filosofía de las Órdenes religiosas. Mi pasión, la mía, sería la manifestación del Hombre-Dios y la divinización de la humanidad por Jesucristo, y esa sería también mi filosofía....

El nuevo Instituto comienza muy humildemente en el Colegio de la Asunción de Nimes que el Padre d'Alzon había tomado en sus manos en 1843. Sobre la meta y el espíritu del Instituto, he aquí las primeras notas en hojas sueltas, del puño y letra del P. d'Alzon. Las dos primeras, de un mismo tipo de escritura, están fechadas por parte del P. Vailhé "entre 1845 y 1850". La tercera que aparece junta en los archivos es de una fecha incierta.

I. Nota para la Orden

No hay que olvidar que nos proponemos extender el reino de Jesucristo en las almas, pero que hemos de proponérselo ante todo perfeccionando lo más posible lo que hemos comenzado.

Por eso debemos aplicarnos a acompañar en cierto modo en el mundo a los jóvenes que hemos introducido en él. Cuando hayamos fundado una casa en un país, tendrá como meta desarrollar en su entorno, sobre todo mediante los Terciarios, todas las buenas obras que sea capaz de llevar adelante. Deberá, sea atrayendo lo más posible a los miembros jóvenes hacia el centro, sea organizando retiros, sea mediante reuniones de antiguos alumnos, constituir un hogar permanente de fe y de caridad.

Por eso los noviciados podrán ser largos, porque se podrá guardar como Terciario algún joven que no pudiera ser religioso.

2. Sobre la obra

Meta: el reino de Jesucristo en el mundo, preparación de su reino eterno.

Medios: la expansión de la verdad y de la caridad.

Verdad: enseñanza oral y escrita, ciencia y sus desarrollos, estudios.

Caridad: caracteres fuertes; amor a Dios y a los hermanos; noción de solidaridad, noción del deber; espíritu de oración, espíritu de sacrificio; lucha contra sí mismo, entrega a Dios y a todos; vida regulada por principio de conciencia; amor a la Iglesia.

Condición de los obreros: Amor a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia; celo por las almas; sacrificio e imitación de Jesucristo mediante la obediencia, mediante la pobreza, mediante el estudio, mediante el olvido de sí mismo.

Móvil de la vida: el espíritu de fe, vida en el mundo sobrenatural.

Medios externos: la enseñanza, la educación, el ejemplo, protesta severa contra el mundo, mansedumbre, búsqueda de la unión entre la verdad y los nuevos resultados de la ciencia, acción popular.

3.

No hay vida interior alguna, dice Faber, que no tenga el triple contenido de un interés profundo por las vicisitudes de la Iglesia, un gran respeto por las ceremonias litúrgicas de la Iglesia y un vivo amor por la Santa Sede.

II

PRIMERAS REGLAS

Las Constituciones primitivas se van estableciendo mediante la experiencia. Del primer proyecto que preveía 23 capítulos, destacaremos el número 1 sobre la meta del Instituto, que es el único que ha recibido un cierto desarrollo. La redacción definitiva de las primeras Constituciones data de 1854.

Un “resumen general”, ciertamente anterior a esta fecha, las precedía: lo damos aquí de acuerdo con el cuaderno de noviciado del P. Galabert.

Del primer libro de las Constituciones, llamado “de las reglas comunes”, se han extraído dos capítulos, el 1º y el 7º: veremos mediante un ejemplo cómo el P. d’Alzon ha adaptado nuestro Directorio, tomando textualmente de este primer libro todas las directivas espirituales que contenía. El texto que ha pasado al Directorio, va en caracteres más pequeños.

I. NOTAS PARA UN PROYECTO DE
CONSTITUCIONES
1849-1850

I. Meta de la Orden

La meta de la Orden se manifiesta mediante el cuarto voto de trabajar con todas sus fuerzas en la extensión del reino de Jesucristo en las almas: primeramente en la nuestra, en la de nuestros Hermanos y en la de todos los cristianos.

El espíritu de la Orden es, pues, un espíritu de celo y de apostolado.

Tenderemos particularmente a nuestra meta aplicándonos a hacer triunfar en nosotros y en nuestro derredor:

1º *La fe*, mediante nuestro espíritu de sumisión a la enseñanza de la Iglesia y al espíritu de esta enseñanza; mediante nuestro amor por la unidad de la Iglesia y nuestra filial dependencia de nuestro jefe; mediante nuestro respeto por la verdad que llevaremos en nuestros estudios, dejándonos penetrar por la importancia de nuestra vocación que consiste en hacernos sus defensores y soldados, y por ende los soldados de Jesucristo, Verbo, Dios, Verdad eterna; mediante nuestro espíritu de fe en la práctica de la obediencia, colocándonos siempre bajo la mano de nuestros superiores, como bajo la mano del mismo Dios;

2º *La esperanza*, mediante el desapego de los bienes de la tierra llevados hasta la práctica de la pobreza evangélica y el amor de los bienes sobrenaturales; mediante la humildad, es decir el desprecio de lo que es creado, incluso de nosotros mismos; y mediante la oración, es decir, la petición de la gracia y de sus dones y la aspiración hacia Dios, principio y término del hombre;

3° *La caridad*: a) mediante el amor de Dios a quien amaremos muy únicamente; mediante la castidad, es decir la renuncia a los placeres de los sentidos; mediante la mortificación, guardiana de los sentidos y medio para unir algunos sufrimientos expiatorios a los de Jesucristo; b) mediante el amor a Nuestro Señor que testificaremos sobre todo mediante la imitación de las virtudes cuyo perfecto modelo es él; c) mediante el amor a la Santísima Virgen, su madre y nuestra especial protectora; d) mediante el amor a la Iglesia, su esposa; mediante el celo por la salvación de las almas que se manifestará en nuestras obras de educación entendidas en el sentido más general del término, en las misiones entre los infieles y en la propagación de las obras de caridad, en las que podríamos hacernos ayudar por los Hermanos de la Orden Tercera.

Nuestro espíritu debe ser un espíritu de sencillez, de rectitud en la fe, de oración para acercarnos cada vez más a Nuestro Señor, de humildad en los estudios y de celo por el triunfo de la Iglesia...

2. RESUMEN GENERAL

La meta Nuestra pequeña Asociación se propone santificarse, extendiendo el reino de Jesucristo en las almas. Nuestro espíritu más particular reposa sobre un amor muy ardiente a Nuestro Señor Jesucristo y a su santa Madre, nuestra patrona especial, sobre un celo muy grande por la Iglesia y una adhesión inviolable a la Santa Sede.

Nuestra vida ha de ser una vida de fe, de entrega, de sacrificio, de oración, de espíritu apostólico y de franqueza.

Impactados por el espectáculo de las luchas suscitadas entre el clero secular y el regular, nosotros creemos que debemos observar, por encima de todo, los límites cuyo mantenimiento evitará cualquier choque comprometedor.

No nos inmiscuiremos en las obras a las que el clero secular pudiera especialmente tener derecho, de tal modo que, sabiendo a veces renunciar a un cierto bien, hagamos más perfectamente el que nos sea confiado y lleguemos mediante la edificación de una humilde caridad a estrechar los lazos de fraternidad que deben unir a los servidores de Jesucristo, sea cual sea la parte de la viña en que estén llamados a trabajar.

Los medios Nos proponemos más especialmente extender el reino de Nuestro Señor mediante las obras siguientes:

1° La enseñanza en el sentido más amplio de la palabra, en que nos aplicaremos a formar cristianos profundamente adheridos a la Iglesia y a mostrar la necesidad absoluta de una unidad viva, no sólo en el dogma, sino también en la disciplina, bajo la dirección más y más respetada del Soberano Pontífice.

2° La publicación de libros que puedan servir a la enseñanza cristiana.

3° Las obras de caridad, mediante las que se pueda preparar a los niños para el cumplimiento de sus deberes cristianos en el mundo y a la reconciliación de las clases pobres con las clases ricas.

4° Los retiros que daremos ya en nuestras propias casas ya fuera, cada vez que esta clase de obras no cause demasiados inconvenientes.

5° Las misiones extranjeras y los trabajos para la destrucción del cisma y de la herejía.

No nos ocuparemos de obras exteriores, como predicaciones, confesiones y demás, sino en la medida en que estemos seguros de ser agradables a los miembros del

clero secular, bajo cuya jurisdicción nos colocaremos para llevarlas a cabo.

A este mismo fin nos aplicaremos a inspirar a los niños confiados a nuestro cuidado el sentimiento de respeto y afecto hacia sus pastores y la inteligencia de sus deberes de feligreses.

La vida religiosa Además de los tres votos, hacemos el de extender el reino de Jesucristo en las almas.

El voto de castidad no necesita explicación.

Deseamos dar el sentido más absoluto al voto de obediencia.

El voto de pobreza deberá comprenderse así. En el momento de la profesión, el novicio dispone de sus bienes, como él lo entienda, de modo que más tarde ya no pueda cambiar nada sin autorización del Superior general y que sus superiores no puedan forzarle a cambiar el destino indicado. Si algún legado imprevisto o un bien del que no hubiera dispuesto le llega después de la profesión, este legado o este bien pertenece a la comunidad, a menos que, por razones que sólo el Superior general juzgará, se vea como un deber el cederlo a la familia del religioso.

El Noviciado es de dos años. Al cabo de diez años de la entrada al Postulantado, se puede hacer un tercer año de Noviciado, y añadir el cuarto voto de consagrarse a la extensión del reino de Jesucristo en las almas, el cual se cumple mediante la entrega a las obras indicadas más arriba.

Los novicios son recibidos por el Superior general, o por aquellos a quienes el Superior general dé el poder para admitirlos, sea al Noviciado sea a la Profesión.

Miembros del Instituto La Congregación se compone:
1° de religiosos de coro, que se ocupan de las obras de enseñanza, de caridad o de apostolado, citadas más arriba;

2° de Hermanos conversos u Oblatos, que ayudan a los religiosos en las obras de caridad, en la medida de sus talentos y de sus fuerzas, y que no tienen parte en el gobierno, sea de la Congregación, sea de las casas;

3° de una Orden Tercera, cuyos miembros, fuera de la comunidad, se proponen mediante una conducta más severa realizar como una protesta contra las máximas del mundo y que pueden entregarse bajo la dirección de la Orden a las obras de celo, de caridad y de apostolado compatibles con su posición y capaces de extender el reino de Nuestro Señor en las almas.

Su gobierno La Congregación es gobernada por un Superior general vitalicio. El Capítulo general que le nombrará le dará según la necesidad uno, dos, tres o cuatro Asistentes generales que forman el Consejo con voz consultiva, excepto para los asuntos de dinero en que tendrán voz deliberativa.

Si el Superior general falta gravemente a sus deberes, pertenece a los Asistentes generales el deber de advertírsele y si es necesario elevar sus reclamos a la Sede apostólica para que sean tomados los medios para reparar los desórdenes.

Los Capítulos generales se celebran para la elección del Superior general y cada vez que el Superior general piense que lo exige el bien de la Congregación.

3. CONSTITUCIONES

Libro Primero: Reglas comunes

Capítulo I

Meta de la Orden y su espíritu

La meta de nuestra pequeña Asociación consiste en trabajar en nuestra perfección extendiendo el reino de Jesucristo en las almas. Por eso nuestra divisa se encuentra en estas palabras de la oración dominical: *Adveniat regnum tuum*.

El advenimiento del reino de Jesucristo para nosotros y para el prójimo; he ahí lo que nos proponemos ante todo. Los medios para alcanzar esa meta son: para nosotros, la práctica de las virtudes religiosas; para el prójimo, las obras de celo que determinaremos más adelante.

Las virtudes religiosas en las que nos ejercitaremos son:
1° — *La Fe* que nos introducirá en el mundo sobrenatural.
— Creeremos de todo corazón lo que cree y enseña la Iglesia, e iluminaremos de algún modo cada una de nuestras acciones con la luz de los misterios divinos; de tal manera que todas nuestras realizaciones aun las menores estén hechas bajo la mirada de Dios y animadas por un deseo de realizar en nosotros alguna de las enseñanzas de Nuestro Señor.

Practicaremos además esta virtud, mediante nuestra sumisión sin límites, no sólo a la enseñanza de la Iglesia, sino también al espíritu de esta enseñanza; mediante nuestra fiel obediencia al Soberano Pontífice, del que secundaremos con prontitud todas las intenciones conocidas; mediante nuestro respeto por la verdad manifestada en el depósito de los dogmas religiosos, penetrados como estaremos de la importancia de nuestra vocación, que consiste en llegar a ser los defensores y soldados, y por ende soldados de Jesucristo, Verbo de Dios y Verdad Eterna; en fin mediante nuestro espíritu de obediencia a la regla y a nuestros superiores, ya que la fe nos muestra a

Dios mismo en la persona de todos aquellos que en nuestra pequeña asociación están colocados por encima de nosotros.

2° — *La Esperanza*¹⁾: ponemos nuestra confianza en Dios solamente, nunca en los medios humanos: nos esforzaremos por despreciar todos los bienes creados, para adherirnos solamente a los del Cielo. La pobreza evangélica será para nosotros como la prueba externa de la práctica de la Esperanza, y beberemos en ella el auténtico espíritu de humildad, es decir el desprecio y el odio a nosotros mismos; finalmente el espíritu de oración mediante el cual pediremos las gracias necesarias para cumplir la ley de Dios y sus consejos, así como la convicción de que todo aquello que no es Dios y no se refiere a él, no es digno de nosotros.

La Esperanza así practicada, nos inspirará el agradecimiento más profundo hacia los dones de Dios, recordando las palabras del Apóstol que nos recomienda dar gracias por todo lo que nos pasa: *In omnibus gratias agentes* [Efesios 5, 20].

La Esperanza será para nosotros el principio de una confianza absoluta en Nuestro Señor, en todas las pruebas. En el momento de su Pasión decía a sus Apóstoles: *Non turbetur cor vestrum neque formidet. Creditis in Deum et in me credite* [Juan 14, 1]. (Y cómo en el momento en que pronunciaba estas palabras se iba a cumplir en él la profecía que decía de él: será saciado de oprobios: *saturabitur opprobriis* [Lamentaciones 3, 30]).

Sean cuales sean las pruebas que nos sobrevengan tendremos confianza de que, con tal de que le seamos fieles, no nos abandonará; ya que él mismo nos ha prometido la persecución al mismo tiempo que la victoria: *Si me persecuti fuerint et vos persequentur: in mundo pressuram habebitis, sed confidite, ego vici mundum* [Juan 16, 33].

Que sobre todo los religiosos de nuestra pequeña familia recuerden:

1° No pedir nada en sus oraciones que no tienda a la mayor gloria de Dios.

2° En las pruebas que Dios les envíe no pedir ser liberados, sino en la medida en que tal liberación servirá a la mayor extensión del reino de Nuestro Señor.

3° Aunque buscando la liberación de las pruebas temporales, que se propongan únicamente una mayor facilidad para el servicio

¹⁾ Ver *Directorio*, p. 55.

de Dios: al que deben estar enteramente y absolutamente consagrados.

4º Que recuerden que si el Señor Jesús ha salvado al mundo mediante la cruz, en el amor a la cruz es donde deben buscar su bien, su fuerza y su reposo: en fin que estén convencidos de que sus pruebas son nada comparadas con las que ha sufrido Nuestro Señor Jesucristo y que si aman a este divino Maestro deben olvidar sus propias penas frente a las que él ha sufrido y a las que está expuesta, todos los días, la Iglesia, su celeste Esposa: más o menos como un niño que sufre una ligera dolencia lo olvida rápidamente para ocuparse solamente de su madre que cae de repente gravemente enferma. En este sentimiento, ejercitándose en el olvido amoroso de sí mismos, los religiosos de la Asunción ofrecerán en el Santo Sacrificio y a Nuestro Señor presente en el sagrario su corazón y su capacidad de sufrimiento en expiación por todo lo que se comete contra Dios y contra su Iglesia.

3º — *La Caridad*¹⁾: cuya práctica comprende el amor a Dios, a quien amaremos exclusivamente; *la castidad*, que al desapegarnos de todo afecto a los placeres de los sentidos, nos ayudará a dirigir todas las aspiraciones de nuestro corazón hacia Dios; *el amor* a Nuestro Señor, que nos esforzaremos por probárselo mediante la imitación de las virtudes de las que su santa humanidad nos ofrece el más acabado modelo y mediante nuestra dependencia de su espíritu en todas nuestras acciones de acuerdo con lo que él mismo nos dice: *Vos amici mei estis, si feceritis quae praecipio vobis* [Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando] [Juan 15, 14].

La Caridad engloba además el amor a la Santísima Virgen, madre de Jesucristo y nuestra especial patrona; el amor a la Iglesia cuyos intereses son los nuestros; la devoción a los Santos Ángeles, pero sobre todo a los Ángeles Custodios de nuestros hermanos y de las personas que nos están confiadas.

El amor al prójimo se manifiesta mediante nuestra suavidad en soportar el mal que nos pudiera causar; por nuestra disposición a rendirle todos los servicios que comporta nuestra vocación; por nuestra cordialidad y nuestro espíritu de franqueza:

¹⁾ Ver *Directorio*, p. 67.

pero sobre todo mediante el celo en todas las obras a las que nos entregaremos para el bien de las almas. En fin, la caridad nos revelará aquel espíritu de unidad que Nuestro Señor pedía a su Padre en el momento en que acababa de instituir el Sacramento de la Eucaristía y en que iba a verter su sangre para la salvación del mundo: *Ut omnes unum sint... ut dilectio qua dilexisti me, in ipsis sit et ego in ipsis...* [para que todos sean uno..., para que el amor con que me amaste esté en ellos y yo en ellos...] [Juan 17, 21] y como Dios es amor, de acuerdo con la palabra de San Juan, y que quien permanece en el amor permanece en él, pediremos sin cesar al Espíritu de Amor que procede eternamente del Padre y del Hijo, que nos una con un lazo indisoluble a Dios, a Jesucristo, a su Iglesia, a nuestros hermanos y a todas las almas que nos estén confiadas.

Este espíritu de unidad es el que nos mantendrá apartados de las luchas demasiado a menudo levantadas en el seno mismo de la Iglesia, entre el Clero secular y el Clero regular. Nos atenderemos con el mayor rigor a mantener los límites, cuyo respeto evitará cualquier choque con las personas empleadas como nosotros en la salvación de las almas. No nos inmiscuiremos en las obras a las que el clero secular parecerá tener especialmente derecho, y sabremos renunciar a un cierto bien para llevar a cabo más perfectamente el que nos sea más directamente confiado y llegar mediante la edificación de una caridad humilde a estrechar los lazos de fraternidad que deben unir a los servidores de Jesucristo, sea cual sea la parte de la viña en que estemos llamados a trabajar.

Nos proponemos más especialmente extender el reino de Jesucristo mediante las obras siguientes¹⁾:

1º La Enseñanza, entendida en el sentido más amplio de la palabra; es decir, Colegios, Seminarios, enseñanza superior. No nos ocuparemos de la enseñanza primaria si no es para darla gratuitamente. Nos dedicaremos a formar cristianos profundamente adheridos a la Iglesia y a mostrar la necesidad de una absoluta unidad viva, no sólo en el dogma sino también en la disciplina, bajo la dirección más y más respetada del Soberano Pontífice. Porque, si uno de los mayores males de los tiempos actuales es

¹⁾ Ver *Directorio*, p. 96: La enseñanza.

el espíritu de separación que tiende a disolver los lazos de la sociedad de las inteligencias, es necesario que una de las razones de ser de nuestra pequeña asociación consista en los esfuerzos de sus miembros por acercar mediante la enseñanza los espíritus y los corazones al centro común que Jesucristo ha dado a su Iglesia.

2° La publicación de libros que puedan ayudar a la enseñanza cristiana. Las calumnias que desde hace tres siglos acumulan contra la verdad Protestantes y Filósofos, nos ponen en la obligación a los defensores de esta verdad divina de disipar tantas tinieblas que han opacado la ciencia moderna.

3° Las Obras de Caridad, mediante las que se puede preparar a los niños confiados a nuestros cuidados al cumplimiento de sus deberes de cristianos en el mundo. No podemos ignorar que un gran odio subsiste en el corazón de los pobres contra los ricos. Ello viene sea de la pérdida de la fe en las clases inferiores, sea del uso escandaloso que las clases superiores han hecho de sus bienes. Para reparar en la medida de lo posible un mal tan grande, nos aplicaremos a persuadir a los jóvenes que nos sean confiados, del amor y respeto por los miembros sufrientes de Jesucristo y a inculcarles la obligación de mitigarlos, no sólo mediante una fría limosna, sino más bien mediante sus palabras, sus consejos, sus estímulos y sus consuelos.

4° Los Retiros: los daremos sea en nuestras casas sea fuera de ellas, siempre que en este segundo caso, este tipo de obra no suscite graves inconvenientes.

5° Las Misiones Extranjeras y los trabajos para la extinción del cisma y de la herejía.

No nos ocuparemos de obras externas como predicaciones, confesiones y otras, sino en la medida en que estemos seguros que ser aceptados por los miembros del Clero secular bajo cuya dirección nos pondremos para llevarlas a cabo.

Con este mismo fin nos aplicaremos a inspirar a los niños confiados a nuestros cuidados, sentimientos de respeto y de afecto hacia sus pastores y la inteligencia de sus deberes de feligreses.

Capítulo VII

Los Votos

Además de los tres votos de *pobreza*, de *castidad* y de *obediencia*, hacemos un cuarto voto, el de consagrarnos a la extensión del reino de Jesucristo en las almas. Este voto implica para nosotros la obligación de hacernos presentes con todo el celo posible en las obras de caridad, de las que hemos hecho mención más arriba, en los límites de las cuales queremos restringir nuestra acción. Estos votos serán simples, mientras no hayamos recibido la aprobación del Soberano Pontífice, y el Superior general podrá dispensar de ellos, salvo el de castidad perpetua.

La estima en que los religiosos deberán tener sus votos, será la medida de su fervor. Cuanto más los observen regularmente tanto más seguros estarán de atraerse la bendición de Dios sobre ellos; así como también la relajación en estos cuatro puntos esenciales, sería el signo más cierto de decadencia y de la cólera de Dios sobre nuestra pequeña asociación.

III

EL TEMA DEL REINO

Del 5 de noviembre de 1870 al 20 de marzo de 1871, el P. d'Alzon da a las Religiosas de la Asunción, en presencia de la Fundadora y de las novicias replegadas en Nimes, como consecuencia de la invasión alemana, una serie estimable de 53 Conferencias espirituales sobre el espíritu y las virtudes de la Asunción.

Predicaba improvisando a partir de un esquema sucinto. Las Hermanas reprodujeron estas instrucciones tan fielmente como pudieron y el Padre recibió una copia. "Comienzo rindiendo homenaje a las secretarias de mis conferencias, escribía el Padre a la Fundadora, el 12 de noviembre de 1871. Hablando con propiedad sólo la primera está algo mal redactada; las siguientes por el contrario cada vez lo están mejor".

Del 9 de noviembre al 7 de diciembre de 1871 vuelve a dar cuarenta de estas conferencias en el noviciado de Le Vigan adaptándolas a su nuevo auditorio: la minuta de estas conferencias, por desgracia, está muy mal redactada. Estamos forzados a atenernos al texto de Nimes, para los extractos siguientes, y que será fácil relacionarlos con los temas tratados en la primera parte de este libro.

EL ADVENIMIENTO DEL REINO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Hermanas mías:

Divido en dos partes mi tema:

1° ¿Qué ha de ser el reino de Dios para vosotras?

2° ¿Cómo debemos procurar que venga el reino de Jesucristo?

El tema que abordo es importante para vosotras, Hermanas mías, porque ya que hemos impreso un sello a la Congregación, ya que hemos tomado una divisa, hay que ponerla en práctica. Recuerdo que cuando, en la calle Impasse des Vignes, hablábamos con vuestra Madre general de estos comienzos, la divisa *Adveniat Regnum Tuum* fue propuesta por mí. Me había llamado la atención en las Hermanas de Marie-Thérèse por su belleza y su profundidad. Ignoro si entre las Hermanas de Marie-Thérèse la vida está a la altura de esta divisa, pero por lo que a nosotros respecta, Hermanas mías, ¿nos quedaremos siempre por debajo de lo que hemos de hacer para procurar esta gloria a Dios? Creo que la inteligencia de esta palabra es de gran aplicación al tiempo presente.

I. ¿Qué debe ser el reino de Dios para vosotras?

**Los derechos de Dios
ignorados**

Primera proposición: *La proclamación* de los derechos universales de Dios. Estos derechos son más que nunca ignorados por todos los errores del tiempo presente. Pero daos cuenta de que estos errores, que son excesivos, y llegan hasta la extrema negación, tocan al mismo tiempo a la extrema verdad (ateísmo, fata-

lismo). Los errores pululan en nuestros días, destierran a Dios de todas partes. El mundo repite la palabra del libro de Job (21, 14): *Qui dixerunt Deo, recede a nobis*: Dijeron a Dios: “retírate de nosotros”. Y, Hermanas mías, lo mismo que expulsan a los príncipes de sus tronos, así los impíos quieren expulsar a Dios del cielo. ¡Nada de Dios! ¡Abajo Dios! Es la última palabra del ateísmo; es el grito que ha resonado en París en medio del mundo impío. ¡Y tras esto, no habrá en el ejército de Dios guerreros y guerreras que devuelvan a Dios sus derechos! Comprendéis la oportunidad de la Asunción, como os digo, para devolver a Dios sus derechos, para establecer la proclamación del reino de Jesucristo.

El problema social está ahí, Hermanas mías, no se piensa suficientemente en ello, no se busca la solución allí donde se encuentra. Los derechos de Dios implican el reconocimiento de la propiedad soberana de Dios. *Domini est terra et plenitudo eius* (Salmo 24, 1). El comunismo destruye este orden, sustrae al Dueño sus derechos soberanos.

Los ricos dicen: “Los bienes son nuestros”; los pobres: “No son de nadie”. Estos errores proceden de la negación de Dios. Es la eterna lucha entre el pobre y el rico sobre la propiedad de los bienes; durará mientras los derechos de Dios no sean proclamados. ¿Sentís el problema social con sus dificultades insuperables, la lucha entre quien tiene y quien no tiene? Y los dos dicen: Estos bienes son míos porque pertenecen a todos. Cuestión insoluble. Sólo Dios puede resolverla. Que venga con sus derechos de Dueño soberano y diga: “Es mío. Yo doy a los ricos como mis granjeros, y quiero que los ricos den a los pobres y quiero que los pobres no roben. Me perjudican cuando expulsan a mis granjeros, porque el propietario soy yo, soy yo quien distribuye libremente la administración de mis bienes”.

Los derechos de Dios proclamados mediante la adoración La proclamación universal de los derechos de Dios, ¿qué es, Hermanas mías? Es ante todo la adoración, el reconocimiento de su soberano dominio sobre todas las cosas.

La negación de este primer mandamiento es la causa mayor de todos los trastornos sociales. Los pueblos no quieren nada con Dios, y he ahí al comunismo que los golpea. Los gobiernos también le expulsan y Dios se venga en sus príncipes y reyes. El orden no volverá hasta que Dios sea adorado. Los reyes quieren ser Dios. Todos están en ello, unos más otros menos. No digo que Guillermo o Napoleón sean ateos, pero si no lo son en principio, lo son en la práctica, pues su gobierno es ateo. Los reyes osan decir a Dios: “¡Quítate de ahí!”, y ved la contrapartida, los pueblos se lo dicen a los reyes. Para que el orden se restablezca, hay que recolocar a Dios en su trono.

Entonces vosotras decid: “Dios mío, voy a consagrar mi vida a devolveros vuestro trono exterior, no el del cielo, ese nadie puede arrebataroslo, sino el de la tierra; está entre las manos de los malos, me entrego a volver a colocaros en él y voy a dedicar toda mi vida a eso”. ¡Obra hermosa, Hermanas mías! Gran misión que puede ocupar y colmar toda una vida.

Así comprenderéis lo que es trabajar para adorar a Dios y hacerlo adorar. ¡Esa es la vida de los Serafines. Se trata del grito de la Iglesia en las primeras palabras del Oficio: *Venite adoremus*. Porque mirad, hijas mías, que nosotros, en nuestras devociones, en nuestros principios, somos sencillamente católicos. Dejemos a otros los hermosos sistemas, las bellas comparaciones, siempre habrá que volver al Pater noster. Nosotros tomamos estas palabras: *Adveniat Regnum Tuum*. No las hemos descubierto nosotros, no las hemos inventado, –son viejas como el

Evangelio—, pero tenemos la pretensión de sacar de ellas las consecuencias aplicables al tiempo presente para la restauración de la adoración a Dios. Si Francia adorara un poco más no estaríamos donde estamos. De ahí un trabajo que hay que hacer: ¿en qué consiste la adoración que debemos tributar a Dios para expiar el crimen de quienes no le adoran, y de qué utilidad no serán las almas que se entregan a restablecer el reino de Dios?

**La Realeza de
Jesucristo. Su realeza
universal**

Este reino puede ante todo ser considerado bajo un punto de vista: *la realeza de Jesucristo. Postula a me, et dabo tibi gentes in haereditatem tuam* (Salmo 2, 8). Los Salmos, los Profetas, el Apocalipsis están llenos de esta realeza de Cristo. Conocéis las palabras: *Data est ei corona, et exiit vincens ut vinceret* (Apocalipsis 6, 2). *Habet in vestimento et in femore suo scriptum: Rex regum et Dominus dominantium* (Apocalipsis 19, 16). Es el Rey de reyes. Antiguamente Jesucristo era el Rey de los pueblos y de las sociedades, cuando eran cristianas; ya no lo es hoy. No quiero examinar esta cuestión desde el punto de vista político. Existe ahí una triste contrapartida, y tal como van las cosas, nos hemos acomodado bien a ellas. Parece que existiera una conspiración mundial para abolir la realeza de Jesucristo. *Nolumus hunc regnare super nos* (Lucas 19, 14).

**Realeza sobre las
almas**

Paso al segundo rasgo, *Jesucristo es el Rey de las almas*. Cada alma es un reino que le pertenece, en cuanto el hombre es un pequeño mundo y Jesucristo reina sobre cada alma. Aquí la extensión del reino de Jesucristo implica algo muy especial para vuestra perfección. Es necesario que reine sobre nosotros, antes de

que podamos hacerle reinar sobre los demás, es necesario que sea realmente nuestro Rey. Le daremos tanto más la realeza sobre las almas cuanto más hayamos establecido la suya sobre nuestras almas.

Consecuencias personales

Consideremos lo que hay de fuerte y poderoso en este pensamiento de que Jesucristo es nuestro Rey. Recordad que si Jesucristo condesciende en tomar a una pequeña religiosa por esposa, es el Rey quien viene a hacer unas nupcias eternas. Para él ha sido dicho: *Attolite portas, principes vestras, et elevamini portae aeternales: et introibit rex gloriae* (Alzaos puertas, alzad los dinteles, va a entrar el rey de la gloria). (Salmo 24, 7). ¿Quién es ese que viene al encuentro de la esposa en la majestad de su rango? Es el Rey. Es Rey antes de ser Esposo. Habéis sido hechas sus súbditas el día de vuestro bautismo en su sangre, y si, desde entonces, se ha dignado tender la mano hacia vosotras para una alianza sagrada, no lo olvidéis, sigue siendo el Rey.

De ahí proceden para vosotras algunos deberes, deberes de obediencia, de respeto, de relaciones íntimas reforzadas, dulcificadas por sentimientos de esposa. Pero ante todo sois reinas en tanto que esposas del Rey. Ved, pues, el carácter purísimo, altísimo, santísimo, excelentísimo de una religiosa, esposa de Jesucristo, de un Rey. Os invito a ser reinas, a tener sentimientos regios.

Y en primer lugar, reinad sobre vosotras mismas, reinad sobre vuestra alma. *Regnum Dei intra vos est* (Lucas 17, 21). Sed dueñas de vosotras mismas; de lo contrario, se recibe mal a su Rey en un alma en desorden, que olvida que su Esposo viene para reinar sobre ella. Antes de trabajar para hacer reinar a Jesucristo sobre los demás, hacedle pues reinar sobre vosotras. Daos cuenta de que

con el reino exterior también está el reino interior. Tenéis la obligación absoluta de establecer en vosotras el más hermoso, el más ordenado de todos los reinos, de observar sus leyes, recordando que en este reino los consejos son leyes. Así se establecerá en vosotras toda perfección, haciendo verdaderamente que vuestro Esposo reine en vuestras almas.

Servicio a la Iglesia ¿Qué diré sobre *el honor de trabajar en la extensión del reino de Dios en la gran sociedad que es la Iglesia?* En épocas pasadas no se prestaba una atención tan grande a la misión de las mujeres, la acción estaba reservada a los hombres. Es cierto que se ha visto a una Santa Teresa, a María de Ágreda y a otras ejercer una influencia en su sociedad; pero la acción directa de las mujeres es hoy mucho más aceptada, eso es incontestable. Los Papas favorecen el apostolado de los conventos de mujeres, y en ello se puede ver la acción del Espíritu Santo.

La conciencia de ese trabajo está en vuestra Congregación, debéis extender el reino de Jesucristo no sólo en las almas sino también en la Iglesia, la gran Esposa de Jesucristo. Ya veis el lugar que ocupáis en la Iglesia de Jesucristo. Si los primeros ciudadanos del cielo son los Apóstoles, una Congregación apostólica participa de este privilegio especial. Depende de vosotras, Hermanas mías, de vuestra entrega a la causa de la Iglesia.

Entrega que ello impone Quisiera transmitir os un cierto espíritu. Aquí sólo lo esbozaré; vuestra Madre general completará y aplicará lo que voy a decir. Es el momento, Hermanas mías, de plantear una guerra completa a la personalidad mediante una entrega sin límites a la causa de Jesucristo. Que ya no haya cuestiones de personalidad, de

egoísmo, de individualismo; somos indignos de nuestra misión si conservamos algunos sentimientos estrechos. Es el momento de dilatar vuestro corazón: *Dilatamini et vos*, dice San Pablo (2 Corintios 6, 13). Abridlo a las nobles aspiraciones; olvidaos de vosotras mismas totalmente. Sentimientos estrechos, personales, mezquinos ante una obra tan grande, yo digo que es abominable, perdonadme la expresión, Hermanas mías; y sobre todo si consideraréis en vuestra vocación religiosa la llamada a hacer el cuarto voto de extender el reino de Jesucristo en las almas.

Dios os hace un insigne honor, ¿y pretendéis presentarle un corazón encerrado, lleno de sí mismo? Oh, no, ¡*dilatamini et vos!* Tomad un corazón grande como la Iglesia, ese océano inmenso en que Dios ha colocado todos sus tesoros. Lo que Dios más ama es la Iglesia; le ha entregado a sus elegidos. La Iglesia es la Esposa de Jesucristo; más aún, es el resumen de todos los santos y de todas las esposas de Jesucristo; es la obra maravillosa por excelencia. ¿Y vuestro corazón no saldrá de su estrechez? ¿Y no iréis al encuentro de la inmolación? Ah, tendremos paciencia con los corazones encogidos que dudan aún en darse, pero haremos cuanto podamos para animar a las almas a un santo celo. Dejo el comentario práctico a vuestra Madre, pero se necesita el olvido de sí, adorar a Dios, entregarse, predicar con el ejemplo.

Voy a sacar de lo que precede una conclusión que os parecerá severa.

Ya que el honor que se hace a una religiosa por el cuarto voto es tal, hay que examinar mucho antes de permitir pronunciarlo. Se trata de un honor maravilloso y no es dado a todo el mundo el llevarlo. Por otra parte, es cosa muy seria en la Congregación, para poder concederlo sin todas las disposiciones convenientes. Una religiosa per-

sonal, llena de sí, aunque sea muy amable, es incapaz de pronunciar el cuarto voto.

II. ¿Qué hacer para procurar el reino de Nuestro Señor Jesucristo?

1º *Proclamar los derechos de Dios entre el pobre y el rico.* Vosotras no tenéis mucha relación con los pobres, pero ¡qué misiones admirables os proporcionan vuestras obras con los ricos! Tenéis un poder maravilloso para abordar esta cuestión. ¿Cuál es este poder? Vuestro voto de pobreza, Hermanas mías. El amor a la pobreza voluntariamente aceptada os permite decir a los ricos: “La felicidad no está en las riquezas”; y a los pobres: “Encuentro mi felicidad en no tener nada”.

Existe una consecuencia que sacar en los tiempos presentes: es la necesidad para una religiosa de aportar un servicio real a la sociedad colocándose con un gran desinterés entre los ricos y los pobres. Os voy a dar un ejemplo. Mirad lo que las Congregaciones religiosas hacen por los heridos en estos momentos. Ante el pueblo, la gente inculta, eso parece admirable. Desde el punto de vista sobrenatural, una Carmelita en su clausura, ayudando y rezando, dándose la disciplina, hará más, os lo concedo. Pero es evidente, respecto de la acción directa sobre los hombres, que las Hermanas hospitalarias que se entregan a la mitigación de los males presentes, han apaciguado la cólera de los malvados contra los ricos.

Vuestras Hermanas mismas en Sedán, en Auteuil, en Reims, han trabajado en esta gran empresa; tienen su influencia en esta gran lucha de los pobres contra los ricos y también en las disposiciones anticristianas de los ricos contra los pobres. En cierto modo quieren el restablecimiento de la esclavitud mediante la destrucción de los

lazos de caridad que unen a todos los hombres como hermanos.

Vuestra misión, Hermanas mías, será predicar el reino de Dios, decir: “El reino de Dios no está en la riqueza. Vosotros los que la poseéis no busquéis en ella el reino de Dios; vosotros los que sois los desheredados de la fortuna, no envidiéis lo que no os dará la felicidad. La felicidad no está sino en este reino en que Dios quiere ser la recompensa infinita de quienes le sirven: *Ego sum merces tua magna nimis* (Génesis 15, 1). Ved cómo la práctica sincera de la pobreza puede hacer un bien infinito en la sociedad, donde un odio incesante se enciende bajo la instigación de los apetitos materiales y sopla la desunión entre los hombres. Si tenéis dudas considerad a Jesucristo. ¿Qué ha hecho Nuestro Señor? Se ha hecho el más pobre de todos en medio de una sociedad hundida en el materialismo del lujo y del placer. Convenía que así fuese, porque ahí residía su poder para levantar al mundo. Había entonces un mayor trabajo social que hacer que incluso hoy. ¿Por qué tomaríais medios distintos de los de Jesucristo y sus apóstoles?

Hay que ver cómo os las arreglaréis para ello. Colocaos en nombre de vuestra pobreza voluntaria entre el rico y el pobre, pero por encima de todo poned el pensamiento de Dios.

2º *Realizar una acción mediante la adoración.* Ya os he hablado de la adoración. Hay dos maneras de entenderla: una exterior y otra completamente interior englobando el conjunto de las relaciones íntimas con Dios y de las que tantas religiosas no tienen una idea precisa. Se reza, se comulga, se va ante el Santísimo, se recita el Oficio, pero ese sentimiento profundo de la adoración ante la majestad de Dios, no siempre se tiene; o bien si se tiene, se aleja constantemente de nosotros. Ignoro si hay una excepción entre las religiosas de la Asunción; pero

conozco a uno de nuestros religiosos que se ve obligado a recogerse varias veces al día para permanecer en este estado de adoración.

Adorar es ponerse bajo el peso de Dios. Entiendan bien, Hermanas mías. ¿Qué quiere decir el peso de Dios? ¿Quién lo dirá? Perderse en Dios, anonadarse bajo la carga de su gloria, seguir siendo nada ante su presencia, reconocer el todo de Dios. Una religiosa de la Asunción que tuviera la vocación de la contemplación tiene ahí un vasto campo que recorrer: adora, camina tras los profetas.

3° *Extender el reino de Jesucristo en la sociedad.* Me planteo la siguiente pregunta: ¿Tenéis que trabajar directamente en este reino para hacer que las sociedades sean cristianas? No, si se trata de política humana; sí, si se trata de reformar las costumbres sociales, de hacerlas cristianas. Evidentemente desde este punto de vista hay mucho por hacer; hay que estudiar los grandes principios cristianos y propagarlos mediante la educación.

Así como una piedra no es más que un conjunto de granos de polvo aglomerados, así la sociedad se compone de granos de un polvo animado que son los hombres. Vosotras trabajáis en perfeccionar uno de estos granos de polvo, contribuís así a la belleza de todo el edificio. Será poca cosa: tendréis tres, cuatro niñas, cien quizás en algunas casas. Yo os digo que esa influencia será suficiente para hacer calar el sentimiento de Dios en la sociedad y que, para llegar a este resultado, se necesita que vosotras mismas hayáis impreso muy fuertemente en vuestro corazón el sentimiento de adoración.

Hermanas mías, compensemos a Dios, tan desconocido, tan ignorado haciéndole adorar por otros. Lo haréis si estáis vosotras mismas penetradas de esta necesidad de la

adoración, de esta verdad de que todos los males sociales reposan sobre esta negación del todo de Dios. El nivel de las costumbres sube en la medida en que el pensamiento de Dios domina, baja en la medida en que declina.

Me diréis: ¿lo que nos pide es una presencia continua de Dios? Sí, el reconocimiento perpetuo de los derechos de Dios sobre vosotras. Nada más que eso.

No voy a explicar aquí qué influencia pueden ejercer las Órdenes religiosas desde el punto de vista político, importante cuestión que no quiero abordar, hablo sólo de la cuestión social. Está entre vuestras manos, sois solidarias del reino de Dios. Tenéis pues que dar en vuestra enseñanza principios muy claros, muy sencillos, muy rectos y muy enérgicos. Aquí abordo el orden de la fe y examino los derechos supremos de Dios sobre la inteligencia.

Habéis de servir la verdad a las almas; vuestra enseñanza debe estar impregnada del pensamiento de Dios. A vosotras os pertenece realizar el reino de Dios en las inteligencias. El crimen de la Universidad, lo digo muy alto, consiste en expulsar a Dios de las escuelas. Creo que estamos obligados a luchar contra esa tendencia y ahí reside una de nuestras misiones en el tiempo presente. ¿Apreciáis claramente, Hermanas mías, el honor que Dios os hace al confiaros la defensa de su causa? Vosotras sembráis la verdad. Las religiosas de la Asunción, con las manos llenas de principios, salen a sembrar: *Ecce exiit qui seminat seminare* (Mateo 13, 3). ¿En qué campo? En las almas de sus alumnas. Sin duda lo harán con toda la delicadeza, todo el cuidado conveniente, pero sembrarán siempre.

4° *Dar a conocer a Jesucristo a las almas.* Primero en su familia. Una religiosa puede hacer tanto bien en sus relaciones con la parentela, a veces hablando, más a menudo callando, lo cual está mucho mejor. ¡Si supierais todas las cosas absurdas que he escuchado a otras religiosas en otros conventos! Sin embargo, una religiosa guiada por la prudencia de su Superiora, si es joven podrá mediante su buena dirección llevar el espíritu cristiano a una familia. La influencia se hará sentir por sus buenos modales, por esas pequeñeces que hacen percibir que se trata de una santa, que Dios reina en ella. El bien que está llamada a hacer es incalculable.

Esto no es una regla absoluta, porque hay religiosas que no lo logran, hablo solamente de aquellas que son capaces de hacerlo; las otras harán mucho mejor rezando por las que tienen esa capacidad. Con un tacto sobrenatural, estas últimas devolverán ciertamente la práctica de Dios a las familias. Pero llegar allá, ahí está el trabajo. No es raro escuchar decir que una religiosa de la Asunción es encantadora, maravillosa, ¡cuántas veces lo hemos oído repetir! Eso es muy corriente, pero les aseguro que menos a menudo he escuchado decir: ¡es una santa! He ahí una hermosa ocasión para llegar a serlo.

No os gustan los locutorios; hay ahí mucha fatiga para vosotras, aburrimiento, correspondencias penosas, malos caracteres que soportar, y se trata de aquellas personas a las que a menudo se hace mayor bien. Estáis obligadas a santificaros dando la limosna espiritual, pero no necesito añadir que hay que aportar en esta obra mucha prudencia y discreción.

Había pensado hacer una gran lista de las obras que deberíais practicar. Pero, ¿para qué? Se presentan solas cada día. Las cosas son buenas una vez, no lo son en otra ocasión. La introducción del cañón acanalado ha cam-

biado todo el sistema de la guerra, como la forma de los batallones adoptada por Napoleón ha trastocado toda la táctica militar. En todas las cosas, algo bueno en sí puede fallar por la oportunidad.

5° Trabajar por el reino de Jesucristo que es la Iglesia.
Se trata de un gran honor, Hermanas mías. Una de las cosas que me permite esperar un gran porvenir para vuestra Congregación es vuestro amor tan entregado, tan franco, tan leal por la Iglesia; sois de la Iglesia. Se os han hecho grandes reproches. No voy a negar que no tengan en gran parte algún fundamento, a menos en sus tres cuartas partes, lo concedo, y en esto, hijas mías, no me coloco aparte, me solidarizo con vosotras, podéis creerme. Pues bien, hay algo que me consuela, nosotros pensamos como el Papa y la mayoría de los obispos del mundo católico. Se trata de una ligera compensación, me parece. Hemos tenido que sufrir un poco, pero era por una creencia que se ha transformado en un dogma. ¡Hermosa desgracia!

Se han escrito las persecuciones que siguieron a los ocho primeros Concilios; las estamos viendo desencadenarse para éste. No me esperaba, os lo confieso, a todo lo que está pasando, pero el diablo furioso está desencadenado y Dios le permite descargar su cólera como sobre el santo Job. Eso hace bien a la Iglesia, aunque me pasaría de ello a gusto. Es un gran honor padecer con la Iglesia, lo mismo que poder decir por adelantado: pienso como el Papa. Sí, pero eso nos impone deberes.

Hay que servirse de ese sentido profundamente católico que Dios os ha dado; hay que servirse de él con fuerza, con misericordia, con gran caridad apostólica, hundiendo las raíces de nuestra enseñanza en la verdad católica.

Concluyo, Hermanas mías. Necesidad absoluta del reino de Jesucristo en el mundo. Nada más hermoso que ser llamado a restaurarlo. Yo soy indigente, miserable, me diréis, y pese a ello el Señor me confía la más alta de las misiones, si tengo la fortuna de pronunciar un día el cuarto voto, el de procurar mediante toda mi vida la extensión del reino de Jesucristo en las almas.

(Cuarta Conferencia, 8 de noviembre de 1870)

SOBRE LA ADORACIÓN

Hermanas mías, el gran crimen de nuestros días es no sentir la profundidad de este mandato: “Adorarás al Señor tu Dios, lo amarás” (Deuteronomio 6, 5 y 13). Sí, amarás, pero sobre todo adorarás, porque es el papel por excelencia de toda criatura. El Salmista lo canta: “*Domini est terra et plenitudo eius*” (Salmo 24, 1). Sí, la tierra es del Señor y toda alabanza le pertenece, y el gran crimen del hombre es la falta de adoración, la carencia de reconocimiento. Una alabanza incesante debería elevarse hacia Dios de los labios de este ser sacado de la nada y, sin embargo, en el concierto universal de adoración que sube de la tierra hacia el cielo, su voz es a menudo muda. Cada criatura canta la alabanza divina, de acuerdo con el grado que le es asignado en la escala de la creación, y vosotras decís todos los días: *Benedicite omnia opera Domini Domino* (Daniel 3, 57). Los seres materiales adoran, dan gracias a Dios a su manera, pero existe una alabanza más particular que debe ser dada por las criaturas inteligentes. Nosotros debemos decir: “Yo os adoro, Dios mío, considerándoos como mi Señor soberano y como mi

Padre; siento una felicidad que crece siempre considerándome propiedad vuestra. No podéis despreciar la obra de vuestras manos. *Opera manuum tuarum ne despicias* (Salmo 138, 8). Por imperfecta que yo sea, siento algo que me empuja a la perfección”.

(Extracto de la tercera Conferencia,
7 de noviembre de 1870)

EL TRABAJO MANUAL

Hermanas mías, este trabajo conviene excelentemente a religiosas pobres. Es útil sufrir la humillación del trabajo manual. Al respecto debo contaros el resultado de mis propias experiencias y al mismo tiempo la diferencia de opinión que se puede tener en esta cuestión. Acontece a veces en Le Vigan, que el P. Hipólito envía a sus novicios al trabajo del campo, para recoger la hierba, vendimiar, de acuerdo con las exigencias del trabajo. Cuando el P. d'Alzon está en Le Vigan, va también a los prados para dar ejemplo, pero pronto se agota y sus sesenta años le obligan a pararse. Pues bien, el P. Laurent que es, ya sabéis, un excelente religioso, muy fervoroso, incluso muy escrupuloso, está muy escandalizado de este proceder; encuentra completamente inútil emplear en obras serviles a novicios destinados a ser un día sacerdotes, profesores o misioneros. Examinemos, pues, la cuestión, y sin pretender querer plantear una mala querrela al P. Laurent, os diré ante todo que el P. Hipólito tiene razón. Es muy útil imponer a novicios el trabajo manual, porque es bueno sufrir a veces una humillación; porque para curar la pereza y corregir ciertas independencias, el trabajo es un medio admirable.

Sin entrar en las disquisiciones de Mabillon y del Sr. de Rancé sobre el tema, mi convicción es que en ciertos casos, nada tan útil para amortiguar a las malas cabezas como el trabajo al aire libre. Si una religiosa exaspera a su superiora, que la mande a recoger la hierba. Os aseguro que en poco tiempo, sólo por el efecto del aire libre, volverá corregida. Sobre esto he realizado una experiencia completa con los jóvenes. Si se hiciera girar la noria del pozo a las religiosas de mala cabeza, muchas cabezas se arreglarían.

*(Extracto de la novena Conferencia,
13 de noviembre de 1870)*

CELO POR LA PROMOCIÓN DE VOCACIONES

No es suficiente para una religiosa ser feliz con su vocación. Hace falta que sea además feliz suscitando otras vocaciones y que se lo pida siempre a Nuestro Señor. Para ello hay un motivo humano que ni siquiera abordaré porque os respeto demasiado; os hablaré del motivo sobrenatural. En efecto qué cosa más justa que os digáis: “Tengo la parte más hermosa que pueda ser dada a una criatura sobre la tierra, deseo que otras la tengan también. He encontrado un tesoro, y es tan maravilloso que al distribuirlo no lo divido; lo doy a otros y lo guardo en toda su integridad”. Como la luz que Dios envía se distribuye para todos, al tiempo que ilumina a cada uno de nosotros, y así como mi ojo no recibe menos por quedar el universo entero bañado en sus ondas luminosas, así un alma feliz desea compartir su felicidad. Ama

a Nuestro Señor y arde en amor y fervor, estima en alto precio la gracia de su vocación y quisiera poder llevar muchas esposas al Rey. “*Adducentur regi virgines post eam*” (Salmo 45, 15). Entonces, sin ser imprudente, intentará atraer a las almas, hará nacer santos deseos: “*Proximae eius afferentur tibi*” [Ibid.]. Sin duda será cuestión de tacto tanto como de celo, pero hecha esta salvedad, afirmo que una religiosa fervorosa no puede dejar de suscitar vocaciones.

A ejemplo de Nuestro Señor

Desde otro punto de vista, diré además que un alma que ama a Nuestro Señor debe tener sentimientos análogos a los de Nuestro Señor: “*Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu*” (Filipenses 2, 5). Ahora bien, Jesucristo vino para salvar las almas, evidentemente, y también para llamar a las almas a la perfección. Negarlo sería caer en la herejía. Por lo tanto debéis también vosotras tener el celo por la santificación de las almas, y eso es un apostolado. Encontráis un carácter rígido, orgulloso, voluntario, pero que posee también recursos. Nadie se apoya sino sobre lo que resiste; detrás de un corazón áspero, se esconde a veces una buena vocación. Eso pasa, Hermanas mías, como cuando bajo la cáscara se encuentra un fruto excelente. ¿Por qué no lo intentaríais? Nuestro Señor no se echó atrás ante la incredulidad de Santo Tomás, o ante la bas-tedad de San Pedro; hizo de ellos apóstoles. ¿Por qué no tendríais su paciencia? Nuestro Señor ha llamado a algunos apóstoles porque ha visto un buen corazón bajo el rudo envoltorio de Pedro, y en San Juan una cierta pureza de alma. Luego Nuestro Señor los forma, los modela, los instruye; a veces se enfada: “*Generatio infidelis et perversa usquequo ero apud vos et patiar vos?*” (Lucas 9, 41). Estudiad el Evangelio desde el punto de vista de la paciencia de Nuestro Señor en la formación de

los Doce para el apostolado, veréis cómo hay que arreglárselas para hacer religiosas de vuestras niñas. ¿Podré proponeros mejor modelo?

He aquí todavía una palabra de aliento por parte de Nuestro Señor: “*Amen dico vobis quod vos qui secuti estis me, etc.*” (Mateo 19, 28). Os colocaré sobre doce tronos y juzgaréis a Israel. Sí he ahí el honor que os espera, si sois apóstoles y formáis apóstoles. No os niego que la misión es muy penosa, incluso muy desagradable en algunos momentos, pero creedme que nunca lo será tanto como la de Jesucristo con sus apóstoles. No digáis que no hay vocaciones. Cuando uno se ocupa de ellas las encuentra. Las hay que vienen por sí mismas; no son las más numerosas. Hay pues que buscar y no desanimarse, porque van y vienen, y una vocación descuidada es quizá una vocación perdida. Demos por hecho que son difíciles de encontrar. ¿Dónde estaban las vocaciones cuando Nuestro Señor vino a este mundo? Y sin embargo en tres años encontró más o menos cien, incluidos los setenta y dos discípulos y algunos más. Si os encargáis cada tres años de entregar cien vocaciones a la Iglesia, os aseguro que será muy hermoso. Es un milagro, diréis. Sí, un milagro de la gracia, pero Nuestro Señor ha dicho: Haréis mayores milagros que yo (Juan 14, 12). Sed, pues, sus discípulos y haréis milagros de vocación.

Objeciones mundanas Tomemos las objeciones que plantean las personas mundanas. Cuando Nuestro Señor llegó, no más que hoy, nadie entendía nada de una vocación. El mundo trata de exaltada y de absurda a la persona que quiere hacerse religiosa; se deja llevar, piensa, por un momento de entusiasmo religioso que pronto se enfriará. Como ha dicho una poetisa: “¿Por qué buscar en el fondo de un claustro al Dios que está en todas partes?” Sin duda que está en

todas partes, pero la posibilidad de encontrarlo no está en todas partes. Hay, pues, personas que nada entenderán; quizá sean las personas con quienes os entenderéis mejor más tarde. Tened el ojo fijo en cada persona para ver en qué matiz, en qué medida podréis hacerlas más perfectas y luego más apropiadas para la vida religiosa. A propósito de esto, abordo otra cuestión. Así como la fundación de la Iglesia es, por lo absurdo de los medios, una de las pruebas más sólidas de la divinidad del Evangelio, así la vocación es naturalmente de un tal absurdo que se torna una prueba divina de la verdad. La Dama tal abandona el mundo, las alegrías del salón, los éxitos que le aseguraban su posición. Ella que podía mandar, se va para obedecer; la que podía soñar, se pone a trabajar; disfrutar de su fortuna, duerme sobre un jergón; va al oficio del coro en lugar de ir de fiesta en fiesta en el mundo. Francamente no responde al sentido común. Os lo concedo, y me vais a dar la razón en una cosa. Bajo los defectos y debilidades de los religiosos, inseparables de la naturaleza humana, hay un hecho evidente: el hombre no ha podido inventar la vida religiosa, es de invención divina. Mediante el sentimiento de perfección que ella supone en el corazón corrompido del hombre, es una prueba de la verdad de la religión, y también una prueba de la misión de Nuestro Señor y de los Apóstoles.

Se planteará también esta objeción: Las naturalezas son demasiado bastas hoy día, nadie comprende nada de las cosas de Dios. Ante todo, Hermanas mías, el trabajo de la gracia consiste en transformar la naturaleza y los resultados son admirables. Uno se doma, se hace sufrir un poco a los demás, como ha hecho el P. de Ravnigan, lo cual no le ha impedido ser uno de los religiosos más santos de nuestro tiempo. Un carácter difícil, una cierta rudeza no son impedimento para la

vocación. Los fariseos fueron al encuentro de San Juan Bautista y los llamó ¡raza de víboras! Los publicanos y los soldados fueron mejor acogidos. Nuestro Señor ha dicho: “*Potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahæ*” (Mateo 3, 9). Y yo os digo que de esta tontita, de esta feúcha podéis hacer una santa religiosa, si lo queréis. Se necesita paciencia, hay que estudiar el terreno de las almas, ver lo que necesita cada una y saber, si es preciso, reconocer que nos hemos equivocado. ¡Cuántos medios de santificación, Hermanas mías, en este trabajo! Evito completamente en esto el móvil de la amistad particular. Pero suponed una personita un poco difícil y que queréis llevarla Dios. Si tenéis por su alma el amor sobrenatural que debéis para invitarla a deshacerse de sus defectos, estaréis obligadas a correjiros de los vuestros. ¿Cómo vais a decirle que no hay que ser envidiosa, que hay que estudiar, que no hay que ser susceptible, si ella os ve perezosa, excesivamente sentida, en fin llena de los mismos defectos que le reprocháis? No podréis tener éxito en los esfuerzos de santificación de vuestras niñas más que santificándoos vosotras mismas las primeras.

Motivo de reparación Permitidme deciros además una cosa muy grave. ¿Quién de entre vosotras no ha escandalizado a algunas almas? Pues bien, mediante la preparación de vocaciones existe un medio de reparación. Puede ser que alguna joven religiosa lamente una conversación que ha podido causar daño, o tal ejemplo que ha tenido una influencia fatal. Tal Hermana mayor quizá se diga que una de sus compañeras no estaría en el mundo si ella no hubiera contribuido a hacerle perder la vocación. ¿Qué remedio para estos escándalos pasados? Rezar mucho y esforzaros, consolidando vuestra vocación, por atraer otras a Dios. Hay una responsabilidad; habéis causado la sacudida.

Si, por una misericordia infinita, tú has quedado, no deja de haber una solidaridad en tu alma. Reparad, pues, el daño causado a Nuestro Señor, a las almas, a vuestra Congregación; promoved vocaciones fervorosas, para reparar vuestras faltas.

Tras haberos hablado así, Hermanas mías, creo que el sentimiento con que debo dejaros es el de un gran agradecimiento. Se trata de decir con San Juan: *“Nos ergo diligamus Deum, quoniam Deus prior dilexit nos”* (1 Juan 4, 19). Es a lo que os invito porque el amor es la mejor acción de gracias. Avanzando cada día en la caridad, daréis en vuestro corazón y en el de las niñas que os están confiadas una cita a Nuestro Señor y así entraréis en la plenitud de vuestra vocación que es la de santificar vuestras almas y santificar las otras. Para ello no conozco mejor medio y más perfecto que formar santos y santas en la vida religiosa.

*(Extracto de la undécima Conferencia,
19 de noviembre de 1870)*

LAS DEFECCIONES DE LA VIDA RELIGIOSA

San Agustín hace observar que la separación de Judas debe consolarnos de la separación de los herejes y de los cismáticos de la Iglesia. También os digo que debemos consolarnos cuando vemos a ciertas religiosas abandonar la Congregación. Eso no os sucederá. Pero en fin, ¿quién sabe? Por lo demás aquí estoy haciendo una observación general. Una vez que Judas se excluye de la comunidad

de los Apóstoles, ¿qué dice Nuestro Señor? “Ahora el Hijo del hombre ha sido glorificado y Dios ha sido glorificado en él” (Juan 13, 31). Parece extraño este texto, sin embargo es muy sencillo. En primer lugar, la traición de Judas ofrece a la Iglesia naciente la ocasión de pasar por pruebas y sufrimientos, será fundada sobre la sangre de Jesucristo y la de los mártires. Como Nuestro Señor ha encontrado su gloria en las humillaciones de su Pasión, la Iglesia encontrará su gloria en sus sufrimientos, será fecundada por la sangre de sus hijos, será incluso glorificada mediante la separación de ciertos miembros que no son dignos de pertenecerle.

No se trata aquí de ideas humanas, se trata de ideas divinas, de modo que en la exclamación de Nuestro Señor, hay un principio de alegría. Es extraño, sin duda, que se pueda uno alegrar de la separación de ciertos miembros, y lo repito, no es el modo humano de enfocar las cosas. Hermanas mías, tengo sesenta años y hace rato que me ocupo de conventos. Soy religioso y tengo experiencia de vida religiosa. Pues bien, ¿sabéis lo que encuentro en la exclamación de Nuestro Señor? La necesidad, por parte de los superiores, de no retener a personas que quieren irse. Es excesivamente grave lo que digo aquí, y no lo digo sin madura reflexión. Una Hermana quiere marcharse, dejadla irse. El resultado será la gloria de Dios. Si en algún momento una mala cabeza se va de la Congregación, decidle adiós de buena gana. El bien de la Congregación se seguirá, mayor firmeza encontrará y Jesús será glorificado.

*(Extracto de la decimosexta Conferencia,
24 de noviembre de 1870)*

EL DON DE SÍ

Religiosas cuya divisa es: *Adveniat regnum tuum*, ¿no deben comprender cuán obligadas están a entregarse, a darse? Es la palabra de San Pablo: Con gusto me gustaré. *“Ego autem libentissime impendam, et superimpendar ipse pro animabus vestris, licet plus vos diligens, minus diligar”* (2 Corintios 12, 15). La religiosa preocupada por la salvación de las almas de sus Hermanas, que sin embargo sabe que no tiene la misión de ser su predicadora, ¿qué mejor puede hacer que entregarse por ellas y serles así una predicación viva? Si está empleada en las niñas, en las clases, en las catequesis a los pobres, en los orfanatos, sentirá que va a abreviar su vida. ¿Qué importa? “Viviré diez años menos y haré mayor bien”. Existe ahí una cuestión muy grave que sólo puede ser decidida para vosotras por la obediencia. Pero una responsabilidad espantosa pesa aquí sobre las superiores. Ahí tenéis a una religiosa que se entrega generosamente, ¿deben las superiores frenarla en su entrega? Ahí tenéis a otra religiosa muy consciente de su valía y que se reserva, para poder cumplir durante más tiempo el bien que se siente llamada a realizar, ¿deben las superiores estimularla? Es una grave cuestión, una vez que las superiores y las inferiores lo han meditado al pie de la cruz, ante la sangre de Jesús derramada hasta la última gota.

La impresión que tuve ayer ante la tumba abierta mientras descendían el ataúd de nuestro pobre Hermano¹⁾, para dejarle allí hasta el día de la resurrección final, esta impresión digo, de la solemnidad de la vida y de la muerte, no se borrará en mucho tiempo. Hace apenas ocho días, este religioso estaba enseñando y estaba en-

¹⁾ El Hermano Edouard PATT.

teramente en su deber. ¿Habré vigilado suficientemente sus fatigas? ¿Hubiera debido frenarle antes? No lo sé; de todos modos es una responsabilidad atroz. Si no cuidamos suficientemente la salud, perdemos a religiosos; si la cuidamos demasiado, hacemos un regimiento de gente que hay que mimar. Es muy complicado.

Dicho esto para las superiores, no impide que vosotras, religiosas, debáis hacer poco caso de vuestra persona, y si desde un cierto punto de vista esta cuestión pesa mucho sobre la conciencia de las personas que tienen que dirigirlos, lo cierto es que el mejor partido, el único que debéis tomar, es entregaros generosamente, valientemente y sin reservas. No habéis entrado para otra cosa en la vida religiosa, y si el día de vuestra profesión habéis abrazado la muerte, el momento en que se os enterrará no es sino una cuestión de detalle.

Os hablo muy seriamente, Hermanas mías. Al día siguiente del entierro de uno de mis religiosos, mientras estoy bajo el efecto de tan penosas impresiones, comprenderéis que peso cuidadosamente mis palabras, y sin embargo no encuentro otra cosa que deciros.

Mirad, en el sitio de Sebastopol, el general Canrobert, con toda su valentía personal, perdió más hombres por tratar de ahorrar vidas que Pélissier que tuvo la audacia de dirigir una carnicería. Cuando de la vida religiosa se trata, más vale, creo yo, proceder con cierta rotundidad. Frente a la sensación atroz que sentía ante el féretro de este Hermano, que espera en la tumba el despertar eterno, me he dicho que era duro, pero que era el mejor modo de imitar a Nuestro Señor y de ir al cielo.

¿En qué medida hay que entregarse? A esta pregunta el Sr. de Rancé responde: “Hermanos míos, tenéis que recordar que no vinisteis aquí para vivir sino para morir”. Yo no iría tan lejos. Eso es bueno para los Trapenses, pero una religiosa de la Asunción que se consagra a la

salvación de las almas debe vivir para procurarlo y es una desgracia si sus superiores le dejan gastar sus fuerzas demasiado pronto. Las superiores deben respetar la vida de sus súbditas, es su deber. Pero las religiosas también tienen derecho a pedir que les dejen ir un poco más rotundamente y sacrificar su vida, si es necesario. Mi opinión es que deben conservar su libertad para entregarse en toda la medida que Dios les inspire.

*(Extracto de la vigésima primera Conferencia,
30 de noviembre de 1870)*

OBLIGACIÓN DE ESTUDIAR

I

A menos que vuestras superiores os dispensen positivamente, estáis obligadas a manteneros en una cierta cultura intelectual. No acepto que una Hija de la Asunción pueda pasar un solo día sin cultivar su inteligencia, y si falla en eso, hace mal y no permanece en el espíritu de su vocación. Es completamente seguro que las religiosas de la Asunción, tal como yo las entiendo, deben ser muchachas instruidas, muchachas que han abrazado aquella ley del trabajo en que se dice: “Ganarás el pan con el sudor de tu frente” [Génesis 3, 19]. Esta palabra ha sido pronunciada sobre la humanidad entera. ¿Una maestra cristiana va a sentirse exenta? O bien no entiendo nada de vuestra vocación o estáis obligadas –escuchadme bien– a cultivar vuestra inteligencia. El P. Olivieri, gran teólogo,

se levantaba un cuarto de hora antes que los demás religiosos Dominicanos, para trabajar. Poca cosa parece un cuarto de hora cada día, y sin embargo eso impide que uno se oxide completamente.

Lo repito, pues soy inexorable sobre este tema, no acepto que una Hija de la Asunción, a menos que le impongan grandes ocupaciones materiales, no se preocupe de poseer un cierto fondo de instrucción general, tenga o no que dar clases. Voy más lejos, creo que la absolución debería serle negada a la religiosa que no haga, cada día, al menos un cuarto de hora de estudio serio. No digáis que sois incapaces, que vuestra cabeza es un auténtico tonel de las Danaides. Incluso teniendo en cuenta la insuficiencia de los canales de vuestra inteligencia y de lo que pueda tener de agujereada, digo que estáis obligadas de llenar vuestra memoria, y por tanto leer mucho. Olvidaréis mucho, es cierto, pero siempre quedará algo.

*(Extracto de la cuadragésimo octava Conferencia,
24 de febrero de 1871)*

II

Grave obligación que se sigue: Tengo algunas respuestas que dar a las observaciones que me habéis dirigido sobre la severidad de mis palabras a propósito de los estudios a los que estáis obligadas de entregaros para vuestra obra de educación; lo haré muy a gusto aunque tenga que prolongar estas conferencias más allá de lo que había calculado y para apoyar mi palabra en el testimonio ajeno, os diré que dos de mis Padres a quienes he consultado, que per-

tenecen a una escuela completamente opuesta, coinciden conmigo en la misma manera de ver y sostengo con ellos el juicio que os ha asombrado tanto: un confesor debería rehusar la absolución a una religiosa de la Asunción que no quisiera estudiar conforme a lo que pide su vocación.

Mis razones, paso ahora a exponerlas:

a) la ley general del trabajo

Le fue dicho a Adán pecador: “Comerás tu pan con el sudor de tu frente: *In sudore vultus tui*”

[Génesis 3, 19]. Vosotras no estáis dispensadas de la ley del trabajo expiatorio; estáis condenadas al trabajo. Pero debéis trabajar según vuestra vocación, vuestro oficio, aceptadme la palabra. Un albañil no hace el trabajo de un cerrajero, y viceversa. Si fuerais trapenses, trabajaríais la tierra, haríais crecer gusanos de seda; si fuerais hijas de San Vicente de Paúl, curaríais enfermos, trabajaríais con vuestras manos. Hermanas mías, sois Hijas de la Asunción, estáis encargadas de la educación, debéis, pues, cumplir la obligación del trabajo de acuerdo con el estado, el oficio que habéis elegido. Para eso hay que estudiar.

b) el voto de pobreza

Todas habéis emitido el voto de pobreza, es decir de vivir como pobres; los pobres trabajan, por lo tanto debéis trabajar.

c) la justicia frente a los padres

Hay aquí también una cuestión de justicia: así como digo a menudo a los niños que no quieren trabajar que pecan contra la justicia, ya que sus padres pagan por la instrucción que reciben, con mayor razón digo que Hermanas, que no tienen ciencia infusa, están obligadas por justicia hacia los padres y por caridad hacia

las niñas a dar una enseñanza suficiente; y para eso hay que estudiar, hay que preparar su enseñanza.

d) responsabilidades en una Congregación docente

Finalmente diré que existe una obligación moral frente a vuestras Hermanas y la Congregación. Existen diferentes ramas de la enseñanza: la gramática, la geografía, etc..., todo eso no eleva mucho el nivel de la inteligencia; pero si al lado de muchachas que estudian esas cosas también necesarias, no hay otras que estudian las cuestiones generales, para mantener los espíritus a cierta altura, llegará el día en que caeréis en una vulgaridad tan grande que será el principio de la decadencia de vuestra Congregación. La pereza ha sido causa de muchas caídas; ha precipitado a Congregaciones en el abismo. Sí, es muy de temer que una religiosa que no trabaja, que no estudia, que no mantiene activa ni su inteligencia, ni sus manos, mantenga muy activa su lengua, y las Congregaciones sufren mucho de esas conversaciones interminables cuando se instalan al calor de la ociosidad. Me mantengo en lo dicho: a menos de dispensa de las superiores, rehusaría la absolución a una religiosa que no estudia.

*(Extracto de la cuadragésimo novena Conferencia,
27 de febrero de 1871)*

Sólo nos queda una copia de la instrucción siguiente. Por la presentación externa, de la mano del P. Alexis Dumazer, encargado habitual del Padre d'Alzon para transcribir sus Circulares, por su título de segunda instrucción, por su contenido, todo lleva a datarla en 1876 y presentarla en seguida después de la Instrucción sobre la Oración, reproducida en la página 291, como la segunda dada por el Padre d'Alzon con ocasión del Capítulo: además debería, a nuestros ojos, tener el valor de una Circular.

LOS VOTOS

Mis Hermanos muy queridos,

2ª Instrucción

Las defecciones sobre las que hemos tenido que lamentarnos me obligan a insistir sobre la cuestión capital de los votos.

Existe esta diferencia entre el voto y la simple promesa, que el voto, sobre todo cuando es perpetuo, nos compromete con Dios de un modo más completo y nos establece en la continuidad de un estado superior. La promesa es un hermoso fruto de la virtud, el voto es el árbol en sí. Por lo tanto un religioso que toma fastidio a sus votos, sale de aquel estado permanente de virtud y no se da cuenta del daño que se hace a sí mismo.

Existen varias cuestiones muy importantes que examinar a propósito de los votos.

El vínculo del voto Ante todo la atadura del voto. Sin duda el voto simple no tiene ante la Iglesia los efectos del voto solemne, pero tiene la misma

fuerza según el modo como lo emito y no puedo quebrantarlo sin hacerme culpable de pecado grave. La Iglesia puede dispensarme, pero exige motivos serios previstos por la teología y fuera de los cuales una dispensa conseguida subrepticamente es absolutamente nula. Soy yo quien debe exponer los motivos, pero si los expongo de modo incompleto o mentiroso, no quedo dispensado, en virtud de la cláusula que siempre se añade a las dispensas: *Si preces veritate nitantur*. Y a menudo se forjan muchas ilusiones sobre los pretextos adelantados para conseguir semejantes dispensas. Acordémonos de que nuestros votos son una promesa hecha a Dios y aceptada por él, un contrato celebrado entre Dios y nosotros. Dios nunca faltará a este contrato y nos dará las gracias necesarias para que, por nuestra parte, podamos ser fieles al mismo.

El cumplimiento de los votos Los votos emitidos deben ser cumplidos, porque dice el Eclesiástico, más vale no hacer votos que violarlos. Y por desgracia, ¡cuántos violan sus votos!, al menos de forma venial, a menudo porque no se han tomado la molestia de estudiar las obligaciones a que se han comprometido. El voto es un acto que nos obliga a reflexionar sobre lo que le debemos a Dios. Un religioso se compromete de acuerdo con el tenor de su Regla y sus Constituciones, pero muchos luego no buscan sino el modo de sustraerse a sus obligaciones. El religioso tibio, ¿se preocupa de encontrar límites a sus votos? Como el fervor va declinando en él, quiere hacer cada vez menos; de ahí aquellas interpretaciones devastadoras de los votos que han llevado a tan deplorables resultados. El religioso fervoroso por el contrario nunca discute sobre la extensión de sus votos, porque siempre tiende a una mayor perfección.

Su utilidad

Es útil pronunciar votos. El soldado presta juramento a su bandera y la defiende con mayor valentía, pero hay que notar que las promesas hechas a los hombres siempre van a favor de aquellos a quienes se hacen. Los votos en cambio no se pueden hacer a favor de Dios, sólo nosotros encontramos ventaja en ellos. Nuestra recompensa en el cielo será proporcional a nuestros votos. Y efectivamente, la perfección de la ley consiste en la caridad. Ahora bien, el voto es un acto de caridad y desarrolla en nosotros la caridad, y la recompensa del cielo es dada a la caridad. Es, pues, útil hacer votos, con prudencia sin embargo, y todas las almas no son capaces de esta perfección. Si es útil hacer votos, también será útil impulsar a otros a hacerlos. No hacerlo así sería no impulsar a las almas a la conversión.

Su fin

¿Cuál es la meta de los votos?

La religión, siguiendo su sentido etimológico de la palabra, tiene como meta unirnos a Dios. Cuanto más perfecto sea el vínculo que nos une a Dios, más perfecta es la religión; por eso esta palabra ha sido usada para designar el estado de aquellos que están ligados a Dios de un modo más estricto mediante los santos votos. Nuestra unión con Dios no será perfecta sin duda hasta el cielo donde ella producirá una felicidad perfecta; podemos pues considerar los votos como un medio de llegar a la felicidad. El religioso para quien los votos no son más que una pesada cadena insoportable muestra que ya no posee la caridad. El auténtico religioso, por el contrario, ve en ellos un vínculo sin duda, pero un vínculo amable y admirable siguiendo la palabra del Salmista: *Funes ceciderunt mihi in praeclaris* [Salmo 16, 6]. El voto nos coloca en un estado intermedio entre el ángel y el hombre carnal. En el cielo se ve a Dios cara a cara, en la tierra le conocemos mediante las especies y las ideas generales. En la vida religiosa hay además algo

perfecto en el orden del afecto, que se refiere como una consecuencia a la visión misma de Dios.

Ventajas de los votos El voto diviniza ciertas virtudes y es doctrina de Santo Tomás que es excelente porque constituye un acto de latría. Porque los Padres dicen que no es la virginidad, no es la renuncia a todas las cosas la que forma la virtud sobrenatural, *hoc enim fecit et Crates philosophus*, es la intención y la aplicación a hacer por Dios todas las cosas.

El voto da a vuestra alma una verdadera estabilidad y nos hace por ende participar en cierto modo de la inmutabilidad de Dios, paralizando las divagaciones de nuestra voluntad.

Nos consagra a Dios y constituye un sacrificio perfecto como el holocausto de la antigua ley, que inmola sobre el altar del Señor a nuestro ser entero. El voto de pobreza destruye en nosotros cuanto nos toca fuera de nosotros, la castidad sacrifica nuestro cuerpo, la obediencia da a Dios nuestra voluntad y todo nuestro interior de modo que hace de nosotros sacrificados perpetuos, por lo tanto con razón podemos aplicarnos aquellas palabras que repetimos cada día en la santa Misa, *Sacrificium laudis*. Nuestro sacrificio es en verdad un sacrificio de alabanza que puede renovarse todos los días y contribuir a la gloria de Dios.

Su oportunidad actual En fin, un motivo muy grave que debe impelernos a aferrarnos a nuestros votos es que se trata de una protesta contra los enemigos del nombre de Dios. Los miembros de las sociedades secretas se ligan entre ellos mediante juramentos infernales para hacer la guerra a Jesucristo. Todas las cuestiones sociales o políticas que se plantean en el mundo moderno se reducen a una sola: Nuestro Se-

ñor Jesucristo ¿reinará o será rechazado? Los enemigos de Dios hacen juramentos al diablo, forman un ejército inmenso a favor del Anticristo. Si, pues, existe una jerarquía en el infierno, si esta jerarquía se reproduce en la tierra para el mal, he ahí un motivo poderoso para constituir un ejército de resistencia a favor de los derechos de Dios. Debemos estar a la cabeza de este ejército y comprender el sentido de las palabras dirigidas a San Pedro: *Amas me plus his?* [Juan 21, 15]. Hace falta que amemos a Jesucristo más que los demás, y que le estemos dedicados mediante vínculos más estrechos que son nuestros votos y que, habiendo así atestiguado mayor caridad, recibamos en recompensa una fuerza más grande que nos haga capaces de hacer un mayor bien.

Esta instrucción es la octava de un retiro predicado a los miembros del Capítulo de las Religiosas de la Asunción, antes de las sesiones capitulares del mes de agosto de 1876.

De las demás instrucciones sólo nos quedan los títulos o esquemas que se inspiran en las Circulares dirigidas a los Religiosos de la Asunción. El Padre d'Alzon ha arrancado las páginas de esta instrucción sobre el Apostolado, para dársela sin duda, con las adaptaciones del caso, a sus religiosos con ocasión del Capítulo que se iba a celebrar algunos días más tarde en Nimes. Tendríamos aquí la sustancia de una tercera instrucción: de ahí el valor especial de este documento.

EL APOSTOLADO

Praedicate evangelium omni creaturae [Marcos 16, 15].

La Asunción considerada en su conjunto es una obra apostólica. Sin embargo, si cada religioso y cada religiosa han de ejercer en ella un apostolado, los superiores deben considerarse como directores de los apóstoles. Y, desde este punto de vista, he aquí las condiciones que me parecen esenciales para su misión.

1. El amor muy amplio del reino de Dios, que incluye el amor a todas las almas que les están especialmente confiadas.
2. El desinterés absoluto por todo sentimiento personal en la obra de Dios.
3. La inmensidad de los santos deseos para dar cuanto se puede dar y hacer dar.
4. El límite de la acción personal y de la acción de la comunidad, fijada por la prudencia.

1. Amor muy amplio del reino de Dios

Os habéis consagrado a extender el reino de Jesucristo en las almas. ¿Pero se trata del reino de Jesucristo lo que queréis extender y no vuestro imperio? El reino de Jesucristo es la mayor de las causas. Desgraciadamente, ¡cuántos obstáculos se oponen: la prudencia, la pereza, la fatiga, el disgusto, el vuestro y el de los demás!

En cada instante, os encontraréis frente a personas que, si vosotros comprendéis, ellas no comprenden; que si vosotros amáis, ellas no aman o aman de otra manera. Hay que ensanchar las inteligencias y los corazones en la gran cuestión de la causa de Dios, hay que abrir horizontes para los miopes, hay que encender braseros para gentes que sólo aspiran a un calentapiés y temen coger un catarro si se les da demasiado calor. ¡Felices los superiores que abarcan el mundo entero en su ambición, porque su ambición les lleva a que Jesucristo reine en todas partes!

Ahora bien, no debéis solamente trabajar directamente sobre las almas, tenéis que hacer escuela. Antiguamente había las escuelas de los profetas; bajo santos superiores habría que ver la escuela de los apóstoles. Me imagino a un superior que ama a Jesucristo con toda su alma y a la Iglesia, el cuerpo, el reino de Jesucristo, diciéndose: “Tengo diez, veinte, treinta almas, que conmigo pueden ser instrumentos de crecimiento de este hermoso reino. Tengo treinta, sesenta, cien alumnas, sobre quienes debo actuar y a través de las cuales puedo acercarme a otras tantas familias. Tengo Hijas de María, tengo Terciarios, a quienes puedo tomar como otros tantos colaboradores y colaboradoras de mi obra; y así como yo voy a buscar la llama en el corazón de Jesucristo, así debo echar aquellas

llamas que incendian mi corazón en los corazones de mis hijas”.

2. El desinterés personal

Habiendo pasado días, meses en este trabajo, esta admirable superiora se reposa, y echando una mirada satisfecha a su alrededor, se dice: “He trabajado bien”; entonces una docena de diablos haciendo eco a su derredor repiten muy agradablemente: “Realmente ha trabajado bien”. ¡Qué alegría infernal para tan atroces criaturas, si el amor propio de esta alma apostólica se complace en elogios salidos del infierno! ¡Oh!, Jesús daba otro tipo de lecciones a sus apóstoles: *Cum feceritis ea quae precepta sunt vobis, dicite: servi inutiles sumus: quod debuimus facere, fecimus* (Lucas 17, 10).

Sabed, pues, en primer lugar que no sois capaces de nada en el mundo sobrenatural, que si hacéis naturalmente un bien sobrenatural, no podréis sacar ningún mérito y que desde ese momento toda recompensa está perdida para vosotras; en segundo lugar, el bien realizado sobrenaturalmente, si se vuelve amor propio, es para vosotras un inmenso peligro, ya que el orgullo se nutre de él y os hace semejantes a Satán que se complace en sí mismo; en fin que perdéis la ocasión más importante para consolar a Jesucristo y poderle ofrecer una obra duradera, levantada por vuestras manos y consolidada por vuestra humildad.

El desinterés al servicio de Jesucristo es la cosa más rara. ¿Por qué tantas almas religiosas se dejan arrastrar a caídas vergonzosas tras haber perdido la vocación? Porque se puede decir de ellas lo que San Pablo decía de ciertos sacerdotes de los primeros días de la Iglesia: *Caeteri quae sua sunt quaerunt, non quae Jesu Christi*. [Fi-

lipenses 2, 21] ¿Por qué se llega a este extremo? Porque no se ha visto en los superiores un desinterés suficiente. Se los imita en exceso y uno se pierde. ¿Quién tiene la culpa? Los superiores que no se han despojado suficientemente del amor propio. ¡Oh!, bienaventurada pobreza espiritual, no menos importante que la pobreza de los votos y quizá más importante para los superiores. ¿Cuándo, en el amor a Jesucristo, cabrá totalmente en nosotros?

3. La inmensidad de los deseos santos

Nunca haremos por Dios todo lo que deseamos, pero el deseo es una disposición preciosa. Daniel fue un hombre de deseos y por eso agradable al Señor. Jesucristo en la oración dominical nos ha enseñado a ser hombres de deseos. Limitad los vuestros a los de la oración dominical y Santa Teresa os probará que no se necesita más para llegar a la más alta perfección en la vida contemplativa. Lo mismo pasa en la vida apostólica. La gloria de Dios, el advenimiento de su reino, el absoluto cumplimiento de su voluntad, ¿qué más deseáis?

Por lo tanto no es sobre el objeto de los deseos sobre lo que hay que centrarse, sino sobre su intensidad. Pero los deseos no se inflaman sino mediante la oración. Ved a San Pedro proponiendo la institución de los diáconos: *Nos autem orationi et ministerio verbi instantes erimus* [Hechos 6, 4]. Orar y hablar, he ahí su función, pero primero orar.

Rezar por el conjunto de su comunidad, rezar por las necesidades de cada religiosa, de cada alumno, de todos aquellos en cuya relación entramos. Rezar por los pecadores, rezar por los santos. Rezar por la perfección de las obras de que estamos encargados. Rezar por las almas que os hacen sufrir de cualquier modo, y si os hacen su-

frir por un mal sentimiento contra ti, qué venganza divina poder decir: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” [Lucas 23, 34]. Es la venganza de Jesucristo en la cruz, que ha convertido al mundo mediante la inmensidad de los deseos de su amor por los pecadores.

4. El límite de la acción personal

Para hacer bien las cosas no hay que hacer demasiado y no hay que hacer hacer demasiado. Recordad vuestra meta, vuestro carácter, vuestro espíritu, no los superéis. No impongáis trabajo por encima de las fuerzas. Hay que servirse de la espuela, hay que servirse también del freno para sí mismo y para los demás.

Los superiores que piden demasiado, no tienen razón; se exponen a agotar y a hacer a sus inferiores incapaces de dar cuanto había en ellos. Esto se refiere también a los superiores que quieren hacerlo todo por sí mismos. Ved lo poco que ha hecho Nuestro Señor. Ha tomado para sí el sufrimiento, la muerte; pero su acción externa, tal como el evangelio nos cuenta, se reduce a poco. Ha formado a los apóstoles y los ha enviado a través del mundo. ¡Gran lección para los superiores que encuentran que nada está bien hecho si no lo que hacen por sí mismos! Esa no es la manera de fundar las tradiciones apostólicas.

Finalmente hay que atenerse a ciertas obras fijadas por los superiores mayores, dejarse de devociones personales. Tal Maestro de novicios o superior, antes de los votos de la Orden o de la Congregación, impondrá infinidad de votos; tal otro penitencias, otro procesiones, tal otro devociones a su gusto. Excelente medio, con todas esas devociones, de impedir que se siga la regla. Ateneos a lo que está reglado y que lo superfluo no absorba lo necesario.

El apostolado de los superiores de comunidad tiene este carácter excelente: los otros apostolados tienen como objetivo hacer cristianos, el apostolado de los superiores tiene como meta hacer santos. Desde este punto de vista, por un lado es más restringido, por otro es más elevado.

¡Que Dios os haga apóstoles de la santidad haciéndoos santas a vosotras mismas! Comenzad a hacer, luego a enseñar, como Nuestro Señor de quien se dice: *Coepit facere, et docere* [Mateo 4, 17]. Que vuestra predicación más eficaz sea el ejemplo, y vuestro apostolado tendrá toda la fecundidad que Dios espera de él.

IV

EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN

Los tres documentos que siguen tratan desde puntos de vista distintos del espíritu de la Asunción. El primero es una conferencia al mismo tiempo familiar y elevada a las Religiosas de la Asunción y recomendada más tarde a las Oblatas; la segunda es un esquema más desarrollado del 15° sermón de un retiro predicado a las mismas Religiosas después de 1870; el tercero, un trabajo sobre nuestro espíritu, a partir de textos del Evangelio.

El Padre d'Alzon gustaba de este método de exposición y desde septiembre de 1843 se lo había recomendado calurosamente a la Madre María Eugenia de Jesús: "... reflexionando sobre vuestra meta y el capítulo que debe exponerlo, me viene una idea... Estudiando un poco la Sagrada Escritura, encontraréis en ella una multitud de pasajes que explican lo que queréis decir; tendréis una doble ventaja: la de recibir o mejor buscar vuestra Regla en la Palabra de Dios y la de impedir que puedan atacar vuestros pensamientos de entrega..."

Siguen cuatro extractos de cartas y dos notas cortas.

I. ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN: ESPÍRITU DE UNIDAD

Envío a las Oblatas Vuelvo a encontrar el análisis de una instrucción dirigida por mí hace siete años a las religiosas de Auteuil; os la confío, mis queridas hijas, porque salvo una o dos expresiones sin importancia, las ideas que desarrollo en ella son perfectamente aplicables. Se trata como siempre de algunos rasgos del espíritu de la Asunción. Bebed aquí el sentimiento de perfección que Nuestro Señor parece pedirnos en un don más completo de vosotras mismas a la causa de nuestro divino Maestro.

E. d'Alzon.

Nimes, 19 de agosto de 1876.

Variedad de espíritus entre los Santos Las obras de los santos tienen cada una un espíritu particular. María de Ágreda, Santa Catalina de Siena, Santa Teresa, cada una tiene un sello particular. ¿Por qué? Santo Tomás dice, siguiendo a Aristóteles: *Quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur*; aforismo que, aplicable a las cosas naturales, también lo puede ser a las divinas: toda cosa que se recibe toma la forma del recipiente. Tomemos un ejemplo: el aceite que está en el vaso de esta lámpara ha tomado su forma redonda alargada; si con él se llenara la lámpara de cobre misma, el aceite tomaría sus contornos y entraría en todos sus alvéolos; se trataría siempre del mismo aceite pero con una forma diferente. Así la gracia baja a nuestro

corazón; si es pequeño y estrecho, le llena poco; si es amplio y dilatado, entrará en él abundantemente, sigue siendo la misma gracia.

Apliquemos esto al espíritu de los santos. Todos tienen el espíritu de Dios, pero con un sello particular. Así María de Ágreda tenía el espíritu franciscano; Santa Teresa, diga lo que diga el P. Bouix, seguía la doctrina dominicana: la Compañía de Jesús contaba entonces con muy pocos teólogos; es evidente que es la teología dominicana la que domina todas las obras de Santa Teresa. Dios permite y quiere cierta diversidad entre los santos para evitar una monotonía que resultaría muy desagradable, y para que cuando nos encontremos en el cielo no resulte aburrido. Pero en el fondo siempre se trata del espíritu de Dios.

**En las órdenes
religiosas**

Encontramos lo mismo en las órdenes religiosas. Cada una tiene su espíritu, según la meta que Dios se ha propuesto al dejarlas establecerse en la Iglesia. *Ubi spiritus Dei, ibi libertas* [2 Corintios 3, 17]. Se necesita una cierta libertad en el servicio de Dios. Los unos pretenden que sobre todo hay que servirse de la naturaleza para elevarse hasta Dios mediante el uso y el desarrollo de los dones naturales que nos ha hecho; los otros que hay que destruir la naturaleza para hacer triunfar a la gracia. El hecho es que debemos salvarnos con la naturaleza y mediante la gracia. Esto es una cuestión de más o de menos. Así un hombre al que el médico le receta tomar vino con agua, si le gusta el vino, pondrá mucho vino y poca agua; si le gusta el agua pondrá mucha agua y poco vino. Es cuestión de más o de menos. Por mi parte sabiendo que he de salvarme mediante la gracia, pero con mi naturaleza, es evidente que haré de forma que entre el máximo de gracia y el mínimo posible de naturaleza; pero cada uno es libre de arreglarse como le parezca: *Ubi*

spiritus Dei, ibi libertas. Con tal que esté el espíritu de Dios, el espíritu del Evangelio, importa poco la forma del recipiente.

**El espíritu de la
Asunción**

Vengamos, pues, a hablar de vuestra forma propia, del espíritu de la Asunción. No puedo considerarlo bajo todas sus caras, sería infinito; me dedicaré a una sola para meditarla con vosotras. Jesucristo, en el momento de subir al Calvario, terminaba su sublime discurso después de la Cena mediante las palabras que dirige a su Padre, como su última oración: *Ut sint consummati in unum!* [Juan 17, 21]. Que sean consumados en uno, en la unidad.

No se puede concebir una circunstancia más solemne que aquella en que Nuestro Señor Jesucristo, dejando a sus apóstoles para ir a su pasión, les dirige su último adiós, su última recomendación. Estaba hablando al primer convento de la Nueva Ley. Porque si los Carmelitas se remontan más allá y cuentan como sus primeros Padres a algunos monjes de la antigua Ley, el colegio apostólico era verdaderamente el primero y el modelo de los conventos de la Ley cristiana. Nuestro Señor estaba allí, el divino superior; San Pedro, destinado a remplazarle a la cabeza de los apóstoles; también estaba allí un personaje muy triste, pero en este momento ya estaba ausente.

Jesús, pues, ora a su Padre: *Ut sint consummati in unum*: la unidad, he ahí el bien supremo que les desea, la última palabra de las enseñanzas de su Evangelio. También es lo que propongo a vuestras meditaciones. Nuestro divino Maestro pedía para sus discípulos la unidad con su sagrada persona, la unidad en la Iglesia católica cuyo primer núcleo eran ellos, la unidad entre ellos, la unidad en sus obras apostólicas. Meditemos estos cuatro puntos de vista.

Supongamos por un instante que la Santísima Virgen estuviera escondida en un rincón del Cenáculo y oyese

estas palabras; y, supongámoslo, para poder ponernos en su lugar y escuchar como ella y con ella las enseñanzas de su divino Hijo. Ello hará que esta instrucción, que no trata directamente de la Santísima Virgen, será la instrucción más sólida sobre la imitación de nuestra divina Madre.

I. Unidad con Jesucristo

Y en primer lugar la unidad, la unión con Nuestro Señor Jesucristo. ¿Hubo alguna vez una más perfecta que la de su santa Madre? ¿Pensáis que desde el bienhadado instante en que ella le concibió en sus castas entrañas, María haya cesado un solo momento de estar unida con la unión más completa a su divino Hijo? ¿Y podéis suponer que los sentimientos, los pensamientos, los afectos, los actos de la Santísima Virgen fueran ni siquiera ligeramente distintos de los actos de Jesucristo?

Mediante esta íntima unión de cada instante con Nuestro Señor es como la Santísima Virgen ha alcanzado la perfección sublime, que le ha hecho tan agradable a los ojos de Dios. Es en la Iglesia el modelo, si puedo decirlo así, de las almas cuya vocación es común y corriente, que son las más numerosas; su vida no tuvo nada extraordinario aparte esta unidad con su divino Hijo. Y por eso todo cristiano, y a mayor abundamiento toda alma religiosa, debe y puede imitarla. Esto no quiere decir que llegaréis a la perfección de la Santísima Virgen. Esto no quiere ni siquiera decir que seréis tan agradables a Nuestro Señor y que tendrá por vosotras el mismo amor que por su Madre. Y sin embargo hay en el Evangelio una palabra que debe atraer nuestra atención. Allí se dice: “Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su esposa” [Génesis 2, 24]. No voy a expresar esta palabra, porque en cierto sentido María era la esposa de Jesucristo, así como era su madre, y con este doble título tiene derecho a todos los

sentimientos del corazón de su Hijo. Pero no es menos cierto que esta palabra es una de las más consoladoras que conozco para un alma religiosa, una fuente de vida y de fuerza en las horas de desaliento y de tristeza.

Sí, hay un cierto sentido, mediante el cual en calidad de esposa de Jesucristo tengo derecho a los más tiernos afectos, y en cierto sentido se separa por decirlo así de su Madre, para unirse a su esposa. Y esto abre horizontes infinitos para un alma religiosa. Si cada una de las gracias que Jesucristo derrama sobre ella y de las que una gran parte cae a tierra, si cada una de estas gracias encontrara una fiel correspondencia, ¿hasta dónde no subiría?

Se dice de Salomón, en la Escritura, que Dios le concedió una amplitud de corazón como las arenas de las playas marinas: *Dedit ei latitudinem cordis, sicut arenam in litto-re maris* [1 Reyes 4, 29]. ¡Amplitud de corazón para recibir a Nuestro Señor! Podéis ver la arena de la playa, podéis medir los contornos y los límites del océano, ¿pero quién sondeará las profundidades? ¿Quién dirá la fuerza dilatante (si es que la palabra existe) del amor de Jesucristo para ampliar el corazón y penetrar en él más profundamente? ¿Y podéis saber hasta qué punto vuestro divino esposo se entregaría a vosotras, os uniría a él, si como la Santísima Virgen, fijos los ojos constantemente en él, respondierais a cada una de sus gracias con una nueva fidelidad, a cada uno de sus deseos con un nuevo sacrificio?

II. Unidad con la Iglesia católica

En segundo lugar, Jesucristo quiere de vosotras la unidad con la Iglesia católica. Santa Teresa decía al morir: “Muero hija de la Iglesia católica”. Y vosotras, ¿no podríais decir con inexpresable felicidad: “Vivo hija de la Iglesia católica”? ¿No se dice de una muchacha que entra

en el mundo y comienza a disfrutar de su libertad que es feliz de vivir? ¿No podríamos nosotros igualmente decir que somos felices de vivir en esta atmósfera católica, de respirar a pleno pulmón este espíritu, puro, sencillo, recto, pero entero de la Iglesia, una, santa, católica y apostólica? Cuando miro a las Órdenes religiosas que se multiplican hoy día, me parece que entre todas Nuestro Señor os ha querido en particular para cooperar en este magnífico trabajo de unidad que se da en nuestros días en el mundo.

Nuestro Señor ha dicho que al final de los tiempos no habrá más que un solo rebaño y un solo pastor: *Unum ovile et unus pastor* [Juan 10, 16]. Hacia un resultado así caminamos. Es una de las glorias del Pontificado de Pío IX, gloria de las que me parece que nos ocupamos demasiado poco. Nunca en ningún tiempo de la historia de la Iglesia, desde los primeros siglos, ha habido tantas misiones como ahora. Pío IX ha fundado ya más de 170 obispados y mientras los pueblos ajenos a la Iglesia se apresuran a entrar en su seno, se realiza entre los católicos un trabajo de centralización. Se están agrupando, están cerrando filas en torno a la Santa Sede. Hace veinte años, si se hubiera preguntado cuál sería el primer dogma que se iba a proclamar, se hubiera respondido: el de la Inmaculada Concepción. Hoy, es evidente que el primero del que se ocupará el próximo Concilio, el primero a definir, es el de la infalibilidad del Papa. Todos lo creen y lo proclaman; nadie osaría hoy sostener la tesis contraria. Lo más que se puede decir es que no es oportuno definir tal dogma. En cuanto a la cuestión de la oportunidad, eso le toca al Papa decidirlo. Y si en el Concilio de Nicea, en que participaron 300 obispos, sólo hubo seis que rehusaron firmar el símbolo de la fe, el Hijo de Dios consubstancial; no llegarán quizá a dos docenas, de los 1200 obispos del mundo católico, que rechazarán declarar al

Papa infalible. Por mi parte, lo confieso, casi deploro que se defina este dogma; me sentiría dichoso de poder decir a Nuestro Señor: “Señor Jesús, si la infalibilidad de vuestro Vicario no es un artículo de fe, aunque se sigue evidentemente de las palabras de vuestro Evangelio y de las tradiciones de la Iglesia Santa, creo en ello de todo corazón, porque me gusta ir más allá de lo que mandas a mi fe. Como en materia de perfección, al alma que os ama el precepto no le basta, va hasta los consejos”.

Vosotras en la medida de vuestras fuerzas y de vuestra acción, debéis trabajar en secundar este movimiento católico de unidad, uniros prietas las filas en torno a la cátedra de San Pedro, desarrollar en vosotras una ferviente devoción al Papa, no a Pío IX, a Gregorio XVI o a sus sucesores, sino al Papa, al Vicario de Nuestro Señor, al centro de la santa Iglesia, nuestro jefe, nuestro único pastor. Porque, como decía muy bien aquel buen viejo pastor al que anunciaban que la República había sido proclamada: “Por mi parte, respondía, nunca he visto bien gobernadas las ovejas cuando hay más de un pastor; porque entonces cada uno tira para su lado”. Así, para que todo esté en orden, hemos de unirnos a un jefe supremo, en torno al que deben unirse todos los pastores secundarios, y de ahí consecuencias maravillosas se seguirán para vosotras. ¡Qué seguridad y qué luz en vuestra conducta, en vuestros estudios, en vuestra doctrina! He vivido quince años en la diócesis de Nimes, antes de que en ella se adoptara la liturgia romana. Cada vez las ceremonias variaban, hasta el punto de que un obispo, que me preguntaba un día qué rito seguíamos, le respondí: “Monseñor, nosotros seguimos al sacristán que va delante”. Desde que tenemos el rito romano, todo está regulado, decidido por adelantado; sólo se necesita consultar.

Pues bien, se trata de eso. De la doctrina de la Santa Sede, cátedra de verdad, se sigue toda certidumbre de doctrina y adhiriéndoos a ella estáis seguras de nunca errar. Una de las aberraciones de nuestro tiempo consiste en lanzarse a ideas muy azarosas en algunos puntos de doctrina. Por mi parte, confieso que a menudo no logro comprender nada: los “porque”, los “si”, los “pero”, sólo sirven para embrollar mi espíritu. Experimento, en contacto con tal clase de discursos, algo del terror que sentía un hombre muy respetable de la magistratura francesa, al escuchar a un hombre que ha dado cierto brillo a la cátedra cristiana, el P. Lacordaire: “Cuando le escucho, decía, tengo la sensación de que a cada instante va a dar el salto mortal; es cierto que siempre cae en su púlpito, pero nos ha dado escalofrío”. Guardaos siempre de estos tipos de doctrina, no tengáis otras distintas de las que descienden directamente del centro de la Iglesia santa, una en su fe.

III. Unidad en la Congregación

Veamos ahora la tercera unidad, la unidad en vuestra Congregación. Si considero los dos campos que se reparten el mundo, veo el campo de Satán en que reina el odio y el campo de Dios donde reina la caridad. La Iglesia lucha mediante la caridad contra el espíritu del mal y para ello reúne todas sus fuerzas. Vosotras sois uno de los ejércitos de la Iglesia santa; Nuestro Señor os ha querido como Congregación para combatir con ella. ¿Quiere eso decir que vuestra Madre General os ha fundado por una revelación milagrosa de la voluntad de Dios? No, no lo creo. Pero ¿se trata de una inspiración del Espíritu Santo y por voluntad expresa de Nuestro Señor? Sí, evidentemente, sí. Y tenéis la prueba en la aprobación de vuestro Instituto por parte de la santa Iglesia. Nuestro Señor quiere que como hijas de la

Asunción trabajéis para él; para eso hay que cerrar filas en unidad de espíritu, en la caridad. Ya sois una Congregación numerosa, y si no lo sois tanto como las hijas del Niño Jesús, por ejemplo, que fundadas hace unos pocos años cuentan ya con 800 religiosas, es porque Nuestro Señor os ha distinguido y elegido entre muchas, y precisamente por eso el diablo os acecha.

Cuando se quiso construir una iglesia en las montañas cercanas a Nimes, hubo que traer cemento romano, porque los vientos allí son tan violentos que los muros contruidos con cemento ordinario se derrumban. Si en la santa Iglesia hay edificios expuestos al soplo del demonio, son con toda seguridad los conventos de los religiosos y de las religiosas. Se necesita cemento muy fuerte para resistir a sus ataques. El de la unidad, de la caridad. Sed unas en vuestro espíritu, en vuestro trabajo y vuestro poder de acción se verá redoblado: *Vis unitate fortior est.*

Pero no insisto lo bastante sobre los esfuerzos particulares que cada una de vosotras debe hacer para perseguir esta unidad. Ciertamente ya existe entre vosotras y sé que no estáis en uno de esos conventos que se encuentran en Siria, donde un obispo, viendo ciertos bastones en la sala capitular, preguntó para qué servían, le respondieron que estaban allí para proporcionar a las religiosas el medio de llegar a acuerdos sin terminar con el mobiliario. Pero si entre vosotras no existen tan groseros insultos a la unidad, ¿no existen otros medios más edulcorados para debilitarla; manos y garras de hierro escondidas en guantes de seda, que no dejan de desgarrar la túnica inconsútil de la unidad; palabras halagüeñas y melosas que siembran la división? Estamos en general muy preocupados de la misión que hemos de cumplir fuera, demasiado poco de la que nos es impuesta dentro.

Solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis [Efesios 4, 3]. Estad llenas de preocupación por conservar y acrecentar la unidad entre vosotras con el vínculo de la paz. Ayer cantábais: “*Ecce quam bonum, et quam jucundum habitare fratres in unum*” [Salmo 133, 1]. Es muy hermoso y muy cierto. Pero esa habitación común ¿consistirá solamente en ir al mismo comedor, a la misma sala de trabajo, a tener celdas unas al lado de otras? Evidentemente no. Se trata sobre todo de la vida interior, de la unidad de espíritus y de corazones y a eso debéis cooperar por vuestra parte, cada una con solicitud, como quiere el apóstol. Se trata de un examen asombroso por el escaso número de gente que lo hace, sería éste: “¿En qué hago yo todo lo posible para cultivar a mi derredor la paz y la unión? ¿En qué siembro yo palabras que son semillas de división? ¿En qué soy yo pacificadora, conciliadora?” He ahí un examen que entrego a vuestras meditaciones. Un joven que en otro tiempo quiso entrar con nosotros, entró con los Jesuitas y pasó allí ocho años, al cabo de los cuales le entró en el cerebro la idea de que Dios le había dado la misión de reformar a los Jesuitas. Pensaba que en muchos puntos las cosas serían mejor de otra manera; le rogaron que se fuera y se fue. Era lo mejor que podía hacer. Os vendrá a la mente que tal cosa sería mejor de otra manera. ¿Pero de verdad las cosas no podrían ir mejor? Ciertamente, hija mía, podrían y todo iría mucho mejor, si tú fueras más humilde, más obediente y más caritativa. Eso es lo que os toca. Hacer crecer la unidad con el vínculo de la paz mediante mayor humildad, más obediencia y sobre todo mayor caridad.

IV. Unidad en vuestra misión

Y llego a la unidad en vuestra misión. Vuestra meta, vuestra razón de existir, consiste en trabajar en la extensión del reino de Jesucristo en las almas. El celo por los intereses de Dios, la sed de la salvación de las almas, he ahí uno de los sellos particulares del espíritu de la Asunción; y si mi afecto por vosotras no me hace ver las cosas al revés, me parece que esta entrega a los intereses católicos, este don de sí a las almas para ganarlas a Jesucristo, no los he encontrado en ninguna parte, tal como yo me imagino que el espíritu de la Asunción debe realizarlos en la Iglesia. Debéis este espíritu a las que os han fundado. No vengo a deciros que adquiriréis lo que no tenéis, sino que desarrolléis lo que tenéis. ¿Pero por qué habéis de trabajar sobre las almas? Para dárselas a Jesucristo, para conducir las a la unidad con él, como debéis vivir vosotras mismas. Y así todo vuelve a nuestro divino Maestro y parte de él. Mediante vuestra unión con él es como atraéis a él las almas y en este sentido podría terminar por donde comencé, porque el Señor Jesús es el principio y el fin de todas las cosas. Hay que trabajar para él y no olvidar que él es el único dueño de las almas y que sólo a él pertenecen.

El Sr. Thiers ha escrito una obra en que quiere establecer que el campo cultivado por el labrador pertenece a este labrador, únicamente por el hecho de que lo ha regado con su sudor. No discuto esta teoría en este momento; pero es un hecho que en todo hombre hay una inclinación extraordinaria a apropiarse del terreno que cultiva. Ahora bien, se trata de encantadores campos los que tenéis que cultivar, deliciosos vergeles, huertos, todo lo que queráis, esas almas y esos corazones en que veréis abrirse a veces una flor, a veces un fruto a fuerza de trabajo; y nos figuramos fácilmente que estas almas son nuestra propiedad.

No hacemos remontar a Dios el perfume de estas flores, la suavidad de estos frutos; olvidamos que estamos en sus manos, somos no diré máquinas, sino humildes instrumentos mediante los cuales él actúa. Diríamos con gusto: ¡qué desgracia que esta niña me abandone, sólo yo podría hacerle bien! Así ponemos nuestro espíritu, nuestros pensamientos en el lugar del espíritu católico, de los pensamientos de Nuestro Señor. A menudo un sacerdote encargado por su obispo de una parroquia más o menos numerosa pone en ella a tal punto su manera de ver, sus ideas, sus devociones, que se llega a encontrar en esas parroquias no el espíritu católico, sino el espíritu del Señor Cura. No nos riamos demasiado, quizá encontremos muy fácilmente el espíritu de la Señora tal.

Trabajad, pues, para Nuestro Señor y por él acrecentad su influencia y no la vuestra. Llevad Jesucristo a las almas y no os llevéis vosotras mismas.

Auteuil, 13 de febrero de 1869.

II. EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN

Sectare justitiam, fidem, spem, charitatem, et pacem cum iis qui invocant Dominum de corde puro (2 Timoteo 2, 22).

Se os ha dicho muy a menudo que el carácter de la Asunción es el amor a Jesucristo, a la Santísima Virgen y a la Iglesia. Pero para ver en qué sentido debe desarrollarse este amor, tomo prestada una palabra de las recomendaciones que San Pablo hacía a Timoteo: *Sectare justitiam, fidem, spem, charitatem, pacem*. Examinemos estas cinco virtudes.

1° La justicia

Se trata del conjunto de los derechos de Dios. La justicia es una virtud mediante la que se da a cada uno lo que se le debe; resulta sencillo, es justo que se trate de dar a Dios sus derechos. Disposición esencial en nuestros días en que no se habla sino de los derechos del hombre y se ocupa poco de los derechos de Dios. *Sectare justitiam*. He ahí por qué la Escritura hace un elogio tan bello del justo.

Pero podemos practicar la justicia como Jesucristo devolviendo del fondo de nosotros lo que los hombres le quitan, rezando por los que no rezan, expiando por los que no hacen penitencia, haciendo el bien por los que hacen el mal. ¿Quién dirá como el Salmista: “*Tabescere me fecit zelus meus, quia obliti sunt verba tua inimici mei*” [Salmo 119, 139].

2° La fe

Es necesaria para todos, pero nuestro sello es la aceptación del orden sobrenatural. No hemos de preocuparnos sino de los juicios realizados a la luz de la fe. Aquí se da

una lucha contra la prudencia humana. Seamos prudentes pero en el orden de la fe y no según los juicios de la carne. *Prudentia carnis mors est* [Romanos 8, 6]. El espíritu de la Asunción que busca los derechos de Dios, los defiende en la luz de Dios. ¡Feliz disposición que evita un gran peligro, el de confundir el interés de la causa de Dios con nuestro propio interés!

3° Spem. La esperanza

Hacerlo todo por Dios es la meta de todos los santos. Pero cuántas almas no se hacen santas porque caen en la inmensa hipocresía de las esperanzas humanas, bajo el velo de las esperanzas divinas.

Dice el Espíritu Santo: *Beatus vir qui post aurum non abiit* [Salmo 1, 1; Eclesiástico 31, 8]. Este oro, tras el que el Espíritu Santo alaba no correr, es todo aquello que ata el corazón a las cosas de acá abajo. El espíritu de la Asunción es esencialmente desinteresado. ¡Desgraciado quien se ata a cualquier cosa que no sea Dios! ¡Feliz quien comprende en toda su extensión la lealtad del desinterés! Esto toca a la pobreza, pero por su lado más alto se desdén toda riqueza que no caiga del corazón de Jesucristo, todo tesoro que no sea divino, toda recompensa que no sea Dios mismo.

4° Caritatem. La Caridad

No hablaré de la caridad en su sentido general, que es lo propio de todos los santos, pero suponiendo ya esta caridad en la Asunción, diré que tiene que ser más que en ninguna otra parte:

A) *Ardiente*, frente a los adormecimientos de tantas almas piadosas. Se ocupan de sí mismos, se refugian en lo más íntimo del propio ser para no pensar más que en sí

mismo. La piedad personal, individual, he ahí una plaga de los tiempos presentes. Nadie me hará decir que se trate de una verdadera caridad.

B) *Audaz*. Diré la palabra, porque se nos reprocha: no seamos temerarios, pero sepamos osar. ¡Qué se puede hacer, efectivamente, sin audacia! Somos criticados; también Jesucristo lo fue, los Apóstoles lo fueron. *Venit hora, ut omnis qui interficit vos, arbitretur obsequium se praestare Deo* (Juan 16, 2).

He ahí las ideas frente a las que nos encontramos. *Absque synagogis facient vos* (Ibid.): nos dan portazo en todas partes. *In mundo pressuram habebitis, sed confidite, ego vici mundum* (Juan 16, 33). He ahí por qué se necesita una fe audaz, osada. Esto espantará a algunos; no pertenecerán a la Asunción; no tendrán su espíritu.

C) *Plena de iniciativa*. Atravesamos una época de trastornos. ¿Quién puede negarlo? Las ruinas nos amenazan por todas partes. Hemos visto algunas espantosas, veremos muchas otras. ¿Pensáis que tras haber derruido, Dios no va a construir? No conocemos los designios de Dios, pero debemos actuar como si dijera como en el Apocalipsis (21, 5): *Ecce nova facio omnia*. ¡Cuántas obras hay que emprender! No se trata de abrazarlas todas, pero ¡cuántos esfuerzos para conseguir lo que Dios tiene derecho a esperar de nosotros! Nos criticarán, eso es conocido, pero iremos siempre más adelante y al final seremos bendecidos. En todo caso, habremos protestado.

5° Pacem. La Paz

Sí, la paz, ¿pero con quiénes? *Cum iis qui invocant Dominum de corde puro* [2 Timoteo 2, 22]. Dos clases de hombres no invocan a Dios con un corazón puro. No hablo de los que han jurado odio a Dios, hablo de los que están positivamente en el error. Esos, desde el deísta hasta el hereje alcanzado por los más ligeros anatemas de

la Iglesia, nunca serán los hombres con quienes podamos tener paz.

Quedan aquellos que, siguiendo a los Jansenistas, pretenden seguir en la Iglesia, a pesar de ella. Esos no invocan a Dios con un corazón puro. Conocen las afirmaciones de la Iglesia, sus reproches, pero porque la Iglesia todavía no ha condenado solemnemente, pretenden conservar ciertas proposiciones que saben deben ser condenadas tarde o temprano. Esos no invocan al Señor con un corazón puro: colocan los propios sentimientos en el lugar de los sentimientos de la Iglesia. No, no podemos tener la paz con ellos. Debemos combatirlos con tanta mayor energía que aceptando la autoridad de la Iglesia, hay mayor esperanza de traerlos.

Después de esto, busquemos la paz en el orden, busquemos la paz en Dios, con Dios y para los hombres, en el amor de Dios; persigamos la obra de pacificación que Dios quiere operar sobre la tierra, bajo la acción de Jesucristo, con la poderosa intercesión de María, con el fin de preparar el triunfo de la Iglesia que es aquí el triunfo de Dios.

III. ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN

El propósito del Padre d'Alzon Las reglas de San Basilio sólo son respuestas sacadas de la Sagrada Escritura a preguntas que supuestamente le plantean los religiosos. He pensado que podría ser útil a los religiosos de la Asunción tener respuestas análogas, sacadas de los libros santos, que no serían ni la Regla, ni las Constituciones, ni siquiera el Directorio, sino comentarios, con ayuda de los cuales se podría construir toda perfección sobre las palabras dictadas por el Espíritu Santo mismo.

Su justificación San Agustín no teme afirmar que las palabras dictadas por el Espíritu Santo pueden ofrecer varios sentidos, todos verdaderos según las necesidades de las personas que las meditan. Los religiosos de la Asunción pueden, pues, encontrar en ellas un sentido que les sea especialmente aplicable, según la meta de su obra.

Además, los sentidos se pueden presentar a medida que los tiempos ofrecen nuevos desarrollos. El Evangelio nos dice que Nuestro Señor hizo varias recomendaciones a sus apóstoles que éstos no comprendieron. *Ipsi autem nihil horum intellexerunt* (Lucas 18, 34). Y en otro sitio: *Spiritus Sanctus... vos docebit omnia et suggeret vobis omnia quaecumque dixerit vobis* (Juan 14, 26). Existen dos enseñanzas: la de Jesucristo, que a causa de la rudeza de los apóstoles es completamente material; luego el Espíritu Santo viene a instruirlos de nuevo. Entonces comprenden. El Salvador mismo actúa así con los apóstoles en una de sus apariciones. *Aperuit illis sensum, ut intelligerent scripturas* (Lucas 24, 45).

Esto se ve a menudo en la vida espiritual. Sucede que estemos algún tiempo sin comprender nada de la vida in-

terior y de repente la luz se prende, y vemos. Por eso es necesario decir constantemente: *Veni, Sancte Spiritus, – Et emitte coelitus – Lucis tuae radium.*

Me propongo, pues, en las notas que siguen, exponiendo los textos sagrados que me parecen indicar mejor el espíritu de la Asunción, ayudar a los religiosos jóvenes a comprender mejor este espíritu y mostrarles cómo se apoya sobre la misma palabra de Dios.

Releed sin cesar el capítulo XV de San Juan, ved allí la **unión constante** que hay que tener **con Jesucristo** para tenerla con Dios.

Él es la vid verdadera, nosotros somos los sarmientos, y sin la unión del sarmiento con la cepa, la savia no puede circular. No existe unión con la vida divina sin la unión con Jesucristo, es decir con su doctrina, sus mandamientos, sus intenciones, sus ejemplos. *Ego sum vitis, vos palmites. Qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum, quia sine me nihil potestis facere* (Juan 15, 5). De ahí la necesidad de hacerlo todo para Jesucristo, por Jesucristo, con Jesucristo. *In hoc clarificatus est Pater meus, ut fructum plurimum afferatis, et efficiamini mei discipuli* (Ibid. 8). Cuanto más discípulos seamos de Jesucristo, más fruto daremos, más es glorificado Dios.

Huida a Egipto: *Ecce angelus Domini apparuit in somnis Joseph, dicens: Surge, et accipe puerum et matrem ejus, et fuge in Aegyptum, et esto ibi usquedum dicam tibi* (Mateo 2, 13). El ángel de Dios avisa a José a causa de Jesús. Pero el religioso expuesto al peligro debe invocar sin cesar a los santos ángeles, para que el peligro sea apartado en la medida en que Dios lo quiera.

El religioso estéril: *Omnis ergo arbor non faciens fructum bonum, excidetur et in ignem mittetur* (Lucas 3, 9).

Vocación: *Ambulans autem Jesus juxta mare Galilaeae, vidit duos fratres* (Mateo 4, 18). Jesús puede llamar a quien quiera al apostolado. Pero cuántos religiosos podrían llamar a la vida religiosa, si tuvieran el ardor necesario.

Formación del religioso: En el principio dijo Dios: *Faciamus hominem...* Adán, el hombre viejo, *qui est forma futuri*, es el modelo del religioso que se debe considerar como barro vil, de donde se formará el hombre nuevo, Jesucristo, según la palabra de Tertuliano. *Quodcumque enim limus exprimebatur Christus cogitabatur homo futurus...* (P.L. II, 848). Se trata de formar a Jesucristo.

Pobreza: *Ne solliciti sitis animae vestrae, quid manducetis, neque corpori vestro quid induamini.* Ver todo el pasaje de Mateo 6, 24, *usque ad finem*. Todo el espíritu de pobreza está ahí. Paz y confianza en medio del mayor despojo y de toda indigencia.

Caridad: *Ut in omnibus quibus utitur transitura necessitas, superemineat quae permanet charitas.* (Extracto de la Regla).

Comentario. No sólo debemos animarnos a la mayor caridad a nosotros mismos sino que debemos animar a los demás, esa es nuestra misión. Pero entendámonos: amemos, hagamos amar a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia y mostremos nuestra caridad mediante el ardor con que combatimos lo que está mal, para defender lo que está bien. ¡Triste caridad la que se dirige al error y al pecado! ¡Mentira de caridad ese velo llamado caritativo echado sobre las intrigas de los enemigos de Dios! Amemos, hagamos amar con un celo ardiente, a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia; lo demás vendrá luego.

Prudencia: *Joseph, autem vir ejus, cum esset justus et nollet eam traducere...* (Mateo 1, 19). Seamos prudentes

como San José, y sepamos callarnos cuando nos creamos ofendidos, porque muy a menudo el mayor bien resulta de lo que creemos que es un ultraje. Si San José hubiera seguido su impulsividad, ¿hubiera merecido tomar la parte en el misterio de la Encarnación que Dios le ha dado?

Fidelidad a los signos divinos: *Vidimus enim stellam ejus in Oriente* (Mateo 2, 2). ¡Cuántas personas dejan escapar ciertas señales celestiales! Sin llegar a decir que tengamos los prodigios a nuestra disposición para advertirnos (eso sería fanatismo) ¡cuántos signos nos son dados cuando los pedimos!

Audiens autem Herodes rex, turbatus est, et omnis Hierosolyma cum illo (ibid. 3). Esperémonos, cuando hagamos sencillamente y valientemente la voluntad de Dios, a perturbar a mucha gente que no la hace; pero tampoco nos preocupemos más de lo conveniente.

Adoración a Jesús en sus humillaciones: *Et procidentes, adoraverunt eum* (ibid. 11). Los Magos adoran al Niño Jesús en su humildad, y ello les atrae la segunda visita del ángel. Nunca la confesión de Jesús anonadado sucederá sin producir gracias muy abundantes.

Alegría en la penitencia: *Tu autem, quum jejunas, unge caput tuum, et faciem tuam lava* (Mateo 6, 17). La penitencia tiene que darnos entusiasmo y alegría.

Dios y el dinero: *Non potestis Deo servire et mammonae* (Mateo 6, 24). Hay que elegir. Verdad terrible para todo hombre, diez veces más terrible para cualquier cristiano, cien veces más terrible para todo sacerdote, mil veces más terrible para todo religioso.

Confianza en Dios: *Si ergo vos, quum sitis mali, nostis bona data dare filiis vestris; quanto magis Pater vester, qui in coelis est, dabit bona petentibus se?* (Mateo 7, 11).

La confianza en Dios está fundada en su infinita bondad, y yo dudo de la bondad, es decir de la existencia de Dios, en proporción a la menor confianza.

Severidad consigo mismo: *Intrate per angustam portam* (Mateo 7, 13). Puerta estrecha, sea la que sea para el prójimo, para nosotros es siempre la preferible.

Autoridad en la predicación: *Erat enim docens eos, sicut potestatem habens* (Mateo 7, 29). El religioso debe siempre enseñar en nombre de Dios, y es importante que se sienta la Palabra de Dios, no la ciencia.

Confianza y siempre confianza: *Quid timidi estis, modicae fidei?* (Mateo 8, 26). En medio de los mayores peligros, Jesús aparentemente dormido vela siempre sobre nosotros.

Oración por las vocaciones: *Messis quidem multa, operarii autem pauci. Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam* (Mateo 9, 37-38). El primer acto de la vida pública del Salvador ha sido pasar la noche en oración para elegir a los apóstoles. Sin apóstoles, no hay Iglesia; sin sucesores de los apóstoles, no hay Iglesia continuada. La existencia de la Iglesia depende de la perpetuidad y de la reproducción del apostolado.

Peligros de la misión apostólica: *Ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum* (Mateo 10, 16). Existe pues, un peligro perpetuo. ¡Pero qué felicidad cuando las ovejas vencen a los lobos! Y eso es lo que ha ocurrido cada vez que hemos sido ovejas.

La verdadera familia: *Quicumque enim fecerit voluntatem Patris mei, qui in coelis est, ipse meus frater, et soror, et mater est* (Mateo 12, 50).

Paciencia contra los autores del mal: *Sinite utraque crescere usque ad messem* (Mateo 13, 30). A veces hay que cortar de raíz los abusos, otras veces cuando por negligencia se los ha dejado crecer, hay que esperar el momento favorable para extirparlos.

Confesión de Jesucristo: *Tu es Christus, filius Dei vivi* (Mateo 16, 16). He ahí la gran fuerza contra el infierno, Jesucristo, y a él es a quien hay que entregarse sin cesar; a él hay que buscar, proclamar, predicar. Su doctrina es lo que hay que enseñar, su moral lo que hay que practicar, su vida entera lo que hay que imitar repitiendo sin cesar: *Tu es Christus, filius Dei vivi*.

Petición de la luz: *Domine, ut aperiantur oculi nostri* (Mateo 20, 33). Poco importa lo que nos impide ver. Que estemos en tinieblas o que nuestros ojos estén enfermos, pidamos constantemente ver. *Domine, ut videant oculi nostri*. Nunca veremos demasiado, si es Jesús quien cura nuestro ojo o si es su luz lo que nos comunica.

Vocación: Un discípulo se presenta; Jesucristo no lo quiere. *Vulpes foveas habent... Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet* (Mateo 8, 20). Aviso para aquellos que toman la vida sacerdotal como una promoción. Luego están los dubitantes. *Sine, ut mortui sepeliant mortuos suos; tu vero vade, et annuntia regnum Dei* (Lucas 9, 60). Los hay que deben ser forzados por los superiores.

*Después de la peregrinación a Lourdes de
"Notre-Dame de Salut", en 1876, continúa:*

1. Fe *Et deduxit illos in via mirabili* (Sabiduría 10, 17). Lo que acaba de ocurrir nos prueba que también nosotros somos conducidos por una senda admirable: ¡Cuántos milagros acaban de suceder!

Por lo tanto: 1º fe en el orden sobrenatural.

Por lo tanto: 2º fe en la protección visible de Dios sobre nosotros. *Dominus regit me, nihil mihi deerit* (Salmo 22, 1).

Por lo tanto: 3º petición de milagros para la curación y la salvación de nuestras almas.

Por lo tanto, petición, durante el Capítulo que se abre, para que las disposiciones que se tomen estén inspiradas por el espíritu de Dios. *Ille est super me, qui fecit me: nemo eum attingit, nisi qui transierit se. Cogita corpus: mortale est, terrenum est; fragile est, corruptibile est; abjice... Él* (San Agustín) recorre todas las criaturas. *Transit ergo omnem mutabilitatem... Effunde super te animam tuam, ut contingas Deum, de quo tibi dicitur; ubi est Deus tuus?* (San Agustín, *In Joann.* Tr. XX – P.L. XXXV, 1562-63).

2. Oración

La vida sobrenatural se manifiesta sobre todo mediante la vida de oración. La oración es el esfuerzo por unirse a Dios. Ahora bien, en Lourdes se decía que nuestra peregrinación... era una peregrinación de oración. 1º Oración por nosotros, 2º Oración por las almas, 3º Oración por la Iglesia.

1º Oración por nosotros, humilde y continua.

2º Oración por las almas, el trabajo, las obras, la búsqueda de los pecadores; el amor a los santos, la preocupación por formarlos.

3º Oración por la Iglesia, cuerpo y plenitud de Jesucristo. La oración por el triunfo de la Iglesia. Ardor en la oración.

3. Alegría en el servicio de Dios

Gaudete in Domino semper. [Filipenses 4, 4]. Existe un espíritu de tristeza. Existe un espíritu de alegría. *Quam bonus Israel Deus!* [Salmo 73, 1].

Se lee en la página siguiente:

DOCTRINA DE LA ASUNCIÓN

Si la Asunción ha de ser una Congregación doctrinal, su doctrina será muy sencilla, la doctrina de la Iglesia comentada por San Agustín y Santo Tomás, el más glorioso discípulo de San Agustín. El ser soberanamente perfecto; la verdad infinita que es su esplendor, el bien infinito que se encuentra en la vida infinita. Porque, dice San Agustín, el ser soberanamente ser, es el ser soberanamente vivo. *Summe ens est ens summe vivens*. Dios nos es conocido por Jesucristo. *Deum nemo vidit unquam; unigenitus filius, qui est in sinu Patris, ipse enarravit* (Juan 1, 18). Y Jesucristo ha confiado sus revelaciones sobre el Padre a su Iglesia. Dios, Jesucristo, la Iglesia. Para subir a Jesucristo y mediante Jesucristo a Dios, se necesita la gracia; y la gracia es confiada por Jesucristo a María. *Ave gratia plena*.

EXTRACTOS DE SU CORRESPONDENCIA

Sabes que cuando Nuestro Señor confió la Iglesia a San Pedro, le planteó sólo esta pregunta; *Diliges me plus his?* [Juan 21, 15]. Lo esencial es que ames mucho a Nuestro Señor y todo lo que él ha amado, es decir, a la Santísima Virgen y a la Iglesia. Ama a Nuestro Señor con toda tu alma y que cada misa que celebres marque un nuevo grado de amor en tu corazón. Del sacerdote es sobre todo de quien se ha dicho: *Ascensiones in corde suo disposuit*. [Salmo 84, 6]. Frente a Nuestro Señor es donde debes sujetar las asperezas de tu carácter; bajo sus ojos debes realizar todas tus acciones; a él debes pedir consejo sin cesar. Tus estudios incluso deben tomar un carácter com-

pletamente nuevo mediante el sentimiento de fe con el que debes buscar la luz sobrenatural en todas las materias de la ciencia humana.

*(Carta al P. Picard con ocasión de su ordenación,
5 de junio de 1856)*

Te invito ante todo a poner tu confianza en Dios, si quieres ser un auténtico Asuncionista. Ahí está el punto capital. El espíritu sobrenatural debe ser ante todo nuestro móvil: *Quaerite primum regnum Dei et justitiam ejus* [Mateo 6, 33]. He ahí lo más esencial de lo único esencial, lo demás viene por añadidura.

(A Michel Ménard, Nimes, 27 de febrero de 1872)

“Dad a los niños de vuestro alumnado el amor de las doctrinas romanas. Hablando con el P. Picard y el P. Vincent de Paul me dicen ambos que están impactados por la manera como la Asunción tiene su propio espíritu. Ahora bien, cuando trato de ser consciente del motivo por el que este espíritu nos ha dado una utilidad que no es quizá tan abundante en otras Congregaciones, creo encontrar la razón, por una parte en la adhesión desinteresada a las ideas romanas, sea en la manera como los más inteligentes, partiendo de ciertos principios generales, los han aplicado sinceramente”.

(Al P. Alexis Dumazer, 8 de enero de 1875)

Quién se opone a que usted apoye su vida sobre un pensamiento muy serio: el amor a Nuestro Señor, a la santísima Virgen y a la Iglesia por ejemplo, lo cual es el fondo del espíritu de la Asunción. Con Nuestro Señor, us-

ted tiene la comunión, el reino social del divino Maestro, la verdad. Con la Santísima Virgen usted tiene el modelo de todas las perfecciones humanas. Y al entregaros a la Iglesia, usted cumple el gran deber de los cristianos de nuestros días. Si este triple pensamiento que se resume en uno solo os conviene, nada le impide rumiarlo y traducirlo a la práctica.

*(A la Sra. d'Escures. Les Châteaux,
17 de agosto de 1875)*

Nuestro espíritu debe acentuarse cada vez más en dirección a la iniciativa y a la infusión del espíritu cristiano en las almas, las familias, las asociaciones, las corporaciones, la sociedad entera, o si se prefiere, en la vida social.

(Nota del 13 de agosto de 1877)

Debemos tener un espíritu de alegría en la generosidad.

(Nota del 27 de agosto de 1877)
